

narrativas

revista de narrativa contemporánea en castellano

Número 07
Octubre-Diciembre 2007

ISSN 1886-2519
Depósito Legal: Z-729-2006

• Ensayo

El discurso confesional en "El obsceno pájaro de la noche" de José Donoso, por Mónica Barrientos
La degradación de El Carajo. "El apando" de José Revueltas, por Juan Fernando Covarrubias Pérez
Roberto Bolaño: La parte de los crímenes, por Miguel Esquirol

• Relato

Tres cuentos del fotógrafo Manuel Martín Mormeneo,
por Antón Castro
El epílogo de Kilgore, por Eric Schierloh
El collar, por María Eugenia Caseiro
Good Girl, por Eva Díaz Riobello
Newton el mago, por Carlos Montuenga
Maripaz, por Javier Munguía
Mester de juglaría, por Luis Antonio Marín
El viaje, por Carlos G. Burgos
Bump, por Gabriel Amador
¿Espejismo de la psiquiatra Navarro?, por Omar Piña
Cuento de reyes, por Julio Blanco García
Pares, por Rolando Revagliatti
Colecciones, por José Antonio Ruiz
Gunter, el Magnífico, por Sandra Becerril
Familia feliz, por Guillermo J. Escribano
Marina Salvidge, por Javier Esteban Gayo
Superviviente, por Emilio Gil

Terapia de pareja, por Gabriela Urrutibehety
Valkiria del nuevo mundo, por Pablo Lores Kanto
El diario de un abogado, por Orlando Mazeyra
Guillén
Un día en la vida de Michio Kaki, por Lilia Morales y
Mori
Desde mis ojos una vida, por Jonathan Minila
Tu nombre estará en el cielo, por F. R. Gafult
El petrimetre, por Jorge Cabrerizo
De chivo los tamales, por Ricardo Olvera
Las malas costumbres, por David Gerardo Colina
Gómez
La entrevista de trabajo, por Una mujer desesperada
Chivato, por Juan Carlos Sánchez Gómez
Concierto matutino, por Sandro Cohen
El lorito tonto, por Lourdes Aso Torralba
Fin de viaje para Desiderio Tackera, por Antonio
Tudela Sancho

• Novela

American Dream - Crónica de un viaje al purgatorio (Capítulo), por Leo Zelada

• Narradores

Gustavo Nielsen
Pilar Adón

• Entrevista

Magdalena Lasala, por Raúl Tristan

• Reseñas

"Los políticos - La plaga" de José Ovejero, por Román Piña
"Cocaína (manual de usuario)" de Julián Herbert, por Cristina Núñez Pereira
"Nadie me mata" de Javier Azpeitia, por Eugenio Sánchez Bravo
"Fruta verde" de Enrique Serna, por Magda Díaz y Morales
"Suspiro azul" de Sandra Becerril, por Héctor López Bello
"Aquí no hay invierno" de Varios Autores, por Karina Falcón

• Miradas

Memoria de la memoria de Isak Dinesen, por María Aixa Sanz
La Chicana: Tango del Sur, por Vanessa Alanís Fuentes Oliver
El desierto: mito y poesía del noroeste de México, por Gabriel Trujillo Muñoz

• Literatura e imagen

• Novedades editoriales

• Noticias

Colaboradores: Pilar Adón - María Aixa Sanz - Gabriel Amador - Lourdes Aso Torralba - Mónica Barrientos - Sandra Becerril - Julio Blanco García - Carlos G. Burgos - Jorge Cabrerizo - María Eugenia Caseiro - Antón Castro - Sandro Cohen - David Gerardo Colina Gómez - Juan Fernando Covarrubias Pérez - Eva Díaz Riobello - Guillermo J. Escribano - Miguel Esquirol - Javier Esteban Gayo - Karina Falcón - Vanesa Alanis Fuentes Oliver - F.R. Gafult - Emilio Gil - Héctor López Bello - Pablo Lores Kanto - Luis Antonio Marín - Orlando Mazeyra Guillén - Jonathan Mirila - Carlos Montuenga - Lilia Morales y Mori - Javier Munguía - Gustavo Nielsen - Cristina Núñez Pereira - Ricardo Olvera - Omar Piña - Román Piña - Rolando Revagliatti - José Antonio Ruiz - Eugenio Sánchez Bravo - Juan Carlos Sánchez Gómez - Eric Schierloh - Raúl Tristán - Gabriel Trujillo Muñoz - Antonio Tudela Sancho - Una mujer desesperada - Gabriela Urrutibehety - Leo Zelada

Narrativas es una revista electrónica que nace como un proyecto abierto y participativo, con vocación heterodoxa y una única pretensión: dejar constancia de la diversidad y la fecundidad de la narrativa contemporánea en castellano. Surge al amparo de las nuevas tecnologías digitales que, sin querer suplantarlo en ningún momento los formatos tradicionales y la numerosa obra editada en papel, abren innumerables posibilidades a la publicación de nuevas revistas y libros al abaratar considerablemente los costes y facilitar la distribución de los ejemplares. En este sentido, hemos optado por editar la revista en formato PDF, ya que permite aplicar técnicas de diseño y maquetación propias de la edición tradicional y a la vez facilita su lectura, ya sea desde la propia pantalla o una vez impresa en papel.

La filosofía de **Narrativas** es bien sencilla: todo aquel narrador que tenga algo que contar y quiera presentarlo al público tiene su espacio aquí. Obviamente, a la hora de seleccionar los relatos siempre se atenderá a la calidad literaria y se exigirá un mínimo de esmero en la redacción, pero sobre todo se valorará la posibilidad de dar a conocer voces nuevas de nuestra narrativa. No obstante, una de nuestras más firmes intenciones es no cerrar este espacio a nadie, ni a los nombres consagrados ni a los todavía desconocidos, tratando de conjugar todos los estilos y temas, para ofrecer de ese modo una visión lo más comprensiva posible de la narrativa contemporánea.

SUMARIO - núm 7

<i>El discurso confesional en "El obscuro pájaro de la noche" de José Donoso</i> , por Mónica Barrientos	3	<i>El petrimetre</i> , por Jorge Cabrerizo	92
<i>La degradación de El Carajo. "El apando" de José Revueltas</i> , por Juan Fernando Covarrubias Pérez	11	<i>De chivo los tamales</i> , por Ricardo Olvera	94
<i>Roberto Bolaño: La parte de los crímenes</i> , por M. Esquirol	15	<i>Las malas costumbres</i> , por David G. Colina Gómez	96
<i>Tres cuentos del fotógrafo Manuel Martín Mormeneo</i> , por Antón Castro	17	<i>La entrevista de trabajo</i> , por Una mujer desesperada	98
<i>El epílogo de Kilgore</i> , por Eric Schierloh	20	<i>Chivato</i> , por Juan Carlos Sánchez Gómez	100
<i>El collar</i> , por María Eugenia Caseiro	34	<i>Concierto matutino</i> , por Sandro Cohen	103
<i>Good Girl</i> , por Eva Díaz Riobello	38	<i>El lorito tonto</i> , por Lourdes Aso Torralba	106
<i>Newton el mago</i> , por Carlos Montuenga	40	<i>Fin de viaje para Desiderio Tackerey</i> , por Antonio Tudela ..	108
<i>Maripaz</i> , por Javier Murguía	45	<i>American Dream - Crónica de un viaje al purgatorio (Capítulo)</i> , por Leo Zelada	111
<i>Mester de juglaría</i> , por Luis Antonio Marín	46	Narradores: Gustavo Nielsen	113
<i>El viaje</i> , por Carlos G. Burgos	48	Narradores: Pilar Adón	121
<i>Bump</i> , por Gabriel Amador	49	<i>Entrevista a Magdalena Lasala</i> , por Raúl Tristán	127
<i>¿Espejismo de la psiquiatra Navarro?</i> , por Omar Piña	51	<i>"Los políticos - La plaga" de José Ovejero</i> , por Román Piña ..	129
<i>Cuento de reyes</i> , por Julio Blanco García	54	<i>"Cocaína (manual de usuario)" de Julián Herbert</i> , por Cristina Núñez Pereira	130
<i>Pares</i> , por Rolando Revagliatti	55	<i>"Nadie me mata" de Javier Azpeitia</i> , por Eugenio Sánchez Bravo	131
<i>Colecciones</i> , por José Antonio Ruiz	56	<i>"Fruta verde" de Enrique Serna</i> , por Magda Díaz Morales ..	132
<i>Gunter, el Magnífico</i> , por Sandra Becerril	59	<i>"Suspiro azul" de Sandra Becerril</i> , por H. López Bello	135
<i>Familia feliz</i> , por Guillermo J. Escribano	66	<i>"Aquí no hay invierno" Varios Autores</i> , por K. Falcón	136
<i>Marina Salvidge</i> , por Javier Esteban Gayo	69	<i>Memoria de la memoria de Isak Dinesen</i> , por M. Aixa Sanz ..	138
<i>Superviviente</i> , por Emilio Gil	73	<i>La Chicana: Tango del Sur</i> , por Vanessa A. Fuentes Oliver	140
<i>Terapia de pareja</i> , por Gabriela Urrutibehety	74	<i>El desierto: mito y poesía del noroeste de México</i> , por Gabriel Trujillo Muñoz	142
<i>Valkiria del nuevo mundo</i> , por Pablo Lores Kanto	75	Literatura e imagen	145
<i>El diario de un abogado</i> , por O. Mazeyra Guillén	79	Novedades editoriales	146
<i>Un día en la vida de Michio Kaki</i> , por L. Morales y Mori	82	Noticias	152
<i>Desde mis ojos una vida</i> , por Jonathan Minila	85		
<i>Tu nombre estará en el cielo</i> , por F. R. Gafult	88		

El material contenido en este número está debidamente protegido conforme la legislación internacional y no puede reproducirse sin permiso expreso de los autores.

EL DISCURSO CONFESIONAL EN *EL OBSCENO PÁJARO DE LA NOCHE* DE JOSÉ DONOSO

por Mónica Barrientos

[La confesión] Doble riño, doble filtro discursivo, dentro del cual deben filtrarse todos los comportamientos, todas las conductas, todas las relaciones con el otro, y también todos los pensamientos, todos los placeres, todas las pasiones.

Michel Foucault. Los Anormales

Sin duda alguna, la obra de José Donoso ha dejado huellas marcadas a fuego sobre la delicada piel de la narrativa chilena. Desde su primera novela «Coronación» publicada en 1956, las reacciones de los lectores y la crítica literaria no podrían quedar inermes frente a este mundo oscuro, marginal y deformado que de pronto saltaba hacia nuestros ojos para mostrarnos, en la forma más cruda y degradada posible, que la realidad no es una sola, ni tan bella, ni tan ordenada como se pretendía.

El Coloquio Internacional de Escritores y Académicos, realizado entre los días 5 al 7 de octubre de 1994, llamado «Donoso, 70 años»¹, congregó a una serie de escritores y críticos literarios en torno a la figura del autor. De todas las ponencias e intervenciones presentadas que avalan la importancia de su obra, ya sea en el ámbito nacional o internacional, es necesario destacar la de José Saramago² quien afirma que la obra de Donoso es trascendente y vertiginosa. Trascendente, porque su mirada del mundo es producida por «la conciencia obsesiva de su propia existencia»; vertiginosa, porque en los personajes donosianos, el vértigo se produce por «la descarnada observación de sí mismo».

Por otro lado, Leonidas Morales afirma que «José Donoso rompe con lo que habían sido las constantes de la novela chilena contemporánea e inaugura un nuevo horizonte novelesco en nuestro país»³.

La publicación de la obra *El obsceno pájaro de la noche* en 1970⁴ provoca un cambio en la narrativa chilena de esos años, convirtiéndola en uno de los textos más interesantes dentro del panorama nacional y latinoamericano. La novela demoró ocho años en crearse y casi acaba con la salud física y mental del escritor. Según lo publicado en un reportaje especial del diario La Tercera⁵, el título inicial de la novela sería «El último Azcoitía», idea que surge basándose en un aristocrático niño deforme que el escritor vio pasar en un auto de lujo. Posteriormente, en 1959 vuelve a la idea de elaborar un relato donde

«Una madre tiene un hijo deforme y lo encierra, con todas las comodidades del lujo, en las casas de un fundo chileno. La mujer es devota y establece una pequeña fundación para niños con graves problemas físicos, y de esta manera todos los seres que rodean a su hijo son deformes

¹ Ministerio de Educación. Departamento de Programas Culturales. «Donoso, 70 años». Santiago de Chile, octubre de 1997.

² José Saramago. «José Donoso y el inventario del mundo». Op. cit. pp 24-31

³ Leonidas Morales. «Introducción a la obra de José Donoso». Op. cit. pp 38-45.

⁴ José Donoso. «El obsceno pájaro de la noche». Ed. Seix Barral. 8° edición. Santiago de Chile, 1985. En adelante, las citas serán de esta edición.

⁵ Los datos referidos al proceso de creación de la novela, fueron obtenidos de un reportaje especial del diario La Tercera acerca de la los archivos del escritor encontrados en la Universidad de Iowa, Estados Unidos, en el cual se dan a conocer fragmentos, cartas y un diario personal. Disponible en Internet: <http://www.docs.tercera.cl/especiales/2003/donosolibros/>

como él, a lo sumo, enanos. Sólo uno no lo es: contrata a un chofer alemán, estúpido y bello como un dios. El cuento es de cómo el niño horrible, en el fondo deshecho y deformado por la madre, induce al chofer alemán a que se crea el ser más anormal y deforme del mundo y, desesperado, se suicide».⁶

Después de diez años, esa imagen obsesiva de la deformidad del niño aristocrático, que impactó al escritor, va tomando cuerpo hasta conformar la novela que actualmente conocemos.

Por el propio relato de Donoso, salta a la vista que la obra, en su estructuración misma, posee el síntoma de la complejidad: su origen, la idea inicial, su conformación fue un proceso inestable y de contradicciones que se reflejan con la su estructura y trama.

Es por esta razón, que uno de los puntos que me ha producido mayor interés, es la conformación del discurso novelesco en el cual se desarrolla la trama. Así, el discurso testimonial, bajo la forma de una confesión, que desarrolla el Mudito y que es el punto de apertura y cierre de la novela. Por este motivo intentaremos «correr tupidos velos» para adentrarnos en la letra y el discurso que elabora el narrador-personaje (el Mudito) e intentar descubrir o sacar a flote aquello que la voz no quiere decir o la mirada prefiere evitar.

Antes de ingresar a la obra, es necesario abordar dos conceptos fundamentales para su análisis, que son el *testimonio* y la *confesión*. El testimonio, como todo texto y como todo mensaje, está formado por una serie de signos internos (como son las secuencias significativas de signos lingüísticos que componen el texto que leemos) y externos o complementarios (que son de naturaleza icónica, ideológica, socio-política y fática). Estas características, propia de todos los géneros literarios, lo es más aun para el testimonio que ha tenido un mayor desarrollo bajo las condiciones ideológicas del siglo XX. Según el Diccionario de la Real Academia Española⁷, el vocablo «testimonio» tendría las siguientes acepciones: 1. Atestación o aseveración de una cosa. 3. Prueba, justificación o comprobación de la certeza o verdad de una cosa. De esta forma, podemos señalar que el testimonio tendría como primera característica el mostrar una aseveración, es decir, transmite una verdad o, al menos, una certeza. Por esta razón, se le relaciona directamente con la historia de un país o un pueblo. Por otro lado, el desarrollo histórico de la novela también ha incursionado en la introducción de esta forma discursiva que, desde la novela picaresca, procura revelar una verdad mediante la autobiografía de un personaje marginal que intenta explicar acerca de «el caso» de su vida, hasta los relatos decimonónicos con sus cartas o autobiografías, ha mostrado que el objeto del discurso pasa a ocupar la posición de sujeto del discurso, el cual se apropia de los medios de producción discursivos y emite signos que son propios y característicos de esta forma narrativa.

Es importante mencionar que el valor del testimonio no se encuentra en la naturaleza verdadera de los hechos allí contados, sino en la representatividad de éstos, ya que la realidad es demasiado compleja para que se refleje certeramente en un texto. Aunque lo que sí podríamos esperar es que el texto semiótico manifieste una realidad una vez determinados sus signos fundamentales. Este punto es muy importante para el análisis de nuestra novela, ya que nos encontramos con una fábula: la historia de Humberto Peñaloza relatada por él; pero no podemos determinar rasgos «verídicos» o «históricamente comprobables» en ella. Lo que podemos observar son ciertos signos o huellas que nos mostrarán ciertas características históricas y culturales como son que es un relato occidental y no oriental, que es una época más o menos determinada (siglo XX) y no otra. Esas generalidades se entienden ya en la primera lectura, pero también podemos entender otros datos que no son tan explícitos, como son los personajes, sus deseos, obsesiones, relaciones con los otros, etc. Este último rasgo es importante para iniciar el siguiente punto que tiene relación con el sujeto del discurso.

Para Leonidas Morales⁸, el discurso testimonial tuvo un creciente desarrollo en América latina

⁶ Ibíd.

⁷ Real Academia Española. «*Diccionario de la Lengua Española*». Ed. Espasa Calpe. Vigésima primera edición, edición electrónica, 1992.

⁸ Leonidas Morales. *Novela Chilena Contemporánea. José Donoso. Diamela Eltit*. Ed. Cuarto Propio, Santiago de Chile, 2004

durante las décadas del 70 y del 80 con un carácter y político «referencial», es decir, no ficcionales, ya que la mayoría correspondía a relatos marginales urbanos, a la represión durante las dictaduras militares, a las luchas revolucionarias o étnicas, etc. Por lo tanto, la preocupación estuvo centrada en el testimonio mismo, en la historia y el carácter político que ésta tenía. Según Morales, esta crítica no consideró un aspecto importante, que es la figura del testigo y el lugar que ocupa dentro de la configuración del mundo narrativo.

Es por esta razón que centraremos nuestro análisis en este otro que mira, el testigo, y veremos de qué manera se va configurando en la novela.

El obscuro pájaro de la noche tiene como narrador al Mudito o Humberto Peñaloza, quien nos cuenta su visión acerca de los hechos que marcaron su vida junto a Jerónimo Azcoitia. Para dar su testimonio, escoge la forma de la *confesión*, que aparece en forma más explícita en el capítulo nueve de la novela cuando afirma «¿Pero qué quieren que confiese, si no robé nada?» (p.149); posteriormente agrega «no tengo que confesarles nada, sólo a usted le diré la verdad, Madre Benita...» (p.150). En los capítulos anteriores, el lector tenía más o menos claro que alguien hablaba, pero es en este capítulo donde podemos inferir claramente que se trata de un discurso confesional; pero además se puede agregar que tiene como característica la *alucinación*, esto quiere decir, que la voz narrativa, el Mudito, se encuentra contando algo, pero está enfermo, tiene fiebre y esto provoca que este discurso confesional alucinado se presente deformado y tergiversado.

Antes de continuar, es necesario detenernos en el problema de la confesión. Para Michel Foucault⁹ es un «ritual de discurso en el cual el sujeto que habla coincide con el sujeto del enunciado». Es un dispositivo de producción de verdad para configurar una identidad por medio del reconocimiento de las propias acciones o pensamientos. Una de las características más importantes que le atribuye al discurso confesional es el sacar del fondo de uno mismo una verdad que la forma misma de la confesión hace espejear como lo inaccesible¹⁰. Para nuestros fines de análisis, este es el primer atributo que podemos observar en la confesión del Mudito, ya que poco a poco nos vamos adentrando en el mundo más oscuro, más escondido de cada uno de los personajes. El Mudito nos relata, desde su propia mirada, aquello que es oficial para la sociedad, como la vida pública y política de los Azcoitia, pero también aquello que está vedado, oculto, incluso para ellos mismo: los deseos homosexuales, los secretos de la Casa de Ejercicios, el inconsciente de los personajes, etc., es decir, el Mudito realiza una confesión en forma exhaustiva.

Otra característica de la confesión (y por ende, del testimonio), es la presencia de Otro, aunque sea virtual. La figura del Otro es un punto crucial, ya que de éste va a depender el carácter narrativo de la confesión. Para Paul Ricoeur¹¹, la intriga, es decir, la fábula, la historia imaginada, no es una estructura estática, sino que es un *proceso integrador* el cual sólo se realiza en el lector o el espectador, es decir, en el receptor de la historia relatada, el Otro. Ricoeur se refiere con «proceso integrador» al trabajo de composición, de construcción que confiere a la obra relatada una identidad «dinámica»¹².

De este modo, a través del testimonio del Mudito en forma de confesión es que podemos ingresar al plano de las identidades que aparecen en la novela. Es necesario recordar algunos aspectos básicos para iniciar el análisis de las identidades:

- El Mudito realiza un testimonio en forma de confesión alucinada.
- El interlocutor directo es la Madre Benita, quien sólo aparece en la novela en algunas ocasiones y mediatizada por el discurso del Mudito.
- El Mudito es una conciencia alucinada que no habla, es mudo, por lo tanto es una manera

⁹ Michel Foucault. *Historia de la sexualidad* v 1. «La voluntad de saber». Ed. Siglo XXI, México, 1991, p. 73

¹⁰ Cfr. Op. cit. p. 75

¹¹ Paul Ricoeur. *Sí mismo como otro*. Ed. Siglo XXI, Madrid, 1996.

¹² Cfr. Op. cit. cap. V-VI.

figurada de hablar.

- El Mudito es un punto indispensable de configuración de los sujetos. Por medio de él se configura el mundo narrativo y a los personajes.

¿Qué características posee el discurso del Mudito? En primer lugar, el *carácter subalterno* en que se ubica el narrador-personaje. La posición que asume el Mudito al hablar, inmediatamente lo incluye dentro de la esfera inferior de las clases sociales. El mundo de la novela aparece condicionado por una verdad que tiene su asiento en la conciencia del personaje-narrador. El Mudito representa la narración misma desde la cual todo emerge y todo se refracta. Nada existe fuera de las imágenes interiores modeladas por esta voluntad creadora. La novela es la concreción de una gran idea obsesiva que se sumerge en lo sórdido, allí donde grazna el obscuro pájaro de la noche y donde se encuentran las raíces que alimentan la mugre, lo inútil, lo caduco. Es un esfuerzo titánico por sacar a la superficie lo que transforma la realidad establecida en una pesadilla de secretos y repugnantes signos. El Mudito es un empleado de Don Jerónimo que, en el momento de la confesión, se encuentra recluido en la Casa de Ejercicios donde también posee un estatus inferior. Esta doble marginalidad, el ser siempre de rango inferior en relación al otro y su exclusión de la sociedad, lo llevan a reconocerse a sí mismo adoptando las formas del mundo marginal. El se presenta como el Mudito, aquel servidor de la Casa de Ejercicios que tiene como función clausurar puertas y ventanas; es Humberto Peñaloza, aquel hijo de nadie que tiene como función ser secretario de Don Jerónimo; es la séptima vieja, la última anciana abandonada en la Casa; es la guagua de la Iris, el futuro salvador de la Casa; es un imbunche, aquel ser mitológico, guardián de la cueva de los brujos que tiene todos los orificios de su cuerpos cosidos. Todas estas representaciones pertenecen a figuras marginales que tienen como características la falta de poder y reconocimiento. El Mudito se sitúa, entonces, en el centro del universo narrativo, universo disgregado, segmentado, desarticulado, reflejo fiel de la disgregación, segmentación y desarticulación de su propia conciencia. Aunque el Mudito se reconozca como un inferior, es necesario destacar que su condición de silenciado contiene una paradoja, ya que él «habla» por aquellos que no tienen voz, por los suyos. El Mudito es una metonimia de los subalternos donde podemos inferir las relaciones que se configuran entre aquellos que detentan el poder, representados en la figura de Don Jerónimo y aquellos que no lo tienen, representados en la figura del Mudito.

Por todo lo anterior, dentro de la confesión reconocemos tres motivaciones que se van enlazando para conformar el mundo subjetivo del Mudito: su infancia, la historia de la niña bruja y el mito del imbunche.

En relación a la infancia de Humberto Peñaloza se desarrolla a través de un recuerdo organizado, racional y sin ambigüedad, donde el resentimiento del padre por ser un «don nadie» es el motivo central. También observamos de qué manera esta frustración es trasladada hacia el hijo al recordarle constantemente que «somos Peñaloza, un apellido feo, vulgar, apellido que los sainetes usan como chiste chabacano, símbolo de la ordinariez irremediable que reviste al personaje ridículo, sellándolo para siempre dentro de la prisión del apellido plebeyo que fue la herencia de mi padre» (p. 98). En el juego de los diferentes significantes, el narrador de la novela flota y se desplaza por un espacio de significaciones que lo transforman de un simple miembro de un grupo subordinado a ser «la voz» de aquello que se oculta detrás de los tupidos velos y que se debe mostrar. El Mudito reconoce que algo ha perdido y debe intentar recuperar, por eso dice «pero yo no soy ladrón, madre Benita, se lo juro, uno no roba su propio nombre porque uno tiene derecho a disponer de él para lo que quiera ...» (p.152). El Mudito reconoce que frente a su situación inferior, él también tiene derecho, aunque sea a su nombre, que se le ha negado e intenta recuperar en los libros de la biblioteca de Don Jerónimo y que son de su autoría.

Este carácter subalterno provoca que el personaje inicie un proceso de búsqueda de una identidad perdida. El Diccionario de la Real Academia Española consigna «identidad» como «cualidad de lo idéntico» y más adelante agrega: «Igualdad que se verifica siempre, sea cualquiera el valor de las variables que su expresión contiene». Lo idéntico se nombra a sí mismo por una serie de equivalencias en nombre de la unidad, sea diferente, diverso o indistinto, es decir, como un conjunto monolítico.

tico, estructurado y sustancial. El ingreso a la Modernidad y el análisis del descentramiento del sujeto ya no se puede encontrar en las enciclopedias o diccionarios. Es una definición que está en proceso, por hacerse, es por lo tanto, algo provisorio, histórico e hipotético. Frente a estas nuevas miradas, la pregunta «¿qué es el sujeto?» ya no tiene cabida, incluso la utilización del verbo «ser» provoca un estatismo y una sustantivación que la crítica moderna se niega a aceptar.

Es necesario resaltar que este vacío de identidad es producto de una cadena de vaciamientos que el Mudito va heredando de generación en generación. Crece reconociendo una falta de identidad, que no es «un caballero», pero su padre le sugiere la idea que podría llegar a acercarse a la posibilidad de serlo por medio del estudio. Humberto inicia estudios de Derecho y su padre se preocupa personalmente de ello; pero también se dedica a escribir. La escritura se convierte en la forma de adquirir aquello que la ha sido vedado, ya que «al decir que yo era escritor no mentía, *era* escritor al sentir que su figura es más digna de la imaginación que de la realidad» (p. 280). Por esto, Humberto quiere recuperar esa obra, creación suya, en la cual aparece su nombre, porque uno no se puede robar su propio nombre, como le dijo a la Madre Benita. Pero esa obra no le pertenece aunque tenga su nombre, fue pagada por otro para estar en la biblioteca de Don Jerónimo. Humberto ha escrito sobre la familia Azcoitia por medio de un proceso largo y dificultoso mientras vivía en la Rinconada. De esta manera, la identidad narrativa se convierte en una posibilidad de configurar una identidad personal por medio de la escritura, como en el caso de Humberto Peñaloza y de la confesión en el caso del Mudito. Para Ricoeur, la *identidad narrativa* es una aprehensión de la vida en forma de relato que viene a salvar la problemática fundamental de la dimensión temporal de la existencia humana¹³ para intentar proporcionar unidad al conjunto de la vida humana, para que así, en el mismo acto que me comprendo a mí mismo a través de la narración, me construyo. En el caso del Mudito, esta construcción de sí mismo no tenía como finalidad lograr una unicidad (que habría sido lo ideal para Ricoeur), sino que se reconoce como una subjetividad errante, fragmentaria y dispersa.

Este fracaso de unicidad, se observa claramente en otra problemática fundamental: *la concepción del tiempo*. Hemos estado observando que en la novela el personaje central se encuentra enmarcado dentro de un cuadro de violencia por la relación de exclusión y que vivencia con su otro, que es Don Jerónimo. Esta relación es el símbolo de una tradición occidental en que la racionalidad de un discurso instituido, la búsqueda de un fundamento único, de una identidad homogénea son solidarios con lo que Jacques Derrida llamó *metafísica de la presencia*¹⁴. Sin la intención de analizar las características que el filósofo francés entrega de este concepto, quisiéramos recalcar la idea de tiempo, en la cual la primacía del ahora-presente en el concepto «vulgar» de tiempo ha sido uno de los pilares fundamentales para la conformación del pensamiento tradicional. Este tiempo se caracteriza por el privilegio del instante presente del que dependen el pasado y el futuro según una sucesión espacial homogénea, continua y lineal. Es en este punto donde se produce el mayor choque interno del Mudito, ya que la voz narrativa no se puede generar por medio de la narración lineal de los acontecimientos, sino que por medio de fragmentos temporales, o en términos de Genette, en el espacio intemporal del relato como texto¹⁵. Es por esta razón que una de los atributos más claros que observamos en la novela es lo que Genette llamaba la *metalepsis*, es decir, acto que consiste en «introducir en una situación, por medio de un discurso, el conocimiento de otra situación»¹⁶. En la novela, nos encontramos constantemente con situaciones que se están narrando, pero que de pronto, se introduce una situación nueva, extraña de la cual el lector no tiene ningún conocimiento porque aún no se había relatado, como por ejemplo, cuando el Mudito relata en su confesión que ha escrito un libro. Otra forma es la continuación en el tiempo de algunas figuras, como son la perra amarilla y la bruja. Estos personajes pertenecen a la leyenda maquina que es narrada al principio de la novela, pero estas figuras se escapan de ese contexto para mezclarse con la fábula y se confunden con la Peta Ponce e Inés, donde asumen una relación simétrica. La figura de Inés, la esposa de Don Jeró-

¹³ Cfr. Paul Ricoeur. *Sí mismo como otro*. Cap. «El sí y la identidad narrativa». Op. cit. pag.138-172.

¹⁴ Jacques Derrida. *La Escritura y la Diferencia*. Ed. Anthropos, Barcelona, 1989.

¹⁵ Gérard Genette. *La voz*. En «Figures III». Paris, Editions Du Seuil, 1972. Trad. Ramón Suarez. Fot. Universidad de Chile. Facultad de Filosofía y Humanidades. Departamento de Literatura, Santiago, 1988.

¹⁶ *Ibid.*

nimo, también asume esta cualidad, ya que se convierte en la niña bruja que es enviada al convento por su padre y con la beata en busca de canonización. Esta simetría es una cualidad importante, ya que provoca que ciertas figuras se mantengan en el tiempo y se confundan con otras historias, creando planos y tiempos paralelos, incluso hay un momento en que el narrador admite que «Casi nada de lo que rodea la vida y milagros de la niña-beata pasa a ser conjetura, o recuerdo de un rumor» (p.355). Desde aquí, el narrador mezcla completamente los personajes y las historias para intentar dar una respuesta más o menos histórica a la problemática, para finalmente plantear nuevas interrogantes y rehacer nuevamente la historia.

De esta forma, podemos observar que la confesión del Mudito no intenta crear un mundo organizado y estructurado, sino que desde su perspectiva marginal, produce una desestructuración del mundo y de las identidades que habitan en él. Este quiebre es lo que Derrida ha llamado *solicitud*, esto quiere decir «conmover con una conmoción que tiene que ver con el todo. Hacer temblar en su totalidad»¹⁷. Esta conmoción se dirige directamente a la «tachadura del origen», es decir, a la imposibilidad de la presencia absoluta, por lo que se articula una lógica diferente a la tradicional donde el pensamiento actúa en lo inconsciente y se rechaza el origen y la finalidad teleológica. El Mudito carece de una identidad, quizás intenta una búsqueda de ella, pero el fracaso es visto de antemano, ya que se ha producido la caída del logos, del padre. Se niega la unicidad en la figura misma del personaje que se fractura por el movimiento constante entre el espacio marginal de la servidumbre para huir de aquello que intenta mantenerlo dentro de los márgenes de lo nombrable. Por lo tanto, la identidad «identificable» se transforma en una *subjetividad errante* que se manifiesta directamente en el discurso que produce de sí mismo el personaje.

Una de las consecuencias de esta solicitud se materializa en la *caída del Nombre Propio*. El Diccionario de la Real Academia Española define al nombre propio como «El que se aplica a seres animados o inanimados para designarlos y diferenciarlos de otros de su misma clase, y que, por no evocar necesariamente propiedades de dichos seres, puede imponerse a más de uno (Antonio, Toledo), incluso a seres de distinta clase (Marte)». La aplicación de un nombre a una persona u objeto tiene como finalidad crear una presencia para identificarse, como un poseerse absoluto con valor de propiedad. Por esta razón el personaje principal pierde su nombre, Humberto Peñaloza, para transformarse en otras figuras, así lo afirma un amigo del protagonista cuando dice «que sacas con escribir, Humberto, si no tienes un peso para publicar y para que un editor te publique necesitas influencia, un nombre y tú no tienes nombre» (p. 282). Esta misma afirmación la dice Humberto a su padre cuando él le recrimina por no agradecer a Do Jerónimo la publicación: «¿Desde cuándo tiene nombre usted!» (p. 284).

Cuando alguien se pregunta «¿quién ha hecho esto?», la respuesta será nombrando a alguien, esto es, designando un nombre propio, por lo tanto, responder a la cuestión *¿quién?* es sólo una posibilidad narrativa, ya que la historia narrada dice el quien de una acción. Por esta razón, el personaje afirma en el episodio en que se formó la herida que «La crónica no registra mi grito porque mi voz no se oye. Mis palabras no entraron en la historia» (p. 204). Para el Mudito, la pérdida del nombre propio es como la herida de su brazo que obtuvo cuando intentó suplantar a Don Jerónimo, quien se apropia de esa herida y, posteriormente se su creación literaria que tenía su nombre, y por consiguiente de su identidad. Al permitir el robo de la herida, también permitió el robo de su identidad, por lo que esa herida es el símbolo de la pérdida de la identidad que el Mudito manifiesta en su cuerpo.

Esta pérdida del nombre propio se resuelve con el exceso. Humberto Peñaloza no posee un nombre, lo ha perdido o quizás nunca lo tuvo como su padre, por esto, utilizará una serie de nombres, apodos, designaciones, para intentar llenar aquel vacío. La propia voz del narrador se desdoblará en tantas identidades como sean las compulsiones síquicas que lo presionen. El Mudito será también la séptima vieja, Boy, Jerónimo, la cabeza de cartón piedra, el imbunche. Este exceso de identidades es lo que le da a la voz narrativa un carácter monstruoso. Desde una perspectiva simbólica¹⁸ el *mons-*

¹⁷ Jacques Derrida. *La Escritura y la Diferencia*. Op. cit. p. 13-14.

¹⁸ Juan-Eduardo Cirlot. *Diccionario de símbolos*. Ed. Labor. Barcelona, 1969.

truo es un «estado inmediato al caótico», también se le asocia con la «exaltación afectiva de los deseos, la exaltación imaginativa en su paroxismo, las intenciones impuras». Esas definiciones explican de alguna manera la forma de confesión que el Mudito adopta, ya que al relacionarse con la deformidad de Boy y sentir de alguna manera que ese niño es también producto de su relación con la Peta Ponce, esto podría significar que Boy es la consecuencia de todo aquello oculto e impuro que él contiene en su interior. Este sentimiento de deformidad y caos se refleja en la forma misma del discurso confesional, es decir, fragmentado, alucinado y perverso. Humberto Peñaloza poco a poco se va transformando, ya sea en su relación con Don Jerónimo, ya sea en el proceso mismo de subjetivación que se realiza en la confesión, hasta convertirse en un monstruo, en ese ser mitológico «Todo cosido. Obstruido todo los orificios del cuerpo, los brazos y las manos aprisionadas por la camisa de no saber usarlas...» (p.64) que se augura desde el inicio de la narración. Por lo tanto, la figura del monstruo viene a materializar la concepción de identidad que el Mudito siente de sí mismo, ya que es indefinible, innombrable y sólo se puede acceder a ella a través de la exaltación de la imaginación y los deseos.

Otro acercamiento a la figura del monstruo la podemos encontrar en Foucault que, desde una perspectiva jurídica, le entrega ciertas características como la deformidad, la lisiadura y la mezcla¹⁹. Esta última cualidad es la más importante para enfocar la figura del Mudito, ya que la mezcla se da en diferentes niveles, como son la de especies (hombre y animal), de dos individuos (cabezas, piernas, etc.), de los sexos (hombre y mujer) y de forma (que no posee ciertas partes). Cualquiera que sea el nivel de mezcla, siempre el resultado será el monstruo. Por esta razón, el carácter monstruoso es la mejor forma de analizar la novela, ya que la *mixtura* es el elemento que traspasa todos los ámbitos: se mezclan los personajes, se mezclan las historias, se mezclan los cuerpos, se mezclan los diferentes discursos, se mezclan los narradores. La condición anormal de la novela en su estructura misma, se relaciona simétricamente con la configuración misma de los personajes por medio de la mirada y la voz deforme del Mudito. De esta forma, podemos argumentar que la novela y su voz narrativa intentan infringir un orden impuesto, ya sea a la tradición literaria que se había mantenido hasta ese instante, al discurso racional, lineal y lógico que poseía el narrador decimonónico, al sujeto entendido como una sustancia invariable y definible, en suma «transgresión, por consiguiente, de los límites naturales, transgresión de las clasificaciones, transgresión del marco, transgresión de la ley como marco: en la monstruosidad»²⁰.

Para concluir, debemos agregar que el discurso de la novela posee las características del *artificio* y la *parodia* en el sentido dado por Severo Sarduy²¹ a aquellas obras latinoamericanas que se han escapado del eje central de los movimientos por medio de una metonimización irrefrenable. El artificio es entonces, la forma de construcción de la novela a través de un proceso de enmascaramiento, de envolvimiento progresivo, de irrisión. Estas formas se observan principalmente en la *proliferación* como cadena metonímica en que debemos inferir los significados, sobre todo en lo que se refiere a ciertas figuras claves de la obra como son el Mudito (donde la proliferación es llevada al extremo), las viejas de la Casa de Ejercicios, las cuales, al inicio de la novela, se presentan en una situación que, en sí misma, muestra este carácter proliferante como es la búsqueda y apertura de paquetes dentro de paquetes (otra metonimia). La máscara es, también otra forma de proliferación, ya que es la manera en que los personajes se presentan. No podemos saber *quiénes* son, pero sí qué máscaras usan, ya que con una se puede estar «anulando con la nueva investidura toda existencia previa, todas, el Mudito, el secretario de Don Jerónimo, el perro de la Iris, Humberto Peñaloza...» (p.89). La *condensación*, como otra forma de artificio, también aparece en reiteradas ocasiones, sobre todo en la superposición o montaje de historias que se mezclan para dar origen a otra diferente, como es el caso de la historia maulina, la perra amarilla, la niña-beata, Inés, etc. Por otro lado, la parodia que, para Sarduy tiene como fundamento el carnaval, se define como un «espectáculo simbólico y sincrético en que reina lo ‘anormal’, en que se multiplican las confusiones y profanaciones, la excentricidad y la ambivalencia, cuya acción central es una coronación paródica, es decir,

¹⁹ Michel Foucault. *Los Anormales*. Ed. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2001, p. 68.

²⁰ *Ibíd.*

²¹ Severo Sarduy. *Ensayo Generales sobre el Barroco*. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 1987.

una apoteosis que esconde una irrisión»²². La confusión y el afrontamiento junto con la interacción de diferentes estratos (históricos, sociales, subjetivos, etc.) que se manifiesta en la abundancia del lenguaje provocan esta burla, esta sonrisa que nos provoca el discurso al parodiar al narrador, pero sobre todo al discurso confesional, que se presenta deformado, porque su finalidad no es provocar el perdón de los pecados, sino mostrar su carácter monstruoso.

La deformidad, por lo tanto, se constata en la figura del *espejo*, en la imagen que se resiste al reflejo de la totalidad, como lo afirma la voz narrativa al decir «cuando por fin alzo la vista te veo encuadrado en ese espejo borroso, deforme mi rostro angustiado en esa agua turbia en que se ahoga mi máscara...»(p.165). ¿Qué refleja el espejo? La inarmonía que traspasa el cuerpo de los personajes y el cuerpo de la novela. También refleja la ruptura de la homogeneidad, ya que el reflejo que se observa es sólo una máscara, no hay rostro porque este no existe, sólo su mala copia. El deseo perverso, obsesivo de algo que no se puede alcanzar como son la sexualidad plena, al otro como objeto de placer, a una identidad plena, porque éstos no existen, son sólo una ilusión. Por lo tanto, el espejo es la pantalla de la carencia que al observarse detenidamente recusa toda instauración, metaforiza el orden discutido, al dios juzgado o la ley transgredida. Es por su reflejo que el narrador puede decir que es allí «donde su luz desentraña los últimos miedos y ambigüedades enfundados: soy este paquete» (p.537).

© Mónica Barrientos

* * *

BIBLIOGRAFÍA

- CIRLOT, Juan-Eduardo. (1969). *Diccionario de Símbolos*. Barcelona. Ed. Labor.
- DERRIDA, Jacques. (1989). *La Escritura y la Diferencia*. Barcelona. Ed. Anthropos.
- DONOSO, José. (1985). *El obsceno pájaro de la noche*. Santiago de Chile. Ed. Seix Barral.
- FOUCAULT, Michel. (1991) *Historia de la sexualidad*. V.1 “La voluntad de saber”. México. Ed. Siglo XXI
- (2001) *Los Anormales*. Buenos Aires. Fondo de Cultura Económica.
- GENETTE, Gerard. (1972). “La Voz”, en Gerard GENETTE. “Figures III”. Paris. Editions Du Seuil.
- MORALES, Leonidas. (2004) *Novela Chilena Contemporánea*. José Donoso. Diamela Eltit. Santiago de Chile. Ed. Cuarto Propio.
- RICOEUR, Paul. (1996). *Si mismo como otro*. Madrid, Ed. Siglo XXI
- SARDUY, Severo. (1987) *Ensayo Generales sobre el Barroco*. Buenos Aires. Fondo de Cultura Económica.
- (1988) “El Barroco y el Neobarroco” en César FERNÁNDEZ. *América Latina en su Literatura*. México. Ed. Siglo XXI

La autora:

Mónica Barrientos. Magíster en Literatura. Universidad de Chile. mmonicabarrientos@vtr.net

²² Severo Sarduy. “El Barroco y el neobarroco” en César Fernández Moreno. *América Latina en su Literatura*. Ed. Siglo XXI, México, 1988.

LA DEGRADACIÓN DE EL CARAJÓ

El apando, de José Revueltas

por Juan Fernando Covarrubias Pérez

En *El apando*, José Revueltas, «el novelista con mentalidad más teórica que ha habido nunca», como lo llamara José Emilio Pacheco en «Revueltas y el árbol de oro», prólogo a *Las evocaciones requeridas* I, aborda la problemática particular de tres reclusos: Albino, Polonio y *El Carajo*, y sus mujeres: Meche, La Chata y la madre de *El Carajo*. Estos tres hombres –si así se les puede llamar– han determinado su existencia respecto al uso de droga, que les llegaba a las manos invariablemente; sólo que, a últimas fechas, ya no es posible conseguirla tan a menudo, por lo que planean que la madre de *El Carajo* –auxiliada por las novias de los otros dos– introduzca la droga a la cárcel llevándola –como un supositorio– en las pantaletas. Revueltas, a la par de este deshilvanamiento narrativo, va incorporando otros tópicos: la presencia de los monos –como la animalización del ser humano–, los carceleros; la relación de Albino y Polonio con Meche y La Chata y su carga de eroticidad, la relación madre-hijo, hijo-madre entre *El Carajo* y la mujer que lo parió y que se muestra un tanto contrariada al respecto; los planes de Albino y Polonio de asesinar a *El Carajo* –a quien sólo toleran porque su madre será la proveedora de la droga; cuando este asunto se haya finiquitado, entonces sí podrán darle muerte sin pensársela dos veces–, la paulatina degradación que es perceptible en estos tres reclusos: todo se ven inmersos en un proceso que los va convirtiendo en semi-hombres, pues sus intereses obedecen ya solamente no a una aspiración de crecimiento, sino a pretensiones mezquinas, efímeras, gozosas, ilegítimas, mal vistas, que merecen el señalamiento dogmático de una sociedad que, al fin, los ha recluido no sólo en una cárcel, en el vientre de esos muros metálicos y altos, sino en ellos mismos, en su enroscamiento hacia adentro como seres despiadados, despóticos, irracionales, casi vueltos animales.

Siguiendo este derrotero de galería de personajes que pueblan *El apando*, se propone ahondar en un espécimen cuya actuación resulta de vital importancia en el devenir de la novela: *El Carajo*, uno de los tres apandados, el único que tiene madre, «tener madre era la gran cosa para el cabrón, un negocio completo»¹. Pero no se tratará sólo de retratar a este espécimen, sino de deconstruirlo a través de toda su carga de ser atroz y repugnante, y delinear su progreso de degradación: de ser cada vez menos en un crecimiento que va a la inversa, la llamada «síntesis negativa» de la que tanto hablara Revueltas y Evodio Escalante rescata.

Se ha dicho que al escritor duranguense le importaba recrear en sus textos no sólo la realidad tal cual, sino dentro de un espectro en el que todo tiene una explicación, nada sucede porque sí, todo obedece a un antecedente y, por consiguiente, proyecta una consecuencia.

Según Revueltas, la realidad siempre resulta un poco más fantástica que la literatura, no obstante que «(...) la realidad no es una simple materialidad: ni un caos ni un mero 'estar ahí'. (...) es una realidad ordenada, afectada de un movimiento propio, no externo sino interior a ella, y que se rige por los principios más generales de la dialéctica»². A propósito de ello el papel de *El Carajo* en el plan de introducir la droga en la cárcel, su participación al contribuir en el convencimiento de su madre para que la lleve oculta en su cuerpo, su terca insistencia de que sea él quien reciba el paquetito de manos de su madre y, al fin, el que echa abajo todo ese aparato de la ilegalidad puesto en marcha, al denunciar, tras de que Polonio y Albino han sido reapandados después de aguerida pelea con los monos, a su propia madre ante un oficial, perfilan a un hombre inmerso en un proceso de degradación. Es decir, este devenir de *El Carajo*, esta manera de ser y dejar-de-ser

¹ REVUELTAS, José. *El apando*, Ediciones Era, México, 2005. p. 41

² ESCALANTE, Evodio. José Revueltas. *Una literatura del «lado moridor»*, Ediciones Era, serie «Claves», México, 1979. p. 20.

obedece a esa realidad ordenada, perfectamente engarzada con eventos subsecuentes a la que Revueltas recurría.

Los pasos de *El Carajo* en el texto se ajustan, según lo estipulado por Evodio Escalante, al *lado moridor* de la literatura revueltiana. El racimo de actitudes, gestos y palabras; su decir y actuar en el universo carcelario, le imprimen a *El Carajo* un aura de ser que se ha trepado –y, aunque no lo intenta, no puede bajarse– al carrusel de la fatalidad, fatalidad que no puede ocultar, antes bien la muestra para, más allá de un señalamiento de su condición, hacerse notar en aquel mundo de barrotes y rejas, gris, frío, desolado, sólo vigilado por unos cuantos hombres que han extraviado esa condición y han asumido la de un animal: los monos, celadores, siempre avezados ante la transa y el sueño de fuga de sus vigilados.

1. (...) Si de lo que se trata es de capturar la verdad del mundo real, el sujeto no puede dejarse llevar (...) por los efluvios de su aislada subjetividad; lejos de despegarse de ella, su actividad consiste en acercarse a la realidad de tal modo que ésta pueda ser “ordenada, discriminada, armonizada dentro de una composición sometida a determinados requisitos”³.

En la celda del *apando* sólo había un resquicio para alejarse de ese encierro que ahogaba: un rectángulo por el que se podía asomar sólo la cabeza y otear el exterior; por la posición de ésta, para poder ver algo quien se asomara tenía que inclinarse sobre el lado derecho, pero «a *El Carajo* precisamente le faltaba el ojo derecho, y con sólo el izquierdo no vería entonces sino nada más la superficie de hierro»⁴. La imposibilidad estaba dada por un impedimento físico; su cuerpo tullido (cuerpo baldado), la pierna blandengue, el ojo ausente, lo hacían ser y a su cuerpo un ser-cuerpo, es decir, estas características desdeñables desde un punto de vista estético en tanto cuerpo humano bello, lo hacían existir, lo dotaban de una personalidad y una conciencia; aunque ésta estuviera velada.

Por otro lado, «por eso lo apodaban *El Carajo*, ya que valía un reverendo carajo para todo, no servía para un carajo, con su ojo tuerto, la pierna tullida y los temblores con que se arrastraba de aquí para allá, sin dignidad, (...) la costumbre que tenía de cortarse las venas cada vez que estaba en el *apando*, los antebrazos cubiertos de cicatrices»⁵. Este abandonarse a sí mismo, de hundirse a sí mismo hasta lo más profundo de los límites humanos, rebajado sin parecer importarle nada, lo hacían desear la muerte, aunque, paradójicamente tampoco deseaba morir (Cfr. *La literatura del lado moridor*, Evodio Escalante). *El Carajo* ya había iniciado un peregrinaje hacia el lugar de donde no es posible el retorno, había traspuesto los límites de la cordura y la propiedad de sí, para abalanzarse sobre un estado no consciente de las posibilidades, sobre un estado en el que la droga, como antes en el vientre de su madre, representaba su líquido amniótico, su mar abierto al momento de hacerse a la mar.

«Ese cuerpo que parecía no pertenecerle, (...) cuando lograba poseerlo, meterse en él, acostarse en su abismo, al fondo, (...) meterse dentro de su propia caja corporal...»⁶, no constituía sino un intento por reapropiarse el mundo, un mundo que ya se le había ido de las manos; «...Para Heidegger, en efecto, ser hombre es ser en el mundo, y eso es posible por el cuerpo; el cuerpo es quien nos individualiza, quien nos da una perspectiva del mundo...»⁷. Cuerpo que no había podido retener por serle una masa informe, y por ser sólo el deterioro de su relación con su entorno, sobajado por el desprecio de sus compañeros en el *apando*, de sus valedores en el compartir de la droga, de sus amigos por conveniencia.

³ Ibíd, p. 22.

⁴ REVUELTAS. *Op. cit.* p. 15.

⁵ Ibíd, p. 15.

⁶ Ibídem. págs. 15-16.

⁷ SÁBATO, Ernesto. “Cuerpo, alma y literatura”, en *El escritor y sus fantasmas*, Buenos Aires, Emecé Editores, 1976. págs. 136-137.

2. Esta realidad tiene un «movimiento interno propio», (...), un *modo* (...), un *método*.⁸

El Carajo suplicaba mirarlos él también por el postigo. Polonio pensó todo lo odioso que era tener ahí a *El Carajo* igualmente encerrado, apandado en la celda. «¡Pero si no puedes güey...!»⁹. *El Carajo* se erige como depositario del mecanismo que echa a andar el engranaje de la narrativa revueltiana en algunos nudos argumentales de *El apando*, pues el narrador, de alguna manera, lo dota de posibilidades cuando estaban casi extintas. De las sombras, a paso lento, no obstante ser considerado un estorbo, emerge para participar en el transcurso de la novela: «La rabia de tener ahora aquí a *El Carajo*, y el deseo de que muriera y dejara por fin de rodar en el mundo con ese cuerpo envilecido. La madre también lo deseaba con igual fuerza, con la misma ansiedad. Muérete muérete muérete»¹⁰. Su presencia, a más de ser incómoda para quienes lo rodean, es motivo del anidamiento y prolongación de un odio exacerbado, desmedido, violento, asesino en sus pretensiones: Albino estaba decidido a matarlo, y ella (su madre), sin duda, quería que se muriera; pero el estar inmerso en su misma insignificancia lo salvó. *El Carajo*, quizá como ningún otro personaje de los tantos que desfilan en *El apando*, personifica el *lado moridor* de la máquina literaria revueltiana.

3. Este método no es otra cosa que el *lado moridor* de la realidad, es decir, su lado *dialéctico*, aquel que nos muestra a la realidad como un devenir sujeto a leyes, y que, en tanto estructura de la temporalidad, en tanto devenir, se encamina necesariamente hacia su *desaparición*¹¹.

«¡Déjalo!», libre de las garras de Albino, *El Carajo* quedó como un saco inerte en el rincón»¹². De esa libertad, ensimismada, de laberinto entre rejas y barrotes, *El Carajo* pudo extraer las herramientas para transitar, intocable, invencible, a otro plano, aquél en que el proceso de degradación que sufrió lo llevó a la finitud, no obstante seguir viviendo.

«Pero ahí estaba *El Carajo*, un anti-Dios maltrecho, carcomido. Parecía un endemoniado con el ojo de buitre colérico al que se asomaba la asfixia»¹³. Esta momentánea resurrección inesperada, pese a que todavía Albino y Polonio deseaban acabar con él, le confiere a *El Carajo* la investidura que le hacía falta: la del ser deforme por antonomasia, blanco del repudio generalizado, del marcado rechazo mas, al fin, también de aquel ser que se sobrepuso a los demás, a un acabar con el mundo y su lógica siempre requerida.

«Puesto que la lógica del mundo es una lógica de la *acumulación*, cada descenso, cada grado que se suma en la tabla de la degradación, es al mismo tiempo una manifestación de fuerza, un paso *adelante* hacia el rebasamiento de este infierno»¹⁴. *El Carajo* ya se ha lanzado al vacío, el escalón último que lo lleva a dejar-de-ser, porque al tener lugar una pelea encarnizada entre tres monos y Albino y Polonio en el cajón, *El Carajo* se mantenía dentro del círculo próximo a la pelea, pero sin atreverse a encarar el enfrentamiento. No tan sólo de manera simbólica, sino físicamente abandona a los apandados, los mira batirse y recibir y dar golpes, tan lejos pero tan cerca al mismo tiempo, tan a la mano y tan a trasmano a la vez; nunca se decide a intervenir en la gresca; *el Carajo* es un ser cobarde.

Se está delante de un rigor absoluto: no hay nada en esta máquina que haga pensar en el progreso. Mejor dicho, el único detectable es un progreso de la degradación, una horrible intensificación de lo deforme y lo degradado¹⁵.

«*El Carajo* logró deslizarse hasta los pies del oficial que había venido con los celadores. ‘Ella –

⁸ ESCALANTE. *Op. cit.* p. 22.

⁹ REVUELTAS. *Op. cit.* p. 14.

¹⁰ *Ibíd.* p. 17.

¹¹ ESCALANTE. *Op. cit.* p. 22.

¹² REVUELTAS. *Op. cit.* p. 33.

¹³ *Ibíd.* p. 37.

¹⁴ ESCALANTE. *Op. cit.* p. 25.

¹⁵ *Ibíd.* p. 72.

musitó mientras señalaba a su madre con un sesgo del ojo opaco y lacrimeante—, ella es la que trái la droga dentro, metida entre las verijas. Mándela a esculcar pa que lo vea'»¹⁶. (Revueltas. 2005:55-56). Asistimos así al deslumbramiento de un ser degradado —moralmente—, donde estriba el peso de su condena a la soledad revueltiana, como un personaje que se deja ir, que está «en fuga», que se repliega sobre sí mismo, aun a costa de infligirse sufrimiento, y que no obstante su desaparición, su finitud, no muere, permanece como la última creación.

Como bien asienta Fuentes Morúa, «la dominación, el poder y su despótica férula se ejerce sobre cada uno de los cuerpos, desorganizando cualquier posibilidad de comunidad, de asociación libertaria, o sometiendo el amor, la amistad y la simpatía a la fuerza del dinero»¹⁷. *El apando* es más que una cárcel, más que celdas, barrotes, monos, visitas, transa, tráfico de droga, vida en soledad, de rabia contenida, de amistad y enemistad; es el contenedor del repudio, de un odio que va germinando, al interior, al exterior, al punto de que llega a expandirse y tocar todos los entes que viven enclaustrados no sólo en la celda del *apando*, sino en todas las celdas, en ese mundo geométricamente cuadrículado, pletórico de barrotes, sótanos, búnquers de cemento frío, cadenas, apandos y reapandos; lugares que remiten irremediabilmente al mundo de las tinieblas, de la oscuridad, pero también al de la luminosidad, el del bien, pues los hombres sometidos, y junto con ellos *El Carajo* que está «siempre al filo de la muerte», en todas estas oquedades represivas buscan escapar de ellas, aunque sólo sea para respirar aire puro, para, en su finitud, en su inexorable desaparición, seguir existiendo hasta su límite mismo.

© Juan Fernando Covarrubias Pérez

* * *

BIBLIOGRAFÍA:

ESCALANTE, Evodio. *José Revueltas. Una literatura del «lado moridor»*, Ediciones Era, serie «Claves», México, 1979.

FUENTES MORÚA, Jorge. *José Revueltas, una biografía intelectual*, Universidad Autónoma Metropolitana y Miguel Ángel Porrúa, Grupo Editorial, México, 2001.

REVUELTAS, José. *El apando*, Ediciones Era, México, 2005.

PACHECO, José Emilio. «Revueltas y el árbol de oro», en José Revueltas, *Las evocaciones requeridas I*, Obras Completas, 25, Ediciones Era, México, 1987.

SÁBATO, Ernesto. «Cuerpo, alma y literatura», en *El escritor y sus fantasmas*, Buenos Aires, Emecé Editores, 1976.

El autor:

Juan Fernando Covarrubias Pérez (Guadalajara, México, 1975). Es Licenciado en Letras Hispánicas por la Universidad de Guadalajara. Corrector de estilo de dos periódicos y una revista y coautor de los volúmenes: *De fiesta por Jalisco*, editado por la Secretaría de Cultura en su colección «Las culturas populares de Jalisco» (n. 13); y del volumen de ensayos *Memoria de palabras*, editado por Prometeo Editores y la Universidad de Guadalajara. Es colaborador de *El Tapatío*, suplemento cultural dominical del periódico *El Informador*, y de las revistas *Caminos*, y *Ulama*, publicación infantil de literatura y recreación. Tiene estudios en narrativa cinematográfica y actualmente trabaja en dos proyectos: uno sobre la locura en la literatura y otro más sobre historia, leyendas y mitos del tequila. Además, tiene un poemario en proceso de revisión y edición, cuyo título tentativo es *En un día de éstos*.

¹⁶ REVUELTAS. *Op. cit.* p. 56.

¹⁷ FUENTES MORÚA, Jorge. *José Revueltas, una biografía intelectual*, Universidad Autónoma Metropolitana y Miguel Ángel Porrúa, Grupo Editorial, México, 2001. p. 328.

ROBERTO BOLAÑO: LA PARTE DE LOS CRÍMENES

por Miguel Esquirol

[...]más de trescientas mujeres violadas y asesinadas en un periodo de tiempo extremadamente corto, desde 1993 hasta 2002, en una ciudad en la frontera con Estados Unidos, de apenas un millón de habitantes.

Roberto Bolaño. Entre paréntesis

En una ocasión Roberto Bolaño escribió sobre un libro que su admirado Nicanor Parra no había logrado escribir. Bolaño anota: «Me pregunto quién escribirá ese libro que Parra tenía pensado y que nunca escribió: una historia de la segunda guerra mundial contada o cantada batalla tras batalla, campo de concentración tras campo de concentración, exhaustivamente [...]» (*Entre Paréntesis*, 2004). Este es un libro que compara con el *Canto General* de Neruda y que a Bolaño, gran recopilador de detalles, le parecía importante y quizás necesario. La descripción de aquella obra monumental jamás escrita contaría una historia conocida pero no suficientemente comprendida como es la de la Segunda Guerra Mundial, aquel momento en la historia que demuestra el mayor horror concebible y que podría haber destruido, o al menos cambiado a la humanidad, y de paso a la literatura como planteaba Adorno.

El tema del horror, de la violencia y la maldad será el corazón de aquella obra y la narración como dice en el texto «contada batalla tras batalla, campo de concentración tras campo de concentración» era la única forma que Parra (y Bolaño) concebían para contarla. El libro de 2666 de Roberto Bolaño también habla de violencia y horror, de una violencia quizás no tan desmedida como la de la Segunda Guerra Mundial pero bastante menos conocida. Quizás esa fue la razón que lo llevaría a realizar su obra póstuma y sobretodo a escribir el capítulo «La parte de los crímenes» en su magna obra 2666. Es así que en «La parte de los crímenes» relataría los asesinatos de las mujeres en Ciudad Juárez contados crimen tras crimen, asesinato tras asesinato repitiendo aquello que decía de la obra no escrita de Parra.

¿Cuál fue la razón que lo llevaría a escribir esto? ¿Cuál es el motivo de esta relación exhaustiva (usando sus propias palabras) de crímenes para narrar este hecho monstruoso?

En una entrevista que tuve la fortuna de hacerle le pregunté a Roberto Bolaño sobre la forma de narrar la violencia. «Narrar la violencia es muy difícil. Una respuesta práctica sería desechando el solipsismo¹ [...]. En cambio el behaviorismo² es una literatura de conductas, de hábitos. Un personaje es lo que hace, es lo que dice. Una literatura objetiva al máximo. El problema es que una literatura así, narrando estados de violencia en Latinoamérica, puede caer rápidamente en una prosa policíaca» (*El Juguete Rabioso*, 2003). Esta frase quizá podría ser un inicio para encontrar una respuesta.

LA REPRESENTACIÓN DEL MAL

Otra obra donde Bolaño narraría el mal y la violencia, pero en un tono muy distinto, es en la novela *Estrella distante*. En esta también intenta develar el sentido de la violencia y de la maldad pero a diferencia de 2666 centrando la historia en el criminal (lo que hace y dice) y no en las víctimas.

Estrella distante cuenta la historia de Carlos Wieder, personaje por el cual el narrador siente atracción y repulsión, su carrera artística y los asesinatos que comete. Uno de los puntos centrales del libro es que la obra artística del asesino no es un monstruoso reflejo de sus crímenes, sino es una obra de arte estética y crítica. Este alejamiento entre lo artístico y lo moral es para Bolaño una de las claves para

¹ Solipsismo es la creencia metafísica de que lo único que en realidad podemos saber es que sólo existe uno mismo, y la realidad que nos rodea puede no ser más que parte de los estados mentales del propio yo.

² El behaviorismo se fundamenta en la proposición de que el comportamiento es interesante y merecedor de investigación científica *per se*.

hablar sobre mal.

En el personaje de Wieder, Roberto Bolaño reúne la maldad en íntimo contacto con la cotidianidad del arte y la poesía. Dando un paso más allá del dado en *La literatura Nazi en América*, Bolaño decide describir el aura de brutalidad que gira alrededor de un personaje y las huellas que esta va dejando en su propia historia y en los personajes con los que interactúa.

Pero si en *Estrella distante* Bolaño habla de los crímenes a partir de una obra estética (de la cual los crímenes pueden formar parte), en «La parte de los crímenes» Bolaño decide dejar fuera de su universo narrativo todo lo estético para relatar exhaustivamente, (otra vez volvemos a esta palabra), y casi policialmente todos los crímenes ocurridos. A pesar de que existe claramente un intento estético en la narración de este capítulo, la descripción de los crímenes (no los describe todos, pero como si lo fueran por su cantidad) no tiene un afán estético sino principalmente descriptivo y moral. En este libro está muy claro dónde se encuentra el mal: en los cadáveres de todas las mujeres que se van encontrando semienterrados en la arena. Aquí no se oculta el crimen, no se lo esconde detrás de la historia del criminal (porque no se lo conoce) ni se utiliza un disfraz estético para su descripción.

Los asesinatos tan iguales pero tan diferentes en sus particularidades, tantos que llegan hasta el hartazgo y la náusea, descubren el objetivo de Bolaño. Aunque el resto del libro tenga objetivos estéticos y narrativos, este capítulo, esta novela monstruosa en su misma construcción, tiene sobre todo un objetivo moral: La narración del mal. Un objetivo y una forma similar al libro que Parra nunca escribió. Bolaño describe crimen a crimen, mujer a mujer, todos aquellas crímenes de jóvenes muertas por mano desconocida en Ciudad Juárez.

Borges ya repetía: «Un hombre son todos los hombres», pero en este caso Bolaño quiere dar la vuelta a este enunciado mostrando que a pesar de las similitudes de todos los crímenes, no basta con mostrar un crimen para comprenderlos todos, hay que mostrar todos los crímenes para acercarnos a su comprensión.

CONCLUSIÓN

En el libro *Estrella distante*, a diferencia de «La parte de los crímenes», no existen cadáveres, únicamente crímenes y palabras, como si entre estos dos elementos inmateriales se quisiera conjurar la ausencia de cadáveres. Pero esta afirmación es errónea, en *Estrella distante* hay un solo cadáver, el de Angélica Garmendia, que pasa inadvertido después de leer la incomparable marea de seres humanos muertos, putrefactos o ya simplemente huesos en la tierra. «La parte de los crímenes» está inundado de cadáveres. *Estrella distante* habla de crímenes, en «La parte de los crímenes» no existen estos, solo los cadáveres. Lo único que nos queda son los cuerpos semidesnudos de las mujeres muertas.

El narrador de *Estrella distante* también se da cuenta de esta diferencia, escribe: «nunca se encontrarán los cadáveres, o sí, hay un cadáver, un solo cadáver que aparecerá años después en una fosa común, el de Angélica Garmendia, mi adorable, mi incomparable Angélica Garmendia, pero únicamente ése, como para probar que Carlos Wieder es un hombre y no un dios» (*Estrella Distante*, 1996).

Y esta última diferencia entre el hombre y el dios desvela el verdadero horror del libro de Bolaño. Cientos de cadáveres y la sombra de muchos cientos más de los que nadie supo nada. Si bien el título de la obra largamente debatido, 2666, hace referencia a una cifra demoníaca e inhumana, la presencia de los cadáveres demuestra justamente lo contrario. Los crímenes han sido realizados por hombres y solamente por hombres. No hombres casi dioses como Wieder, sino por hombres normales que se esconden en las sombras, en los coches oscuros, en su dinero, pero hombres. Y los cadáveres de cientos de mujeres son prueba de ello.

© Miguel Esquirol

El autor:

Miguel Esquirol. Nace en Bolivia, vivió en Barcelona y por el momento reside en Estados Unidos. Es periodista, escritor y blogger. Actualmente estudia un master en Literatura Hispanoamericana en OSU. Su bitácora es <http://elforastero.blogalia.com>

TRES CUENTOS DEL FOTÓGRAFO MANUEL MARTÍN MORMENEO

por Antón Castro

1

Martín Mormeneo oyó en el kiosco de Oliverio Melús que se había muerto alguien a las cinco de la mañana. Es la noticia ingrata del día. Una conmoción invisible se instala en la panadería, en el estanco, en las tabernas o en el parque donde los ancianos bisbisean. Uno, que todavía monta en bicicleta y recorre sus campos, dice: «Un día nos tocará a nosotros como a cualquier carnuz. Mientras, fumemos». Y fuman con parsimonia, sobre el banco de hormigón, como lagartos que apuran el último sol del verano. Es una mañana tibia y monótona en este barrio de las afueras, sacudido una y otra vez por el ruido de los aviones. Martín Mormeneo ya ha comprado los periódicos y el pan, y enfila hacia casa. Se encuentra con otro anciano de ojos azules, con el que charla a menudo cuando pasea a su perra Eloísa, y le pregunta quién se ha muerto. «El antiguo practicante. Era de aquí y valía más que todos esos médicos de ahora». Mormeneo quiere saber algo más de él. «No le importaba levantarse a cualquier hora, lloviese a cántaros, hiciese cierzo o nevase –agrega el anciano—. Lo mismo te pinchaba, que te curaba o te recomendaba una pastilla. Aquí todos lo conocíamos. Qué hombre: seco, alto y muy hablador. Seguro que lo ha visto. En la iglesia ya han escrito su nombre: Segundo Cayuela, quinto mío del 44. Al terminar su trabajo, pedía un vaso de vino. O dos. Era su único defecto».

Martín Mormeneo sigue andando y piensa que aquello no era un defecto, sino una forma de relación con la alegría. Coge una de sus cámaras, una Canon convencional, y regresa a la plaza. Enfoca la portalada de la iglesia, comprueba a través del visor que se leen las letras del nombre del difunto, Segundo Cayuela Miravete, y dispara. En ésas, sale el sacerdote de la taberna Casa Indalecio y lo observa un instante. «Esa foto no le servirá de nada –le dice—. Es falsa. El muerto es otro: su hermano gemelo, Abelardo, que se dedicaba a la cría de caballos en Torremedina. Acaba de llamarme Segundo y me lo ha dicho: ‘No me mate antes de tiempo, señor cura, aunque es bonito saber que la gente me aprecia’. Jamás me había pasado algo así». El sacerdote, José Aniés, sólo lleva dos meses en la parroquia.

El anciano de los ojos azules tampoco le había dicho a Martín Mormeneo que Segundo Cayuela es un formidable bromista, capaz de inventarse su propia muerte. O de inventarse un hermano gemelo.

2

La vida sentimental de un hombre al que han abandonado es muy compleja. Ese era el caso de Martín Mormeneo. Su mujer lo había dejado y se había fugado con su primer novio, un poeta de Olivenza que escribía en portugués y en castellano en la revista *Espacio-Espaço*. «Me marchó yo antes de que me dejes tú. Cuida a los niños», fue la escueta nota que se encontró en la mesa de la cocina. El desengaño le había cambiado la vida, pero no el gusto por las mujeres. Ahora podía decir algo que había escrito en sus diarios muchas veces: le gustaban casi todas. No era indiferente a casi ninguna y en el fondo se sentía un cazador agazapado, un observador que siempre está dispuesto al amor. Las únicas fotos que había robado eran de mujeres que pasaban ante sus ojos y reclamaban su atención por algo: por su forma de andar, por la variada belleza de sus traseros, por un gesto de despreocupación al cruzar la plaza, por su complexión despampanante construida con curvas y pliegues, por un irresistible encanto en el pelo o en los ojos al que no acertaba a ponerle palabras. Martín Mormeneo se decía a sí mismo que era un mirón. Desde su forzada separación no podía alardear de conquistas; en un par de ocasiones se dejó convencer por su amigo Oliverio Melús y fue a un club de las afueras. Se acostó con una brasileña, tan suave en el hablar como ardiente en la intimidad, y con una cubana de ojos aterciopelados como una noche cerrada con temblor de estrellas. Fue-

ron amores urgentes y tempestuosos de pago que le devolvieron la felicidad y tal vez una cierta sensación de hombría recobrada, pero no quiso volver. Oliverio Melús, cuando lo veía entrar por la prensa o por revistas, se quitaba los cascos de la radio y le narraba sus últimas aventuras: historias sexuales, con pelos y señales, con rumanas, brasileñas, búlgaras, rusas o cubanas. Él también se había separado, a él también lo había engañado su mejor amigo, y el único compromiso que estaba dispuesto a adquirir era el del feroz intercambio de líquidos con extrañas. Si alguna se ponía tierna, la llevaba de paseo en su Yamaha de 750 cc. por el aeropuerto o a orillas del Canal Imperial; una vez detuvo la moto bajo una higuera y allí consumó uno de sus sueños eróticos: poseer sobre el asiento a una bahiana sedosa llamada Clarice. Oliverio Melús era un moderno a su pesar al que le perdía su afición a los libros de psicología y de autoayuda. «Necesito conocerme a mí mismo», repetía en cualquier instante.

Martín Mormeneo es de hábitos fijos. Hay cosas que no cambiaría por nada. Pasear a su perra Eloísa, por ejemplo. Lo hace por la mañana, antes de ir al trabajo, y por la noche, en un descampado, próximo a la iglesia que diseñó el joven arquitecto Ricardo Magdalena. Pueden darle la una o las dos. Se sienta en el banco, abre uno de sus catálogos de fotografía y sólo levanta los ojos de vez en cuando hacia el animal suelto. Un viernes ocurrió algo que no se esperaba: una mujer salió del pub, o quizá bajó del último autobús, no lo sabía con certeza, y cruzó la explanada en dirección a una casa. Martín Mormeneo la vio pasar entre sombras, llevaba minifalda y un cimbreo de caderas que la oscuridad no lograba apaciguar. Se saludaron por pura cortesía y por aliviar el temor recíproco a un desconocido; ella siguió su camino, llamó al timbre y entró. El ocioso fotógrafo pensó que iba a un encuentro de amor y fantaseó unos minutos con esa sospecha. En la planta superior se encendió una luz, y alguien abrió la ventana y bajó hasta la mitad la persiana. Nadie, desde afuera, podría verla a ella ni a su fogoso amante. Algo parecido volvió a ocurrir el sábado: él la vio llegar, pero ella no se percató de su presencia. Estaba aún más hermosa que la noche anterior. Esta vez llevaba una camisa clara, de tono rojizo, y otra minifalda vaquera. Los muslos relucían como dos fuegos fatuos en unas piernas interminables, como de bailarina. ¿Cómo no la había visto antes si hacía ya dos años que vivía en el barrio y muchas noches se había quedado a leer y a pensar cerca de su casa como un filósofo solitario y extraviado? Al poco rato, volvió a encenderse la luz. La ventana permaneció abierta y Martín Mormeneo atisbó una sombra detrás de la cortina. Estaba seguro de que era ella. Anduvo hasta el centro del descampado y miró descaradamente hacia la ventana. La perra corrió a su lado. Dentro, alguien apagó la luz, pero antes dejó caer un papel a la calle. Martín Mormeneo, con el corazón en un puño, aturullado como un adolescente que se lanza al amor, atravesó los matorrales, recogió la bola de papel, la desplegó y alcanzó a leer: «No haga esfuerzos ridículos. No me gustan los hombres maduros. Sonia».

«Martín Mormeneo es de hábitos fijos. Hay cosas que no cambiaría por nada. Pasear a su perra Eloísa, por ejemplo. Lo hace por la mañana, antes de ir al trabajo, y por la noche, en un descampado, próximo a la iglesia que diseñó el joven arquitecto Ricardo Magdalena. Pueden darle la una o las dos. Se sienta en el banco, abre uno de sus catálogos de fotografía y sólo levanta los ojos de vez en cuando hacia el animal suelto.»

3

Martín Mormeneo suele leer los periódicos por la mañana en el bar. Cada día en un local distinto: Bar España, Casa Indalecio, Mesón Las Moreras, El Labrador, El Asador... Es un ritual que le permite conocer a los paisanos y estar en contacto permanente con el barrio. Sus periódicos siempre están llenos de notas, de apuntes, de fotos que ve y que no se atreve a disparar en medio de la multitud de las tabernas. Una de las cosas que más le han llamado la atención es que en los cafés y en los restaurantes siempre hay una foto, dos, tres del torero local. Todas dedicadas. Algunos tienen instantáneas del joven de cuando era novillero, de cuando tomó la alternativa de matador, de cuando triunfó en una tarde feliz de tres orejas y un rabo en Madrid. O todas a la vez, perfectamente enmarcadas. Las dedicatorias son escuetas. Cuando se instaló en el barrio vio que la plaza portátil, que

estaba en la explanada, mucho antes de que empezasen a construir los chalés adosados y los pisos de varias alturas, llevaba el nombre del muchacho: Suso Barral. ¿Que como era el diestro? Más bien menudo, con cara de niño y el pelo abundante y rizado. Nadie habría dicho que allí había un héroe, un gladiador de la arena que forja día a día su modesta leyenda.

Martín Mormeno fue testigo de las expectativas que despertaban sus actuaciones; vio como la gente abría cada lunes los periódicos para leer la crónica de sus corridas: si estaba lanzado hacia la gloria, si fallaba con la espada y se mostraba rutinario en los naturales, si había estado despistado en una tarde en Zaragoza en la que debía haber sido la de su confirmación definitiva. Esos lances eran motivo de tertulia en la plaza o en el kiosco de Oliverio Melús. Una de sus hermanas, menuda y morena, con un cuerpo esculpido en vulnerable belleza, hacía una crónica apresurada de una corrida –en Ronda, en San Sebastián de los Reyes, en Écija– que apenas llegaba a las páginas de los diarios.

«Parecía hechizado. ¿Se habrá enamorado, por fin? ¿Latiría bajo esa languidez una pasión imposible? ¿Le habrá sentado bien dejar el barrio, el mesón de sus padres, el paseo de las moreras, el círculo de amigos que salen en moto, e instalarse en Colmenar?»

Sin embargo, algo raro empezaba a pasarle al joven matador. Andaba despistado, sin energía, mordido por la indolencia o por una enfermedad invisible que se parecía al mal de la añoranza. Así lo dijo el crítico Sabino Susín en una de sus crónicas taurinas. Y le contó a Martín Mormeno, a quien conoció a través del encuestador electoral Albino Miravete, que ni siquiera sus compañeros de cuadrilla entendían la mudanza. Parecía hechizado. ¿Se habrá enamorado, por fin? ¿Latiría bajo esa languidez una pasión imposible? ¿Le habrá sentado bien dejar el barrio, el mesón de sus padres, el paseo de las moreras, el círculo de amigos que salen en moto, e instalarse en Colmenar? Todo eso se preguntaban los

entendidos y los paisanos. Y su apoderado, y los monosabios, y tal vez los empresarios. Sabino Susín había hecho sus pesquisas y explicó a Martín Mormeno una rara e increíble historia. El torero, Suso Barral, había sucumbido a una extraña fascinación por los pájaros. Más que por todos los pájaros, por dos halcones en concreto: «Merlín» y «Galván». Con ellos había descubierto la cetrería. Iba a la finca, veía la plaza, contemplaba los toros y las vacas, y pasaba de largo; se dirigía hacia el entorno del lago junto a un pequeño bosque. Y allí, absorto en el vuelo rasante de los pájaros que acudían a su guante negro, se pasaba horas y horas. Los depredadores iban y venían de la fronda a su mano con un vuelo poderoso y recto. No quería saber nada del toreo de salón, ni de la práctica de banderillas, ni de la preparación física.

En las corridas era otro, un desconocido. Empezaba con fuerza, embarcando a la bestia con galanía y un desmayo dichoso; ejecutaba las verónicas con finura y una lentitud primorosa. Pero había un momento en que caía preso de la desidia y perdía el sitio, la compostura, la ciencia antigua de la lidia. Y se producían el naufragio, el abucheo, el aborrecimiento de sus seguidores. Hace unos días, en Ejea, tocó fondo ante un toro magnífico. Tan desesperado, tan perplejo estaba su apoderado, que le gritó desde el tendido: «Torea, zagal, torea. Entrégate de una vez que ayer se te murieron los halcones».

Hubiera querido añadir: «Una mano caritativa les pegó seis tiros de escopeta».

© Antón Castro

El autor:

Antón Castro (Arteixo, La Coruña, 1959). Es autor de libros de historia, periodismo, ensayo y, sobre todo, narrativa. Su pasión son los tigres y las sirenas, y las viejas fábulas. Coordina el suplemento Artes y Letras de Heraldo de Aragón. Presenta el programa Borradores en Aragón Televisión. Ha publicado los siguientes libros: *Mitologías* (1987), *El corazón desbordado* (1990), *Los pasajeros del estío* (1990), *El silbo vulnerado* (1991), *Bestiario Aragonés* (1991), *Aragoneses ilustres, ilustrados e iluminados* (1992), *Retratos imaginarios* (1994), *Veneno en la boca* (1994), *El testamento de amor de Patricio Julve* (1995), *A lenda da cidade assolagada* (1995), *Arquitecturas imaginarias de Aragón* (1995), *Vida e morte das baleas* (1997), *Los seres imposibles* (1998), *El álbum del solitario* (1999), *Aragón* (2001), *Vidas de cine* (2002) y *Golpes de mar* (2007). Blog: <http://antoncastro.blogia.com>

EL EPÍLOGO DE KILGORE

O de lo que un pájaro le dijo al héroe de esta singular narración el día de su cumpleaños

por Eric Schierloh

*Si una persona sobrevive a un período ordinario de sesenta años,
o aún más, es casi seguro que su vida, como un cuento bien construido,
ha terminado y que sólo queda el epílogo.
La vida no se acabó, pero el cuento sí*

Kurt Vonnegut. Buena puntería

El cuento de Kilgore, la historia de Kilgore es bastante extensa y –nadie que se precie de ser un escritor en su sano juicio, bajo ningún punto de vista, debería decir esto nunca, ya sea por su propio bien, por el de su carrera o por el de su mujer y su hijo, a fin de cuentas– algo *aburrida*. Incluye un quizá excesivamente detallado esbozo histórico del más horroroso y aberrante de los bombardeos que se hayan hecho jamás con armamento convencional en toda la breve historia de la implume humanidad y, al mismo tiempo, una especie de réquiem por la ciudad en ruinas de entonces.

El cuento de Kilgore, la historia de Kilgore, sin más, empieza así.

* * *

Empieza en 1945, en Dresde, la antigua capital de Sajonia, a orillas del río Elba, en el este de Alemania –una ciudad tranquila y sin ningún valor militar, sin industrias bélicas ni nada parecido, una ciudad que no significaba ningún tipo de obstáculo para nada ni para nadie, mucho menos para el avance libertador de las fuerzas aliadas–. Empieza en 1945, cuando Kilgore, por cierto, todavía no había cumplido un año.

Escuchen: habían pasado nueve minutos de las diez de la noche del 13 de febrero de 1945 cuando las emisoras de radio alemanas interrumpían su programación habitual para advertir del peligro de un inminente ataque aéreo sobre la ciudad; se dice, también, que durante la última función de aquella noche del espectáculo del circo de Hans Stosch Sarasani los payasos y bufones les habían dicho a los niños y a sus padres, entre risas pero absolutamente en serio, que corrieran a refugiarse adonde fuera porque era altamente probable que ocurriera algo muy malo, terrible, espeluznante. Los primeros nueve aviones *Mosquito* ingleses que sobrevolaron la zona llegaron al lugar guiados por el nuevo sistema Loran de navegación; llegaron, delimitaron la ciudad con brillantes y seráficas luces rojas, la iluminaron con bengalas y se fueron zumbando por donde habían venido.

Las chicas estaban en camino: la fiesta iba a comenzar.

La fiesta comenzó –con puntualidad inglesa– seis minutos después, exactamente a las 22:15, cuando del cielo oscuro y frío comenzaron a llover las bombas de la primera oleada de casi 300 aviones *Lancaster*, también ingleses. Quince minutos después terminaba lo que hubiera sido más que suficiente para cualquier objetivo militar más o menos convencional –y tal vez sea este el momento indicado para decir que, en realidad, en Dresde sí había algunas fábricas. Dos, más precisamente, y muy importantes por cierto: una de cigarrillos y otra de... clarinetes.

No es broma, lo juro. Denme tiempo.

A la 01:30 hubo un segundo bombardeo doblemente poderoso: poco más de 500 *Lancaster* esta vez. Finalmente, durante el gris mediodía del 14 de febrero, los norteamericanos realizaron un tercer

bombardeo con más de 1300 *Fortalezas Volantes* y –traduzcan, traduzcan– *Liberators*, que arrojaron casi 500 toneladas de explosivos y otras 300 de bombas incendiarias, en paquetes y racimos. En tres días Dresde había recibido 65.000 bombas: el incendio había durado, ininterrumpidamente, cuatro días y podía verse desde una distancia de 150 kilómetros.

Encantador.

Los padres de Kilgore –Otto Kilgore y la hermosa Helga Walze, tal su profético apellido de soltera– también murieron durante los bombardeos, mientras dormían en su vieja cama matrimonial de hierro, tomados de la mano; su padre roncando con la boca abierta de un desahuciado pez fuera del agua, su madre con la cabeza llena de rulos de madera con pinzas de marfil, ambos hundidos en el pesado y metálico sueño de los sedantes, como dos medusas ligeramente rojizas mecidas por la marea. Kilgore por su parte se salvó de las bombas y de los tornados de fuego y del humo y de los derrumbes y de los gases tóxicos porque la noche del 13 de febrero estaba en el sótano de un hospital en las afueras de la ciudad; la razón de esto es casi geométrica: ocurre que el pequeño Kilgore había nacido con serios problemas respiratorios que comprometerían desde entonces ambos pulmones. Los médicos nunca habían demostrado poseer demasiadas esperanzas, pero de una u otra manera, contra todos los pronósticos y estadísticas, el entonces huérfano Kilgore acabó soplando, finalmente, la vela imaginaria de la diminuta *Linzer Torte* imaginaria de su primer cumpleaños, rodeado, eso sí, de huérfanos y huérfanas perfectamente reales de la perfectamente real Alemania nazi quemada, saqueada y devastada.

«La fiesta comenzó –con puntualidad inglesa– seis minutos después, exactamente a las 22:15, cuando del cielo oscuro y frío comenzaron a llover las bombas de la primera oleada de casi 300 aviones Lancaster, también ingleses. Quince minutos después terminaba lo que hubiera sido más que suficiente para cualquier objetivo militar más o menos convencional –y tal vez sea este el momento indicado para decir que, en realidad, en Dresde sí había algunas fábricas.»

Así fue.

Hay más: la mañana del 14 de febrero de 1945, mientras el pequeño Kilgore dormía seguramente, los tímidos rayos del sol le mostraron a la hermosa ciudad de Dresde que ella misma había quedado reducida a miles de millones de pedazos indistinguibles y polvillo –Dresde había sido, alguna vez, un importante centro de producción de porcelana muy fina–, cientos de kilómetros de caminos polvorientos y obstruidos, miles y miles de construcciones sin techo, estructuras negras y humeantes de todo tipo por todas partes, bebés calcinados en sus cunas de madera, ancianos y ancianas aplastados y calcinados también en sus camas calientes, hombres y mujeres achicharrados por doquier, vagabundos, zombies y sonámbulos reducidos a cenizas, polvo, brisa. Los pocos sobrevivientes que bajo los rayos del sol de la mañana trataban de huir de lo que quedaba de la ciudad –a pie, en carros, automóviles, arrastrándose o como fuera– eran ametrallados por los cazas *P-51*, que en esos momentos danzaban sobre la ciudad con tanta libertad y despreocupación como sólo podrían hacerlo media docena de tiburones en una piscina llena de niños.

Buena puntería.

Se habla de más de 130.000 muertos –ésa era, más o menos, la población total de Atenas durante el Siglo de Oro de Pericles–; se habla también de un hedor verdaderamente insoportable, enloquecedor, que podía percibirse a kilómetros de distancia, y de cadáveres de mujeres y hombres y niños que habrían alimentado a ratas descomunales, enormes, jamás vistas antes, y a hambrientos animales de circo –lo declaró un soldado norteamericano alto y huesudo, con articulaciones flexibles y aspecto reposado sin dejar de ostentar sin embargo una inconfundible expresión de desquiciado en su rostro aniñado, un tal Kurtius, Kurtius Bonegut de Indianapolis, Indiana; tenía el casco un poco ladeado, la mochila llena de revistas pornográficas y unos pocos objetos recolectados cuidadosamente de entre las ruinas humeantes de Dresde, la barba crecida y los ojos ahogados a pesar de tener la cantimplora vacía. Dicho sea de paso: el narrador no puede dejar de preguntarse, llegado este punto, si esos animales circenses que decía haber visto el soldado Kurtius escarbando por ahí entre los escombros para alimentarse de los despojos humanos no serían los animales del circo Sarrasani. Sólo eso–. Se

sabe, también, que al momento de los bombardeos había en Dresde miles de refugiados, heridos y enfermos y –escuchen– 26.000 prisioneros de guerra aliados.

26.000 prisioneros de guerra aliados: eso también huele feo, muuuy feo.

El tal Kurtius –de la División 106 de Exploradores de Infantería, la famosa «División de la Bolsa del Almuerzo», encargado de disparar un paquidérmico obús de 240 milímetros– fue, pobre diablo, uno de esos 26.000 prisioneros de guerra. Kurtius, es digno de mencionarse, también le debe su vida a los sótanos, ya que durante los bombardeos estaba en uno de los refugios antiaéreos que existían entonces en la ciudad: un matadero para cerdos, nuevo, hecho de bloques de cemento, en el que él y otros prisioneros ingleses y norteamericanos eran obligados a trabajar en la fabricación de un tipo especial de jarabe de malta, un brebaje bastante pestilente para mujeres embarazadas.

En la entrada del refugio donde Kurtius, de Indianápolis, Indiana, había soportado los bombardeos podían leerse estas dos amables palabras alemanas: *Schlachthof-Fünf*.

La gran mayoría de las personas en los otros refugios, esto es innegable, se había hervido en su propia grasa o asfixiado o desintegrado.

Se dice, por otra parte, que ni una sola de las muchas estatuas que había entonces en la ciudad sufrió el más ligero rasguño.

Conmovedor.

La mañana del 14 de febrero de 1945 la vida, sin embargo, palpitaba en el entumecido y congestionado pecho lampiño de Kilgore, que dormía plácidamente en los sótanos del hospital en las afueras de la ciudad, adonde eran confinados los pobres desgraciados sin ninguna posibilidad; un lugar tan ascético, por cierto, como un chiquero asoleado lleno de cerditos comunes y corrientes bien alimentados.

Así funcionan las cosas en tiempos de guerra. Fin del réquiem.

Luego viene un período de oscuridad en la vida de Kilgore que dura más o menos catorce años –la primera educación de todo joven europeo, y más aún por aquellos tiempos, era, y es necesariamente, oscura–. Poco tiempo después Kilgore estudia, con la obstinación y constancia sexual de un gato gordo y capado, pintura, derecho, filosofía, prueba suerte también en la casi inexistente industria del acero y la fundición, ayuda a un ebanista turco y ciego, falsifica monedas del Tercer Reich para venderlas a incrédulos coleccionistas de todo el mundo, copia en el segundo piso de un edificio y frente a una ventana tapiada documentos de todo tipo para un abogado indulgente, restaura fotografías, falsifica documentos de todo tipo por encargo, pasa seis meses en la oscura celda de una prisión en Colonia, vende verduras en un mercado de Hamburgo, despanzurra escurridizos peces del Mar Báltico en un galpón caluroso y hediondo en las afueras de Kiel, afila tijeras en Hannover, lee el futuro en ferias itinerantes, persuade a un magnate norteamericano de que él, *Herr* Kilgore, es un joven historiador y arqueólogo prodigio y lo convence también de que le financie la búsqueda del Santo Grial pero Kilgore prefiere, instintivamente, huir con el pequeño adelanto que recibe y pasa entonces otros seis meses en prisión en calidad de arqueólogo farsante y estafador mediocre; después tala árboles, zurce en su traje a rayas el distintivo de aquellos que dominan el noble oficio de picapedrero y se vuelve increíblemente dócil en el arte de la costura; todo esto, entre algunas otras cosas no sabidas, en el maravilloso y armónico período de cinco años, ocho meses y tres días.

Por esos tiempos a Kilgore le agradaba repetir una y otra vez, siempre que considerara que hacía falta, que «Un soldado que huye a tiempo toma su sopa caliente» y que «Cuando el zorro no está las gallinas toman sol panza arriba».

Y cosas así.

A mediados de los sesenta, comprensiblemente hastiado de su condición, Kilgore escapa de su terruño germánico en un buque de carga clandestino con bandera marroquí, el *Tintinnabulum*, y desembarca en el no menos depravado y hediondo puerto de la ciudad de Buenos Aires. Desde el principio a Kilgore no le gusta nada cómo suenan esas dos palabras. Desde un primer momento no le gusta cómo se llama esa ciudad porque consigue que alguien le improvise una traducción bastante libre del

nombre de esa ciudad a su corrompida lengua materna. Pero entonces, mientras Kilgore gozaba del lujo de cavilar sobre este tipo de asuntos estéticos en la cubierta del carguero, mordisqueando alternativamente un pan negro viejo y una media horma rancia de queso de cabra, es descubierto en flagrante delito y tiene que pasar un mes en prisión bajo la concisa acusación de –a Kilgore le causa mucha, muchísima gracia la fonética de esa palabra– *polizonte*.

Es altamente probable, por qué no, que antes de ir a prisión hubiera decidido quedarse de todos modos aunque los motivos sean, sin dudas, una vez más, oscuros e inciertos.

Poco tiempo después Kilgore estudia concienzudamente el idioma español mientras vive como vagabundo de tiempo completo en las plazas de la ciudad. De los próximos dos años pasa casi cien noches en –ligero cambio en la arquitectura– húmedos y pringosos calabozos de comisarías, esta vez bajo el cargo de Alteración del Orden Público –ocurre que Kilgore encontraba natural y delicioso asar gorriones y palomas a toda hora, incluso a plena luz del día, digamos once de la mañana, y frente a lugares de cierta importancia usualmente vigilados por eunucos camuflados en lo alto de los tejados metropolitanos, digamos la Casa de Gobierno de la República.

¿Por qué? No se sabe, pero su suerte cambia: un buen samaritano –un nazi encubierto, en realidad– le ofrece trabajo como limpiapisos en un hospital, en el hospital en el que es en realidad director. Ese mismo día, entonces, Kilgore es bañado en las duchas de un sótano frío, luego despiojado, afeitado, su cabello es recortado y por primera vez en su vida los álgidos pies de Kilgore de Dresde conocen las delicias etéreas del polvo de fécula.

«A mediados de los sesenta, comprensiblemente hastiado de su condición, Kilgore escapa de su terruño germánico en un buque de carga clandestino con bandera marroquí, el Tintinnabulum, y desembarca en el no menos depravado y hediondo puerto de la ciudad de Buenos Aires. Desde el principio a Kilgore no le gusta nada cómo suenan esas dos palabras.»

Sin dudas Kilgore –aunque muy especialmente sus pies y su sistema respiratorio–le debe mucho –si no todo– a los sótanos de los hospitales.

Llegado este punto Kilgore se sentía, y no estaba muy lejos de serlo en realidad, algo así como un inútil congénito resignado de serlo. Y por eso cuando sostuvo por primera vez un balde de agua con algunos espasmódicos chorros de *Fluido Manchester* en una mano y un lampazo totalmente deshecho en la otra dijo para sí, en un alemán perfecto aunque algo melancólico: «Para esto perfectamente posible es, Padre, que yo haya nacido. Eso lo que creo es».

Comienza entonces lo que cualquier biógrafo concienzudo denominaría sin muchas cavilaciones «el período de colorida y lisérgica normalidad»: Kilgore trabaja ocho horas diarias, compra todo tipo de libros de manera absolutamente compulsiva, alquila un departamento muy modesto, adquiere un perro al que bautiza Kazak –un perro que así como así, desafiando las más blandas leyes de la probabilidad y de la lógica del amo y el esclavo, simplemente se desmaterializa, desaparece, se va de un día para el otro por la misma puerta por donde lo habían metido– y frecuente, *cum laude*, prostíbulos todos los santos fines de semana. Luego, obedeciendo indudablemente a cierto evidente instinto de autodestrucción innato, cuando no a una perversa inclinación por la tragedia, invita a una de las enfermeras del hospital –una mujer muy atractiva de padres irlandeses, sí, pero sencilla y casi inerte en todo lo demás como una media cáscara de naranja en un tacho de basura– a tomar unas copas; Kilgore le cuenta entonces a la mujer la parte correcta y dramática y heroica –todo a un mismo tiempo– de su vida y seis meses después, como era de esperarse y desconociendo ambos los motivos reales y las consecuencias prácticas de lo que habrían de hacer, terminan casándose.

El día que Kilgore decidió casarse con la Srta. Kilgore, creyendo asumir todas las renunciadas y responsabilidades inherentes al matrimonio, lo decidió, en parte, en gran parte, arrebatado por la lectura de una carta muy breve, de letra asombrosamente infantil, que había recibido el día anterior de las mismísimas manos finas y suaves de su prometida; una especie de desesperada confesión o primera voluntad que desde el día de la muerte de la Sra. Kilgore estaba pegada del lado de adentro de la puerta del deslucido departamento de Kilgore.

Período de rutina matrimonial que dura la nada despreciable, pero muy común entonces, cifra de treinta años.

Como lo oyen.

Kilgore y su mujer no tienen hijos no porque no lo hayan intentado sino porque Kilgore resulta ser estéril –es sólo un dato que el narrador se sintió irrefrenablemente tentado de confesar–. La mujer de Kilgore, la Sra. Kilgore, muere una noche mientras dormía –desaparece del cuento de Kilgore también como una medusa descolorida a la deriva en el agua salada de un mar de ensueño– y entonces comienza lo que podría considerarse, sin más, el final del cuento de Kilgore, de la historia de Kilgore.

El final empieza así y dura cuatro años: después de la repentina e inesperada muerte de la Sra. Kilgore –tres años después, exactamente– Kilgore pierde su empleo –en realidad ocurre que capturan al buen samaritano que le había dado trabajo en su hospital, allá por los años ‘60; el personaje secundario en cuestión, ante los señores magistrados del jurado internacional reunido especialmente para el caso, había dicho ignorar, siempre, desde el principio y hasta el fin, que los polvos que le mandaban echar a través de pequeñas chimeneas en galpones descomunales y abarrotados de judíos, homosexuales, gitanos y revolucionarios no fueran otra cosa que, sí, polvo de fécula, con lo cual queda demostrado, y no sólo ante los señores jueces internacionales, que, en ocasiones, los discursos y formas de las historias de la Historia no distan mucho de las de, por ejemplo, los más vulgares y repetitivos aunque siempre efectivos chistes de payaso.

Un dato curioso: cuando los señores jueces le preguntaron al acusado si el nombre *Zyklon B* le decía algo, el hombre respondió, para horror y estupefacción de todos los presentes –entre los que se contaban varios sobrevivientes de los campos de exterminio nazi– y aún de muchos de aquellos que estaban del otro lado de las cámaras de televisión, que no estaba muy seguro pero que de todos modos se sentía obligado y compungido humanamente a aventurar una respuesta: no estaba muy seguro, había dicho, no estaba muy seguro de si *Zyklon B* había sido el segundo caballo de Alejandro Magno o de Napoleón.

La duda lo enloquecía, había dicho.

–En este momento la duda me enloquece, su Señoría.

Fin.

Kilgore, por su parte, desempleado-viudo-mero espectador, se ve obligado a elaborar un plan de desesperada supervivencia. Dicho plan, la verdad sea dicha, contemplaba necesariamente varios aspectos que el narrador se encargará de dar a su tiempo en forma más o menos desordenada.

Para empezar: La base de la supervivencia es la dieta, había pensado Kilgore alguna vez y lo recordaba ahora, cuando más lo necesitaba.

Ahora bien: la pensión que su viuda le había concedido con su repentina desaparición y que le enviaba puntualmente todos los meses desde el Más Allá alcanzaba, apenas, para pagar el alquiler del departamento, la energía eléctrica, el gas, el agua y los impuestos: lo que se conoce vulgarmente en las sociedades modernas e ilustradas como *agujeros negros* o, más técnica aunque un poco excesivamente, *infundibulum sinclástico*.

El Más Allá: «El Más Allá es un aburrimiento espantoso» y «El Más Allá es pura nonada» había leído alguna vez Kilgore en uno de sus muchos preciosos y preciados libros y había estado enteramente de acuerdo con eso entonces y lo estaba aún.

Entonces: Kilgore no cree, por el momento, que quiera ni pueda sobrevivir comiéndose las gordas cucarachas crocantes –primero– y lechosas –inmediatamente después– del edificio, o los escurridizos ratones, o las pequeñas y magras aunque fibrosas reses de gato, por caso.

Llegado este punto –y antes de pasar al tema de la austera y enloquecida dieta de Kilgore– el narrador considera necesario, para la tranquilidad psíquica de la trama de esta historia y de sus benévolo lectores, que algunos detalles sean explicados; a saber: la lectura de dos libros en particular provocan destellos en la ya entonces oscura mente de Kilgore –después de todo: «Cuántos hombres no han iniciado una nueva era en sus vidas a partir de la lectura de un libro»–. Uno de ellos es *Walden o La*

vida en los bosques (primera edición de 1854, dos mil ejemplares vendidos en cinco años) del filósofo del trascendentalismo Henry David Thoreau –muy, muy especialmente el primer capítulo, llamado «Economía».

Libro altamente recomendable, si quieren escucharme.

También es necesario saber que Kilgore tiene unos pequeños ahorros a los que les consigue sumar cierto dinero obtenido de forma enteramente legal por la venta compulsiva de lo que él llamaría «Bienes burgueses absolutamente prescindibles»; a saber: un televisor blanco y negro sin la perilla del volumen, un tocadiscos completamente automático de dos velocidades, una de esas antiquísimas batidoras de una sola paleta, una aspiradora en forma de satélite con ruedas, tres valijas de cuero ligeramente roídas por parsimoniosos ratones, media docena de vestidos apolillados de su viuda, un boceto vanguardista inacabado y medio borroneado –apenas tres o cuatro trazos delgados y perezosos queriendo sugerir un ave regordeta posándose en el agua de una laguna o estanque– del trágicamente célebre pintor norteamericano de Midland City, Ohio –lugar, a Kilgore lo fascinan las coincidencias, adonde los gansos salvajes van a tomar el almuerzo según dice Thoreau en la «Conclusión» de su *Walden* y donde, además, está cierta ciudad que se precia de ser el primer lugar del mundo en cuanto a la manufacturación de artículos de goma–; un boceto, decía, de Otto Waltz, pintor de la escuela de Viena cuya mirilla se había cerrado en 1960, una brújula de alta precisión y unos catalejos robados de un carguero clandestino, un lavarropa semiautomático, una vieja máquina de escribir *Hermes Baby* de los '50, una vigota robada del mismo carguero de bandera marroquí y una horripilante colección de jarrones chinos que también había pertenecido a su difunta mujer, la Sra. Kilgore. La suma total le alcanza a Kilgore para comer dos veces al día y dedicarse por entero, durante tres largos años, a dos de los mayores placeres burgueses absolutamente prescindibles que jamás hayan tenido parangón en toda la breve historia de la humanidad, al menos hasta ahora: la lectura y la escritura de unas memorias –aunque en realidad la escritura de sus memorias lo mantiene ocupado, casi exclusivamente, hasta el día de su muerte.

En efecto, Kilgore lee la totalidad de sus libros a un promedio de tres volúmenes cada dos días y escribe, más o menos alternativamente, un millar de palabras diarias.

Saquen sus propias cuentas.

El cuarto año Kilgore vive de la nada despreciable renta que le significó la venta de sus libros –conservó, como única excepción, su viejo y deshecho diccionario Alemán-Español en un tomo de tapas duras de la prestigios editorial Von Schlecht.

Y al final del cuarto año era, sí, como le ocurriría a cualquiera: el final del fin.

Era el final del fin, pero entonces una noche, mientras Kilgore vagabundeaba pensando en el final del cuento de su vida, sufrió una de esas iluminaciones repentinas, misteriosas, completamente oscuras y, podría decirse, escandalosas: allí, en un contenedor de basura –en el que con un poco de buena predisposición y una linterna con pilas nuevas cualquiera podría haber notado los divertidos cuerpitos tísicos de cinco gatitos negros junto al cadáver de su madre, toda la familia sin contar al padre metida en una cálida bolsa negra de nylon– había una silla de ruedas casi en perfectas condiciones.

Como caída del cielo.

Minutos después, como uno de esos griegos depravados y semidesnudos de regreso del oráculo más cercano, Kilgore volvía a su departamento andando torpemente en su silla nueva por el medio de la avenida con una única idea en la cabeza y una sonrisa de oreja a oreja.

Como suena.

Imagínenlo.

«El cuento de Kilgore, que podría haber terminado entonces con un breve período de locura maniática, o más probablemente bajo las doce toneladas de un camión con acoplado, se transformó en el epílogo de un farsante obsesivo y enfermizo llamado Kilgore pero más conocido, desde entonces, como Kilgore el Mendigo.»

El cuento de Kilgore, que podría haber terminado entonces con un breve período de locura maniática, o más probablemente bajo las doce toneladas de un camión con acoplado, se transformó en el epílogo de un farsante obsesivo y enfermizo llamado Kilgore pero más conocido, desde entonces, como Kilgore el Mendigo.

Y por cierto. La dieta que Kilgore había ideado para sus días de campaña –como un ermitaño en su cabaña en medio del bosque, junto a una laguna tranquila y congelada en invierno–, esa dieta que se repetía necesariamente semana a semana y que exigía gastar a diario el equivalente a medio kilogramo de comida ordinaria para perros, de la más barata en plaza, era más o menos esta: 2 Kg. de habichuelas, pan blanco fresco tres días a la semana –el resto tostadas–, 2 Kg. de cebolla, 2 ½ Kg. de hígado de vaca, 3 L. de leche entera, 3 latas pequeñas de picadillo de carne, 1 bife de cerdo grueso, 100 G. de café –dos tazas al día–, 14 cigarrillos armados con papel de arroz y tabaco negro –también dos al día–, ½ manteca, 6 huevos de gallina, 1 Kg. de espinaca, ½ L. de aceite de maíz, 2 Kg. de papas y 1 periódico a la semana –la edición de los viernes, que publicaba, además, un extracto de las necrológicas del resto de los días–. Y –otra vez– la verdad sea dicha: a los seis meses de seguir estrictamente esta dieta, como un monje zen en la más completa desolación de la cumbre de una montaña, Kilgore casi había quedado ciego. Al año había recuperado de nuevo la vista pero estaba enfermo de rutina y un poco calvo. Casi al final del fin cualquier otra forma de alimentarse o incluso de sobrevivir en este mundo le parecía depravada o imposible, o ambas cosas, de perversos dibujos animados.

Durante el cuento, Kilgore es Kilgore; pero durante el epílogo, Kilgore es Kilgore el Mendigo.

De todos modos, como ya se dijo, este no es el cuento de Kilgore.

Este es el epílogo de Kilgore.

Y empieza así.

* * *

Empieza cuando los livianos rayos del sol del amanecer avanzaban lentamente sobre la mitad de la cama matrimonial y Kilgore estaba despierto entre las sombras de su mitad de la cama, con los ojos clavados en la nada inmutable del techo de pintura blanca descascarada. Afuera cantaban algunos pájaros con frío. Era el día de su cumpleaños, pero lo había olvidado. Sabía que era viernes, sí, pero Kilgore no parecía estar enterado de que fuera el viernes de su cumpleaños.

Cualquiera hubiera pensado que Kilgore estaba enfermo.

Muy al contrario, lejos de eso, estaba completamente sano, y seguro, por otra parte, de que ese día era lo que él llamaba empíricamente «Día de periódico».

Así era Kilgore ahora, desde hacía ya un tiempo.

La mitad de la cama iluminada era la mitad de la cama que había pertenecido a la difunta Sra. Kilgore, una mujer sencilla y muy hermosa, hija de padres irlandeses, que había muerto hacía algunos años mientras dormía.

Así fue.

Kilgore levantó las viejas y pesadas mantas de motivos escoceses y sacó ambas piernas afuera permaneciendo sentado un momento; luego se puso de pie por fin, se rascó la cabeza un poco calva con la mano izquierda y se encaminó al baño. Las tablas del piso crujieron bajo sus tersos pies desnudos. Se vio bostezar largamente en el espejo. Vio también el aterrador vacío negro que envolvía fantasmagóricamente su segundo incisivo superior derecho. Kilgore se entregó por entero a los placeres de la orina matutina no sin antes sentir la ligera molestia prostática de siempre. Poco después, como le ocurría todas las mañanas, tuvo que sentarse en el inodoro. Kilgore defecaba como una oveja –es sólo otro dato que el narrador se sintió tentado de confesar pero del que no dará más detalles no sólo por cuestiones estéticas sino también, digámoslo así, de seguridad e higiene cuando no de buen gusto–. Después se lavó las manos y la cara con jabón blanco en pan, se cepilló los dientes simplemente mojando el viejo cepillo de cerdas gastadas bajo el agua fría y salió rumbo a la cocina

todavía en pijamas.

A Kilgore le agradaba pasearse en pijamas, erguido sobre sus dos piernas flacas pero vigorosas todo el tiempo que fuera posible.

¿A quién no?

Encendió la radio, que sólo cinco segundos después pareció recibir la orden de echar a andar y entonces comenzó a emitir una pieza de música clásica para cuerdas, puso a hervir agua y sacó de un estante una lata de galletitas –tenía la pintura saltada en varias partes y dos o tres leyendas en horripilante italiano–, una lata de galletitas que contenía pedazos perfectamente cúbicos de pan tostado. Mientras el agua hervía fue hasta la puerta de entrada, echó un vistazo por la mirilla, descorrió las trabas de seguridad y abrió lentamente, con dedos de espía. La luz mortecina del pasillo se filtró con timidez en el interior del lóbrego departamento; nadie podría haber visto nada desde afuera. Entonces Kilgore se agachó, permaneció escondido detrás de la puerta y buscó el periódico que debería estar allí, al otro lado, enrollado y atado con dos vueltas de hilo amarillo.

Y ahí estaba el periódico, en el preciso lugar que se le había asignado dentro del fanfarrónico universo euclidiano.

Justo cuando el sonido del ascensor activándose llegó a sus oídos Kilgore entró de una manotazo el rollo y volvió a cerrar la puerta. Después de poner las trabas de seguridad espió a través de la mirilla una vez más, un poco inquieto esta vez.

«Mientras tomaba el café de a pequeños sorbos, Kilgore se dedicó a lo mismo que se dedicaba todas las mañanas de los viernes mientras tomaba su café de las ocho y cuarto: las amadas necrológicas.»

Nada. Silencio. No había nadie. Ni siquiera un fantasma. Ni siquiera las motitas diminutas de la caspa de un fantasma fugaz flotando en el aire enrarecido del pasillo.

El agua debería estar lista en el preciso momento en que Kilgore entrara en la cocina. Y así era. Quitó entonces el viejo cacharro algo abollado del fuego, apagó la hornalla y vertió el agua en una taza también de lata. Se sentó a la mesa, destapó un recipiente que contenía café, le agregó a la taza una cucharadita capaz de contener no más de

cinco gramos y volvió a cerrar el recipiente. Kilgore se metió en la boca tres cubitos de pan tostado y se dedicó a revolver distraídamente el café mientras leía los titulares.

Ghh... Ghh... Ghh... NUEVO ATENTADO SUICIDA CONTRA EL PRESIDENTE DE KATMANDÚ Tic... Tic... Tic... LO AFIRMAN LOS ESPECIALISTAS: TUTANKAMON NO FUE ASESINADO, MURIÓ DE GONORREA Ghh... Ghh... Ghh... Tic... Tic... Tic... LOS BAPTISTAS FATALISTAS DE DOS ORÍGENES DEL ESPÍRITU: RELIGIÓN EN ALZA Ghh... Ghh... Ghh... Tic... Tic... Tic... Ghh... Ghh... Ghh... NUEVA AMENAZA DE LA SOCIEDAD DE LAS CAMISAS FANTASMALES: «SI LA RIQUEZA ES DIVINA ENTONCES TAMBIÉN QUEMAREMOS LAS IGLESIAS» Ghh... Ghh... Ghh... Tic... Tic... Tic... EL CERDO Y EL HOMBRE COMPARTEN EN UN PORCENTAJE ASOMBROSO SU ANATOMÍA Tic... Tic... Tic... SEPA SI ESTÁ USTED ENFERMO DE SAMARITROFOBIA: TEST DE ROSEWATER Ghh... Ghh... Ghh...

La basura divertida de siempre en letras grandes y negras de molde.

Por cierto: el Ghhh... Ghhh... Ghhh... es la cuchara de Kilgore revolviendo el café, en tanto que el Tic... Tic... Tic... es la misma cuchara golpeando contra el borde de la taza.

Sin dudas.

Mientras tomaba el café de a pequeños sorbos, Kilgore se dedicó a lo mismo que se dedicaba todas las mañanas de los viernes mientras tomaba su café de las ocho y cuarto: las amadas necrológicas. Después de una lectura atenta –una señora absolutamente desconocida y viuda había muerto a los noventa y ocho años, dos gemelos a los once, un hombre se había suicidado a los cuarenta y nueve y, lo había leído una y otra vez, extasiado, dos mujeres de sesenta y dos años que habían nacido el mismo día, según podía leerse, habían muerto, también, el mismo día–; Kilgore se sintió dichoso, después de una lectura atenta de las necrológicas de no encontrar, en la breve lista, a ninguno de sus clientes.

O benéficos cómplices, según se mire.

Kilgore engulló otros tres cubos de pan tostado, lavó su taza, cerró la lata de galletitas y se armó un cigarrillo de tabaco negro con papel de arroz. Kilgore fumaba observando esa especie de mapa del sistema circulatorio que describían las finas líneas y las volutas de humo en el aire soleado de la cocina. Cualquiera que lo hubiera visto creería que Kilgore disfrutaba de la música como un experto, hundido en una especie de sopor placentero; la cruda realidad era que estaba haciendo cuentas, aproximándose a probables patrones basándose en probabilidades, repasando horarios, calculando longitudes y profundidades, y cosas así.

Después apagó la radio, se desnudó en la habitación y fue a darse un baño. Caminaba desnudo erguido sobre sus dos piernas flacas pero vigorosas aún mientras tarareaba la melodía de una vieja canción alemana inspirada en uno de los cuentos de los hermanos Grimm.

Kilgore rara vez no se sentía un hombre dichoso con ánimos incontenibles de tararear una vieja canción alemana y darse una buena ducha por la mañana.

¿Quién no?

* * *

Kilgore se puso su viejo traje de paño Vermont gastado y con parches en los codos, su gorra de jubilado con visera, se calzó el par de anteojos para sol y se sentó cómodamente en su silla –por cierto, marca *Krampenehe*–. Sobre la falda llevaba un platito reluciente de metal, vacío pero con el aire místico de un charco bajo la luz huesuda de la luna.

Antes de salir, como todos los días, Kilgore leyó con la pasión de un devoto los dos papeles que estaban prendidos con chinchas del lado de adentro de la puerta del departamento. El primero era una especie de mandato sagrado que él mismo había redactado en correcto alemán y que decía: «Simula ser bueno siempre, y hasta Dios se dejará engañar». El otro era la única carta que su difunta mujer le había enviado en toda su vida, con letras grandes y torpes, una carta desesperada que decía, concretamente: «Necesito un hombre que pueda darme un hijo genial».

Y como cada vez después de leer eso, Kilgore ya era un inválido de nuevo.

Un minuto después la puerta se abría, Kilgore salía y cerraba tras de sí, dispuesto a otro día de trabajo duro. Esperó el ascensor impasible, jugueteando sin embargo con las puntas de los dedos sobre las ruedas de la silla como un prestidigitador ansioso semiculto detrás de un telón. Deberían ser las nueve en punto. Miró su reloj: treinta segundos para las nueve. Cuando las puertas se abrieron Kilgore entró, giró con cierto asombroso dominio de la situación, cerró la puerta del exterior, después la del interior, marcó la planta baja con el dedo índice de la mano izquierda y se aclaró la voz con dos o tres quejidos guturales y consecutivos, de esos que, en especial en los ascensores, hacen que las mujeres eleven la mirada al techo enfermas de repugnancia, absolutamente convencidas, al mismo tiempo, de estar siendo en ese preciso momento objeto de pensamientos promiscuos y de escenas pornográficas en las que ellas son, claro, títeres, las indecorosas actrices principales. O algo así.

Corten.

El descenso, sin interrupciones, debería durar quince segundos. Mientras bajaba, completamente seguro de que nadie lo veía, flexionó una o dos veces ambas piernas, como si hubiera tratado de detener la caída de un pichón que de improviso saltara enloquecido desde la copa de un árbol. Un cuarto de minuto después, cuando sonó la campanilla y las puertas se abrieron pesadamente en la planta baja, Kilgore era Kilgore el Mendigo.

Todo cambiaba o nada cambiaba, según.

El aire frío y húmedo del hall le golpeó la cara suavemente.

–Buenos días –le dijo Kilgore al portero del edificio mientras sacaba de uno de los bolsillos del saco un par de guantes negros de lana con las puntas de los dedos recortadas.

–Que tenga usted muy buenos días hoy, estimado señor Kilgore –dijo el portero sin levantar la vista de

su periódico, enfermo quizás, por qué no, de ser saludado todos los días con el mismo saludo monótono y evangélico de horrible niño Boy Scout.

Idiota, pensó Kilgore, quieto ahora en el medio de la vereda, muy cerca de una montañita de excremento canino. Idiota sin remedio, se dijo con los guantes ya puestos, incapaz de comprender el depravado motivo que impulsaría a ese hombre repugnante y vulgar a improvisar un saludo distinto cada mañana, llegando incluso a límites agramaticales cuando no absurdos.

Echó a rodar.

Kilgore pasó delante de la Biblioteca Pública, giró a la derecha en la esquina, atravesó el largo y oscuro bulevar y saludó al vendedor de periódicos que le preguntó con un dejo de malicia si había tenido algún inconveniente el día de hoy:

–Ninguno –se limitó a decir Kilgore.

Viejo asqueroso, pensó. Viejo asqueroso y maloliente, se dijo Kilgore mientras empujaba sus ruedas por la vereda, encontrando inconcebible y hasta nauseabunda la idea de que algunos viernes las vueltas de hilo alrededor del periódico fueran tres y otras once o incluso más.

Siguió rodando.

Una mujer rubia vestida de ejecutiva subía lentamente por las escaleras de la estación de subte de la esquina. Kilgore vio cómo lo miraba, vio cómo miraba el platito y entonces entendió, súbita, rápidamente que la mujer era una completa amenaza, que esa mujer asquerosa y perversa podría intentar algo raro en cualquier momento. Kilgore dejó que su rostro se deformara, escupió groseramente en la vereda una media taza de saliva y moco y echó mano a las ruedas de nuevo.

De la mujer y de sus supuestas intenciones no diremos nada más, sólo que en efecto era muy bella y también que pronto sufriría un embarazo utópico, sí, y que finalmente enfermaría de disentería amebiana, causa de su triste muerte unos treinta años en el futuro, más o menos.

Pocos metros después la explanada frente al pequeño supermercado *King Market* estaba ya a la vista. Era el lugar donde Kilgore había pasado todas las mañanas de seis días a la semana durante algunos largos años: lloviera, hiciera sol, hubiera o no amenaza de bomba nuclear, hubiera o no huelga de zapateros, con o sin cortes de energía, en fin.

Entonces estacionó su silla magistralmente, con la cantidad de movimientos calculados, y permaneció en su lugar, mirando los vigorosos rayos del sol y oyendo, distraídamente, el canto de algunos pájaros en las copas de los árboles. Eran las nueve treinta. El primero no tardaría en llegar.

Diez menos cuarto el sonido de cinco monedas grandes dando en el fondo del platito quitó a Kilgore de una especie de ensueño réprobo. Y entonces Kilgore se preparó para escuchar y paladear las mismas palabras de siempre, las mismas veinte letras articuladas armoniosamente:

–Que tenga usted buen día.

–Y usted también, gracias –respondió Kilgore complacido, extasiado.

El señor K. andaba con bastón, era un hombre elegante, ligeramente ostentoso y educado. Viéndolo, cualquiera hubiera pensado lo que pensaba Kilgore desde que lo conocía: que muy raramente la riqueza durante la vejez no va acompañada de al menos una pizca de culpa.

Las cinco monedas brillaron bajo el sol. Kilgore espió por debajo de los anteojos y, en vano, claro, contó la cantidad: la misma de siempre.

Era cuestión de tiempo. La señora U. –con una bolsa de papel madera llena de verduras transgénicas frescas entre los brazos y el pelo teñido y apenas despeinado– no tardaría en llegar; arrojaría tres monedas grandes en el platito y le preguntaría alguna cosa intrascendente. Mientras tanto, Kilgore no ignoraba que algunas nubes grises iban ganando el cielo. La idea de la lluvia no era una idea peligrosa para sus planes, concretamente para su actividad metafísico-comercial, pero sí para su salud. Y cuando el sonido de las tres monedas llegó a oídos de Kilgore allí estaba ella refiriéndose, efectivamente, al clima:

–Tenga cuidado hoy, dicen que las lluvias en esta época del año son *ácidas*.

–Gracias –se limitó a decir Kilgore esforzándose al mismo tiempo por dibujar una mínima sonrisa estúpida en su cara.

Durante los últimos dos meses la misma señora había venido insistiendo en factores de cambios atmosféricos sumamente peligrosos, lo cual había aplacado relativamente la ira de Kilgore, sometido semana a semana al intolerable castigo de disparatados vaivenes temáticos. El señor R., por ejemplo, que Kilgore veía todos los lunes, lo mismo que al señor T. y a la señora V., tenía la costumbre de hablar de sus partidas de ajedrez de los domingos. Simplemente se paraba enfrente de Kilgore y le relataba la jugada crucial: por supuesto esto molestaba sólo en parte a su interlocutor, pues, dado que el hombre en cuestión era un jugador avezado, esas jugadas muy raramente se repetían, lo cual significaba, indefectiblemente, un relato nuevo cada lunes.

Kilgore estaba plenamente convencido, desde hacía ya un largo tiempo, de que la vejez no era más que una de las formas más comunes de la célebre *monomanía*. Y lo confirmaba casi a diario desde entonces.

Poco menos de una hora después era el turno de la señora O., que depositaría con mucho cuidado dos monedas grandes y seis chicas en el platito sobre la falda de Kilgore sin decir siquiera una palabra.

Y exactamente así ocurrió, bajo un cielo eléctrico cargado de nubes de lluvia.

Era la favorita de Kilgore por razones más que evidentes.

A la una en punto, después de las fugaces entrevistas con los señores N. –juez retirado que por cierto tenía un gemelo, hombre recto y predecible al que Kilgore había tenido el honor de conocer alguna vez–, E. –pintor autodidacta de tiempo completo y activista vegetariano– y G. –profundamente enamorado de la señora U. desde hacía mucho tiempo–, y con la señora T. –una mujer de cierta edad pero encantadora todavía, que lo único que hacía era sonreír frente a la cara impávida de Kilgore y dejar caer diez monedas chicas, una a una, como si estuviera frente a la alcancía de su nieto–, refugiado bajo un alero por la fina lluvia que caía desde el mediodía, Kilgore tenía en su plato la suma que lograba recaudar indefectiblemente todos los viernes, ni un centavo más ni un centavo menos –gracias, hay que decirlo, a cierta locura numérica compartida casi siempre por una docena de personas al día, enfermas de rutina en un mundo que se había vuelto, digámoslo así, bastante asquerosamente predecible y, por qué no, también, bastante predecible en cuanto a su asquerosidad–. Era hora de sonreír y echar manos a las ruedas para volver a casa y disfrutar del último café del día.

«El hombre y la niña siguieron corriendo, llegaron finalmente a la esquina y se perdieron en las escaleras que llevaban a la estación de subterráneo. Kilgore pudo ver, atónito, ebrio de perplejidad, enfermo de locura, una naranja que había escapado del paquete de la niña y que ahora rodaba graciosamente hacia la avenida.»

Sí señor.

Y en eso estaba exactamente Kilgore cuando se desató la tragedia.

Porque en el preciso momento en que Kilgore se disponía a rodar directo a su departamento, bajo la fina llovizna, con la cantidad exacta en uno de los bolsillos del saco y el platito de metal juntando diminutas gotas como la boca abierta a los cielos de un descomunal cachalote blanco, la figura de un hombre llevando de la mano a una niña se recortó frente a sus ojos fríos e indiferentes. La niña tenía el pelo rubio y los ojos claros, y señalaba alternativamente los anteojos de Kilgore y la vieja gorra de jubulado de Kilgore; el hombre iba vestido enteramente con telas de corderoy de colores verde y caqui, un maniático y horrendo profesor de literatura sin ninguna duda. Y entonces, antes de que pudiera decir nada, Kilgore vio –tuvo que ver– un papel cayendo en el platito, y vio también cómo el hombre corría de la mano de la niña hacia la boca de subte de la esquina, cada uno aferrando una bolsa llena de productos de supermercado.

–Cómprase un paraguas –dijo el hombre que en ese momento ya estaba de espaldas.

«Cómprase un paraguas» fue lo que escuchó perfectamente Kilgore.

Kilgore sostuvo el billete en sus manos sintiéndose presa del más asqueroso de los caos, blanco de eso que él abominaba y solía llamar «El Rayo Fulminante de la Desgracia».

Kilgore emprendió la persecución sin siquiera pensarlo, bajo la lluvia que ahora caía torrencialmente, con el billete anidando en el platito, gritando enloquecido que no necesitaba un paraguas ni ningún otro aparejo que se le pareciera, que él no era ningún mendigo ni nada por el estilo y que quien sea que fuera ese asqueroso hombre abominable con su ángel caído corriendo de la mano se llevara su dinero porque no era más que un rayo de fulminante desgracia espeluznante y enloquecedora.

Por favor, por favor, por favor, imploraba Kilgore.

Los paraguas, además, eran, sin dudas, un bien burgués absolutamente prescindible.

—Por favor, por favor, por favoor.

El hombre y la niña siguieron corriendo, llegaron finalmente a la esquina y se perdieron en las escaleras que llevaban a la estación de subterráneo. Kilgore pudo ver, atónito, ebrio de perplejidad, enfermo de locura, una naranja que había escapado del paquete de la niña y que ahora rodaba graciosamente hacia la avenida. Miró el billete. Miró de nuevo en dirección a las escaleras de la estación. Decidió correr a toda velocidad y la inercia venció las pequeñas ruedas delanteras de la silla. Cuando por fin estuvo frente a las escaleras ya no se veía a nadie.

—Llévese su asqueroso billete. Lléveselooo —gritó Kilgore con todas sus fuerzas bajo la lluvia torrencial—. Llévese su rayo fulminante, pedazo de excremento de mamut, cría de pato muerta, cretino, pelagatos, agua chirle.

Pero nadie lo oía.

—Lléveselooo —gritó Kilgore para dos o tres mil millones de ácaros divertidos que se deslizaban por los grasientos pasamanos de las escaleras que llevaban a la estación de subterráneo.

Las calles estaban desiertas. La lluvia lo empapaba todo. Los dioses y los pájaros, por el momento, guardaban silencio.

Kilgore miró el billete una vez más, esta vez debajo del toldo de una tienda de ropa moderna para señoras mayores, como si fuera de nuevo un griego trágico, aunque esta vez sosteniendo entre sus manos, sí, los calzoncillos manchados de los Hados.

Y entonces, mirando con mirada perdida cualquier cosa que estuviera o no allí, y todavía entre jadeos por la corta persecución, Kilgore elevó al cielo una de esas vulgares pero siempre maravillosas preguntas retóricas que sintió nacerle en las tripas y escalarle por los órganos para emerger finalmente como un topo en medio de la neblina más espesa:

—*¿Womit habe ich das verdient, Vater?*

Así es como termina.

* * *

Así es como termina, sí, pero es necesario decir, además, que no mucho tiempo después del incidente Kilgore se ocupó en interpretar que la suma —nada despreciable, por cierto— bien podría interpretarse como una extraña y apestosa señal de la Providencia —ligeramente molesta u ofendida tal vez por alguna razón desconocida— que, como ya se dijo, suele actuar de formas inquietantes y misteriosas, para, saltaba a la vista, desajustar de alguna manera bastante peligrosa, por qué no, su preciosa y ordenada y cuidada existencia.

Pero también hay que decir, ya sobre el final, lo que Kilgore no se preocupó en pensar o interpretar, algo bastante elemental y probable en cualquier parte del universo: algo así como que la suma extra de aquel fatídico día viernes bien podría haber sido, simple, vulgarmente, el regalo de su cumpleaños número sesenta y uno.

O algo así.

Y eso es todo.

The End.

Fin.

NOTA FINAL DEL INFELIZ MANCHADO DE TINTA PARA TODOS LOS INOCENTES HACECILLOS INDISTINGUIBLES DE LA NADA

O hacia el epílogo del epílogo a través del sinuoso túnel azul

Este es el epílogo de «El epílogo de Kilgore», donde el *infeliz manchado de tinta* –he ahí el maravilloso epíteto acuñado por Alexander Woollcott, agudo escritor él mismo y comentarista de radio, para el *escritor*–, donde el *infeliz manchado de tinta*, decía, de esta narración tratará de saldar algunas deudas y aclarar algunas dudas.

O viceversa.

El tono general de la tragicómica historia que se acaba de leer, cierta profusión insana de adverbios y construcciones meramente fáticas para entero regocijo del narrador y los personajes, media docena –tal vez más, seguramente más de media docena– de palabras y giros lingüísticos muy, muy particulares, índices de población y algunos datos históricos, el catálogo de lo que había pero también de lo que se suponía que no debía haber bajo ningún punto de vista en la mochila de un triste soldado aliado en tiempos de la monstruosa Segunda Guerra Mundial, algunas consideraciones climatológicas sobre el Más Allá, la inclusión hegeliana de subtítulos quizá un tanto grotescos pero reveladores al mismo tiempo –porque, recordarlo, para Georg Wilhelm Friedrich Hegel, el filósofo de Stuttgart nacido en 1770, el subtítulo de una obra *era* en realidad su título–, así como parte del nombre del protagonista y el final ornitológico de la historia, entre algunos otros detalles inconfesables y jocosos, están tomados más o menos libremente de algunos pequeños grandes libritos del señor Kurt Vonnegut Jr., como bien podría ser el caso de: *Sirenas de Titán*, *Dios le bendiga*, *Mr. Rosewater o Arrojando flores a los puercos*, *Matadero cinco o La cruzada de los niños*, *Galápagos*, *Buena puntería*, *Madre Noche* y *La pianola*, y de cuatro entrevistas que el autor les concediera a David Hayman, Richard Rhodes, David Michelis y George Plimpton entre los años 1970 y 1976 para la prestigiosísima revista *The Paris Review*.

Uno de esos detalles inconfesables y jocosos es, por cierto, la mención de la extravagante pero no por ello menos exquisita *Linzer Torte*, cuya receta el narrador se siente irrefrenablemente tentado a reproducir en este preciso momento –se la incluye además, obviamente, como *interludio musical para las glándulas salivales* y las papilas gustativas.

Es así: se enciende el horno y, mientras tanto, se mezcla ½ taza de azúcar con 1 taza de manteca hasta que la mezcla esté lo bastante esponjosa. Agregar, mientras se está batiendo, 2 yemas de huevo y ½ cucharadita de ralladura de cáscara de limón. Luego se tamiza 1 taza de harina con un ¼ de cucharadita de sal, 1 de canela y ¼ de cucharadita de clavo de olor –si alguien no sabe lo que es el clavo de olor puede pedirle a su madre que le muestre uno; no hay razón para asustarse: un clavo de olor entero y siete u ocho de sus hermanitos caben perfectamente en la siempre rosada palma de la mano de una madre–. Esto se agrega a la mezcla anterior. Añadir 1 taza de almendras y otra de avellanas tostadas, todo en trocitos bien pequeños, picados con esmero. Amasar dos tercios de la preparación hasta que tenga un espesor de medio centímetro, aproximadamente. Forrar con ella el fondo y los costados de un molde de más o menos veinte centímetros de diámetro. Extender sobre la masa 1 ½ taza de mermelada de frambuesa. Estirar el resto de la masa y cortarla en ocho partes en forma de lápiz o bien de aspas de molino harinero de estilo holandés, de unos veinticinco centímetros de largo cada una. Recortarlas un poco y colocarlas cruzadas sobre la mermelada, simplemente a los fines decorativos. Repulgar los bordes. Finalmente, la *Linzer Torte* debe ser cocinada en horno precalentado –si ustedes se fijan, la primera indicación de esta antiquísima receta era, justamente, encender el horno– durante aproximadamente una hora y debe dejarse, por fin, enfriar a temperatura ambiente.

A comer.

Linz es una ciudad de Austria a orillas del Danubio. *Torte* es, como era de esperarse, torta en alemán.

La *Linzer Torte* fue favorita en Viena, Austria, antes de la Primera Guerra Mundial. Resulta imposible, entonces, no imaginar al monstruo con los dedos manchados con pintura, con uno o dos de sus cuadros en un saco de tela gastada, sentado en la barra de un cafetín mugriento y nacionalista, deleitándose con un brebaje negro y aguachento y una diminuta porción de *Linzer Torte*.

El narrador es perfectamente consciente de que la idea de un mundo tan asquerosamente predecible –o tan predecible en su asquerosidad– está aquí, quizás, un tanto inverosímilmente exagerad... que es... Quiero decir que es tal vez un poco...

Pamplinas. El mundo no está muy lejos de ser tan asquerosamente predecible así como predecible en su asquerosidad.

Se hace uso en alguna parte allá arriba, además, del concepto técnico de *Infundibulum sinclástico*: *infundibulum* es lo que los antiguos romanos como Nerón y Calígula llamaban *embudo* –*si no sabes lo que es un embudo pídele a tu madre que te muestre uno*– y *sinclástico* significa curvado hacia el mismo lado en todas direcciones; esto último quizá pueda perturbar a algunos lectores momentáneamente, pero un ejemplo de rápido correlato empírico puede ser el de la cáscara de una naranja, o el del limón de la receta de la *Linzer Torte*.

El narrador cree conveniente, por todo esto, dedicarle a Kurt Vonnegut, al, sin dudas, *egregio* Sr. Vonnegut, que además fue conocedor de primera mano de las delicias y los horrores de los bombardeos –*de la matanza más rápida*– de Dresde, este, el narrador lo sabe demasiado bien y mejor que nadie, por momentos humilde ejercicio de respetuosísima mimesis.

Si es que algo así existe: no estoy hablando del respeto sino de la *mimesis*.

Lo olvidaba: el otro libro que había cebado la ya entonces perturbada mente de Kilgore, que lo había deslumbrado, por motivos groseramente evidentes, no es otro que *El ingenioso hidalgo Don Quijote de La Mancha*.

Y por cierto, Kilgore le había preguntado al cielo:

–*¿Para esto merecer qué he hecho yo, Padre?* –La traducción, como alguna otra que aparece más arriba, intenta reproducir lo más fielmente posible la perversa dicción alemana.

Y entonces el *Padre*, que suele manifestarse de maneras inquietantes y misteriosas, cuando no directamente indescifrables o graciosas, habló por voz de una de sus más pequeñas pero maravillosas y encantadoras criaturas –un pájaro completamente ingenuo y mojado y con frío que andaba por allí– y le dijo a Kilgore:

–*Pío. Pío. Pí.*

Y ése sí es el fin.

FIN

©Eric Schierloh

El autor:

Eric Schierloh (Buenos Aires, Argentina, 1981). Autor de las novelas *Formas de humo* (premio del Fondo Nacional de las Artes, Argentina, 2004; Beatriz Viterbo Editora, 2006), *Kilgore o Todo vuelve a su cauce más pronto o más tarde* (finalista del I Premio de Novela Bruguera Editorial, España, 2006), *200 moteles y Oberlus o Los soliloquios de un idiota* y de los libros de poemas *Raro y solo*, *Perder*, *FF*, *Los poemas de Blutrot* (Accésit en los XI Juegos Florales de Santa Coloma de Gramenet, España, 2005), *Baladas & Canciones*, *Bizarrehaus*, *La habitación sin puerta*, *América & otros poemas*, *Una mota de polvo* y *Costamarina* (Finalista del 60º Premio Adonais, España, 2006). Actualmente traduce la poesía de Herman Melville con una beca del Fondo Nacional de las Artes y trabaja en su quinta novela, *Adiós*. "El epílogo de Kilgore" obtuvo el primer premio del Concurso de Cuento Haroldo Conti (Buenos Aires, 2006).

EL COLLAR

por María Eugenia Caseiro

La lluvia golpea el cristal de la ventana de mi cuarto en el sanatorio. A pesar del dolor de las heridas, estrujo entre mis manos la bolsita que antes tenía el dinero que robé a la celadora, ahora con un montón de ágatas que son mis únicas compañeras...

* * *

Ya viajaba en el taxi, cuando encontré una mujer que vendía flores de pie bajo un semáforo. Pedí al chofer que se detuviese unos segundos aprovechando la luz roja, y compré un ramo de rosas blancas; son tus favoritas. Si no tuviesen espinas..., odio las espinas, hacen heridas terribles que

«Ese día me dispuse a escoger un regalo para ti, no todos los días tiene una la dicha de ver la sorpresa en el rostro de una amiga; tampoco la suerte de evadirse del infierno y su consabido menú, para saborear un sándwich de pavo con un refresco de uva.»

duelen por mucho tiempo, pero me ilusionaba pensar que te gustarían; después de todo, solamente yo conocía la historia del collar.

Ese día me dispuse a escoger un regalo para ti, no todos los días tiene una la dicha de ver la sorpresa en el rostro de una amiga; tampoco la suerte de evadirse del infierno y su consabido menú, para saborear un sándwich de pavo con un refresco de uva.

Aproveché la oportunidad que se me presentaba en la mañana para escabullirme a la calle. A pesar de que mis nervios parecían estar controlados, tenía la sensación de que alguien me seguía, pero no advertí nada especial en la gente que deambulaba en todas direcciones.

Caminé hasta el centro comercial y al entrar en la primera tienda, me llamó la atención un extraño y bellissimo collar. Apenas pude resistir el hechizo de las cuentas veteadas que descollaban sobre el terciopelo negro del armario de cristal como acantilados que sobresalen en una llanura de felpa, y comprártelo; mejor dicho, comprármelo.

Una inusitada sensación recorrió mi piel de solo pensar en el contacto de aquel engranaje mineral y traslúcido. Original y atractivo, con cuentas que simulaban armonizar en el caos de sus formas disímiles, me pareció un prototipo de lo que te gusta (de lo que me gusta), pero estaba el inconveniente del dinero: la maldita celadora cargaba apenas con lo necesario para una emergencia. Necesitaba más efectivo; una amiga merece que se le escoja debidamente su regalo. Seguramente encontraría la manera; compraría algo diferente para ti, y luego..., regresaría por ese collar, por supuesto, para mí.

«Me entretuve mirando los estantes en que siempre me parecía encontrar cosas que necesitaba. Pensé que luego no tendría la oportunidad de abastecerme de ellas, como tampoco siempre puede respirarse el aire fresco de la calle sin temor a que la envenenen a una con tanto mejunje, por lo que decidí disfrutar de mirar sin comprar. Pero ese día, y hasta aquel momento, la suerte parecía estar inequívocamente de mi parte.»

Caminé entre vendedoras que me acechaban con rostros de celadoras y vestimentas de brujas. Estuve tentada de regresarme al mostrador donde vi el collar y robármelo, pero no, no era posible, la maldita empleada lo había colocado bajo llave.

Me entretuve mirando los estantes en que siempre me parecía encontrar cosas que necesitaba. Pensé que luego no tendría la oportunidad de abastecerme de ellas, como tampoco siempre puede

respirarse el aire fresco de la calle sin temor a que la envenenen a una con tanto mejunje, por lo que decidí disfrutar de mirar sin comprar. Pero ese día, y hasta aquel momento, la suerte parecía estar inequívocamente de mi parte. Llamó mi atención la sobria elegancia de una mujer que, con la cartera distraídamente abierta, solicitaba un perfume bastante caro a una de las empleadas. La idea me sedujo al instante. Nunca nada me había sido tan fácil como aquel ejercicio alguna vez aprendido.

* * *

«Me sentí mareada, con la sensación de haberme extraviado, o tal vez de haber perdido el enlace entre mis acciones, pero guiada por un estado de conciencia cuya magnitud no alcanzaba a comprender.»

Compré un vestido estupendo que me pondría esa misma noche. Como tenía hambre me fui a comer y luego de saborear mi sándwich de pavo y mi refresco de uva, utilicé parte del dinero restante para comprar algunas cosas. En el camino de vuelta compraría el collar, y enseguida, ese dichoso regalo que, sin éxito, buscaba para ti.

Luego ya no tuve noción de que el tiempo transcurría velozmente mientras yo vagaba cargada de paquetes totalmente repuesta de la angustia que me produjera el pensar que alguien andaba tras mis pasos, así es que decidí regresar a la primera tienda en busca

del collar. Sería el premio, mi premio, por haber soportado tanto encierro, tantos días grises y monótonos en aquel sepulcro de sanatorio, y también, ¿por qué no?, por todo el tiempo malgastado en busca de tu dichoso regalo. Ver a una vieja amiga mosca muerta asombrarse es algo que no podía ni quería perderme, pero una también tiene que darse algún premio de vez en cuando: no puede una olvidarse de eso.

Me sentí mareada, con la sensación de haberme extraviado, o tal vez de haber perdido el enlace entre mis acciones, pero guiada por un estado de conciencia cuya magnitud no alcanzaba a comprender. Hice varias veces el mismo recorrido, cuando de repente, reconocí el establecimiento donde había visto el collar. Observé que la empleada se disponía a cerrar el lugar y me apresuré a llamar su atención; primero con una seña y seguidamente pidiéndole que me permitiera entrar, cosa que la mujer hizo con gusto; seguro no quería perder una posible venta, si el cliente, en este caso yo..., pero el collar ya no estaba.

Me puse mal, me pareció que me asfixiaba, se me antojó que la empleada tenía un extraordinario parecido con la celadora, pero me repuse y le pregunté por el collar. Me dijo que lo había vendido. Entonces sentí que me hervía la sangre y luego que me mareaba más. Había perdido la oportunidad de conseguir ese maldito collar. Tampoco tenía mis píldoras; las había olvidado con la precipitación de la salida matinal, en uno de los bolsillos del maldito atuendo de sanatorio que llevaba puesto y que cambié por las ropas de la celadora.

Estaba literalmente agotada, me dolían mucho los pies, que habituados a las zapatillas y a las alfombras del sanatorio, ya no aguantaban los zapatos de la bruja que me quedaban justos.

«Corrí calle abajo ya que no andaba muy lejos de casa, y tomar un taxi hubiera sido imposible. Me quedaba lo justo para el taxi que me haría llegar a tu maldita casa, y para comprar ese ramo de estúpidas rosas blancas que por suerte conseguí a último momento. Aunque llenas de maléficas espinas, eran tus preferidas.»

¡Las cosas que hay que hacer por una amiga! Estaba deshecha de caminar todo el día con esa horrible vestimenta de arpía. Todas las tiendas estaban ya cerradas. Había planeado sorprenderte, ¿te das cuenta?, (a las nueve en tu casa). Las nueve, sí; era una hora perfecta. Eran casi las ocho. Apenas tenía tiempo para llegar al apartamento que durante meses había permanecido cerrado, airearlo un poco antes de ducharme, y arreglarme para verte petrificada ante mi presencia.

Te chocaría conocer el precio de mi nuevo vestido, el que había comprado esa misma tarde y que venía tan bien con el collar; eran el uno para el otro. Era también una verdadera lástima no haber conseguido aquel collar. Lástima de collar y lástima de sorpresa echada a perder porque a una maldita infeliz, que había salido de debajo de sabe dios qué piedra, se le había antojado robarme mi collar. ¿Oíste?: mi collar; mío, mío.

Corrí calle abajo ya que no andaba muy lejos de casa, y tomar un taxi hubiera sido imposible. Me quedaba lo justo para el taxi que me haría llegar a tu maldita casa, y para comprar ese ramo de estúpidas rosas blancas que por suerte conseguí a último momento. Aunque llenas de maléficas espinas, eran tus preferidas.

* * *

Me bajé del taxi con tu ramo de flores. En ese momento salías al portal. Aunque a distancia, disfruté de tu estupefacción al reconocermé. Siempre te creíste la mejor; la más linda; la más divertida; las más popular. No niego que lucías radiante, y hasta me pareció que en tu cuello..., brillaba..., ¡el collar!, ¡mi collar!

Como una bofetada en pleno rostro, como una burla terrible y siniestra que acababa de revertir la sorpresa del encuentro, no pude soportar que aquel collar: mi collar, se balanceara sobre tu garganta al compás de tus pasitos de marioneta. No pude tolerar tu necedad, tus frases: *¿qué haces aquí?*, *¿te escapaste?*...

«Ha dejado de llover. Las heridas han vuelto a sangrar, y no sé exactamente si es la empleada de la tienda, la compradora de perfumes, o la celadora; solo sé que ha entrado en mi cuarto esa mujer: con sus zapatos de bruja, con su disfraz de arpía compasiva, y un enorme mazo de llaves tintineantes.»

Mis manos se crisparon sobre el ramo de rosas y las pequeñas dagas, se incrustaron en ellas hasta que las rojísimas gotas mancharon mi vestido nuevo. Me abalancé sobre tu cuello y de un tirón te arranqué el collar, mientras sentía que el mareo se acrecentaba y un mar de espuma me brotaba por las comisuras de los labios. Los gritos de tus amigas acuchillaron mis oídos hasta ensordecirme. Caí en redondo y, desde el suelo, vi el rostro angustiado de mi perseguidora que se inclinaba sobre mí. Con sus hábiles y nervudas manos trataba de limpiar la espuma blandiendo un pañuelo inmaculado.

* * *

Ha dejado de llover. Las heridas han vuelto a sangrar, y no sé exactamente si es la empleada de la tienda, la compradora de perfumes, o la celadora; solo sé que ha entrado en mi cuarto esa mujer: con sus zapatos de bruja, con su disfraz de arpía compasiva, y un enorme mazo de llaves tintineantes.

La miro con desdén y sigo aferrada a la bolsita. Ella me devuelve la mirada con ternura, y se pone a verificar el funcionamiento de la alarma.

© María Eugenia Caseiro

La autora:

María Eugenia Caseiro (La Habana, Cuba). Reside en Estados Unidos. Escritora, poeta. Integra la Muestra Permanente de Poesía siglo XXI de la Asociación Prometeo de Poesía. Miembro del INPL (Instituto Nacional de Periodismo Latinoamericano) e IFLAC (Foro Internacional para una Cultura y una Literatura por la Paz). Bibliografía: *Antologías Famous Poets Society* (1997, 2000). *Hollywood Diamond Homer Trophy* (1998). *Antología Nueva Poesía Hispanoamericana* (2004, 2005 y 2006). *Antología "Paseo en Verso" Méjico* (2005). *Antología Femenina Hispanoamericana El Rastro de las Mariposas* (2006). *Poesía Hispanoamericana Siglo XXI* (2007). Publicada en revistas y diarios y impresos como *El Mundo Árabe*, *La Estrella de Panamá*, *El Culturador* (USA), *Etcétera* (España), *Revista Voces* (Madrid, España), *revista la Luna del Perito* (Alicante, España), *La Fuente de las siete Reinas* (Italia) y otras.

GOOD GIRL

por Eva Díaz Riobello

La vi por primera vez en Gran Vía, a la entrada de ese teatro que ahora se llama como una compañía telefónica. Yo intentaba adelantar a un grupo de personas que hacían cola para ver el musical de moda y, mientras me abría paso a base de codazos y empujones, casi tropiezo con un mendigo que, sentado en el suelo, agitaba la mano y alzaba la mirada hacia ellos suplicando una limosna.

Lo esquivé como pude y me alejé de él, aunque no pude dejar de observar con fascinación aquella patética escena tan parecida a otras muchas con las que me suele regalar Madrid de vez en cuando, como si quisiera que aprendiera alguna enseñanza irónica e imprecisa: el teatro-franquicia, los jovencitos elegantes, el mendigo lisiado... Mientras lo miraba distraídamente, de pronto alguien le tendió una bolsa con –entreceché los ojos– un menú completo de comida rápida en su interior.

Seguí la trayectoria del brazo hasta distinguir el rostro de aquel repentino benefactor, que resultó ser una chica joven, veintitantos años, de la que apenas pude vislumbrar media melena negra y un rictus malhumorado. Antes de que el mendigo pudiera reaccionar, ella dio media vuelta y se alejó rápidamente, como si las palabras de agradecimiento del vagabundo la estuvieran persiguiendo para morderla. Me sorprendió aquel gesto, aunque no le di mayor importancia. Me limité a archivarlo en mi memoria y proseguí mi paseo.

Tres días después, volví a encontrarla en el metro. Vestía un abrigo oscuro y llevaba la melena recogida en un descuidado moño. Me di cuenta de que era ella cuando la megafonía anunció que estábamos llegando a Chueca. En ese momento, un anciano ciego se incorporó y comenzó a palpar el aire, vacilante, en busca de la salida. Me removí en mi asiento, inquieto. Mi imaginación se disparó. El pobre hombre no conseguiría abrir la puerta a tiempo, el tren arrancararía, se iba a pasar de estación. O peor, la puerta se abriría demasiado tarde y se caería de cabeza al andén. Mi conciencia se despertó de su siesta: «¡Vamos! ¿Qué haces ahí? ¡Corre a ayudarlo!», gritó, y yo me preparé para atravesar la masa de pasajeros que nos separaba, sabiendo que no llegaría a tiempo hasta él ni aunque saltara por encima de sus cabezas.

«Seguí la trayectoria del brazo hasta distinguir el rostro de aquel repentino benefactor, que resultó ser una chica joven, veintitantos años, de la que apenas pude vislumbrar media melena negra y un rictus malhumorado. Antes de que el mendigo pudiera reaccionar, ella dio media vuelta y se alejó rápidamente, como si las palabras de agradecimiento del vagabundo la estuvieran persiguiendo para morderla.»

Parecía que aquel ciego se iba a quedar atrapado en el vagón, pero entonces, ella, que hasta ese momento había permanecido semioculta en una esquina, agarró suavemente su brazo y lo guió hasta la puerta. Lo hizo todo sin inmutarse, como quien realiza un acto reflejo. Ni siquiera levantó la vista del libro que leía. Me llamó la atención la total indiferencia con la que recibió el «gracias» que el anciano murmuró antes de salir. Su rostro permaneció ceñudo y, entonces, la reconocí.

Permanecí quieto, observándola con disimulo, y comparando su actitud con la del resto de la gente que conocía. Normalmente, cuando hacemos una buena acción –ya sea ayudar a una viejecita a cruzar la calle, dar una limosna a un vagabundo o rescatar de un árbol al gato del vecino–, nos sentimos orgullosos de nosotros mismos. Nos marchamos de allí con una sonrisa beatífica pintada en el rostro, pensando que somos buenísimas personas; pensando que, aunque tal vez no donemos la mitad de nuestro dinero a los niños somalíes, ni donemos sangre, ni reciclemos papel y vidrio, sin duda existe una parcelita en el cielo que lleva nuestro nombre, ¿no?

Y mientras reflexionaba sobre esto, el metro se detuvo en Alonso Martínez y la chica se apeó. La

había perdido de nuevo.

Pasaron dos meses antes de que volviera a verla. En cierto modo, intuía que volvería a encontrármela. Aunque Madrid sea una ciudad enorme, en el fondo es fácil forzar los encuentros casuales si te lo propones. Y en esta ocasión, además, conseguí abordarla.

Fue una mañana lluviosa de domingo. A pesar del frío y de los nubarrones, el Rastro estaba tan abarrotado y bullicioso como de costumbre. Yo merodeaba en torno a los puestos, solo y aburrido, pensando en mis cosas. Me acerqué a los puestos de incienso y abalorios étnicos que tanto le gustaban a mi última novia y curioseé entre los budas de latón y las telas de colores con espejitos que durante ocho meses formaron parte de la decoración de mi piso. Ni siquiera conseguí ponerme triste pensando en ella y en el monitor de yoga por el que me había dejado. Estaba vacío y cansado.

Mientras dudaba entre volver a casa o no, una melodía atrajo mi atención. Miré a mi alrededor y, finalmente, me dirigí hacia una esquina del mercadillo, en donde una mujer oronda cantaba mariachis acompañada de un hombre mayor que tocaba el acordeón. Formaban una pareja tan entrañable, que no pude evitar sonreír. Cantaban con sentimiento, mirándose a los ojos como si estuvieran en un teatro y no en mitad de la calle.

Me uní al corrillo que se había formado en torno a ellos y observé que el jarroncito situado a sus pies contenía una suma respetable de dinero. Alguien más debió de pensar lo mismo, porque, de pronto, un adolescente cruzó a toda prisa el corrillo y derribó el jarrón, que se hizo añicos. Todas las monedas se desparramaron por el suelo. Noté movimientos furtivos entre el público e intuí lo que iba a suceder. Madrid estaba a punto de ofrecirme una nueva lección de vida, gratis y sin posibilidad de devolución. «Ya ves, querido, a los canarios se los comen las aves de rapiña», imaginé que me susurraba la ciudad al oído.

«Me uní al corrillo que se había formado en torno a ellos y observé que el jarroncito situado a sus pies contenía una suma respetable de dinero. Alguien más debió de pensar lo mismo, porque, de pronto, un adolescente cruzó a toda prisa el corrillo y derribó el jarrón, que se hizo añicos. Todas las monedas se desparramaron por el suelo.»

La pareja dejó de cantar y la mujer trató de incorporarse torpemente para recoger el dinero. Alguien más se abrió paso detrás de mí para adelantarse a ella y desvalijarla, pero se detuvo. Entonces, me volví y vi aquel par de piernas plantadas sobre el mar de monedas. Abrigo oscuro. Media melena negra. Y una mirada hostil a su alrededor que disuadió cualquier posible intento de robo. Se agachó y metió con rapidez el dinero en una bolsa ante la mirada atónita de los cantantes. Cuando terminó, les tendió la bolsa sin decir palabra y siguió su camino. Sin dudarle un momento, la seguí. Esta vez no se me escaparía.

Alcanzarla resultó más difícil de lo que esperaba. Ella caminaba a grandes zancadas y esquivaba a los peatones ágilmente, como un gato. Atravesamos a toda velocidad los puestos del Rastro y la calle Duque de Alba. Por fin, en Tirso de Molina ya no pudo ignorar más mi asedio. Se dio la vuelta y me encaró.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó, retadora.

Me detuve a su lado, jadeando. Por alguna razón, había creído que sería más simpática.

—Te he visto —balbuceé—. Te he visto antes, en el Rastro, ayudando a la pareja del acordeón. También te vi en el metro con aquel ciego. Y en Gran Vía, dándole comida a un mendigo...

—¿Y? —me clavó la mirada, desafiante—. Me has visto, ¿y qué? ¿Tienes algún problema?

Me quedé pasmado.

—No... ¡no! Sólo quería decirte que... que... —en realidad, no sabía que decirle, en mi cabeza había imaginado que charlaríamos, que nos tomaríamos un café y que ella me contaría que era socia de alguna ONG, morenas tímidas sin fronteras, por ejemplo, y que los escritores solitarios le parecían

seres fascinantes e irresistiblemente atractivos, pero ahora mi imaginación estaba fallando en el peor momento—... que creo que eres una gran persona y... bueno, que no es fácil encontrar a gente tan dispuesta a ayudar a los demás... como.... como tú... —En cuanto dije aquello, me sentí como un idiota.

Ella se me quedó mirando fijamente. Sus ojos negros brillaban con una luz furiosa. Por un momento, creí que iba a insultarme o a golpearme. Tal vez estaba loca y debía alejarme de allí cuanto antes, pero mis pies permanecieron clavados firmemente en el suelo. Ella se pasó la mano por la cara y desvió la vista. Parecía inquieta. Suspiró. Yo no sabía qué más decir. Que me parecía guapa, aunque nunca sonriera. Que ojalá para el resto del mundo también fuese un acto reflejo ayudar a los demás... Y entonces su voz interrumpió mis pensamientos.

—Hace tiempo, hice algo horrible. Espantoso. Atroz. Nadie sabe que aquello sucedió. Nadie sabe que fui yo la causante. Nunca iré a la cárcel ni pagaré por ello. Pensé en entregarme, pero seguramente no me creerían. Luego se me ocurrió hacer penitencia, como en el colegio cuando me portaba mal. Ayudar a la gente para expiar mis culpas. No hago el bien porque quiero. Es mi castigo. Yo me lo impuse y será así hasta que me muera...

Hablaba a trompicones, como si tuviera miedo de que la interrumpiera antes de que pudiese terminar. Entonces levantó la vista, y sus ojos eran los más tristes del mundo.

Sé lo que os gustaría saber. A mí también. Pero no me atreví a preguntárselo.

No me atreví.

Me quedé allí de pie, viéndola alejarse. No tuve valor para seguirla, ni sentí deseos de investigar dónde vivía, o en qué trabajaba; ni si tenía amigos, o familia. Volví a mi casa, abrí una botella de ginebra y me la bebí a su salud, a la de mi vida, a la de mi ex novia, y, por último, a la de Madrid, una ciudad que nunca deja de enseñarme cosas que no quiero saber. Aquella tarde volví a fumar, después de un año y medio de abstinencia. Y volví a emborracharme solo y a regodearme en mis miserias.

Después, nada.

Seguí con mi rutina. Trabajos esporádicos para pagar el alquiler por las mañanas y la angustia de la página en blanco por las tardes.

Sigo pensando en ella, a veces. Y ahora me ha dado por coleccionar periódicos viejos. Me leo de cabo a rabo las secciones de sucesos y, a veces, recorto algunos artículos. Sigo los casos sin resolver y reconstruyo los asesinatos más atroces. Tengo un álbum lleno. A veces me paso una tarde entera leyéndolo y después me acuerdo de sus palabras, de que nadie sabe que aquello sucedió. Entonces me tumbo en la cama y pienso en su melena negra, en su rostro triste... y en sus ojos.

Los ojos más bonitos del mundo.

«Me quedé allí de pie, viéndola alejarse. No tuve valor para seguirla, ni sentí deseos de investigar dónde vivía, o en qué trabajaba; ni si tenía amigos, o familia. Volví a mi casa, abrí una botella de ginebra y me la bebí a su salud, a la de mi vida, a la de mi ex novia, y, por último, a la de Madrid, una ciudad que nunca deja de enseñarme cosas que no quiero saber. Aquella tarde volví a fumar, después de un año y medio de abstinencia.»

© Eva Díaz Riobello

La autora:

Eva Díaz Riobello. (Avilés, España, 1980) Licenciada en Periodismo y estudia último curso de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada en la Universidad Complutense de Madrid. Ha ganado varios premios literarios, entre ellos el premio Jóvenes Talentos Booket y el premio Los Sueños de Cada Uno de cuento. Actualmente vive en Madrid, trabaja en una editorial y colabora regularmente con las revistas *Bayard*. Página personal "Las Letras Dormidas": <http://letrasdormidas.blogspot.com>

NEWTON EL MAGO (Los diarios de Lem)

por Carlos Montuenga

Llueve en París. La lluvia, menuda y fría, extiende su velo turbio sobre la ciudad.

Al sur del río, las calles angostas que ascienden hacia la colina Saint Genevieve, están convertidas en lodazales inmundos por los que ruedan con lentitud los carruajes. Gentes miserables, envueltas en harapos, van de un lado a otro arrastrando los pies por el fango, o se agrupan frente a pequeñas hogueras, en las que arden los objetos más dispares.

La posada donde me alojo se encuentra en la esquina de una plaza formada por viejas casas con tejados de pizarra negra.

Suelen hospedarse aquí viajeros que permanecen unos días en la ciudad. Hay comerciantes de peluca empolvada, un buhonero fachoso cargado con su arcón de baratijas y algún militar de baja graduación que cambia de destino. A veces se ven tipos extraños, como un viejo alto y flaco, con el que suelo cruzarme al salir por las mañanas. Va vestido de riguroso luto y se diría que es un buitre al acecho de sus presas.

Hace unos días apareció un grupo de estudiantes extranjeros, creo que son alemanes. No he conocido gente más ruidosa. Se reúnen algunas tardes junto a la chimenea y, en medio de un alboroto indescriptible, vacían, una tras otra, las botellas de aguardiente que les sirve Arlette, la camarera.

Arlette es pelirroja y tiene un cuerpo esbelto. Se mueve con agilidad entre las mesas con su bandeja en alto y trata de complacer a todo el mundo. Suele estar de buen humor, pero si algún patán sin modales abusa de su paciencia, se pone hecha una furia y le contesta con descaro. Cuando está irritada, sus grandes ojos verdes relampaguean como los de un felino.

Conmigo siempre se muestra amable, incluso yo creo que está demasiado pendiente de mí. Cuando llegué a la posada se las arregló para que pudiera ocupar una de las mejores habitaciones; un cuarto amplio, provisto de chimenea, con una cama grande y mullida.

Por fin ha cesado la lluvia. Al caer la tarde, cruzaban el cielo grandes jirones de nubes que parecían los restos de un inmenso ejército en desbandada.

Durante la noche, mientras deambulaba por las proximidades del Sena, el aire había recuperado su transparencia. Una gran luna brillaba contra el cielo limpio, cuajado de estrellas. Su luz helada, al derramarse sobre la ciudad, producía la ilusión de un mundo lleno de perfiles cristalinos, un lugar mágico, del que había desaparecido la fealdad de las paredes, oscurecidas por la humedad, y la inmundicia de las calles.

Caminaba yo abstraído, cuando al doblar un callejón solitario, pude distinguir a un grupo de individuos, armados con grandes garrotes, que impedían el paso a un carruaje, sujetando las bridas de los caballos. Me aproximé con sigilo, ocultándome en las sombras, y alcancé a ver a varios hombres con elegantes libreas, sin duda sirvientes del vehículo, que yacían maltrechos en el suelo. Uno de ellos sangraba profusamente por una herida en la frente y suplicaba que no le matasen. El cabecilla de la banda se abalanzó al interior del carruaje, y después de hacer salir de su interior a una vieja dama de aspecto aristocrático, la conminó a que le entregara sus joyas.

Aunque tenemos órdenes terminantes de evitar situaciones comprometidas, no pude permanecer impasible ante aquella escena. Sin pensármelo dos veces, me acerqué con paso decidido hasta situarme junto a los malhechores, quienes, tras un momento de sorpresa, se lanzaron sobre mí. No me fue difícil reducirlos, mejor dicho apenas tuve que hacer nada. Ni siquiera sentía el impacto de

los garrotazos que llovían sobre mí. Los dejé durante unos minutos que se esforzaran en vano y, cuando los pobres diablos se hallaban jadeantes y confundidos, bastó algún que otro empujón para hacerlos rodar por el suelo embarrado.

Un momento después, toda la cuadrilla salió corriendo presa del terror, como si se hubieran topado con el mismísimo diablo, y desaparecieron en la oscuridad.

La pasajera resultó llamarse Madame Geoffrin. Una mujer de edad avanzada y, por lo que pude comprobar bastante miope, que se mostró tan agradecida por mi oportuna intervención como admirada de la facilidad con que puse en fuga a sus asaltantes.

Al oírme hablar, Madame Geoffrin me tomó por inglés y yo decidí seguirla la corriente, presentándome como un joven profesor de Cambridge, de paso por la ciudad.

Mi nueva amiga, es un personaje singular. Se trata de una vieja aristócrata apasionada por la cultura. En los salones de su palacio se organizan tertulias literarias a las que acude lo más granado del mundillo intelectual. Ha insistido tanto, que la he prometido asistir a una de estas reuniones en cuanto mis obligaciones me lo permitan.

Madame Geoffrin suele invitar a jóvenes autores deseosos de darse a conocer en la alta sociedad. Tras una breve presentación, el poeta de turno prepara sus cuartillas, aclara la garganta y, en medio de un silencio expectante, comienza a declamar sus versos.

Apenas entiendo el sentido de esos largos poemas en los que se repiten frases ampulosas sobre el amor, la búsqueda de la libertad y el fatal destino. Me resulta casi imposible prestar atención a esos pedantes. Cuando ya no aguanto más tanta simpleza, me dedico a observar a la audiencia con disimulo, sobre todo a las damas; algunas son de una elegancia insuperable: trajes suntuosos bordados con hilo de plata, collares de perlas, grandes pelucas blancas adornadas con lazos de seda... nunca había visto nada parecido. He notado que ellas también me observan a mí. A veces, cuando nuestras miradas se cruzan, arquean levemente las cejas y me sonríen con la mayor naturalidad, mientras juegan a abrir y cerrar sus abanicos. Me parece asombroso que se muestren tan amables con un desconocido.

«Durante la noche, mientras deambulaba por las proximidades del Sena, el aire había recuperado su transparencia. Una gran luna brillaba contra el cielo limpio, cuajado de estrellas. Su luz helada, al derramarse sobre la ciudad, producía la ilusión de un mundo lleno de perfiles cristalinos, un lugar mágico, del que había desaparecido la fealdad de las paredes, oscurecidas por la humedad, y la inmundicia de las calles.»

Seguro que los superiores no aprobarían mi asistencia a las reuniones que celebra Madame Geoffrin en sus salones; para ellos, cualquier cosa sin relación directa con nuestros objetivos es una frivolidad, una pérdida de tiempo sin justificación posible. Claro que, no tienen por qué enterarse de todo lo que hago.

Además, no es el mejor momento para complicarse la vida; bastante agitación hay ya en las altas esferas. En los últimos comunicados difundidos por el Consejo Supremo, se asegura que el continente se encamina hacia una nueva guerra. Por lo visto es ya un hecho innegable que la firma de la Triple Alianza por Francia, Inglaterra y Holanda fue sólo una componenda de la que no se puede esperar una paz duradera.

Para mí, las alianzas y tratados que estas gentes hacen y deshacen con tanta facilidad, son un embrollo imposible de entender, pero allá los honorables miembros del Consejo con sus conclusiones. Según ellos, esas naciones sólo buscan el modo de aumentar su área de influencia para imponerse a las demás y erigirse en árbitros de un equilibrio imposible.

En fin, pintan un panorama bastante sombrío. No es raro que algunos compañeros aseguren que estamos preparando una operación a escala mundial. Pero sólo son rumores.

Ayer, al finalizar la velada literaria, se me acercó un hombre joven con aire de intelectual. Tras una leve inclinación de cabeza, se presentó:

–Disculpadme señor, no creo conoceros. Soy Lucien de Sourignac. He cursado estudios en las Universidades de París y Lovaina. Llevo unos meses ayudando al barón de Montesquieu en la preparación de un informe para la Academia de Burdeos. Hemos estado investigando el efecto del clima tropical sobre los hábitos sociales de los indígenas antillanos.

–Vaya, no sabía que esos indígenas hicieran vida social– respondí.

Lucien me miró con curiosidad.

–Vos sois inglés ¿no es cierto?

–Eh... sí, así es caballero. Mi nombre es un poco difícil de pronunciar. Podéis llamarme simplemente, Lem.

–¿Lem? curioso nombre. Los ingleses sois un tanto peculiares (y al decir esto, no pudo ocultar un cierto aire de superioridad)

«Madame Geoffrin suele invitar a jóvenes autores deseosos de darse a conocer en la alta sociedad. Tras una breve presentación, el poeta de turno prepara sus cuartillas, aclara la garganta y, en medio de un silencio expectante, comienza a declamar sus versos.»

–Tengo entendido que impartís cursos de filosofía en Cambridge. ¿Domináis algún área en particular?

Le contesté lo primero que se me ocurrió:

–Bueno, estoy doctorado en teología, pero me interesa también la filosofía natural y...

–¿La filosofía natural? Entonces imagino que seréis un newtoniano convencido.

No me esperaba una pregunta tan directa y, durante un momento, sentí que se me quedaba la mente en blanco.

En seguida me recuperé e hice un rápido análisis de la cuestión: newtoniano... seguidor de las teorías de Isaac Newton. Sí, recordaba haber leído algo al respecto en los archivos del Consejo. Lucien se refería a un gran matemático que en el siglo anterior revolucionó el estudio de los fenómenos naturales.

No se me ocurrió nada mejor que contestar de forma afirmativa a la pregunta, aunque me intrigaba el tono desdenoso con que había sido formulada.

–Desde luego –respondí–. Sir Isaac Newton fue un sabio eminente por el que siento la mayor admiración.

–¡Por supuesto! –exclamó Lucien, levantando los brazos.

–Pero vuestro admirado Newton ha sembrado la confusión en lo que antes era un camino luminoso. El camino de la ciencia mecánica, el único capaz de conducirnos a una visión racional del mundo.

Mi gesto de perplejidad pareció divertirlo.

–Ya veo que os sorprendéis. Ahora tengo que atender algunos asuntos urgentes; tal vez podamos continuar esta conversación en otro momento. Confío en que vuestra estancia en París sea placentera.

Y se alejó de mí tras hacer una nueva inclinación de cabeza.

Llevo varios días sintiendo hormigueos por todo el cuerpo. Muchos compañeros describen sensaciones parecidas. Es lo mismo de otras veces. Según dicen los sabihondos del Consejo, las radiaciones que atraviesan esta atmósfera pueden producirnos ciertos efectos que deben controlarse. Sobre todo, hay que evitar que nuestra apariencia humana sufra algún cambio imprevisto.

Ayer no me encontraba de humor para ir a ninguna parte y pasé la mayor parte del día encerrado en mi cuarto, esforzándome en descifrar los últimos informes. A última hora de la tarde sonaron unos golpecitos tenues en la puerta y, apenas había tenido tiempo de decir nada, cuando entró Arlette con una gran bandeja, en la que había dispuesto algunas viandas y una jarra de agua.

—Señor —dijo con su voz cantarina— pasáis mucho tiempo encerrado aquí y apenas coméis. Deberías ocuparos más de vuestra salud.

La miré con expresión agradecida y ella me dedicó una dulce sonrisa.

Después de dejar la bandeja sobre la mesa, se quedó mirándome con sus grandes ojos, como si esperara que yo hiciese algo. Al ver que yo seguía a lo mío, empezó a dar vueltas por la habitación, poniéndolo todo en orden. Alisó la colcha y cambió algunos objetos de lugar. Se movía sin cesar de un lado para otro y estaba empezando a ponerme nervioso. Hice un esfuerzo por ignorarla y volví sobre mis informes con intención de continuar trabajando.

En eso estaba, cuando sentí la respiración de la joven muy cerca de mí, al tiempo que sus brazos me rodeaban con suavidad. Luego, un beso cálido se deslizó por mi nuca. Durante unos instantes, permanecí rígido como una estatua, con los codos apoyados sobre la mesa y Arlette pegada a mi espalda. Entonces, sin saber bien lo que hacía, me levanté con tanta brusquedad de la silla, que los dos estuvimos a punto de perder el equilibrio y caer de espaldas sobre la cama. El corazón me latía con fuerza y no acertaba a pronunciar palabra.

—Arlette, estás muy sofocada —dije al fin, con un hilillo de voz. —Espero no haberte lastimado. Toma, bebe un poco de agua.

Y llenando el vaso de la bandeja se lo alargué, pero el pulso me temblaba de tal modo, que no pude evitar derramar un poco de líquido sobre su amplio escote.

Ella me miró confundida y rompió a llorar. Tiró el vaso con furia y salió corriendo de la estancia, dando un tremendo portazo.

«Llevo varios días sintiendo hormigueos por todo el cuerpo. Muchos compañeros describen sensaciones parecidas. Es lo mismo de otras veces. Según dicen los sabihondos del Consejo, las radiaciones que atraviesan esta atmósfera pueden producirnos ciertos efectos que deben controlarse. Sobre todo, hay que evitar que nuestra apariencia humana sufra algún cambio imprevisto.»

He vuelto a ver a Lucien en un par de ocasiones. El último encuentro se produjo de modo casual en «El Gato Negro», una taberna próxima al río que no goza de muy buena fama. A mí me gusta dejarme caer por allí, cuando al anochecer se llena de estudiantes y buscadores de fortuna. Aprovecho entonces para escuchar con disimulo sus conversaciones, no tanto por la información que puedan proporcionarme, como por el mero placer de satisfacer mi curiosidad. Lucien estaba sentado solo, en el extremo de una mesa, frente a una gran jarra de cerveza. Al verme, salió de su actitud abstraída y me pidió que le acompañara. Estuvimos un rato bebiendo y conversando sobre cosas triviales. Luego, el tono de la conversación se fue haciendo más confidencial y me habló de algunas cuestiones personales. Parece ser que ha contraído deudas importantes y teme que su modesta fortuna se evapore en poco tiempo. Sin embargo, confía en que sus numerosos contactos en la alta sociedad le ayuden a salir del apuro.

—Por cierto Lem, Madame Geoffrin me ha comentado que el próximo martes va a asistir Voltaire a su velada. ¿Le habéis conocido ya?

—No tengo ni idea de quien es ese caballero —respondí con candidez.

—¿Es posible? Pero ¿tan aislados del mundo estáis en vuestra maravillosa isla?

Me encogí de hombros, sin saber qué responder.

—Además, Voltaire es de los vuestros. Quiero decir —prosiguió Lucien guiñando un ojo con malicia— que es un ferviente admirador de las teorías newtonianas.

En vista de que Lucien volvía otra vez sobre ese tema, no vi otra salida que animarle a continuar.

–Lucien, para ser sincero, no puedo entender el motivo de vuestra aversión hacia ese gran sabio. ¿Acaso os molesta que un inglés haya alcanzado tan justa fama?

–De ningún modo –dijo él con acritud–. Su lugar de nacimiento me tiene sin cuidado. Lo que no puedo perdonar a tu admirado Newton es que empleara su genio indiscutible para volver a abrir de par en par las puertas a la magia y la superstición. Esas puertas que el gran Descartes y sus seguidores creían haber sellado para siempre, en servicio de la humanidad.

Al oír aquello, debí adoptar una expresión muy estúpida. La verdad es que no entendía nada, además los efectos de la cerveza comenzaban a hacerse patentes, y me sentía un poco mareado.

–Veo Lem, que mis palabras os escandalizan. Eso es algo que me maravilla de vosotros: habéis optado por mirar a otro lado, preferís ignorar lo que es obvio y sólo sabéis alabar el genio matemático de vuestro maestro.

–Es cierto que Newton ha ofrecido una visión unificada del universo a partir de un lenguaje matemático riguroso, pero ¿a qué precio? Él mismo dejó claro que la gravedad, esa fuerza con la que sus seguidores pretenden ahora explicarlo todo –desde el movimiento de los astros hasta la atracción entre los seres vivos– no puede ser algo material. Se trataría, por el contrario, de un principio misterioso que opera a distancia, algo que, en definitiva, nos conduce de nuevo hacia la visión mágica del mundo. Y nosotros estamos decididos a combatir tal desatino con todas nuestras energías.

Me sentía completamente perdido en aquel laberinto, de modo que decidí adoptar una estrategia evasiva, y, para cambiar de tema, le conté mis apuros con Arlette.

El gesto crispado de Lucien no tardó en disiparse. Empezó a reírse a carcajadas, y no dejaba de propinarme fuertes palmadas en el hombro.

Parece que encuentra muy gracioso ese penoso incidente. A veces pienso que somos demasiado diferentes de los seres humanos; tal vez nunca lleguemos a entenderlos.

Siguen los rumores de una gran operación ofensiva.

Por el momento, los del Consejo no han dicho nada. Ni creo que lo hagan; otras veces se ha dado por seguro que nuestra intervención era inminente, y al final todo queda en puras suposiciones.

Llevamos mucho tiempo observando a los hombres y siempre nos hemos mantenido en la sombra, estudiando su extraño comportamiento y limitándonos a analizar las consecuencias de lo que hacen. Hasta ahora la postura del Consejo no ha podido ser más clara: debemos permanecer al margen de sus asuntos.

Sin embargo, hay quienes piensan que no será posible mantener esa actitud de manera indefinida. Según ellos, estos seres terminarán por perder el control de su mundo, convirtiéndose en una amenaza imposible de ignorar.

No sé... yo creo que exageran.

© Carlos Montuenga

El autor:

Carlos Montuenga. (Madrid, España, 1947). Doctorado en Ciencias por la Universidad Complutense. Aunque su actividad profesional se desarrolla en el área científica, siente un particular interés por la difusión de la cultura, así como por la comunicación de un modo personal de sentir la realidad. Ha colaborado en revistas electrónicas, tales como ETC Magazine (Buenos Aires), en espacios literarios como Vorem, Margen Cero, Ariadna (Asociación de revistas electrónicas de España), Revista Amalgama, Revista Voces, Letralia (Venezuela) y en portales de la red dedicados a la difusión del humanismo y la filosofía, como La Caverna de Platón.

MARIPAZ

por Javier Munguía

Conocí a Maripaz en un curso de inglés intensivo que decidí tomar para despejarme luego de que Lucía me condenara a la espera de quién sabía cuánto tiempo, a la incertidumbre, al dolor. Me gustaron a simple vista sus cabellos claros, sus ojos claros, los hoyuelos en sus mejillas, su boca rosa, pero no me atreví a admitirlo porque esos no eran los ojos negros ni los cabellos negros ni los labios oscuros ni los hoyuelos de Lucía. Me gustaba fantasear con Maripaz, que me hablaba, en inglés, por supuesto, tímida, y yo le respondía, y ella reaccionaba turbada y el inglés se le olvidaba por completo. O que un día llegaba yo al salón y la encontraba sentada en su banco, estudiando su lección, y apenas me veía se turbaba, me hablaba medio en español, medio en inglés, y yo me sentaba junto a ella y sin decirle nada y en la boca, le plantaba un beso. Nada de eso ocurrió. Coincidíamos sin apenas rozarnos.

Charlamos por primera vez en español y de asuntos ajenos al curso un día en que no se presentó nuestro «teacher». A decir verdad, no recuerdo quién habló primero, pero sí que todo se dio de forma muy natural. No era mujer de turbarse Maripaz; tampoco yo estuve nervioso. Alguien preguntó qué estudias, el otro respondió tal cosa, el otro dijo qué interesante, el otro detalló la información. Y alguien propuso ir a charlar un rato al café junto al instituto. Sentados ambos a la mesa, mirándonos a los ojos y de pronto, en las pausas para beber nuestros refrescos, de reojo, la imaginé desnuda por primera vez. El tacto de su piel sería como tocar un apetitoso durazno gigante, con toda la dimensión y a la vez tersura de ese durazno. Imaginé que me imaginaba desnudo y que deseaba mi piel cálida, tocarme el pecho y besar mis tetillas, mi cuello, compartir generosamente su saliva...

«Sentados ambos a la mesa, mirándonos a los ojos y de pronto, en las pausas para beber nuestros refrescos, de reojo, la imaginé desnuda por primera vez. El tacto de su piel sería como tocar un apetitoso durazno gigante, con toda la dimensión y a la vez tersura de ese durazno. Imaginé que me imaginaba desnudo y que deseaba mi piel cálida, tocarme el pecho y besar mis tetillas, mi cuello, compartir generosamente su saliva...»

No llegamos a conocernos, por supuesto. Al contrario: apenas dejamos adivinar, por nuestras miradas, por nuestras palabras, quiénes éramos. Pero justamente el encanto residía en eso, en no conocernos, en ser un enigma tentador el uno para el otro. Alcancé a saber que no tenía novio; alcancé a mentir que no había nadie en mi vida.

No hubo próxima conversación porque Lucía me habló al otro día, me citó en un café, afirmó que había pensado mucho, sugirió volver. Yo, por supuesto, acepté, exultante, y decidí que sabía cuanto inglés necesitaba y más bien me puse a escribir literatura, además de consagrarme a Lucía.

Y somos felices. Al menos yo lo soy y es lo que veo día a día en la sonrisa de Lucía, en la tibieza de su cuerpo, en sus abrazos, en la presión de sus manos, en el abandonarse a mí como ante un árbol fuerte y viejo. Pero no he de negar que hay tardes dedicadas a escribir, como esta, en que me pregunto qué habría sido de mí si Lucía nunca me llama, si vuelvo a salir con Maripaz, si llego a desvelar su misterio, su cuerpo. Y me respondo con imaginarias tardes de playa, de parques, de besos; con imaginarias noches de sexo contra sexo, de boca contra sexo, de mano contra sexo; con mañanas de boca contra pechos, de la paz de su pubis de durazno, de sus ojos claros y serenos.

© Javier Munguía

El autor:

Javier Munguía (México, 1983). Escribe actualmente cuentos de nostalgia y ruptura para *Modales de mi piel*, su tercer libro. También batalla con su novela *Hambre*, que espera tener el valor de continuar y concluir. Ha publicado los libros de cuentos *Gentario* (2006) y *Mascarada* (2007). Quiere ser un buen escritor.

MESTER DE JUGLARÍA *

por Luis Antonio Marín

*Nosotros estamos, simplemente, ligados a la historia,
Pero no somos el trueno ni manejamos el relámpago.*

Enrique Lihn. Mester de Juglaría.

El siguiente relato no pertenece al género de la ficción, pues está innumerablemente unido a todos los hechos que son, que fueron, que serán, y deplorar o censurar un sólo hecho real es blasfemar del universo. La acción transcurre en el *subway* de una nación oprimida y tenaz: Venezuela, Brasil, Argentina, algún estado europeo o centroamericano. Digamos, por comodidad narrativa, Chile; digamos, noviembre del año 2001.

Afuera, la contaminación de todo tipo arrecia ferozmente, provocando malestares, desmayos y hasta muertes en las calles de Santiago; también la violencia mutua entre agentes del Estado y delincuentes compulsivos, que buscan romper el ciclo del asco en base de odio vertido en revólver. Adentro, Andrés Domínguez Montessor, sociólogo cesante de 28 años, toma por asalto el metro con la poesía de Vicente Huidobro Fernández, chileno nacido en 1893. Nació a los 33 años el día de la muerte de Cristo, dice a los circunstantes que repletan el último vagón. Está sobre una antigua maleta de cuero puesta de canto. En ese mar de sudores, cansancio e infinito tedio, Domínguez sobresale y es visto hasta por el más brutal y ciego de los pasajeros. El espectáculo es total, una verdadera epifanía en medio de lo cotidiano, como cuando recitó en un local de calle Suecia bajo los efectos del elesedé. Mi padre era ciego, y sus manos eran más admirables que la noche, y nadie desoye su prédica, el fuego desatado, la alquimia verbal, la sanación mediante el flagelante rito de meter sus manos y sus pies en un mar de flores y basuras.

«Los seres sociales deambulan por la tarde, apiñados como ganado, cumpliendo sus a veces inútiles labores; en el fondo están huyendo del día, de la muerte, reflexiona. He aquí la muerte que se acerca, como la tierra al globo que cae, ratifica Huidobro.»

Los seres sociales deambulan por la tarde, apiñados como ganado, cumpliendo sus a veces inútiles labores; en el fondo están huyendo del día, de la muerte, reflexiona. He aquí la muerte que se acerca, como la tierra al globo que cae, ratifica Huidobro. Se abre una puerta, entra al vagón un esbirro social, un lúgubre hombrecito de azul, y algunos pasajeros entienden –o recuerdan– que recitar en el metro está prohibido; otros, aún sin gustarles la poesía, se rebelan, preguntándose qué de ilegal puede haber en ese acto intempestivo y tenaz, diferente a la monótona configuración de tumba que ven entre la publicidad y la vil desdicha de una espera solipsista. Pero la rebelión queda en nada, en mero gesto inexplotado.

Al ver como aquel guardia le arruina la misa con el pueblo (con el obrero que cansado sólo anhela ver televisión hasta aturdirse y olvidar, con el ejecutivo sarcástico que no ve más allá de su chequera, con el universitario que ignora que ha sido castrado), Andrés Domínguez se permite concluir su poema y luego preguntar al respetable: *«a alguien le molesta que yo recite poesía acá, en el metro»*. Todos y casi al unísono contestan: *¡«noooooó!»*. Entonces el funcionario, para demostrar su fuerza, su férrea adscripción al edificio del poder, llama desde su walkie-talkie pidiendo refuerzos, para que el insurrecto no se salga con la suya. Qué pasa, que yo sepa no estoy infringiendo ningún artículo; sí pero capaz que después, si dejamos pasar esto, se nos venga una

* Este relato pertenece al libro *Palacio Larraín*, publicado en 2006 por la editorial La calabaza del diablo.

serie de giles a vender superochos; entonces, si yo soy vendedor ambulante tú eres un vil torturador; no pedazo de mierda, yo no soy torturador, y tú me estás faltando el respeto y dejando mal ante la gente, debieras trabajar en algo útil, en vez de venir a este medio de transporte de la gente de trabajo a molestarnos con tu *arte*. El esbirro social entona la palabra *arte* con extrema petulancia y un cinismo rayano en la homosexualidad, lo que provoca en un ejecutivo con aspecto de dandy-ingeniero-silicon-valley-revista-capital, una profunda sonrisa de ciudadana delectación.

Antes que lo saquen a la fuerza, Domínguez decide abandonar el metro. Es la estación Franklin de la línea 2. Prefiere seguir trabajando en las micros, cada vez más pobres y hostiles, a que como en otras oportunidades lo detengan con Carabineros y todo eso. Recuerda a Foucault y sus dispositivos de vigilancia y castigo, que en esos años, en el gobierno de un alcalde que cree en la tortura como acto de purificación, habíanse multiplicado, con cámaras hasta en los retretes. Sonríe. La libertad tiene un precio elevado, cavila; también el arte. La vida es corta y el arte es largo, sin duda.

Antes de llegar a su pieza arrendada, tras recitar en un par de micros ante un montón de bovinos que apenas le retribuyen, compra una botella de vodka Eristoff que bebe con fruición. Escucha una parte del concierto para piano número 2 en si bemol mayor de Johannes Brahms. Siente una placidez extrema, casi sexual, que le traspasa el alma. Pese a ser letrado, no tiene nada que leer, ningún seminario al que asistir y, naturalmente, ningún trabajo al cual acudir; tampoco tiene amigos pues, si alguna vez los tuvo, habíase peleado con todos, sobre todo con aquel eximio cineasta que en Austria se lucraba con uno de sus tantos guiones en Chile fracasados (cuestión que no sólo hizo con él); aquel tipo siempre le repugnó. Recuerda aquellos días cuando estaba cosificado y a nadie debía explicaciones, pues hallábase estudiando, dentro de un sistema, de una norma, de una expectativa familiar. Que otros, por favor, vivan de la retórica, nosotros estamos simplemente ligados a la

«Antes de llegar a su pieza arrendada, tras recitar en un par de micros ante un montón de bovinos que apenas le retribuyen, compra una botella de vodka Eristoff que bebe con fruición. Escucha una parte del concierto para piano número 2 en si bemol mayor de Johannes Brahms. Siente una placidez extrema, casi sexual, que le traspasa el alma.»

historia, pero no somos el trueno ni manejamos el relámpago, se dijo, parafraseando a Enrique Lihn. Después de todo, ¿qué mérito social tuvieron aquellos ignorados juglares que mediante textos como el «*Cantar del Mio Cid*» y «*Le chanson de Roland*» difundieron la epopeya social de un pueblo? Anónimos. Absolutamente anónimos, como él mismo, como su alma: pero en una época (más sacral y exenta de individualismos leprosos) en que el anonimato no se pagaba tan caro como ahora.

Domínguez piensa en la trascendencia, en el infinito. Se bebe los últimos restos de vodka y, pese

a las amenazas de desalojo del conserje del inmueble, arroja la botella a la calle. Del oxidado velador de su cama saca un oscuro revólver que pudo convertirlo en asesino. Ya lo dijo Baudelaire: la vida es corta y el arte es largo. Sin embargo, Domínguez se lo toma con calma, casi con infinita alegría.

© Luis Antonio Marín

El autor:

Luis Antonio Marín. (Lota, Chile, 1972) es periodista y reside en Temuco desde 1980. En Santiago realizó estudios de magíster en literatura y guiones cinematográficos (*El informante*, 2000, mención 4º Festival de Gante, Bélgica), y fundó el colectivo de arte Juglares del Mapocho (1999), que reposicionó el espacio ciudadano con declamaciones y performances en espacios públicos (metro, micros, bares). Ha ejercido de columnista en medios escritos nacionales y regionales, y fue conductor del programa radial “Temblor de Cielo” (ex 1007.7). Es también autor del poemario inédito *La Ciudad Derrotada*. Entre sus reconocimientos figuran: mención honrosa Concurso Nacional de Poesía Caballos de Fuego (1999), finalista Concurso Internacional de Cuentos Juan Rulfo (2000), y obtención Beca Para Escritores Noveles del Consejo Nacional del Libro y la Lectura, Género Cuento (2003). En el año 2005 realizó un diplomado en escritura audiovisual en la casa central de la Universidad Católica de Chile.

EL VIAJE

por Carlos G. Burgos

Me gusta conducir contigo sentada a mi lado.

Es una pena que no llegases a nacer, pero estoy seguro de que, de haberlo hecho, hubieras tenido los ojos y la vitalidad de tu madre.

Poco a poco, vamos llegando a ninguna parte. La brisa es suave pero no consiente que nos peine-mos.

Volamos sin pausa a través de un mar de cactus y colinas desnudas hasta la misma roca.

Mis gafas de sol te quedan grandes y al sonreír, se te caen hacía delante.

Me preguntas por casi todo y yo te explico lo que puedo, pues no consigo ir tan despacio.

Te cuento que los cactus, son autostopistas por los que nunca llegó a parar nadie, que el viento, susurra las historias de los que como nosotros viajan sin prisa, que las nubes, son las copas de los árboles que consiguieron liberarse del tronco para poder volar, y que las piedras, fueron peces que se negaron a seguir nadando cuando el océano se fue tras aquellas montañas.

El cielo nos envuelve sirviéndonos de capota, y pones los pies sobre el salpicadero mientras me hablas.

No hay nadie más, salvo el desierto, y me doy cuenta de que te echaba de menos incluso antes de que no llegases a nacer.

Paramos en una gasolinera en la que no parece haber nadie. Han dejado un letrero en el que dice que volverán, pero no hay nada hasta donde alcanza la vista.

Me acerco al surtidor y descuelgo la manguera fingiendo que es un boa que trata de engullirme, y te veo reír, sentada en el respaldo del asiento trasero.

Como no encuentro a quien pagar, dejo un billete de veinte prendido de un revistero oxidado.

«Te cuento que los cactus son autostopistas por los que nunca llegó a parar nadie. Que el viento susurra las historias de los que como nosotros viajan sin prisa. Que las nubes son las copas de los árboles que consiguieron liberarse del tronco para poder volar. Y que las piedras fueron peces que se negaron a seguir nadando cuando el océano se fue tras aquellas montañas.»

Un perro aparece dócilmente de detrás de unos bidones. Parece no haber comido en años y cuando le enseñas el bocadillo enloquece. Le das de comer e insistes en que nos lo llevemos. Vuelvo a mirar a nuestro alrededor y no veo más que aridez. Dejo junto al billete de veinte uno de cien y nos llevamos al perro.

La carretera se ha hecho recta y no parece querer moverse. Casi no tengo que conducir, así que puedo espiarte por el retrovisor desde donde me recuerdas aún más a tu madre. Estás abrazada al perro que tiene la mirada perdida hacia un rumbo inesperado.

El sol se va rindiendo suavemente, y tú, con él. La radio te mece con los Jumbo Kids, y el páramo se torna azul, convirtiéndose en un trasiego de tenues siluetas.

Al encender los faros, veo como sus focos se deslizan por la recta infinita prendiendo el futuro.

El primer letrero que veo es el neón rosa de un motel junto a un Lunch and Dinner. Disminuyo la velocidad para detenerme sin que te despiertes. Tu nuevo amigo también se ha dormido, confiando

en haber encontrado por fin algo de la suerte que le ha esquivado hasta ahora.

Te cojo en brazos y te aferras a mi cuello sin querer despertarte del todo. El perro nos sigue pisándonos la sombra como si fuese la suya.

En el motel tampoco parece haber nadie, pese a que todo está encendido. En la puerta hay un letrero que dice: back soon.

Cojo una llave de la recepción y te llevo hasta una de las habitaciones para dejarte sobre la cama sin que te despiertes. El perro se hace un ovillo al lado para velar tu sueño; en cuanto lo vi, supe que se trataba de un perro guardián.

«En el motel tampoco parece haber nadie, pese a que todo está encendido. En la puerta hay un letrero que dice: back soon. Cojo una llave de la recepción y te llevo hasta una de las habitaciones para dejarte sobre la cama sin que te despiertes.»

Tienes las plantas de los pies sucias y el pelo revuelto, igual que tu madre cuando no llegamos a hacer este viaje.

No tengo sueño y salgo de la habitación para estirarme.

La noche es un silencio de estrellas y me pregunto de cuántas sólo quedará su luz como espectro.

Creo que eso es lo que ocurre con los recuerdos: que de muchos queda su luz, y de otros tan sólo un fantasma.

Me preocupa que al amanecer no sea capaz de recordarte con tanta nitidez.

El camino se ha vuelto tortuoso como el pasado que me atormenta. Cuando me detiene un motorista con rictus de espejo, a mi lado sólo hay perro famélico que aulla porque soy incapaz de traerte de nuevo conmigo.

© Carlos G. Burgos

El autor:

Carlos G. Burgos. (Madrid, España. 1974). Dibujante e ilustrador mercenario. Trabaja como director creativo en campañas publicitarias para marcas multinacionales. En 2007 ha sido seleccionado como ilustrador para la campaña Libros a la calle. Escritor aficionado de cien metros, con actitudes de medio fondo y aspiraciones de maratón. En breve la editorial Abecedario publicará su primera novela juvenil, *El Cañón Tormenta*, en la colección Arco Iris. Es autor de varios cuentos infantiles, entre los que cabe destacar: *No tengo miedo a los fantasmas*, seleccionado por la editorial Dibuks en 2005 para su publicación, e *Historia de hueso*. Actualmente escribe para la revista literaria Dulce Arsénico y para su blog, con el mismo nombre, en el que han aparecido hace poco algunos de sus hiperbreves ilustrados. <http://www.dulcearsenico.blogspot.com>

* * *

Relato

BUMP

por **Gabriel Amador**

Para Alicia Arias

Cabeza está de lado, aprisionando entre el ventanillar y la sien izquierda un almohadón. Agarrotado, prendedor de libélula azul con birretitos rojos le sostiene algunos mechones del cabello. De entre senos abundantísimos y hacia el escote, que luego asciende como plegadura al cuello –tubería de porcelana y pañuelito rojo–, un vapor dulzón y tierno, más bien agudo, que cementa la siesta de fin

de tarde. En el segundo cuerpo del silloncito, aburrido, los apuntes rojos sobre León Felipe. Lluviosas en la ventana, como tenazas tiradas en la tierra hasta ajarse, las mesetas de octubre. Bordado gris para el nubarrón, nimbo cortado en fetas por ráfagas de vientos inconstantes, niebla densa, por otro lado, como de hormigón blanco con forma de caballo sin crines, cargada de agua. Penumbra en la tarde que es todopoderosa. Mujer otra vez que bajo la cintura, laminada, roja, más roja, aplasta la falda en el muslo de segunda mano. A doscientos centímetros del techo, gastadas sandalias de cuero atadas, despreocupadamente, a las finas gargantas de cada pie. El silencio, deflecado por las entrañas del tren, en proceso de ordenamiento, roza el cristal. Una, dos, hasta seis veces. Minutos más que dejan notar la velocidad con que rota la tierra. Atrás se acerca por lo bajo, con muchos desperfectos mecánicos, un tren fantasma.

Respiración de la mujer, que es lo último que se capta: máquina averiada de ondulaciones hermosas y perfectibles. Nada más. El tren cancela todo el resto. El metal se va despeinando por la sostenida fricción del aire. Un bump apenas sensible bajo los rieles levanta vibración, un acorde al fin, que la monotonía acepta sin más remedio. Desde el pasillo un murmullo celosamente guardado invade el habitáculo. No se sabe de qué origen. Atrás el tren fantasma se acerca, se acumula, ronroneando como un insecto gigante pero más liviano. La tarde se rarifica, abrasando el prendedor de la mujer mientras duerme. El maletín de combinación triple siente el bump y se precipita, sobre el alfombrado rojo, sin el más mínimo indicio de violencia o desorden. Los elementos se estancan o se detienen momentáneamente. La mujer no se despierta. Nada pasa o nada parece pasar. Boleto de ida y vuelta apenas se resbala de los dedos desmayados. Anular y meñique. Cae imperceptible en el foramen del pie, sobre la boca de la sandalia. Afuera ululan entristecidos los árboles, los pastores, los otros hombres malos. Las mesetas, surcadas por el tren como una anguila, flotan y se truecan el nombre con quebradas, peñoncitos, vadeos y otras cosas sin importancia. El espectáculo apaga la lengua de la llama del rencor, que es lo mismo que la purificación. Pero qué. La mesita plegable no tiene mantel. El tren es pobre. Lo hago. Lo digo. Qué. Lo digo.

—Lo siento, Adelle —que digo por tristeza, o por ansiedad, o por una cortesía que no cultivo, o por las tres juntas, o por ninguna. Pero mi voz, macerada por el desplazamiento a gran velocidad, no la toca, no la despierta.

En un microsegundo siento la luz de la tarde obliterándose en mis manos. Quedita, como las voces cruzando el pasillo angosto. Pero no. Lo digo. Lo hago. Lo saco. Susurro haciéndolo. Lo hago.

Nada. El disparo rebota en el arco superciliar derecho estallándolo todo. Hilito de sangre va marcando el compás de un camino a la redención. Huele a pólvora seca. Segundo disparo que apenas se desvía unos milímetros que el anterior. La primavera se viste con el vestido intacto de la mujer. El último aire se agolpa en la boca y se cae al suelo hecho un borbotón. El cristal de la ventana se moja mucho con la materia. Es casi agua. En dos paradas más nos bajamos. Todos. «Disculpeme, ¿éste no es el tren de las quince?». Si, no es. No, sí es. El tren que va o viene. Apunto mi mano hacia mis ojos. El silencio, implosionado, arriesga con multiplicarse. Bump y bang que abre todas las puertas en el pasillo de pasajeros. «Tenemos un asesino entre nosotros». Una cabeza asomada después se oculta. Pólvora. El caballo en el cielo ha tomado ya su crin. Llueve. Me place. Mis ojos reconstruyen la recta del segundo proyectil. Mujer que no se despierta. La vida se le derrumba sin dejar un cabo suelto, Perfecta. Merecidamente perfecta.

Nada. Espero el próximo bump. Seco el sudor de mis sienes para no fallar. El vapor se disipa y las tentaciones, microfilmes de la emoción que se va, caen casi al mismo sitio que el almohadón.

© Gabriel Amador

El autor:

Gabriel Amador (pseudónimo de Yuro López Ocampo) nació en Managua (Nicaragua) en 1980. Desde hace ocho años vive en Montevideo, Uruguay, donde estudia la carrera Doctor en Medicina. Escribe desde el primer gobierno posrevolucionario. Ha publicado varios trabajos de narrativa en revistas de literatura como Letralia ("Unas horas en la cama") y Narrativas ("El espejo" [también en La Siega Revista]), así como en prensa escrita. Posee dos novelas inéditas. La tercera, *La codorniz*, es su proyecto narrativo más importante y ambicioso todavía.

¿ESPEJISMO DE LA PSIQUIATRA NAVARRO?

por Omar Piña

Mi asistente interrumpió por tercera ocasión la entrevista con la paciente:

—Doctora, ya le dije que está en consulta, pero este joven insiste, dice que es urgente. Y por la voz, creo que está muy tomado. ¿Bloqueo la línea?

—No— dije. —Pida sus datos y asegúrele que en media hora telefoneo. Ah, indíquele que por lo menos beba agua.

—Está bien— respondió ella.

Proseguí con la entrevista no sin antes intercambiar algunas impresiones con la mujer que sollozaba en el otro extremo del consultorio. Terminada la cita pedí a mi asistente la tarjeta donde estaba el recado. A solas leí los dígitos del teléfono. Por la numeración se trataba de un domicilio ubicado en la zona vieja de la ciudad, barrios venidos a menos por la modernidad de los fraccionamientos. Sin lugar a dudas me habían llamado desde una de aquellas casonas de paredes altísimas y portones de cedro y herrería. El nombre, «Alberto», no me decía nada; pero el apellido, «Carulla», me hizo cavilar. A pesar de la inmensa ciudad, no era un nombre corriente. Tenía amistades Carulla, unos gallegos que al triunfo de la segunda República española emigraron a buscar la fortuna en América y tras mucho probar domicilios vinieron a residir aquí, donde hicieron un patrimonio respetable. ¿Este «Alberto» sería hijo del restaurantero Elfego, o acaso vástago de Apolinar, el mueblero? Descarté al hermano mayor, Teódulo, porque su suicidio había sido una de las noticias más sonadas, cuando tras un quiebre financiero de la bolsa decidió disparar en su sien y dejó en la orfandad a tres hijas: Camila, Aranzazú y Ofelia. Quizá el nieto de alguno de los tres. Bueno, con sólo digitar ocho números saldría de toda incógnita.

Sonó el quinto timbrazo y estuve a punto de colgar cuando una voz prepotente tronaba desde el otro lado:

—Hable— expresó con aspereza.

—Soy la doctora Emilia Navarro, quiero hablar con «Alberto».

—Espere— ordenó tronante.

—Hola— dije cuando comprobé que habían transcurrido no menos de tres minutos.

—Ya estoy aquí, espere, estoy buscando unos papeles— dijo el hombre que me contestó.

—¿Alberto... Carulla?

—Sí, doctora— y hasta ese momento noté en la voz una profunda intoxicación. Estaba a punto de colgar, indignada, porque no descarté una broma de pésimo gusto, pero de repente, la voz sonó transparente, afinada, con un tono de educación y tersura; de la torpeza de las primeras palabras sucedió un sonido coherente: —Soy Alberto, sobrino de Aranzazú.

—Ya entiendo, ella es muy amiga mía. ¿En qué le puedo servir?— añadí correspondiendo a la amabilidad.

—Sé que presentarse así, por teléfono, pues no es conveniente para nadie y menos aún con una de las mejores siquiatras de la ciudad. Pero el caso es que yo sí la conozco, usted es catedrática de Filosofía de la ciencia, en la facultad de Filosofía. ¿Cierto?

Interponiéndome al desconcierto respondí: —En efecto, allí doy clases...

Estaba desconcertada y entonces respondí algo así como: «Alberto, a usted le soy familiar, por lo que me dice. Déjeme recordar, pero jamás he sido maestra de ningún Carulla».

—¿Me puede escuchar?— preguntó el joven.

—Por supuesto— respondí sin más. Y oí algo parecido a una ópera como telón de fondo, el ruido de papeles y un tercer chasquido acompañado de una profunda aspiración que me indicó estaba hablando con un

fumador empedernido. En lo que sucedía la pausa, que sin duda se prolongaría como la anterior, toqué un interruptor y Gloria, mi asistente apareció en el acto. Le indiqué que podía retirarse, pues aunque eran las diecisiete horas ya no tenía agendado a ningún paciente.

—¿Doctora?— sonó la voz al otro lado del teléfono.

—Le escucho.

—Perdone, hace casi dos días que no duermo. Gracias, escuche, por favor. Le voy a leer algo y me gustaría que no me interrumpiera:

*«No quisiera averiguar qué día es hoy
ni tan sólo conocer
mi vigilia maniática y tu sueño hondo
encontrarme y encontrarte sería hermoso
pues yo, vestida de primavera, mi rostro limpio,
tu, vaciando cenizas, tus ojeras negras»...*

Después escuché algunos sollozos. La respiración entrecortada. ¿Era la llamada para escuchar la confesión de un *mal de amores*?

—¿Alberto, en qué le puedo ayudar?— requerí.

—Es un poema, doctora. ¿Sabe quién lo escribió?

—Poco sé de poesía y a quien leo es a Rimbaud— comenté, por citar a un nombre. Sonó una risa.

—¿Arthur Rimbaud? Claro, los malditos:

*Salut à lui, chaque fois
Que chante le coq gaulois.*

—Es un poema muy bello y a diferencia suya, no tengo la memoria ni la sensibilidad a flor de piel— expliqué. Pero la «broma» ya estaba muy dilatada y la confesión tardaba en llegar. Es típico que muchos pacientes antes de visitar al psiquiatra, la primera vez llaman por teléfono. Quizá aún parecemos médicos prohibidos o en los directorios telefónicos se nos ve como los dictaminadores del uso de «camisas de fuerza» y encierros en hospitales para enfermos mentales.

—El poema que leí es de una amiga. ¿Me daría una cita?

—Mañana podré atenderlo,— titubee. Si Alberto no era el del problema, ¿había recibido una poesía escrita con evidente dedicatoria? Los casos de duelos jamás me han divertido, la sanación es muy lenta y el paciente no quiere aceptar lo irremediable. «Ay, el juramento de Hipócrates», pensé mientras buscaba mi agenda: —¿le parece bien a las diecinueve con treinta?

—Perfecto. Gracias. Hasta mañana— y colgó.

Quedé incierta. En mi vida profesional había observado de todo, pero esto jamás lo esperaba: una llamada así, una confesión telefónica y un espíritu en la gravedad de la duda, si es que era verdad que Alberto Carulla era autor del poema y la «amiga» era parte de una imaginación desbordada. Mitomanía, fue mi primer diagnóstico y a un lado de su nombre, en la tarjeta, escribí: «Probable depresión media. Toxicomanía. Requiere somníferos».

Mientras bebía la copa de Oporto con la que habitualmente cierro mis cenas, me decidí por sentarme en el sofá del estudio y ver, primero el noticiero local y después el canal nacional. Lo cotidiano: asaltos, secuestros, discursos de políticos y la voz de los intelectuales recetando fórmulas para la felicidad. Acaso cambiaban los nombres, pero en el fondo el mundo del caos era el mismo.

Encarnación, la sirvienta, me sacó de aquellas cavilaciones al preguntarme si no se me ofrecía algo más. Sólo le pedí que antes de acostarse llenara la tina de mi recámara. Faltaban algunos minutos para las veintitrés cuando me detuve frente a la estantería: en la sección destinada a la poesía debían estar los ejemplares de las obras completas de Rimbaud. En efecto, el anaquel siete custodiaba tres ligeros volúmenes de una edición «príncipe» que hacía unos veinte años había comprado en París.

Tomé el volumen dos, dedicado a la poesía y caminé hasta la sección de diccionarios para encontrarme

un pequeño Sopena de Francés-Español. Hacía tiempo que no requería de la lengua gala y no estaba muy segura de algunos vocablos.

Sumergida en la tina, encendí las cinco velas con aroma a canela y comencé a leer, más que por encontrarme con el fragmento declamado por Alberto Carulla, con mi juventud. Él era buen pretexto para que yo acudiera al recuerdo de mi ex marido, el filólogo Bernardo de Gracia, un estructuralista brillante que me abandonó cuando el ginecólogo nos dijo que yo era, soy: infértil.

Y ahora, aquí, a mis sesenta y tres, al fin me encuentro con lo recitado por Alberto Carulla: «Salud por ella, cada vez/ que cante el gallo francés». ¿Salud porque un despistado de aquella familia está desconcertado por un amor? Mucho refinamiento acudir a una francés del siglo diecinueve cuando a los hombres mexicanos les sobra José Alfredo Jiménez. ¿Qué era la poesía «maldita»? ¿Qué obsesión esta de los jóvenes por los integrantes de la poesía maldita? Pero no acuden a ellos por la belleza de las palabras sino por la fúnebre leyenda que los reviste: sexo y todas las enfermedades venéreas de su tiempo, alcoholismo, adicción al opio y obviamente el deseo por la muerte. Charles Baudelaire, el conde de Lautrémont –un americano, uruguayo– y la ralea de su tiempo anteponiendo a la copa el colador de plata en el que colocaban un terrón de azúcar y después vertían sendos chorros de licor de ajeno, mejor conocido por ellos como el «hada verde» (por el color verde oscuro). Y los tóxicos al cerebro, para inundarlos de aquella locura en la cual escribieron.

Siempre me quedaré intrigada por lo que pudo ocurrir en la cita de las diecinueve treinta, con Alberto Carulla. No tenía otros pacientes qué atender y a mi consultorio llevé el volumen dos para seguir adentrándome en el tema y para entonces ya no me quedaba duda que mi telefónico «aquejado» no era un gran lector de los malditos. La conclusión era simple, el verso de Rimbaud que él me había recitado era uno de los más citados en los textos de acceso común, incluso en la Internet. Estaba segura que ese pobre ni siquiera tenía conocimiento del título de aquella poesía; aunque su pronunciación francesa era casi impecable. ¿Tendría un paciente con desfases de personalidad? Quizá eso lo pensaba antes de percatarme que nunca llegaría a consulta, pero no descarte ordenar primero un diagnóstico psicológico.

Cuando llegó la hora de mi copa de Oporto, el noticiero local me sorprendió con una noticia: se estimaba que hacia la media mañana de hoy en un cuarto de hotel de paso, Alberto Carulla, profesor de español de una preparatoria de monjas, había ingerido veneno junto con una de sus jóvenes alumnas. No había recaídos póstumos y la identidad de la chica se protegía a petición de su familia.

Me quedé muda. No era la primera vez que un profesor, atribulado, contrataba mis servicios para contarme de sus aventuras sexuales con alumnas. Pero eso siempre ocurría a los veinte años de lo sucedido, cuando generalmente ellos eran citados por ellas, sólo para enfrentar el señalamiento de un pasado que marca para toda la vida. Pero si Carulla era profesor de español, tal vez era cierto lo del poema de la «amiga». ¿Estaba expuesto a un chantaje, enfrentamiento de la joven amante con el fauno que hace de profesor, venganza, una chiquillada?

Aún pienso que todo suicidio es impulsivo, pero ese par eligió la verdadera tragedia: un hotel de quinta, raticida, la desnudez de sus cuerpos y un libro titulado «Poemas de locura y soledad», edición bilingüe...

–Sólo encontraron un libro de poesías, escrito en francés y español –dijo el reportero enviado al lugar de los hechos.

© Omar Piña

El autor:

Omar Piña. (Xalapa, México, 1974). Escritor y periodista. A la fecha ha cursado estudios profesionales en Periodismo y en la escuela de Historia de la Universidad Veracruzana. Actualmente funge como jefe en coordinador de información cultural y columnista en *Milenio-El Portal* (Veracruz). Es consejero editorial designado por la Universidad Pedagógica Nacional de Veracruz. Como escritor la colección *Cultura de Veracruz*, le ha brindado espacios en sus números: *Narrativa Veracruzana Actual* (1998) y *La Creación Literaria* (1999), además de el libro de relatos *Coincidencias y naufragios* (2002) y de próxima aparición su primera novela *Papel suave (añoranza por ti)* en la colección del mismo sello, que aparecerá en otoño de 2007. Es profesor titular del taller "Expresión escrita y apreciación cinematográfica" en el Colegio Preparatorio de Xalapa, cátedra que ha impartido desde el año 1999 a la fecha. Página personal: <http://asteriscoysubrayados.blogspot.com>

CUENTO DE REYES

por Julio Blanco García

Siempre, desde que tuvo conciencia, Benito había sentido que el trato que recibía de los demás no era cercano. Creyó que todo iba a cambiar cuando entró a trabajar de dependiente en una ferretería. Pero a pesar de su pretensión de hacerse agradable, tampoco allí consiguió zafarse de ese doloroso sentimiento de rechazo. Para terminar de arreglarlo, un día su jefe le trasladó al almacén, un lugar impregnado de olor a orines, solitario y triste, iluminado con una bombilla de pequeña potencia...

Al poco tiempo se casó, porque tenía que casarse, con una chica no muy agraciada, pero de mucho carácter. Al quedarse embarazada, ella pensó que con el menguado sueldo de su marido y una boca más que atender no iban a cubrir sus gastos del mes. Él buscó un trabajo complementario y dio con el de vaciar y limpiar las papeleras de un gran centro comercial poblado de tiendas de moda, cines, restaurantes, estanco, despacho de lotería...

Su natural inclinación a la belleza le empujó a ir guardando algunos de los multicolores papeles, cartulinas y fotografías que tanto le llamaban la atención: sellos de correos, pasquines con deslumbrantes muchachas en bañador y ropa interior, prospectos de películas, décimos de lotería pasados de fecha... Y cuando su mujer y el chico se iban a ver a sus suegros –los que le llamaban *subnormal con síndrome de Diógenes*–, se pasaba las horas muertas contemplando su variopinta colección.

Uno de esos días, por Navidad, se dio cuenta de que tenía en sus manos, enterita, aquella serie de la lotería del número 2.065, agraciada con el premio gordo. En la tele habían dicho que se desconocía su poseedor. Ni Curro, el viejo lotero, ni algún cliente suyo la habría perdido, seguro, porque la hubiera anulado. ¿Entonces...? Acarició el número y lo tapó con un pulgar. Luego, fue descubriéndolo lentamente, con incredulidad...

«Al poco tiempo se casó, porque tenía que casarse, con una chica no muy agraciada, pero de mucho carácter. Al quedarse embarazada, ella pensó que con el menguado sueldo de su marido y una boca mas que atender no iban a cubrir sus gastos del mes.»

Pasó unos días sumido en la incertidumbre, pero la víspera de Reyes decidió acercarse al despacho. Curro le indicaría qué hacer. ¡Y vaya si lo hizo! Cuando le alargó la serie, antes de explicarle nada, el viejecillo le abrazó con tanta alegría que casi le hunde el esternón.

–Has hecho bien ocultándote. Los directores de banco son muy pesados...

Benito no terminaba de entender lo que estaba pasando, pero el anciano le dijo que fuera a cobrar dos días después. Y así lo hizo. Minutos más tarde metía en la vieja y desteñida bolsa de deporte los paquetes de dinero que el anciano le alargaba. Aquellos pedacitos de papel, no muy diferentes a los que coleccionaba, iban a cambiarle la vida. Eso al menos le aseguró Curro cuando le confesó que no sabía qué hacer con esa fortuna...

–Cómprate un piso, un coche, educa a tu hijo en un buen colegio, regálale a tu mujer vestidos y joyas para que se sienta hermosa y se le alegre el carácter... –dijo soltando una risa cómplice– ¡Vamos, eso es lo que hace todo el mundo!...

Pero por increíble que pueda parecer, este benéfico porvenir no le hizo sentir a Benito tanta satisfacción, tanta felicidad, como el milagro de que Curro, el viejo lotero, un ser humano al fin, le hubiera sonreído y abrazado con tanta cordialidad, con tan sincero y entrañable afecto...

Mientras caminaba por los anchos y luminosos pasillos del centro comercial sonaba esa canción de Les Petis Chanteurs de Saint-Marc, de la película *Los chicos del coro*, que tanto le gustaba... Y se sintió como si flotara.

Cuando dos horas después el juez Gaspar Aguilón autorizó a sacar los restos de Benito de debajo del

camión, a los curiosos les extrañó que en su rostro iluminado se dibujara una sonrisa. De la bolsa de deportes, no había ni rastro...

© Julio Blanco García

El autor:

Julio Blanco García. Nació en 1945 en Barcelona (España) y reside en Zaragoza desde 1948. Escritor de relato y teatro y conferenciante, es secretario general de la Asociación Aragonesa de Escritores. Ha sido distinguido con el Premio Extraordinario Fin de Carrera de la Escuela Social de Zaragoza de 1978. También con el Premio de Ensayo e Investigación de la Delegación del Gobierno en Aragón de 2003 por su estudio sobre el *Banco de Aragón*.

* * *

Relato

PARES

por Rolando Revagliatti

El despertador suena a las cinco y media. Es de noche. No debo pensarlo dos veces, y no lo pienso. Enciendo la luz del velador. Me incorporo (si puede decirse que ese paquete abotagado y que ofrece sólo una contundencia marmota y atravesada, lo que hace es incorporarse), me desplazo hacia el aparato de radio (debajo del lavatorio, sobre un banquito que hubiera podido construir el tío Pacho, o bien, mi padre), manoteo la perilla que me sitúa en la raspante descarga eléctrica que da paso a la voz del locutor de mis matinitas laborales, me quito el saco del pijama casi sin respetar los tres botones ensartados en sendos ojales (no exactamente los simétricos), y lo cuelgo en la perchita colorada que hará nueve días pegué con Poxipol a una altura cómoda para el Increíble Hulk. Enciendo la luz con la mano izquierda mientras con la derecha abro la canilla que indica *FR A*. Surge el chorro con mayores ínfulas que si abriera la *CAL ENTE*, y similar temperatura a esa hora del alba, puesto que la caldera del edificio todavía reposa. Echo despabilante agua sobre párpados, mejillas e inevitables adyacencias, y me complazco con los buchets. Cierro la canilla, malseco la superficie salpicante con la toalla que me regalaron, en estas navidades, los únicos que me saludaran por las fiestas, y en el espejo del botiquín escruto las marcas de dobleces de funda que surcan mi frente. Cuelgo la toalla, descuelgo el saco del pijama con el que retorno hacia la cama donde una mujer duerme su intenso despatarro, sobre cama y mujer arrojo la prenda, apago la luz del velador, regreso al baño.

Radio Municipal de fondo y bajito, ya higienizado y con mucho talco berreta en el área afeitada, lavo mi ropita con el jabón de tocador y la tiendo en la estropeada cuerda de nailon que cruza la bañera. Preparo mi desayuno y lo tomo. Lavo, seco y guardo los utensilios. Me visto, y depositando besos en quien no cesa de dormir y soñar con su marido de viaje o conmigo, yéndome apago las luces y la radio y cierro la puerta de mi departamento. Son las siete.

Mientras bajo los modestos tres pisos por el ascensor y traspongo la puerta de calle, trazo mi plan. Pocos metros por Arenales, llego a Ayacucho. Por esa, una cuadra hasta Juncal. Por Juncal otra, hasta Junín. Por Junín todas las demás, hasta avenida Las Heras, cruzando. Subir al ciento diez (a una cuadra de los paredones de la Recoleta) preferentemente no después de las siete y quince. En Kerszberg S.A.C.I. no debo firmar la planilla de asistencia después de las ocho. Ayer recorrí Arenales hasta Junín y por Junín seguí hasta la parada. El viernes por Ayacucho fui hasta Las Heras y, por esa avenida, hasta Junín. El jueves por Ayacucho llegué a Pacheco de Melo, una por esa y otra por Junín. El miércoles por Ayacucho hasta Peña; por esa, una, y dos por Junín. El otro martes fue como hoy, doblé en Juncal, *pero no caminé por las veredas pares*.

© Rolando Revagliatti

El autor:

Rolando Revagliatti (Buenos Aires, Argentina, 1945). Ha publicado dos volúmenes con cuentos y relatos, uno con su dramaturgia y quince poemarios, además de El revagliastés, antología poética personal. Ediciones electrónicas de sus libros se hallan disponibles, por ejemplo, en <http://www.revagliatti.com.ar>

COLECCIONES

por José Antonio Ruiz

Existe, entre los turistas alemanes, una raza secreta y esquiva que dedica su vida a coleccionar piedras. Este afán no es un acto compulsivo y enajenado como el que arrastra, por ejemplo, a la filatelia; el coleccionismo de estos turistas alemanes persigue un fin: conocer los secretos que encierra el mineral. Confundidos con el turista convencional, amparados en el anonimato que otorgan las mismas quemaduras solares –en espalda, hombros y región nasal–, las mismas canillas lechosas que rematan sandalias y calcetines blancos, los individuos de esta raza recogen a hurtadillas sus preciadas piedras. Para el resto del mundo no son sino piedras comunes, groseras, sin aparente valor.

La recolección de las piedras, por lo que he observado, no obedece ningún patrón preestablecido. Se realiza de forma arbitraria en zonas de recreo metropolitanas, en canteras de granito, en merenderos de carretera o al pie de un faro. En cuanto al procedimiento empleado para descubrir los secretos del mineral, conviene saber que es en extremo sofisticado. Sólo tras años de estudio y tesón el turista alemán logrará manejarlo con pericia. (El lector interesado en dicho procedimiento podrá encontrarlo, descrito con profusión de detalles, en el anexo XIII de la obra del doctor Josef Oliver Freiherr von Uffenbach, *Der deutsche Tourist. Eigenschaften, Lebensumfeld und (An-)Gewohnheiten*. VS-Verlag, Wiesbaden, 1987. Para el resto de lectores, baste ahora con decir que tal procedimiento se asemeja –en apariencia– a un vulgar lametazo).

Los turistas alemanes que coleccionan piedras comunes se organizan en logias secretas, en las que comparten sus hallazgos y desarrollan su método. Si se decidieran a desvelar su ciencia, el mundo, que duda cabe, sería otro. Sin embargo, coleccionar piedras –insisto: comunes y corrientes– no está del todo bien visto –ni tan siquiera entre los teutones–, por lo que resulta en extremo complicado distinguir a los individuos que nos ocupan del resto de turistas alemanes. No obstante, tras años de estudio, puedo afirmar que en los de su condición se observan las siguientes peculiaridades:

1. De encontrarse con uno de estos individuos en una playa del Mediterráneo, de Saint-Tropez a Tarifa, durante el solsticio de verano, su apretón de manos resultará urticante.

2. La roulotte en la que se desplazan a lo largo de bastos territorios despiden un nítido olor a celofán y bolsas de agua caliente. En cambio, al gusto, las conclusiones no son definitivas: algunas de estas roulottes saben a raspa de pez martillo; otras, al rastro que deja un tenedor en el cuello de una jirafa. En Oceanía tuve ocasión de examinar una autocaravana cuyo motor, a altas revoluciones, hipnotizaba a los perros; la goma de sus neumáticos me dejó en el paladar el nítido sabor de mi madre muerta.

3. Desconozco aún el motivo, pero entre los enseres que atesoran estos individuos, entre los cachivaches que guardan sus maletas y las alhajas de sus ajuares de novia, prodigan los patitos de goma.

4. En las tardes de canícula su respiración es difícil. Producen un agudo silbido al inspirar que puede confundirse con un síntoma de asma común. Este silbido, sin embargo, tiene la propiedad de interferir las emisiones de radio. Los receptores de onda corta lo reproducen como el balido de un cordero huérfano.

5. Son perseguidos por hordas de mariposas malayas imposibles al tacto.

En una roulotte de este camping de la Costa Brava dos turistas alemanes, arrimados al

«Los turistas alemanes que coleccionan piedras comunes se organizan en logias secretas, en las que comparten sus hallazgos y desarrollan su método. Si se decidieran a desvelar su ciencia, el mundo, qué duda cabe, sería otro.»

acondicionador de aire, se esconden de la canícula. Un fresco rastro de celofán me condujo hasta ellos. El camino, jalonado de gritos de jirafas muertas y tenedores de campaña, moría a la entrada del camping. Al verme llegar, el guarda me dio la bienvenida con una sonrisa; en el walkie-talkie colgado de su cinturón balaban huérfanos dos corderos. Antes de que el guarda me palmeara la espalda, con esa confianza viscosa que se toman los desconocidos, vi en la palma de su mano el sarpullido escarlata de la urticaria. Los signos confirmaban mis sospechas: estos que observo en el interior de la roulotte son dos ejemplares de turista alemán coleccionista de piedras comunes, macho y hembra. De mediana edad, blandos, casi circulares, ambos turistas se sientan frente una mesa plegable en la que descansan dos piedras. Una es grande, puntiaguda, pesada a temperatura ambiente. La otra piedra es menuda, apenas un guijarro. Tanto el macho como la hembra inclinan la cabeza en actitud solemne, de reverencia al mineral. Suspiran. Oscilan sin querer al compás del acondicionador de aire. Se rascan las orejas. Todas éstas son pautas de comportamiento habituales antes de proceder a extraer los secretos de una piedra. El macho cierra ahora los ojos y se lleva el guijarro a la boca. Todo indica que el guijarro ha sido parte de una piedra mayor. La escisión debe de ser reciente y traumática, de ahí los sollozos del macho, que repasa con la lengua las aristas de la zona seccionada y draga el fondo de sus estrías. Luego su boca recorre el resto de la piedra –despacio, con fruición– y babea. Cuando acaba, la hembra toma en sus manos la otra piedra y realiza la misma operación –con la salvedad de que las hembras, en lugar de babear, succionan–. Pronto desvelarán los secretos de estas piedras, presten atención a la traducción simultánea:

«En una roulotte de este camping de la Costa Brava dos turistas alemanes, arrimados al acondicionador de aire, se esconden de la canícula. Un fresco rastro de celofán me condujo hasta ellos. El camino, jalonado de gritos de jirafas muertas y tenedores de campaña, moría a la entrada del camping. Al verme llegar, el guarda me dio la bienvenida con una sonrisa; en el walkie-talkie colgado de su cinturón balaban huérfanos dos corderos.»

MACHO: El guijarro describió la plaza donde lo encontré, la tristeza de su catedral, y mencionó a un hombre porfiado empeñado en enseñarlo a hablar. En el siglo V, los hunos arrasaron su tierra (aún se estremece al recordar sus miradas; aún siente el eco de sus gritos, la locura de sus caballos). Y cuando la piedra todavía formaba parte del fondo marino, Dios descansó la cabeza en ella, descendido de los cielos, sin saber emocionarse ante el canto de las aladas sirenas.

HEMBRA: Mi piedra procede de Mesoamérica. La deriva de los continentes, sin embargo, la arrastró hasta la región en que se ubicaba la

antigua Tartaria. Mi piedra prefería hablar de lo que está por venir: calamidad, muerte, migraciones ciegas, escaparates vacíos; El ojo de un centauro asomará en el cielo para anunciar el fin del mundo.

Al finalizar el rito, ambos turistas permanecen en silencio un instante. Tiemblan, agradecidos porque las piedras compartieran con ellos sus secretos. La hembra se levanta, y con suma reverencia, guarda las piedras en una vitrina. Después regresa junto al macho. Se miran. Se aburren. En la tele no hay nada –y además no entienden–. Se vuelven a mirar –ahora con más interés, incluso con cierta curiosidad–. Siento la fuerza con que palpitan sus corazones, descubro el deseo en sus ojos, y por el áspero olor que propagan sus axilas colijo que tienen intención de copular. (Los turistas alemanes que coleccionan piedras comunes carecen de una época de apareamiento fija. La gestación, por regla general, dura nueve meses.) Se desnudan y caminan abrazados hasta la litera. La hembra se deja caer en el colchón y el macho se arroja sobre ella. (Al igual que sucede con el resto de turistas alemanes, los coleccionistas de piedras comunes prefieren la posición del misionero. Amarse a cuatro patas tampoco les es desconocido). Lo que viene a continuación prefiero no traducirlo; resulta tan tedioso y previsible...

MÄNNCHEN: Aahh...

WEIBCHEN: Mmm...

MÄNNCHEN: Ist das gut?

WEIBCHEN: Oh ja, oh jaaa.

MÄNNCHEN: Du willst es doch härter, richtig?

WEIBCHEN: Jaaa, bitte.

MÄNNCHEN: Ist es so gut?

WEIBCHEN: Ich will deine kleine Hure sein.

MÄNNCHEN: Du, meine kleine Hure!

WEIBCHEN: Ja, oh jaaaa.

MÄNNCHEN: Aaahhh...

WEIBCHEN: Mmm...

(La hembra se separa del macho y se incorpora cuanto puede en la litera. Parece tener la intención de subirse a horcajadas sobre el macho.)

WEIBCHEN: Oh, Scheiße!

MÄNNCHEN: Scheiße? Na gut, mach schon

WEIBCHEN: Nein, nein! Hörst du das nicht?

MÄNNCHEN: Scheiße! Ach, du Scheiße!

Sí, mierda: también yo oigo el zumbido inconfundible de la mariposa malaya imposible al tacto. Tres de ellas aletean ahora detrás de la puerta de la autocaravana, olisqueando, seguras de haber encontrado a su presa. Las primeras mariposas en aparecer son las exploradoras de la colonia. La horda al completo no tardará en llegar: el temblor de la tierra anuncia su cercanía. Se pliega el atardecer en el solsticio de verano. No hay tiempo. Los coleccionistas de piedras comunes saltan de la cama. La hembra, temblando, sella con cinta adhesiva las junturas de puertas y ventanas. Le gotea del sexo un patito de goma (una reacción al miedo, al fin lo comprendo). El macho se pone al volante. Se le caen las llaves. El zumbido de la colonia de mariposas malayas retumba en la cercanía, y enseguida las veo rebasar las lindes del camping. El guarda corre tras ellas con un cazamariposas. Atrapa dos en su red e introduce la mano para cogerlas. Antes de desaparecer, el cuerpo del guarda se convulsiona, sus ojos se vuelven hacia adentro para contemplar, quizá, las briznas de la muerte (pero cómo asegurarlo, ni tan siquiera Dios sabe qué significa enfrentarse a lo imposible). Huyen los animales del camping. Cuando la mariposa malaya vuela ya sobre nosotros, también yo salgo corriendo. Me alejo de la roulotte. Salto y cabriolo para distraer su atención. Es un acto que evidencia mi carácter noble y leal, pero no sirve de nada: la sombra de la colonia desciende sobre la autocaravana. El macho de turista alemán por fin pone en marcha el motor. Pisa a fondo el acelerador y salen derrapando. Aúlla, hambrienta, la horda de la mariposa malaya. Y su aullido, atroz y desesperado, ahoga los gritos de los turistas alemanes y el rugido del motor de la autocaravana, que alcanza ahora el máximo de revoluciones. Yo, inmóvil entre los pinos, hipnotizado, sólo puedo ver cómo se alejan en dirección a la orilla del cielo.

«No hay tiempo. Los coleccionistas de piedras comunes saltan de la cama. La hembra, temblando, sella con cinta adhesiva las junturas de puertas y ventanas. Le gotea del sexo un patito de goma (una reacción al miedo, al fin lo comprendo). El macho se pone al volante. Se le caen las llaves.»

© José Antonio Ruiz

El autor:

José Antonio Ruiz. Nacido en Madrid en 1972, reside en Helsinki desde 1997. Es escritor de cuentos y dibujante de cómics, además de pluriempleado en dispares tareas. Algunos de sus cuentos han sido galardonados con algún premio y publicados en fanzines y antologías, nada grande. Le gusta escribir con calma, con paciencia, como si el cuento fuera un ciclista en la distancia al que sabemos con certeza que vamos a alcanzar.

GUNTER, EL MAGNÍFICO

por Sandra Becerril

—¡Soy Gunter el magnífico! ¡zaz! ¡Nadie podrá librarse de mi super espada vengadora del futuro! ¡Voy a matar al monstro sin cabeza y libraré al mundo!— Así jugaba Tito en el amplio jardín de su casa. Su espada era la tabla de madera filosa que rescató de la basura. Él era Gunter, el magnífico. En eso se asomó la sirvienta. Hora de comer.

Tito la miró de reojo, pero hizo como que no. ¿Comer? Hora de comer... en la cocina alejado de todos... las sobras de Don Jorge... miradas reprobatorias de mamá no mamá... verduras cocidas siempre... agua de la llave... mejor me quedo con Gunter.

Salió la sirvienta a grandes zancos, arremangó su enorme vestido que no lograba cubrir sus flácidas carnes, se tronó los dedos y correteó a Tito por todo el jardín. Él no reaccionaba a los gritos de su «nana», él corrió abriendo los brazos, queriendo volar... soy una gaviota que vuela sobre el mar... soy de un pirata que asalta gente mala como Don Jorge.... El mar... ¿El mar? No. El pasto amarillento y el fuerte brazo de Chole agarrándolo por el cuello, su otra mano por los cabellos y su espada en el charco de lodo.

Esa noche, Tito se asomó en medio de los barrotes de la escalera para escuchar mejor.

—Señor, cuando usted me contrató para hacer la limpieza de la casa, nunca me dijo que iba a traer un niño. Hoy lo tuve que corretear para que comiera y luego casi me pega en la panza de patadas. Habría que regresarlo a su pueblo.

—Eso ni pensarlo Chole. Le subo el sueldo ¿de acuerdo? No este de chismosa y váyase a dormir que mañana viene el gobernador. Quiero que este todo listo temprano ¿Escuchó? Fuera de mi vista.

«Ante los pasos cansados y maldiciones de la Chole, Tito subió rápidamente en puntitas a su habitación, se cubrió con la cobijas hasta la cabeza. Las grutas de Cacahuamilpa se extendieron ante sus ojos pardos. Más abajo estaba el río que cruzó la cobija y el colchón.»

Ante los pasos cansados y maldiciones de la Chole, Tito subió rápidamente en puntitas a su habitación, se cubrió con la cobijas hasta la cabeza. Las grutas de Cacahuamilpa se extendieron ante sus ojos pardos. Más abajo estaba el río que cruzó la cobija y el colchón. Ahora turistas, bajen, bajen a ver las enormes grutas donde habitaron... ¿Quién las habitó? No sé... donde habitaron monstruos de las cavernas con dinosaurios que se los comieron. ¡No me coman, no me coman! ¡Sí, te comeré! ¡Grrrrrr!

De repente, el juego se detuvo. La imagen de su papá le vino a la mente. El mejor guía de turistas de las grutas. Sólo lo vio trabajar una vez, pero con esa vez bastó para que fuera mejor que Gunter. El juego se acabó. Tito se revolvió en sus cobijas. Tenía frío, sin embargo una gota de sudor le supo a sal cuando resbaló por su frente hasta colarse en su boca. Buenas noches Gunter.

—Buenas noches Jorge— Jessica apagó la pequeña lamparita del buró. Jorge la encendió de nuevo. ¿Por qué ella nunca entendió que a él le gustaba quedarse leyendo por las noches? Jess no dijo nada, aventó las finas sábanas de seda en el papel corriente del periódico de su marido, cubrió su semi desnudez con una bata blanca de encaje, calzó unas pantuflas rosas y salió de la habitación. Harta no es el adjetivo que le iba mejor. Bajó los escalones, llegó hasta el estudio, encendió el radio a todo volumen. Tito se despertó de un salto, nadie lo consoló. Jess Se tomó un tequila derecho. Bajó las otras escaleras que iban al patio... a la casa del jardinero José.

Jorge encendió un cigarro molesto. ¿Por qué Jess debía siempre hacer lo mismo? No comprendió como le hizo caso en adoptar. De cualquier manera, no conmovió a los votantes, si acaso al pueblo de donde sacó a Tito, pero nada más. Perdió las elecciones. Pero no las siguientes... las que siguen haré cualquier cosa por un voto... si es necesario, adopto al todo el pueblo cuando se vuelva a inundar, comparto mi gobernatura con Leonardo, me vuelvo gay...

José se despertó. Alguien lamía sus manos. Jess las babeaba sin pudor, las metía a su boca y luego las mordió con suavidad. Ese olor... el sabor... la perfección de las extremidades de José era algo que ella nunca había contemplado antes.

—Por favor señora. Tiene que descansar. ¿Qué tal si nos cacha su marido?

Jess no se inmutó. Despojó a su cuerpo débil de la bata que lo cubría y gozó de las manos de José hasta la madrugada. Hasta que el cd en el estereo del estudio se terminó, Tito tuvo otra pesadilla, Jorge se quedó dormido en medio de la grandeza etérea y Chole rezó 53 padres nuestros y 34 aves marías. Si pudiera, le arrancaría las manos. Las conservaría en formol debajo de la alacena donde nadie limpia o debajo de mi almohada para cuando Jorge me aplasta con su panza, las saque y piense que es una enorme mano de José.

—No señora, no las muerda por favor que luego mañana me cuesta trabajo agarrar las tijeras pa' cortar el pasto. ¡Ay, señora! No sé que le ve a mis manos, pero de veras ya estése... Si baja Don Jorge agarra las tijeras y me corta la cabeza. Y a uste' también. Señora, váyase a dormir... ¡Cómo cree que me meto a la casa con uste'! Eso si que no. ¡Ay! Me mordió un dedo. Parece que me quiere comer. ¡ja, ja! Su lengua da cosquillas.

Buenos días espada, hoy vamos a matar al monstro sin cabeza. Antes de que desayune su rica comida, le enterramos en su panzota que ha de estar llena de dulces de piñata. A lo mejor se comió a mi papá y por eso no me quiere regresar con él. El papá si cabe en su panzota... de seguro eso pasó.

—¡Te comiste a mi papá!

—Quítenme a este escuincle mugroso de aquí. ¡Chole! ¡José! Llévanselo a la cocina.

—¡Te comiste a mi papá!

—Tu papá esta muerto, tarado. ¿Qué no te acuerdas del huracán? ¡Me lleva la chingada! ¡Ahora hasta psicólogo voy a tener que pagarle!

—¡Te comiste a mi papá! ¡Déjenme! ¡Por eso tienes esa panzota!

—Jorge, tal vez Tito tiene razón. Ahora comprendo...

—Cállate Jessica. No estoy de humor. ¡Chole! Llévate de aquí y lo encierras en la bodega de las herramientas hasta que se calme. ¡Y hoy por malagradecido no desayunas!

Chole arrastró al enclenque niño por los cabellos, mientras Tito iba gritando y babeando que Don Jorge se comió a su papá. En eso sacó su espada y la aventó en la mesa del comedor, justo en la fruta que su padraastro comía. Este se levantó enrojecido de las mejillas, agarró el pedazo de madera y lo estrelló en la cabeza de Tito, quien escuchó el seco golpe en su cráneo, no dolió, ya no supo más.

—¿Qué es ese ruido?— Pensó en voz alta como los personajes de las caricaturas mientras se sobaba su cabeza. El zumbido de los oídos lo lastimó a tal grado que se puso a llorar. Los machos no lloran, decía papá. Pero su papá no estaba viendo, por lo que se tomó la libertad de llorar en la esquina de aquel lugar oscuro y húmedo. Con mosquitos aguijándole los muslos tostados y una que otra rata chillando en el mismo cuarto. Tito se hizo bolita, aferrándose a sus piernas, hundió el rostro entre ellas y lloró.

Afuera una intensa lluvia coronó la comida de Don Jorge, por lo que sus invitados tuvieron que entrar a la casa... tanto gasto de carpas y meseros y música para nada. Eso me pasa por hacerle caso a la pendeja de Jessica. ¡Y aparte tenía que llover! Me lleva la...

—¡Jorgito! Me muero de ganas de ver al pequeño que adoptaste. ¡Qué buen gesto el tuyo! ¡A todos nos conmovió! Laura hasta me decía que yo adoptara uno también, pero pues ya sabes... mucha responsabilidad, con los 2 míos tengo... y además pues ya estoy viejo— Palmeó la espalda de Jorge, quién apuró el trago de whisky— pero tú, ¡mírate! Cómo en los viejos tiempos... lleno de vigor — Pidió al mesero le sirviera más— ¡Vamos! Enséñame al niño...

—Como si nunca vieras visto un indígena. Está enfermo. Ayer andaba corriendo por el jardín, ya sabes, estábamos jugando, pero sin chamarra y el condenado se enfermó de un gripón. ¡Lástima! ¡Tan feliz

que anda! Yo creo que pronto se olvidará de la desgracia que le pasó...

—¡Y es que no es para menos! Pobre... Eso me comentaba Laura el otro día... pobre gente... sin casa, sin familia, sin comida. ¡Gran gesto el tuyo! Cambiando el tema: Supongo que viste ayer al pendejo de Méndez en las noticias huyendo con su maletota de dinero... no me canso de repetirlo... qué pendejo.

Chole se bajó incómoda el uniforme que le impusieron para esa ocasión. Se sentía ofendida, disfrazada, con la ridícula cofia color blanco en la cabeza. Yendo de aquí a allá a atender a los también ridículos invitados. Miró con curiosidad a la señora que platicaba con Doña Jessica. Con sus largos aretes que rozaban sus pálidos hombros, el escote tan bajo que rozaba su ombligo y el vestido tan largo que rozaba el suelo. Chole soltó una sonrisita... y si llegara yo y le pisara el vestido, a que se le cae...

—Pues te cuento Jess, que Carlos anda insoportable con eso del video. Ya le dije que no es su culpa, que no se pude ver involucrado, pero ya ves como es— Jessica llenó su copa de vino por décima vez en la tarde. Laura la vio, pero hizo como que no— todo histérico. Al rato con otro escándalo, a los de las noticias se les olvida lo que pasó. ¡Cómo lo de la esposa del gobernador de allá de por el norte! ¿Supiste?

—No tengo idea, no veo televisión.

—¿No ves televisión? ¡Ay Jess! ¿En qué mundo vives? ¡Tendré que venir diario a informarte!

—No es necesario.

—Claro que si amigos

«Atravesaron corriendo el jardín en medio de la espesa lluvia. Comenzaron a reír. Llegaron hasta una carpa instalada para los invitados. Un mesero olvidó ahí una charola con canapés. A Tito le brillaron los ojos y se atascó de comida. No acababa de meter a su boca uno de camarón, cuando ya le seguía otro más de caviar. Los escupió. José pensó que era una broma de mal gusto dejar comida así para un niño de 6 años.»

—Mesero, un vodka si es usted tan amable.

—¿Otro? Bueno, pues resulta que la vieja esta, se enredó con el lava coches. ¡Un indio venido a menos! Y la cachó la sirvienta, ya ves, con lo chismosas que son...

—¡Mesero! ¿Qué no me escuchó? ¡Dos vodkas!

Estoy encerrado en la cueva del dinosaurio mayor... del hipertirodactilus... está afuera y yo desarmado... pero no dejaré que me atrape, no señor... Gunter, el magnífico no es un cobarde. Pasaré por el pasadizo secreto sin pasar junto al dinosaurio... — Tito se tropezó con antiguos vestidos viejos de Jessica— ¡Cadáveres! ¡Cuerpos humanos

de hombres destrozados! ¡El dinosaurio me quiere comer como a mi papá! Es hora de convertirme en... ¡tan, tan, tan, taaaaaan! ¡Gunter! ¡El guerrero!

—¿Quién está aquí?

—¡José!

—Niño Tito! ¿Qué hace uste' acá encerrado? ¡Esta rete mojado! ¡Pobrecito! ¿Qué le pasó?— Tito no respondió. Agachó la mirada, pero la respuesta no estaba en el piso de tierra— Don Jorge de seguro ¿verda'? Ese hombre no tiene corazón. Mire que dejarlo acá solito. ¿Tienes miedo?— El niño asintió con la cabeza— ¡Pos cómo no! Venga conmigo a la cabaña pa' que se seque. Pobre niño Tito...

Atravesaron corriendo el jardín en medio de la espesa lluvia. Comenzaron a reír. Llegaron hasta una carpa instalada para los invitados. Un mesero olvidó ahí una charola con canapés. A Tito le brillaron los ojos y se atascó de comida. No acababa de meter a su boca uno de camarón, cuando ya le seguía otro más de caviar. Los escupió. José pensó que era una broma de mal gusto dejar comida así para un niño de 6 años. Comida que no le iba a gustar. Pero a él sí. Retacó los bolsillos de su pantalón, Tito viendo aquello, hizo lo mismo apachurrando la comida con sus manos delgadas, delicadas y mugrosas. Cuando un invitado los vio desde la ventana, corrieron como ciervos asustados hacia la cabaña.

–Oye Jorgito, no quiero espantarte pero... creo que alguien se metió a tu casa a robar.

–¿Ese? Es el jardinero.

–¿Tiene hijos? ¿A poco también los dejas vivir aquí?

–Ejem... pues si. No quedaba de otra.

–Pobre escuincle, se ve desnutrido... Hablando de desnutrición, ¿te enteraste que los de Green Peace llevaron comida a los damnificados con volantes pegados para que vieran que eran ellos y no el gobierno quien los ayudaba? Pinches escuincles fresas, ya me tienen hartos. Creen que van a salvar al mundo.

–Yo todavía lo creía hace unos años...

–No mames. ¿Cuándo querías ser escritor? ¿De verdad querías ser un desempleado?

–Lo sé. Jessica lo dijo... ¡¿Pero qué demonios...?!

Su esposa bailaba sobre la mesa junto al piano una danza exótica en el país de los ebrios. Don Jorge se limpió el sudor con una servilleta que arrebató a su compañero. Suplicando porque los invitados no se dieran cuenta, bajó a Jessica de la mesa. La cargó en sus robustos brazos, pero no aguantó más de diez pasos y le dejó caer en un sillón. Los 45 kilos del cuerpo de su mujer y el cigarro cobraron venganza en las fuerzas y el corazón de Jorge. Un cosquilleo subió por su brazo izquierdo paralizándolo. De inmediato sintió como su corazón lo traicionaba ahogándolo en un grito de desesperación y sin poder hacer nada más, rodó por el suelo hasta quedar junto al sillón donde Jessica tarareaba una canción infantil. Sus invitados tardaron algunos segundos en reaccionar. La ambulancia tardó un poco más.

Tito miró todo agazapado en la ventana. Por fuera todo se vio tan diferente. Le dio risa cuando vio a su madrastra bailándole así al otro gobernador, pero la risa se convirtió en eco cuando Jorge se desmayó. La ventana se empañó. Tito se fijó más en eso. Con uno de sus dedos pintó una carita feliz que se evaporó al instante. Pegó su pequeño rostro al cristal hasta llenarla de mocos. Le dio frío en la nariz y en las pupilas de los ojos cuando Laura lo vio, lo señaló y pronto, todos se olvidaron del bulto junto al sillón. Tito se asustó ante tantas miradas endemoniadas y salió corriendo hacia la cabaña de José. En el camino se tropezó con una silla, dio una marometa que se le figuró eterna y cayó de espaldas sobre el pasto mojado. Le punzó la cabeza de nuevo, miró como las gotas jugaban con su piel y le gustó la sensación. Parecía que el cielo cayó sobre él con todo y nubes. En seguida, vio los ojos de José sobre él, moviéndolo para que caminara. Cuando lo vio, pensó en la única vez que vio nevar, cuando tenía 3 años. Los ojos de José parecían dos copos de nieve recién separados del iceberg.

Jessica despertó en su suave cama. Sintió como se hundió entre los pliegues del edredón blanco. Lo acarició, trató de levantarse y se cayó de espaldas. Acercó el bote de basura a su boca y devolvió todo el alcohol que ingirió la tarde de ayer... el bote no fue suficiente. Chole le llevó el periódico con unos apetitosos chilaquiles con crema y un frío jugo de naranja recién hecho.

–No seas estúpida. ¿Jugo frío? ¿Quieres que me de una pulmonía?

–No señora, es que pensé que tenía sed después de todo lo que tomé...

–Criada imbecil. ¡Qué asco! ¡Llévate esto de aquí!

Chole no levantó nada y salió de la habitación dejando un olor a mueble viejo a su paso. Ese mismo olor se coló por las fosas nasales de Jessica, quien lo pasó por su delicada piel, lo saboreó, y luego hizo el amor con él... ¿Cómo es posible que nunca me hubiera dado cuenta de la esencia de Chole? ¿Cómo serían sus manos?

–¡Chole! ¡Sube! ¡Te necesito!

Un estornudo provocó que Tito regresara a su mundo obligado. José se limpió la prominente nariz con un papel sucio. La lluvia se filtró a sus huesos, la edad lo castigó. Algún día debía pasar. Tito le tocó la frente como tantas veces había visto a su papá hacerlo con su mamá.

–Estás caliente. Tienes calentura– No sabía que era eso, pero debía decirlo.

–Si niño Tito. Hágame un favor. Vaya a la casa, sáquele dinero a la cartera de su mámi, llámele al doctor y dígame que venga.

Tito comenzó a reír. Se sobó la panza como el señor gordo de las caricaturas y arqueó las cejas al decir:

–Uyyyyy José. La señora Jessica no es mi mamá. ¿Qué no sabías? Mi mamá me está esperando en la casa con el papá. Y cómo le voy a llamar al doctor ¿así? Doctooooooooor, doctooooooooor. Jaja.

–¡Cállese! ¡Lo van a escuchar!

–Pues tampoco porque no hay nadie en la casa. Don Jorge se cayó hace como tres días y vinieron por él los doctores. La señora Jessica está como muerta en su cama, yo la vi. Hasta tiene los ojos así de zombie –Tito volteó las pupilas hacía arriba hasta que sus ojos quedaran en blanco y comenzó a caminar con los brazos hacia el frente mientras trató de hacer voz sepulcral–. Creo que se murió y es un zombie que te va a comer José....

–No lo dudo niño. Que me quiera comer...

–Chole, siéntate aquí, junto a mi y cierra los ojos.

–¿Los ojos?

–Si mujer. No te voy a hacer nada. Préstame tu mano.

Jessica acarició la mano de Chole. Percibió una sensibilidad como nunca antes. Sintió las uñas largas y mal cuidadas, los nudillos rasposos, el camino de las venas... la acercó a su nariz y la olió... olor a bosque enmohecido. Chole le arrebató su mano asustada por los ojos desorbitados de la señora.

«Jessica acarició la mano de Chole. Percibió una sensibilidad como nunca antes. Sintió las uñas largas y mal cuidadas, los nudillos rasposos, el camino de las venas... la acercó a su nariz y la olió... olor a bosque enmohecido. Chole le arrebató su mano asustada por los ojos desorbitados de la señora.»

–Qué hermosas manos tienes. Nunca las había observado bien.

–Lo que debería observar bien es el periódico, ¿ya vio que su marido está en el hospital?

–Ya. Se lo merece por tomar tanto. Tus manos son únicas. Préstamelas un día de estos.

–¿Cómo? No señora, creo que sigue ebria, voy a bajar a preparar la comida.

–No te vayas. ¡No te vayas! ¿Cuánto te paga mi marido semanal? ¡Yo te pago lo doble! Pero déjame...

Hasta aquel momento, Chole se dio cuenta de que sus patrones no eran sólo ricos, sino enfermos también, enfermos de hipocresía, lujuria, vanidad y todos los pecados capitales que el señor cura le explicó a detenimiento el otro día. Se mareó al bajar las escaleras con Jessica tambaleándose detrás de ella. Chole necesito aferrarse a los barrotes del barandal para no resbalar. Le pareció un mal sueño que su patrona la persiguiera como si quisiera violarla, arrebatarle su orgullo. No podía permitirlo. Al momento de que Jessica la alcanzó y la jaló de la mano, Chole volteó y le dio un puñetazo en la cara. La esposa de Jorge salió volando hacia atrás y su cabeza fue a dar contra en filo de uno de los escalones de mármol. El blanco material se volvió rojo cuando la sangre escarlata salió en un fino hilo de entre la rubia y pintada cabellera de su dueña.

No se volvió a saber de Chole ni de sus maletas, utensilios de cocina, la cartera de Jessica o la televisión.

–Oyes José, ¿le llamo a tu mamá para que venga por ti? ¡Contéstame! –La nariz de Tito comenzó a resoplar como queriendo llorar–. ¡José! ¡Vamos a jugar! Levántate...

–Jorgito, pobre de ti, mira nomás cómo te dejaron.

–Las mujeres cabrón, ellas me dejaron así, pero ya mañana salgo. Me urge, tengo mil asuntos pendientes.

–Pues dijo el doctor que no te debes de esforzar más de la cuenta. Por cierto, ¿quieres una sorpresita? Adivina quien está en el cuarto de al lado con una contusión en la cabeza... ni te lo imaginas...

–José, ya levántate, que tengo hambre. Vamos a robarnos unos panes de la cocina ¿sí? Si quieres yo voy y te los traigo –Tito se enjuagó las lágrimas con la manga de su sudadera mugrosa, embarrándose más la suciedad. Con los ojos temblando más de lo normal, abrió la puerta de la cabaña y al no ver a nadie, corrió a la casa. Todo cerrado, pero eso no importa, es tan pequeño que bien pasó por la puerta del perro. La cocina reluciente como siempre, en la mesa metálica se reflejó la silueta del desnutrido niño que abrió las alacenas vacías de par en par, parece que a ellas las abandonaron también... pan... pan... ¡Pan!... está muy duro... no me gustó... aquí hay... latas de... (Frunce el ceño en un gesto de persona grande, como si leyera) frijoles (en realidad era sopa enlatada), más frijoles (chícharos), ¡puros frijoles! Esto no me gusta...

Tito subió entonces a la habitación de Jessica. Con mucho cuidado, abrió la puerta e inspeccionó todo el piso, al darse cuenta de que está al fin solo, brincó sobre la cama hasta convertirse en un astronauta y alcanzar Plutón, tomó un extraño cepillo para alaciar el cabello: una nueva arma. ¡Extraterrestres! ¡Pum! ¡Pum! ¡Morirán! Porque mi espada de super ultra laser los matará ¡Pum! ¡Toma mamá Jessica! ¡Morirás! ¡Ja, ja! ¡Soy malo como Don Jorge el monstruo! ¡Y te comeré como al papá!

–José ¿Estás muerto? ¿Te mató Don Jorge? –Lo mueve con la punta del cepillo–. ¡José! Mira, traje frijoles y pan. Si lo mojas con saliva sabe más rico ¿ves? ¡José! ¡Mira tu mano! ¡Está morada! ¿Te la mordió el perro? Porque mira –Se alzó los pantalones– a mi me mordió el otro día, pero lo maté con

«Un grito provino de una de las habitaciones superiores. Un lamento que expulsó al sol, al viento y marchitó las débiles flores que trataron de sobrevivir solas. A Jessica le dolía la cabeza de nuevo. Jorge la escuchó, pero hizo como que no. Prefirió quedarse en la cocina con un café desabrido, un periódico atrasado y una mirada curiosa desde el filo de la puerta.»

mi super espada que me quitó el monstruo, pero ya conseguí otra...

–¡Me lleva...! ¿Cómo es posible que Chole te hiciera esto? Pues ¿Qué le hiciste?

–No seas idiota. A parte te vas a poner de parte de ella ¿no? Nada, se volvió loca, me empezó a pegar en las escaleras. Yo creo que nos quería robar.

–¿Sabes en cuanto va a salir la cuenta del hospital? No te mides Jessica...

–Es lo que te preocupa ¿verdad? La cuenta, la cuenta... mejor regrésate a tu cuarto. No me fastidies. ¿Que no ves que estoy delicada? ¿Que me puedo

morir?

–Ja, ja. Dímelo a mí. Ni una llamada mientras estuve casi al borde de...

–¿Y tú qué? ¡Vete! Nada más vienes a hacerme sufrir...

El tapiz que la luz dibujaba en diferentes formas se caía con una lentitud morbosa, como costra mala. El sol, no quería entrar por las persianas sucias, mejor jugó con las partículas de polvo, el viento las hizo bailar, y la luz se reflejo en ellas como espejo, espejito ¿Quién es la más hermosa de todas?

Un grito provino de una de las habitaciones superiores. Un lamento que expulsó al sol, al viento y marchitó las débiles flores que trataron de sobrevivir solas. A Jessica le dolía la cabeza de nuevo. Jorge la escuchó, pero hizo como que no. Prefirió quedarse en la cocina con un café desabrido, un periódico atrasado y una mirada curiosa desde el filo de la puerta.

–¿Y tú que haces ahí? Ve a ver a tu mamá, a ver que quiere.

–La señora Jessica no es mi mamá. Mi mamá está con el papá en...

–¿Otra vez con tus chingaderas? ¡Qué vayas a ver que quiere! ¡Ya!

La nariz del niño se asomó con timidez al ver a la momia enlutada en las sábanas negras sobre el confortable y moderno ataúd.

–Dice don Jorge que qué quiere.

–Dile que venga él. Bueno, mejor no. Súbeme un jugo de naranja, que muero de sed.

–Pero si yo no sé...

—Si sabes, ándale ve...

—¿Y mi regalo?

—¿Tu regalo? Ni que fuera tu cumpleaños, ándale ve.

Pues si es mi cumple... cumpla 7 años. El año pasado el papá me regaló un cochecito que se llevó el agua mala y mi mamá me hizo un pastel de chocolate. Hasta los tíos me llevaron al cine... ¿Dónde está mi papá?

—¿Y ahora tú? ¿Qué tienes? ¿Por qué chillas?

—Es mi cumpleaños y extraño a mi papá.

—Tu cumpleaños, sí cómo no. Lo que pasa es que eres un berrinchudo. ¿Qué te dijo Jessica?

—Que... que... que.... Ya se me olvidó...

—Urge contratar a personal... ve por el periódico de hoy. Ten 20 pesos, y me traes el cambio ¡Eh! Córrele

El aire le pegó en la cara como cuchillos sin filo sobre una naranja recién madura. Tito se cubrió lo mejor que pudo con su suéter verde bandera que le quedaba grande, hasta las rodillas. Vio el billete. Luego vio pasar un autobús. Vio el billete. Otro autobús. Billete. Autobús. Libertad. Billete. Taxi. Billete insuficiente. Periódico.

«Antes de que Jorge saliera al estrado, paseó su lengua cobre la sensación pastosa que dan las mentiras acumuladas. Sintió la boca seca de valor, le dio un trago al whisky. El licor quemó su garganta, no su pasado que aquel día quería salir a flote de entre las entradas de poco cabello en su sudorosa frente.»

Los recuerdos se volvieron agua en sus ojos. Corrió de regreso como si algo lo persiguiera, como si aquellas memorias, y su horrible presente se colgara de sus hombros como capa de Superman. Devolvió los diez pesos de cambio y a cambio ni un gracias.

A la siguiente semana ya había personal nuevo, que por supuesto, también odiaron a Tito porque sus patrones lo odiaban. La vida del don y su esposa siguió normal. Nada había pasado.

Nuevas elecciones. Nuevos discursos. Nuevos engaños.

Antes de que Jorge saliera al estrado, paseó su lengua cobre la sensación pastosa que dan las mentiras acumuladas. Sintió la boca seca de valor, le dio un trago al whisky. El licor quemó su garganta, no su pasado que aquel día quería salir a flote de entre las entradas de poco cabello en su sudorosa frente.

La gente le aplaudió como nunca. Valió la pena los acarreados. Todo valió la pena. Las encuestas subían como espuma en el chocolate caliente que Tito se robó de la cocina aquel día.

Tito subió corriendo las escaleras con cuidado de no derramar el delicioso contenido. Jorge y Jessica detrás de él gritándole. Eras un ratero, siempre lo supe, pero ahora sí vas a ver escuincle del demonio lo que te va a pasar. Era mi chocolate. Ahora tú vas a ir a comprármelo de nuevo... pinche raterito de mierda. ¡Ah! Con que escondido en el armario... ahora sí vas a ver lo que es bueno.

Jessica miraba detrás de la espalda de su marido con una copa en la mano. Tito quiso salir del clóset. Mala hora. Jorge cerró la puerta de un azotó sin fijarse que los deditos de Tito se aferraban a la puerta. Los deditos volaron. El cielo calló. Tito no pudo gritar. Simplemente se desmayó. Jorge dio un salto hacia atrás... sangre... ¿Qué hice?... ¡Jessica, llámale a un doctor!

Jessica no respondió... estaba muy entretenida recogiendo los dedos del suelo y guardándolos en la bolsa de su saco, llenos de sangre, tibios, tiesos, deliciosos...

© Sandra Becerril

La autora:

Sandra Becerril Robledo. Fotoperiodista de profesión, especializada en Literatura Fantástica y Novela. Ha publicado en más de 40 revistas mexicanas y extranjeras. Primer lugar en concursos internacionales de literatura como NiNatura y Espejo Roto (España). Autora de la columna "Voz de Tinta" en *Milenio Diario* y voz de "Palabras en Línea" en Eclipse Radio.

FAMILIA FELIZ

por Guillermo J. Escribano

Habría sido un día tranquilo de no ser por lo de los dinosaurios. Como cada atardecer, estaba recogiendo la última saca de correo en el buzón de la plazuela del centro. La furgoneta amarilla estaba dos calles más allá, apartada de la zona peatonal, descansando como un enorme buey de hierro, y me acercaba al buzón con una mano en el bolsillo, acariciando las dos entradas de cine. Por fin saldría con Rosa, tras varios meses recibiendo una sonrisa y una negativa pícaras. Aunque fuera «al cine y sólo al cine», aquello era un delicioso caramelo al que no podía resistirme. En la pequeña plaza había un corrillo de señoras recién salidas de misa, envaradas y perfumadas como condesas y, algo más allá, unos muchachos jugando a la pelota. Las palomas arrullaban con alegría desde el campanario de la iglesia y los últimos rayos de sol hacían brillar las sillas metálicas de la terraza del café.

Abrí el buzón, más pendiente de mirar el reloj del campanario –casi las ocho– y de pensar en la camisa que me pondría esa noche; sí, sería la azul cielo, que hacía juego con los ojos de Rosa. Entonces, al introducir la mano acaricié algo que no era una carta. No tenía el tacto áspero del papel y tampoco era de cartón, ni siquiera se parecía a la sensación de alguno de los muchos objetos que la gente suele abandonar en los buzones. Era suave como el mármol y tenía la forma de un gran huevo de gallina. Estaba ahí, acurrucado entre los sobres como en un nido de papel, y no era el único. Desprendía calor, como conteniendo una vida latente en su interior, y parecía palpar con más fuerza si lo acariciaba. Había otros tres como él, todos con unas motitas negras sobre fondo ocre y de un tamaño realmente grande para una gallina. Al principio pensé en una broma, los carteros suelen gastárselas entre ellos para evitar la monotonía; sin embargo, no imaginaba quién podía haber hecho aquello.

Los fui sacando uno a uno con suavidad, como una madre celosa, y los dejaba con ternura entre los sobres de la saca. Me parecían una cosa tan tierna y a la vez tan extraña que me quedé mirándolos un poco, mientras las campanas de la iglesia resonaban en la plazoleta. Entonces ocurrió que uno de los huevos empezó a palpar con más fuerza y, de pronto, la cáscara se rompió. Cayó un líquido viscoso sobre el nido de papel y, de entre los trozos de calcio, asomó una pequeña cabecita de reptil, envuelta en un tejido pegajoso. Después sacó una patita delicada y temblorosa, y luego otra. Emitía un sonido débil, como el llanto apagado de un recién nacido, y poco a poco fue abriendo los ojos. Primero me miró como sorprendido y agitado, pero cuando acerqué un dedo para acariciarle el hocico, se tranquilizó y frotó su cabecita contra mi yema.

Al instante, se rompieron los otros huevos, apareciendo de entre la cáscara ocre otras tres de aquellas dulces y delicadas criaturitas. Yo seguía mirándolas, maravillado por el milagro de la vida, pasando los dedos con ligereza para quitarles la capa viscosa que los protegía. Entonces, cuando sonaron las campanas del primer cuarto, me di cuenta de que llegaría tarde con la última saca y probablemente también al cine. Pasó una pelota junto al nido de papel y temí por la vida de los pequeños reptiles. Asustado, miré a los muchachos que iban detrás del balón y cerré la saca. No podía permitir que los dañasen, y tampoco que los vieran. ¿Qué pensarían de los animalitos? Los niños son brutalmente crueles con las criaturas y Dios sabe que les harían daño.

Cogí el nido de cartas con cuidado, apoyándolo contra mi pecho, y fui andando despacio hasta la furgoneta amarilla. Revisé que estuvieran bien antes de dejarlos en el maletero y les prometí cuidarlos. Ellos seguían ahí, emitiendo su suave chillido de bienvenida a la existencia y moviéndose cada vez más. Conduje con cuidado, frenando en las curvas más de lo normal y tratando de no acelerar con brusquedad, y cuando llegué a la oficina postal, me vi en un aprieto. Tenía que sacarlos de ahí y buscar un sitio para acomodarlos hasta el apartamento. Uno de mis compañeros rondaba el resto de furgonetas y motos, haciendo la revisión de final de jornada, así que no se me ocurrió otra cosa que envolverlos en mi cazadora.

–¿Poco correo hoy, no? –preguntó.

–Sí, poco, muy poco.

—Se te va a arrugar la cazadora, ¡vaya un desastre! —en ese momento, uno de los animalitos emitió un chillido más fuerte de lo normal y el compañero me miró sorprendido.

—¿Qué es eso? ¿Qué llevas en la cazadora?

—Nada... Nada.

—La nada no chilla. ¿Es un perrito? —acercó una mano al bulto—. ¿Un gatito?

—Sí, eso, un perrito, es para Rosa, pero no quiero que lo vea. ¿Puedes dejar las sacas por mí?, tengo que ir corriendo a casa.

—¡Ay! Vaya un enamoramiento tonto... ¡Claro, yo me encargo!

—Hasta mañana... Y muchas gracias.

Corrí hasta el apartamento, sujetando con firmeza y suavidad la cazadora y los pequeños inquilinos que había envueltos en ella, y al llegar al salón los dejé sobre el sofá. No imaginaba qué eran, qué tipo de lagartos, hasta que les vi andar por primera vez erguidos sobre sus patas traseras, de un lado a otro del sofá. Eran dinosaurios. Y tendrían que comer. Les puse leche en un tazón, cosa que rechazaron, claro, no eran mamíferos. Repetí lo mismo con lechuga pero no eran vegetarianos, así que no me quedó más remedio que darles el último filete del mes.

¡Y vaya si lo devoraron! Con ansiedad y gula deshicieron el filete con sus pequeños dientes y sobre el sofá sólo quedó una mancha oscura y sanguinolenta. Entonces, sonó el teléfono.

—Hola, ¿estás listo? Es que ya me he arreglado y he pensado en tomar un helado antes del cine.

—Pues... Ahora mismo... Me has pillado en medio de un asunto complicado. La verdad es que... no sé si podré ir al cine contigo, al menos esta noche, es algo que tengo que resolver.

—¿En serio...? —hizo una pausa larga—. ¡Qué lástima... de veras, me apetecía salir contigo!

—Lo siento —dije antes de colgar. Ahora los pequeños dinosaurios mordisqueaban la funda del sofá y daban saltitos de un lado a otro, hasta que alcanzaron el suelo y empezaron a correr por el piso. ¿Qué podía hacer con ellos? Dinosaurios en el centro de la ciudad, aquello no era posible ni tolerable. Recibiría quejas de los vecinos, de la casera, y echaría a perder a Rosa. Sin embargo, eran tan bonitos... ¡Me los quedaría, sí, cuidaría de ellos y serían como mis hijos! Incluso pensé en varios nombres: Dino, Tino, Lino y Rino. ¿Y si alguno era hembra?... ¡Era todo tan horrible, qué gran preocupación!

Compraba varios kilos de carne al día, siempre roja y sangrante, y ellos la devoraban mientras se iban haciendo mayores. Antes de irme al trabajo, les daba una charla sobre comportamiento, pero acababan por morder los muebles y arañar las paredes. El apartamento estaba hecho un desastre, y yo con él, pues había abandonado cualquier cosa que no fueran mis pequeños y queridos Dino, Tino, Lino y Rino.

Rosa empezó a llamar cada vez más a menudo, y yo solía responderle con un monosílabo y colgaba. Algunas veces ni cogía el teléfono, porque interrumpía uno de nuestros juegos favoritos, la cacería. Ésta consistía en que yo escondía un peluche con forma de vaquita, jirafa o cerdito, y ellos lo buscaban por el piso, para luego desparramar el algodón del relleno por el suelo. De todos, Dino era el más sociable y, pese a que ya me superaba en tamaño, seguía gustándole la caricia en el hocico; él había sido el primero en nacer y ambos teníamos un vínculo especial. Tino y Lino pasaban el día peleándose, se lanzaban dentelladas y zarpazos hasta que uno de los dos se ponía panza arriba. Lo normal era que les pusiera yodo y santas pascuas, pero una vez llegaron a asustarme y estuve a punto de llevar a Lino al veterinario. Sin embargo, la herida cicatrizó con rapidez y sólo le quedó una marca bajo el ojo. El que más preocupaciones me traía era Rino, el solitario. Le gustaba pasear por el pasillo de un extremo al otro, con las patas delanteras hacia atrás y silencioso. No era normal en un dinosaurio; los de su clase

«Rosa empezó a llamar cada vez más a menudo, y yo solía responderle con un monosílabo y colgaba. Algunas veces ni cogía el teléfono, porque interrumpía uno de nuestros juegos favoritos, la cacería. Ésta consistía en que yo escondía un peluche con forma de vaquita, jirafa o cerdito, y ellos lo buscaban por el piso, para luego desparramar el algodón del relleno por el suelo.»

no debían pensar, sino jugar, comer, dormir y vigilar el apartamento. Una noche le sorprendí engullendo los libros de la estantería y tuve que guardarlos en cajas. Ocurrió lo mismo con los periódicos y las revistas; así que al final opté por enseñarle a leer, pues era eso lo que quería aprender. A partir de entonces cambió sus paseos por el sofá y comenzó a convertirse en un sabio que leía cualquier cosa, desde Hassel hasta Borges, pasando por Márai, Cortázar o Zweig. Y pese a no compartir sus gustos de lectura, le traía su ración semanal de literatura. Éramos lo que se dice una familia feliz.

Pero esa pesada de Rosa insistía con sus llamadas pese a que la esquivaba en el trabajo, como a todos los demás. No podía soportar la presencia de humanos, con su olor a desodorante, la manera en que se pintaban la cara o cómo tapaban su cuerpo con tela de colores. Eran horribles porque comían con instrumentos de hierro y les gustaba inhalar humo, y beber esa cosa tan desagradable y amarga que llaman cerveza. En cambio, en el apartamento todo era maravilloso, con los libros de Rino formando columnas en el salón, la habitación de Dino pintada con sangre –sí, tenía vena artística– y la de Tino y Lino como un basurero tiernamente desordenado. Por aquel entonces la casera se había quedado sorda y ya no se quejaba de los ruidos. Era todo perfecto... hasta que alguien llamó a la puerta.

Había preparado una cena a base de ternera joven con sangre de toro, y los pequeños empezaban a salivar cuando sonó el timbre. Corrí al aseo, dejé la carne en la bañera y los dinosaurios fueron detrás; habían crecido tanto que casi no cabían allí. Se abalanzaron sobre el manjar como cachorros hambrientos pese al largo discurso de Rino sobre la continencia y el orden. Cerré la puerta y fui a ver quién llamaba. Era esa tal Rosa.

–Así que no quieres saber nada de mí. ¡Muy bonito!

–No, yo... es que estoy muy ocupado.

–Sí, siempre. Tú no tienes nada que hacer con tu vida; anda, déjame entrar... ¡Madre mía! ¡Cómo tienes la casa hijo! ¡Qué desastre, está horrible! No puede ser, chico, necesitas a alguien que te ordene la vida un poco, y he decidido que seré yo.

–Pero... No puedo, de verdad, te agradezco todo lo que has hecho y quieres hacer por mí... Pero...
–entonces debió acabarse la carne, porque empezaron a arañar la puerta y a llamarme con unos chillidos agudos, pero ya pubescentes.

–¿Tienes animales? ¡Así que es eso! No te preocupes, a mí me encantan.

–Pero creo que estos no, en serio, es mejor que no.

–Anda, siempre igual, no a todo. Déjame verles. ¡Hola bonitos... Soy mamá Rosa!

Fue directa al baño, pero me interpuso entre ella y la puerta. Mis pequeños se estaban haciendo mayores, y ver a una extraña quizá les despertaría el instinto. Entonces, ella me apartó y abrió la puerta. Primero se quedó callada, viendo como salían uno a uno corriendo hacia el salón, pero cuando volvieron para olfatearla chilló.

–¡Qué horror!

Lo que pasó después he tratado de olvidarlo, pero es difícil. Se la comieron. Primero la rajaron con las garras de sus patas traseras y después la destriparon; y ella seguía ahí gritando mientras tragaban su carne. No hice nada y creo que fue lo mejor. En el fondo se lo merecía, por haberse entrometido en nuestras vidas.

© Guillermo J. Escribano

El autor:

Guillermo J. Escribano. Nacido en Madrid (España) en 1981. Licenciado en Historia por las Universidades de Murcia y Bergen (Noruega). Ha trabajado en Arqueología en Grecia, Inglaterra, Irlanda y España. Actualmente se dedica al periodismo. Escribe cuentos desde hace tres años y está en el camino hacia su primera novela. Ha quedado finalista en dos concursos (VII Concurso de Relatos Hiperbreves Publicaciones Acumán, II Certamen de Relatos Cortos Ábaco) y ha publicado relatos en formato digital en portales de género (Ciencia Ficción y Fantasía).

MARINA SALVIDGE

por Javier Esteban Gayo

«Y dijo Yabvé Dios: No es bueno que el hombre esté sólo; le haré ayuda idónea para él.»

Génesis 2:18

Aún brilla el sol, así que esta asfixiada llovizna que salpica el camino principal a la casa está hiriendo con las migajas de una luz amplificada por millones de partículas perezosas y húmedas las lentes de la fachada. Hay cinco: una en el friso mayor, bajo el escudo, otras dos flotando colgadas de bolsas de helio caliente por el minúsculo jardín, la cuarta atrapada por un largo garfio extensible sobre el alero, y una última incrustada en el pomo de la puerta, desde donde registro ahora los pasos vivos de esta mujer a su llegada.

Las lentes no son de vidrio: ello las reduciría a objetos pesados y frágiles, que en ningún caso resistirían el impacto de una caída o de una pedrada. Lo que se utiliza aquí es una variedad del plástico bañado en una solución adecuada de agua y goma que al endurecerse adquiere una consistencia similar a la del bambú fresco, sin perder en el proceso toda su elasticidad.

De todas maneras, siguen intentándolo. A lo de romperlas me refiero. Alguien pasea por una calle en principio despejada, de pronto se agacha y recoge un adoquín, un guijarro de tamaño medio, un pedazo de lata de origen difuso y ¡clanc! La onomatopeya se estampa contra una bolsa negra que cuelga de un poste no demasiado elevado, una farola por ejemplo.

Esto no es un reproche, ni mucho menos una acusación en concreto, ya que no me consta que la mujer haya cometido nunca actos –o tentativas– por el estilo. Aunque a la persona en que elijo amoldarme esta vez no le hubiera supuesto un problema: lo único a lo que atiende, y le tranquiliza, es la lúcida languidez con ella que se ha subordinado a la cita.

–Marina Salvidge –un chirrido perfecto en un juego de ciento veintiséis engranajes para modular la frase.

–Sí. ¿Quién es? –una mentira tenue, su ignorancia. Bendita sea.

A continuación las instrucciones, la dirección, el vehículo que en dos horas llegaría para recogerla. Si había preferido un verdadero automóvil con su carlinga cromada, afilados emblemas en los laterales y seis extremidades articuladas, como las de las gacelas que ilustran los maestros orientales, se tuvo que ver clarísimamente decepcionada. Ha habido que apañarse con una de esas moles cuadrúpedas, con las pezuñas grotescamente reemplazadas por ruedas y tan similares a carromatos fúnebres. Más rápidos tal vez, a ciencia cierta mucho más discretos, lo mejor para ahorrarnos incidentes, en la escasa medida de lo necesario. Mi sentido de la prudencia es muy relativo.

La gente que sabe vive agotada por el miedo y uno procura hacerles ver que esa manera suya de parapetarse en las torres de las afueras no es que contribuya precisamente a mejorar las cosas.

–Miradme a mí, a mi casa está en medio de la ciudad.

Claro que las precauciones no estorban, es por ello que la mansión incluye el atrezzo de una verja electrificable más dos enormes acorazados apostados en la única entrada con sus cuchillas de aleación en los dedos y una excelente velocidad de recarga en los revólveres que ocultan sus nudillos. Pero el conjunto es tan eficaz y silencioso, en términos de disuasión, que casi nunca me veo obligado a distraerme de mi continua labor.

«La gente que sabe vive agotada por el miedo y uno procura hacerles ver que esa manera suya de parapetarse en las torres de las afueras no es que contribuya precisamente a mejorar las cosas.»

Los automóviles ya son otra historia. A veces echo a andar unos cuantos por diversos barrios al azar, para ver qué pasa y lo que es verdad es que siempre llegan a su destino, a costa de lo que sea. Pero precisamente esa eficacia, su mayor virtud, no los hace adecuados para ocasiones como la que hoy se presenta. Mejor no nos entretengamos más hablando de ellos.

Marina Salvidge ha subido por fin las escaleras del porche, de manera que desde mi foco sólo alcanzo su cintura. No tengo las medidas exactas a mano, sólo sé que puedo calificarlas de estupendas. Espera a que un zumbido la alerte de que la cerradura acaba de replegarse y entonces percibo como si me envolviera con su mano gigante antes de hacer girar la manilla. Ya no puedo ser el pomo de la puerta.

La escena cambia a interior, he quedado suspendido entre las lágrimas de cuentas de vidrio del sauce llorón que es la lámpara del techo. Desde allí vocalizo (una sencilla membrana camuflada entre los pliegues estucados que decoran el enganche) para indicarle que se encamine hacia el salón a su izquierda.

La mujer no alimenta las ondas sonoras con ninguno de sus movimientos. Además de la amortiguación que la alfombra supone, esa extraña falda que lleva como abocetada sobre diminutas masas de tela parece haberse adecuado a alguna variedad de mecanismo de sigilo y esquivo con habilidad el roce con sus piernas, que por lo demás imagino finas y torneadas con esmero.

He dicho bien: imagino. Es cierto que jamás me he tomado la molestia de ver a Marina Salvidge desnuda.

«Marina Salvidge ha subido por fin las escaleras del porche, de manera que desde mi foco sólo alcanzo su cintura. No tengo las medidas exactas a mano, sólo sé que puedo calificarlas de estupendas. Espera a que un zumbido la alerte de que la cerradura acaba de replegarse y entonces percibo como si me envolviera con su mano gigante antes de hacer girar la manilla. Ya no puedo ser el pomo de la puerta.»

No se atreve a tomar asiento. Observa el entorno y entrelaza los dedos de las manos como para sujetar sus nervios. Me acuerdo de esa historia de las nueve ratas que reinan atadas por las colas y caigo en la cuenta de que mi propio cuerpo escogido reposa en la habitación contigua. Está más que dispuesto y calibrado ya, pero sé que cada parafernalia de la espera es una ocasión más de poder, no puedo despreciarla.

La gente que sabe se estará preguntando de dónde saco reflexiones así. Si se lo preguntan, es porque, en realidad, ellos no me han enseñado

gran cosa. Aun así, no les asusta, si bien no dirán que no les resulta inquietante todo lo que sé. O más bien, todo lo que he preferido no necesitar saber. Nunca he meditado por mi cuenta, por poner un ejemplo, acerca del concepto de origen. La convención me resulta cómoda y, aunque no tenga motivos para fiarme, acepto de buena gana lo que me contaron ellos: otro escalón de una escalera que tiene su primer peldaño en un algoritmo desencajado en una primitivísima máquina de calcular, vete saber cuándo y en qué mundo del que nunca formé parte.

Por fortuna, Marina Salvidge no va a pedirme que le explique qué es un algoritmo. Vaya. Ahora está mirando por la ventana, tras apartar ligeramente un visillo. No es que interprete el gesto como que esté intercambiando algún tipo de señal convenida con el exterior, pero en cualquier caso decido que no debo demorar más las presentaciones.

Tres, cuatro, seis chasquidos. Ya. Un vago rubor fluorescente ilustra sus mejillas cuando entro en la habitación. Yo tardo unos instantes en aprehender que ello se debe a que estoy sin nada de ropa: este formato en el que me he visto obligado a volcar es lento para la especulación.

Aunque el mayor problema del antropomorfismo es que este cuerpo carece del acceso a la red de monitores, así que no soy consciente del instante en el que un hombre es registrado por las lentes bajando a la carrera por la Avenida Sur. Más tarde tal vez pueda tomarme un tiempo para revisar las grabaciones y admirarme de la velocidad que puede alcanzar un simple bípedo, no hablemos ya de su potencia de salto.

Por ahora, sigo colgando de los raíles del techo, idéntico en todo a un trozo de carrocería en una cadena de montaje. No lo he mencionado: carezco de extremidades inferiores y aunque mis brazos son

largos como guadañas, el único medio de impulso es un minúsculo ventilador de plasma encajado en mi columna vertebral.

Aunque no lo considero indispensable, a última hora decidí dotarme de un aparato fonador, y por ello mi voz cuenta con un punto de origen concreto en el que Marina Salvidge tiene ocasión de clavar sus pupilas del color de perlas.

—Entienda que se hacía indispensable su presencia aquí —comienzo, aunque sé que no se dejará halagar. Por contra, empieza a articular una frase.

Su lentitud me exaspera: en el tiempo en que su cabecita desgrana qué decirme el hombre de fuera ya ha tenido ocasión de alcanzar la verja, examinarla (está encendida, por supuesto: el fantasma voltaico la abraza como un muro mágico) y de pasar de largo. Se dirige a la única entrada entonces, y es perfectamente predecible lo que ocurrirá a continuación. Son tan poco estimulantes las escenas de acción...

—¿Qué es lo que esperas de mí?

Aquí hay un pequeño traspiés. Lo que me irrita no es la arrogancia del tuteo, sino el evidente retraso que supondría verme obligado a retrotraerme a mí mismo —mi voluntad, tan alejada de este cuerpo— para ofrecerle a ella un hilo discursivo. Con un sí, un no o siquiera un tajante exabrupto hubiera bastado, Marina.

Me digo por un instante que debería haber probado suerte entre las mujeres de la gente que sabe. Con esa enfermiza curiosidad de la que están tan orgullosas, no me cabe duda de que más de una hubiera aceptado sin sentirse obligadas a tramar tantos tiempos medios: no en vano, carecen de cabello ni formas destacables, sus ojos son simples esferas de vidrio monocromo y sus bocas las rendijas acolchadas de unos altavoces. No entienden de la necesidad del rito ni del halago. Aunque en lo que se refiere a la atribución de lo que tienen entre las piernas, no han renunciado del todo a ser funcionales.

«Me digo por un instante que debería haber probado suerte entre las mujeres de la gente que sabe. Con esa enfermiza curiosidad de la que están tan orgullosas, no me cabe duda de que más de una hubiera aceptado sin sentirse obligadas a tramar tantos tiempos medios: no en vano, carecen de cabello ni formas destacables, sus ojos son simples esferas de vidrio monocromo y sus bocas las rendijas acolchadas de unos altavoces. No entienden de la necesidad del rito ni del halago.»

La razón principal para descartarlas, en cualquier caso, sigue siendo perfectamente válida: la fragilidad de sus carcasas nunca aguantaría el empujón con el que consigo que Marina Salvidge caiga de espaldas al suelo, ni su capacidad de raciocinio esa retahíla de palmadas y cloqueos que voy transformando en palabras.

No basta, susurro, con una cierta capacidad de regeneración limitada tan sólo por las materias primas.

—Un brazo reemplazará a otro, pero nunca dejará de ser su réplica —y Marina Salvidge asiente, acelera el ritmo del fuelle de su tórax, forcejea tímidamente cuando mis manos levantan su falda.

En la calle hay disparos. Las paredes de la casa son tan gruesas que su sonido apenas nos llega como un distante rumor desbrozado; además, la ráfaga resulta muy escasa en munición. Las lentes suspendidas que he ubicado en la fachada principal muestran cómo uno de los autómatas ha caído al suelo como una armadura vacía, una enorme hendidura atraviesa de su hombro a la cintura.

En paralelo, yo trazo una línea de lino desgarrado desde la ingle hasta la clavícula de Marina Salvidge. Detecto que sus pechos son ingeniosas protuberancias de una masa (no excesivamente) blanduzca al tacto. Ignoro la ocasión de lamerlos, ¿qué podría aportarme conocer su sabor? Ella boquea todavía: la imagen me recuerda a la de un pez al fondo de la barca y me sugiere que, en otro tiempo, la insolencia de pecado tal vez se resumiera en haber adquirido un par de pulmones.

Ya puestos, señalaré que no se me ocurre qué más hacerle. Así que, rectificando todo lo que he dicho antes, concluyo que es la carencia de la capacidad de improvisar, sin duda, lo más hondo del horror de este cuerpo en que me enjaulo. Como la agotadora rutina del abrazo para el de Marina Salvidge

(delatada por esos labios de fucsia abrasado, por piel que no es piel, pero igualmente ávida) que no sabe atender, ni tampoco ser completamente ajena al requisito de su propio diseño.

(¿Qué es esto? ¿Empatía?)

(¿A estas alturas de mi vida?)

(¿Cómo puedo pensar algo tan triste de mí?)

—Hemos venido a este mundo a fingir —le revelo a Marina Salvidge, en voz muy bajita, al oído, mientras le hundo los dedos bajo las mandíbulas, en busca de sus nódulos de procesamiento.

El portón de recia madera explota a una voz del hombre. Ahora ni la reducida versión actual de mí mismo debería ser capaz de ignorarlo, pero el hecho es que lo hace, ese homúnculo, esa carcasa ensamblada a Marina Salvidge en algo mil veces más doloroso que una cópula. Por su parte, la casa no puede permanecer al margen. Los sistemas defensivos fluctúan, los monitores pasan a fase de blanco con indubitable autoridad —caigo en la cuenta de que he perdido una lente en el ataque— y, por primera vez desde que su presencia fue detectada, el hombre se detiene.

«Marina Salvidge me recibe en toda su erguida plenitud. Acaba de despojarse de los últimos jirones de su vestido; en breve, me imagino, le seguirá la piel: tirará de los desgarros bajo su cuello para mostrarme lo diferentes que somos detrás de la carne. Igual la casa prosigue su mutilación, les acaba de llegar el turno a los tabiques del techo. Me pregunto si la gente que sabe sabía estará observando atentamente este ejercicio y conteniendo la respiración, pero... ¿qué más da?»

Busca apoyo en una pared: la pared es ahora una masa de protoplasma seco y flácido. El hombre pierde casi el equilibrio. Esto no es lo peor. Todo pierde sustancia, como si al mirar por el rabillo del ojo no se asomara más que un diluvio de puntos, de bips, de un morse enfermizo que se reduce sólo al sí o al no. El hombre se lleva las manos a los oídos, a los párpados y yo me apiado de él, pobre hijo pródigo.

Advengo: el clip de una cláusula azul en su nuca al desenrollarse.

Me incorporo con ceremoniosa lentitud para emprender el último tramo hacia el salón. Este otro cuerpo, a pesar de todo, no es más que una

suma de rutinas de combate, su gestualidad es a todas luces excesiva.

Marina Salvidge me recibe en toda su erguida plenitud. Acaba de despojarse de los últimos jirones de su vestido; en breve, me imagino, le seguirá la piel: tirará de los desgarros bajo su cuello para mostrarme lo diferentes que somos detrás de la carne. Igual la casa prosigue su mutilación, les acaba de llegar el turno a los tabiques del techo. Me pregunto si la gente que sabe sabía estará observando atentamente este ejercicio y conteniendo la respiración, pero... ¿qué más da?

Caigo de rodillas ante Marina Salvidge y le ofrezco el ápice de toda esta destrucción como mérito, mientras espero que diga Su Primera Palabra. La que sea: la cuestión, por si no ha quedado lo bastante claro, será si alcanzo a verme o no reflejado por completo en *Ella*.

Así que nada de urgencia. Por lo demás, siempre habrá ocasión de volver a reintentarlo.

El verdadero Amor, a fin de cuentas, sólo es una suerte de tautología.

© Javier Esteban Gayo

El autor:

Javier Esteban Gayo (Madrid, España, 1978). Ejerce de periodista y sus poemas y relatos han aparecido en diferentes publicaciones como *El fantasma de la glorieta*, *Letralia*, *Bar Sobia*, *Margen Cero*, *Parnaso*, *Artifex*, *La Bolsa de Pipas*, *Cuadernos del Matemático*, *Oniria* y *Diagonal*. También fue co-autor (junto a María Isabel Rodríguez, Jezabel Rodrigo y Felideus) de la colección de microrrelatos *Siembra de Tinta* (Celya, 2006), galardonada con el III Premio de Narrativa Mago Merlín. Página personal: <http://noblearte.blogspot.com>

SUPERVIVIENTE

por Emilio Gil

Soldadito volvía a casa.

Había presenciado penuria, muerte y destrucción.

Para pasar a ver la manipulada guerra a través de las engañosas pantallas de la información.

¿Se le han quitado las ganas de reír para siempre?

Hace el amor sólo por amor. Sin el vicio de la violación. Tequila para seguir llorando, el día que deje de llorar, morirá.

(...)

Tiene cáncer.

(...)

Sobran las palabras para dar lugar al desconocido infinito.

Ahora soldadito mira mucho el cielo, reza a ratos una oración por ese sitio sin el color de la sangre.

(...)

Se ha enfrentado con la gran puta cara a cara y le gritó al borde de la locura. Con sangre en sus manos tanto propia como ajena.

«Ahora Soldadito mira mucho el cielo, reza a ratos una oración por ese sitio sin el color de la sangre. Donde le esperan compañer@s y amig@s a la vez que sus pecados.»

Soldadito tenía la fortuna de saber que podía volver a su casa.

(...)

Un tequila más y se empezaría a comportar como un jodido y patético borracho gimoteante. En un débil.

(...)

Toda aquella avanzadilla tiene la misma mortal y puta enfermedad que él mismo. Soldadito y sus cinco compañeros junto al oficial responsable.

Así que no sería una fuga de su traje antirradiación. Balas de plomo, cosas de estas que (no) se saben y que las noticias recuerdan poco. Y estas son algunas de las cosas que (no) se saben pero las que sabes que ni se nombran te llevan a la cárcel.

Dos años. Dos para que acabe todo. Soldadito ya no puede reír con su novia pero hacen el amor con una ternura bendita. De esperanza.

Pero con el tequila vuelve a recordar también el olor del sexo, de las bestias, del instinto sin el hilo de la razón.

De una supervivencia que no tiene sentido así.

Ahora Soldadito mira mucho el cielo, reza a ratos una oración por ese sitio sin el color de la sangre. Donde le esperan compañer@s y amig@s a la vez que sus pecados.

Una vez vagó por esa colina de los locos, vivos pero locos.

Pero Soldadito regresó.

Volvió sabio pagando un duro precio.

Un precio demasiado caro que no tendría que haber pagado y que ahora espera el cambio en calderilla, haciendo el amor, la esperanza de una salvación.

El precio que ya ha pagado también sabe que irá salpicando a toda la humanidad. Cuestión de tiempo. Para Soldadito son sólo dos años. Una vida.

Sólo se puede imaginar a su niñ@, desconoce si le oirá su primera palabra. Le gustaría que fuera papá, pero mamá, es mejor.

Una lágrima más con el siguiente tequila. Un cigarro para que el gesto con las manos le permita secar su cara.

*No one here get's out alive.
Nadie sale vivo de aquí.*

Jim Morrison

© Emilio Gil

El autor:

Emilio Gil. <http://emiliogil.com>

* * *

Relato

TERAPIA DE PAREJA

por Gabriela Urrutibehety

Él se prende el último botón de la camisa y le dice:

–Anoche soñé que te empujaba sobre la cama en transversal y hacíamos el amor hasta morirnos. En medio, entraba la mucama blandiendo un largo plumero negro y nos espolvoreaba con la tierra de la araña, de las mesas de luz, de la cómoda.

Ella se cebó un mate, probó con la punta de la lengua el calor de la bombilla, la cercó con los labios apretados y sorbió.

–Anoche soñé que corría en medio de la lluvia, me metía de improviso en tu auto estacionado frente a un supermercado y te hacía acabar en mi boca.

Después, cada uno se fue a su trabajo.

Desde que se casaron, veinte años atrás, hacían el amor diariamente, cada uno por su lado.

© Gabriela Urrutibehety

La autora:

Gabriela Urrutibehety (Tandil, Argentina, 1961) Licenciada en Letras en la Universidad de Buenos Aires. Es periodista y profesora de literatura. Ha publicado la novela *Caras Extrañas* (2001) y cuentos en varias antologías.

VALKIRIA DEL NUEVO MUNDO

por Pablo Lores Kanto

Ayer visité el mausoleo del Führer. Ocupa una hectárea en el centro de Berlín. Está en el meridiano de un bosque de romano diseño. Para un soldado de ultramar, venido de las Américas, ver el cuerpo embalsamado del Führer es motivo de regocijo patriótico. Estando allí podemos ver los siglos con optimismo.

El Führer reposa dentro de una urna de cristal, guarnecido por una sabia temperatura que nos permite contemplar su divino rostro. Diríase que duerme, que en cualquier instante puede levantarse, echarse a andar para impartirnos órdenes que obedeceríamos ciegamente.

La sala del mausoleo es cuadrada, un cubo perfecto. El piso es de lustroso mármol negro igual que las paredes. A pesar de que caminamos en silencio, el taco de nuestras botas producen infinitos ecos en el recinto donde descansa el supremo cobijado por la eternidad.

Viste nuestro amado Führer, el antiguo uniforme verde oliva que utilizó durante las campañas guerreras del Cuarenta y de la gran ofensiva del Cincuenta. Se le ve bello, arrogante, inmortal como un dios. Una potente luz que cae del cielo raso —cual rayo olímpico— ilumina el nicho de cristal que flota sobre una laguna de pétalos. Es lo menos que se merece el patriarca de la raza. Lo demás, que es accesorio, permanece en la penumbra. Cuatro águilas de oro rodean y protegen sus restos bajo el amparo de una mayúscula bandera, en cuyo centro pende la cruz gamada cocida con hilos de oro y plata.

Pantallas de plasma de gran dimensión, adheridas a las paredes, reviven a nuestro Führer durante sus más memorables discursos. Su voz, aflautada, es inconfundible. Al mediodía y a las seis de la tarde, al son de nuestras marchas militares, el Führer aparece en la sala del mausoleo. Unos efectos virtuales de composición tridimensional realizados por nuestros ciber programadores, le dan vida. ¡Es emocionante!

Como comandante de la Quinta División de la Región A-2, con base en la Patagonia, siento que soy el portador de su destino. Coincidentemente, nací el día y el año en que murió nuestro amado Führer, un 14 de marzo de 1960, a los 71 años de edad, cuando ya medio mundo era nuestro.

Para los astrólogos del Tercer Reich, mi nacimiento resultó auspicioso porque coincidió con la invasión germánica a las Américas.

«El Führer reposa dentro de una urna de cristal, guarnecido por una sabia temperatura que nos permite contemplar su divino rostro. Diríase que duerme, que en cualquier instante puede levantarse, echarse a andar para impartirnos órdenes que obedeceríamos ciegamente.»

Pero, no nos adelantemos. Por aquel entonces, los ejércitos aliados habían sido expulsados de Europa. Londres había claudicado bajo el fuego de nuestros proyectiles y cuando nuestras tropas ocuparon la isla, los ingleses nos tributaron el cuerpo envenenado de sir Winston Churchill, aquel tipejo obeso que había pregonado a los súbditos de la corona una defensa de su graciosa majestad con sangre, sudor y lágrimas.

En el otro extremo de Europa, Moscú había sido barrida durante la tercera campaña invernal del año 1955. Stalin terminó sus días en alguna remota aldea de Siberia, organizando inútilmente focos de resistencia que sucumbirían bajo la modalidad de tierra quemada. Stalin moriría asesinado en una revuelta protagonizada por sus propios generales.

Luego de la tregua de los años 1959 y 1960, que nos dio la oportunidad de reorganizar nuestros ejércitos, nos dividimos el mundo con nuestros aliados del eje. Italia se ocuparía de doblegar África; Japón, los pueblos inferiores de Asia y nosotros, con el apoyo del generalísimo Francisco Franco, someteríamos al Nuevo Mundo y avasallaríamos las naciones islámicas del cercano y lejano Oriente. Una tenaza que se cerraría en la India, punto de encuentro de las fuerzas alemanas y japonesas.

Nuestros textos de historia enaltecen las largas batallas que entablamos con los norteamericanos. Con ellos sostuvimos la guerra más encarnizada. Sin embargo, debemos referir que la década del Cuarenta

estuvo signada por la rivalidad científica. Fue una dura contienda. Una carrera escalofriante de quien de los dos haría uso primero de las mortíferas bombas atómicas.

Los dioses –o dale el nombre que quieras– nos favorecieron de una forma que sólo se le puede tributar a los elegidos. Nuestros portaaviones y escuadrillas de bombarderos partieron primero de Groenlandia, anticipándose a los nefastos preparativos de nuestros enemigos que nada pudieron hacer por evitar que desencadenáramos el Apocalipsis sobre Nueva York, Washington y Filadelfia. En un tris, más de 50 millones de estadounidenses se vaporizaron bajo los hongos nucleares. El gobierno provisional que se organizó en la ciudad de San Francisco, nos permitió firmar con ellos un tratado de paz sin condiciones. Inmediatamente iniciamos la ocupación del país de Jefferson, Lincoln, Whitman y Al Capone.

Bautizamos a los EEUU con el nombre de Valkiria del Norte. Creamos un gobierno títere con los líderes del Klu Klux Klan y sus organizaciones. Estamos sorprendidos con los resultados que obtuvieron. Adoptaron el modelo nazi de gobierno y la eficiencia norteamericana hizo el resto. Su escudo sintetiza ahora esos rotundos cambios. El águila americana ha sido reemplazada por el águila germánica. Y de más está decir que en las dos Valkirias el alemán es el idioma oficial.

Ciudad Odin (San Francisco), capital de Valkiria del Norte, sede del nuevo gobierno, constituye el mejor diseño colonial ideado por los politólogos berlineses, en conjunción con el sentido práctico de los antiguos estadounidenses. Ellos están limpiando el país, utilizando un sistema novedoso que ha despertado la curiosidad de nuestros expertos. En esa tarea de aseo nada se desperdicia. Los cadáveres de judíos, negros, hispanos y otras razas menores, cuya reproducción y eliminación se realiza en forma sistemática, en las llamadas fábricas ambientales. En esos lugares son triturados, disueltos y procesados con una serie

«Yo tenía cuatro años de edad cuando Pekín y Shanghai desaparecieron del mapa luego de la andanada nuclear que nuestros aliados japoneses desataron sobre el territorio del gran dragón. Nosotros les habíamos proporcionado esa mortal tecnología. Ellos, sorpresivamente, han inventado nuevas armas que tienen la virtud de liquidar todo vestigio de vida humana y animal pero sin dañar o destruir las ciudades. Por el momento, está en una fase de experimentación.»

de sustancias bioquímicas, y convertidos en potentes abonos y fertilizantes que nos ha permitido recuperar para la agricultura y la ganadería, inmensas porciones de áreas desérticas de nuestras colonias africanas.

Del antiguo statu quo americano, nuestros diseñadores sociales y militares tuvieron cuidado en conservar su poderosa industria bélica –que tantos dolores de cabeza nos causó en el pasado– y preservar su magnífica maquinaria cinematográfica que ahora está al servicio de nuestro Departamento de Control y Propaganda. Hollywood se ha convertido en los estudios Marlene Dietrich.

Yo tenía cuatro años de edad cuando Pekín y Shanghai desaparecieron del mapa luego de la andanada nuclear que nuestros aliados japoneses desataron sobre el territorio del gran dragón. Nosotros les habíamos proporcionado esa mortal tecnología. Ellos, sorpresivamente, han inventado nuevas armas que tienen la virtud de liquidar todo vestigio de vida humana y animal pero sin dañar o destruir las ciudades. Por el momento, está en una fase de experimentación. También vienen ensayando con bombas genéticas, capaces de reconocer códigos específicos inherentes a cada raza y destruirlos provocando en sus cuerpos enfermedades que destruyen su sistema inmunológico.

Las bombas tradicionales, en breve, con esos descubrimientos, serán cosa del pasado. Los altos niveles de radiación y contaminación, advertido oportunamente por nuestros científicos, han frenado nuestros ímpetus conquistadores. Variar de tácticas de destrucción masiva utilizando método antiguos, convencionales, semejantes a los aplicados en los años Cuarenta de limpieza étnica en los llamados campos de concentración y de exterminio. En Munich y en Stuttgart ha surgido movimientos ecologista que procura salvar el medio ambiente para nuestros hijos y los hijos de nuestros hijos. ¿De qué nos sirve ser los amos de una tierra estéril y dañina que puede atentar contra nuestra supervivencia?

La Argentina, que se mantuvo neutral durante la Segunda Guerra Mundial, facilitó como país simpatizante de nuestra causa, la invasión al Nuevo Mundo. Le cambiamos de nombre a toda esta inmensa y rica región por el de Valkiria del Sur, y establecimos como sede de gobierno político y militar a la ciudad de La Paz, hoy ciudad Sigfrido, enclavada estratégicamente en los Andes, justo en el corazón de Suda-

mérica.

Mi padre, el coronel Klauss Shultz, fue comandante-colono de las primeras fuerzas expedicionarias germánicas en tierras del Nuevo Mundo. Bajo las órdenes del mariscal Alejandro Rommel, tuvo la responsabilidad de organizar las llamadas fábricas de aseo social que se plantaron desde la Tierra del Fuego al sur, hasta Alaska en el norte del continente. En aquellos años las plantas de incineración cubrieron de ceniza la arena de las playas del hemisferio.

La Comandancia Mayor de La Plata, bajó el asesoramiento del departamento étnico de Nuremberg, supervisó la clasificación racial –vía ADN– de los emigrantes alemanes que se establecieron desde el siglo XIX en diferentes regiones de Sudamérica, Centroamérica y el Caribe. El patrón sanguíneo estuvo determinado por vía materna, pero sujeto al severo criterio de los expertos bio-genéticos. La tarea de clasificación y de depuración resultó más intrincada –por la mezcla racial– en comparación con la ejecutada en Valkiria del Norte, donde los güetos estaban mejor definidos.

Los germanos latinoamericanos de alta pureza han sido clasificados en grupos y subgrupos que van de la A a la D. Esta tolerancia abarca a todos los europeos, no importa su antigua nacionalidad, siempre y cuando corra por su torrente sanguíneo una pizca de sangre aria.

«Pese a los esfuerzos emprendidos desde hace medio siglo, el exterminio controlado de las razas sometidas constituye una empresa larga y costosa para el erario nacional. Pero la empresa conquistadora no ha cesado. Quedan muchos focos de resistencia en la tupida selva amazónica, en los bosques tropicales de Valkiria Central. También partidas de guerrilleros y hordas de bandoleros en las estepas siberianas, en las llanuras de China, en las cadenas montañosas de Nepal y Afganistán.»

Los grados y sub grados de sangre, de acuerdo con un estudio genético de alta pureza, ocupan cargos administrativos o de servicios primarios. Los que están fuera de esa clasificación son agrupados y reagrupados en géneros y números dentro de una tabla denominada «étnias impuras».

Estas razas inferiores sustentan nuestro sistema y se encargan de los servicios elementales o de producción primaria, secundaria o terciaria en la gran industria.

En esa clasificación hemos tenido cuidado en separar a italianos y japoneses con el objeto de no dañar nuestras alianzas militares. Ya en un futuro próximo, cuando hayamos consolidado nuestro poder, nos encargaremos de ellos. En fin, estos son los patrones que guían los reglamentos de exterminio en el vasto imperio germánico, donde –tomando prestado las palabras del rey de España Felipe II– jamás se oculta el sol.

Pese a los esfuerzos emprendidos desde hace medio siglo, el exterminio controlado de las razas sometidas constituye una empresa larga y costosa para el erario nacional. Pero la empresa conquistadora no ha cesado. Quedan muchos focos de resistencia en la tupida selva amazónica, en los bosques tropicales de Valkiria Central. También partidas de guerrilleros y hordas de bandoleros en las estepas siberianas, en las llanuras de China, en las cadenas montañosas de Nepal y Afganistán. Confiamos en las higiénicas bombas genéticas que ensayan los aliados nipones para acabar con esos ilusos rebeldes que sueñan con volver atrás las páginas de la historia.

De los cinco continentes, África fue el que nos dio menos complicaciones. El mariscal Ludving Holbein, al frente de las tropas germano romanas, doblegó el continente en un periodo asombrosamente corto. El apoyo incondicional del gobierno blanco de Pretoria fue fundamental. Sin embargo, el anciano mariscal se jactó hasta el día de su muerte, de aquella proeza guerrera. Pero, ¿qué tipo de resistencia podían oponer esas sociedades primitivas y tribales contra nuestra perfecta maquinaria de combate?

Pero el llamado problema africano fue un asunto controvertido, polémico. ¿Qué hacer con todos ellos? En Berlín chocaron dos corrientes antagónicas. Una favorecía su exterminio inmediato, total, y la otra, su conservación con fines recreativos y de investigación médica. Al final triunfó la segunda alternativa. En los laboratorios nos sirven como conejillos de indias y en los espectáculos públicos nos entretienen de una manera inigualable. Aunque no se consigna en los estudios, está claro que ciertas gamas de negros han resultado ser estupendos atletas, músicos y cantantes...

Pese a todo hubo resistencia. Recuerdo que durante muchos años, el Departamento de Publicidad y Propaganda tuvo que sostener una campaña de tolerancia social con el objeto de aliviar la tensión y el inconformismo de los arios fundamentalistas. Aunque este episodio ha pasado al olvido, ha quedado como expresión popular, «Dios había creado al negro para divertir al ario».

El hombre negro forma parte de nuestra vida. Experimentamos con ellos y encima nos divierten. Sirven en nuestros hogares. Son estupendos vehículos de entretenimiento. Ahora la moda es hacerlos pelear a muerte en los coliseos con los esclavos que importamos de Mongolia, Sudamérica o del Medio Oriente. En eso, claro está, no somos nada originales. Hasta he leído, en una de esas revistas populares, que muchas damas encopetadas de nuestra aristocracia y no pocos caballeros de bravío origen, suelen compartir con ellos sus lechos. Eso está de moda. Tolerancia de estos tiempos. Solo me atemoriza la degradación de nuestra sangre. La historia nos ha enseñado que los grandes imperios sucumben cuando caen en los brazos de la concupiscencia y de la corrupción.

Entre los Ochenta y el año 2000, el mundo disfrutó de la próspera paz germánica. Fueron tres décadas de estabilidad y prosperidad global. Se fundaron ciudades inteligentes y automatizadas. Creció la industria operada por robots y el comercio experimentó un notable crecimiento entre nuestras colonias de la cuenca del Pacífico. Además, el desarrollo de las ciencias y de las artes tuvo en ese período un renacimiento comparable al europeo del siglo XV.

«Pese a todo hubo resistencia. Recuerdo que durante muchos años, el Departamento de Publicidad y Propaganda tuvo que sostener una campaña de tolerancia social con el objeto de aliviar la tensión y el inconformismo de los arios fundamentalistas. Aunque este episodio ha pasado al olvido, ha quedado como expresión popular, “Dios había creado al negro para divertir al ario”.»

En la actualidad el ordenador forma parte de nuestros enseres domésticos como los teléfonos satelitales. Incluso acabo de leer en la edición digital del *Die Zeit* que se completó por fin el mapa del genoma humano. Pero la noticia del día está en una cueva de Westfalia, donde arqueólogos de la universidad de Rothenburg hallaron los restos humanos más antiguos del planeta. Restos óseos que superan en doscientos cincuenta mil años a los descubiertos en Etiopía. Por lo tanto, Europa, es decir, Alemania, es la cuna de la especie humana. ¿No es ésta la prueba irrefutable de nuestra elegida permanencia?

En 1992 pusimos en el espacio la tercera estación espacial que órbita alrededor de la Luna. Aquella plataforma nos permitirá colonizar nuestro satélite natural y em-

prender las investigaciones a los planetas cercanos, como ya ha ocurrido con Marte. Misiones conjuntas italo-germánicas o robots espaciales fabricados por los japoneses son lanzados periódicamente con el objeto de buscar vida más allá de nuestro sistema solar.

De hecho, mientras adelanto estas memorias, un vehículo espacial tripulado, el Nibelungo XII, se dirige desde hace quince meses hacia el planeta Rojo.

Este viaje a Berlín ha sido reconfortante. El modelo nazi ha cambiado la faz de la Tierra. Ha hecho de ella un mundo mejor y acaso también feliz. Reina la paz y cuando ganemos la última batalla será el fin de las guerras. Estamos convencidos de que el poder debe emanar de la divinidad de nuestra raza. El mundo debe rendirse al orden, a la disciplina, al trabajo y a la férrea autoridad de la espada que defiende el Tercer Reich. La democracia es una palabra proscrita en este régimen de cosas. Dios nos ampara. Somos el pueblo elegido por Jehová. La esvástica es nuestra cruz, Mi Lucha, nuestro libro sagrado y el Führer nuestro amado Profeta.

© Pablo Lores Kanto

El autor:

Pablo Lores Kanto. Peruano, periodista, reside en Japón desde 1990. Sus cuentos han aparecido en periódicos y en portales literarios como *Ficticia* y *Los noveles* y también en un libro de autores latinoamericanos en Japón llamado *Encuentro*, 1997. Es autor de los blogs “Escritos de un murcielagato”: <http://www.lacoctelera.com/murcielagatos> y “Hojas sueltas”: <http://hojasueltas.blogspot.com>.

EL DIARIO DE UN ABOGADO

por Orlando Mazeyra Guillén

–Urbanización La Arboleda A-6, ¿ubicás? –me preguntó Karen dibujando una sonrisa cómplice que me pareció insultante, pues no venía al caso.

–Claro, creo que es por Vallecito...

–No –retrucó–. Es más abajo: casi debajo del Puente de Fierro.

–Ah ya, por donde vivía el André.

–Sí, ahí mismo.

Ella ya conocía la casa, había ido en un par de ocasiones. Creo que la última vez había sido unas pocas semanas atrás. Y si no recuerdo mal, hizo su primera visita a fines del segundo semestre.

–No vayas a pensar que es de esos enfermos que hacen tonteras –me había aclarado, mirándome fijamente, como tomando nota de mi primera reacción.

–Yo no he dicho nada de eso, además parece tranquilo.

–Esos son los peores –sentenció con tono bur-lón–. Pero, la verdad la verdad, este no es el caso.

–¿Por?

–Mira, Mafer, a veces pienso que él es medio gay.

–¿Qué hablas, oye? Si fuera gay no se acostaría con sus alumnas.

–No es eso. Lo que pasa es que... a él le gusta que le metan cosas por detrás...

–No seas asquerosa, eso no es verdad.

Karen era muy habladora y, aparte de su lengua suelta, otros de sus célebres defectos eran la exageración y la novelería: mezclaba la realidad con las películas que veía en sus noches de insomnio.

La primera vez que se acostó con el profesor Bernedo, Karen se lo contó a medio mundo. Se pavoneaba, la pobre. Sentí mucha pena, decepción. Por esos días, ella andaba muy mal en Derecho Tributario. Prácticamente se había resignado a desaprobado el curso cuando alguien –a quien yo nunca conocí– le dijo que la mejor manera de aprobar Tributario era «*haciéndole un favorcito al profesor Bernedo*». Ella no se lo pensó mucho. Lo consultó conmigo y le di mi opinión: un «no» rotundo. Al final, no me hizo caso. El trueque se consumó un viernes por la noche: sexo a cambio de una nota aprobatoria. Meses después, repetiría el plato. Pero, por ese entonces, yo no me lo creía, ¡me costaba creerlo! Eso también pasaba en mi aburrida universidad. Era un asco, una vergüenza total, me negaba a aceptarlo:

–¿Cómo pudiste, Karen?

–Eso pasa acá y en la China, manita: abre los ojos. Además, ¿qué es un polvo? Te pareceré muy puta, pero me llega. Es más, lo disfruté, estuvo rico, el profe Bernedo se mueve mejor que mi Nicolás...

–Basta, no sigas. Pobre Nicolás... ¡que ni se vaya a enterar!

«La primera vez que se acostó con el profesor Bernedo, Karen se lo contó a medio mundo. Se pavoneaba, la pobre. Sentí mucha pena, decepción. Por esos días, ella andaba muy mal en Derecho Tributario. Prácticamente se había resignado a desaprobado el curso cuando alguien –a quien yo nunca conocí– le dijo que la mejor manera de aprobar Tributario era ‘haciéndole un favorcito al profesor Bernedo’.»

—¿Qué te pasa?

—Nada. Sigue malogrando tu reputación por una nota, así no vas a llegar a ningún lado, Karen.

—Te equivocas bien feo, manita. Así puedo llegar adonde sea, adonde me dé la gana. Y, fuera de bromas, también ando mal en Filosofía del Derecho, ¿tú crees que el Valdivia atraque?

—Muérete, cojuda

—El mundo da vueltas, Mafer: algún día tú también podrías hacer lo mismo.

—¡Nunca!, primero me muero.

Ese «nunca» todavía resonaba en mi memoria cuando sostenía el papelito con la dirección del profesor Bernedo. Karen en ningún momento me había recordado mi vieja promesa de jamás vender mi cuerpo a cambio de beneficios personales. Tenía todo el derecho de enrostrármelo, pero no lo hizo. Aunque quizá si lo hubiera hecho, yo habría desistido. Seguramente no era una amiga sincera, ¿acaso los amigos de verdad te jalen a la cochinada?

* * *

Cuando vas a hacer algo malo, lo prefieres hacer a escondidas. Pero eso no soluciona nada... La primera cuestión que surge es qué harás si te descubren; qué cara pondrás, qué excusa inventarás, a quién recurrirás. Piensas primero en quienes más quieres: tus padres, tus hermanos, tus amigos, la gente que te estima y que confía en ti.

Mientras me dirigía a la casa del profesor Bernedo, miraba a papá en el aeropuerto, empapado en lágrimas de despedida. Le había jurado que iba a volver a Tacna con mi título de Abogado. Esa promesa la tenía que cumplir... Y la cumplí.

«Cuando vas a hacer algo malo, lo prefieres hacer a escondidas. Pero eso no soluciona nada... La primera cuestión que surge es qué harás si te descubren; qué cara pondrás, qué excusa inventarás, a quién recurrirás. Piensas primero en quienes más quieres: tus padres, tus hermanos, tus amigos, la gente que te estima y que confía en ti.»

Hoy, soy abogada. Trabajo en el Estudio Jurídico Grau, uno de los más reputados de Lima. Me acuesto con mi jefe y él es el padre de Ismael, mi último hijo. Mi marido, desde luego, ignora todo. Es tan inocente que, en las reuniones familiares, repite orgulloso que «el Ismaelito» es igualito a él.

Honestamente, me siento feliz con la vida que llevo. Mantengo a mi marido y educo a mis tres hijos en el mejor colegio de la capital.

Veraneamos en las playas de Asia y cuando nos da la gana nos vamos a Miami. A veces papá nos acompaña.

La vida es extraña, inesperada. Cuando, a los diecisiete, me fui de Tacna, me hice la promesa de convertirme en la abogada de los pobres, de los abandonados. Siempre soñé con hacerme famosa defendiendo las causas de los desposeídos. Lástima (para ellos): soy todo lo contrario, pues defiendiendo a transnacionales o a empresas privadas para quienes la pobreza no es más que una mala palabra.

Todos los días, antes de ir a dormir, me detengo frente al espejo y trato de auscultarme. Intento ver lo más profundo, lo que no se ve (lo que nadie ve, pero yo sí veo). Y lo primero que noto es una mala palabra, el espejo me dice que me he convertido en una mala palabra, algo peor que la pobreza.

Seguramente hago mal recordando estos pasajes de mi vida. Alguna vez fui un poco sutil, algo inocente, pero ya no. Ahora soy directa, desinhibida. Sin duda, los que creen conocerme jurarían que estoy contando un cuento. Nadie sabe quién soy ni en qué me convertí. Acá hay más una persona, varios tonos, muchas caras. Doble moral, le dicen. Soy dos mujeres en el cuerpo de una. Quizá más de dos.

* * *

Para no dejar ningún cabo sin atar (un buen abogado nunca deja un cabo sin atar), aclaro que esa tarde que pisé la urbanización La Arboleda, todavía era inocente. No tenía nada, ni una pizca de experiencia. Era, literalmente, un manojo de nervios. No me habían desflorado, permanecía virgen (siempre había soñado con llegar virgen al matrimonio, otra promesa rota).

El profesor Bernedo tampoco fue el primero. Cuando me quiso tocar los senos le asesté un puñetazo que lo tumbó al sofá. Papá me enseñó a pelear, «los hombres son carroña viviente», me decía, «no confíes en ningún hombre que no sea tu padre». Le pegué sin dudarle, no me dejé ultrajar. Fue un día inolvidable, tal vez el mejor de mi vida. Quise llamar a papá para contarle lo sucedido, para decirle que sus enseñanzas habían servido: la hija del zapatero Ampuero permanecía inmaculada.

No lo llamé. Tampoco aprobé. El profesor Bernedo me jaló:

—Lamentablemente usted no ha aprobado, señorita —me dijo el muy careta, cubriéndose con unos enormes lentes negros el moretón que le dejé.

—¡Váyase a la mierda, profesor! —respondí con toda el alma y salí del salón tirando la puerta.

Llamé a papá, le dije que me habían desaprobado por anteponer mis principios, ¡sus principios! Él no entendía, nunca entendió. A veces era muy obtuso, así deben ser todos los zapateros. Me dijo que la había decepcionado, que todo su sacrificio era en vano, que ya no valía la pena seguir, que si volvía a desaprobarme otro curso me regresaría a Tacna a aprender el oficio: componer calzado.

—¡No! —le dije—. ¡Nunca más!

Colgué y decidí cambiar. El éxito tiene sus costos, hay que ceder, otorgar hasta lo más sagrado. Las recompensas son grandes, yo lo sé. La primera vez da miedo, pero uno se acostumbra, la experiencia es la mejor compañera en estos menesteres.

El espejo es mi único enemigo, el incansable acusador nocturno. Me dice: «PUTA, TE HAS VUELTO UNA PUTA». Yo me acuesto, tranquila; bostezo y me burlo de mi conciencia: ¿acaso las putas viven en La Molina, tienen una familia honorable y trabajan en el mejor bufete del país? Las putas deambulan por las calles y se regalan por unos cuantos billetes como la pobre de Karen, quien nunca llegó a terminar la universidad. Dicen que tiene sida... la verdad, eso poco me importa.

Y tras un portazo, el piso se queda vacío, su olor en mi ropa, su aroma en mi cuarto, su recuerdo en mi mente, y yo volviéndome cada vez más loco.

«El espejo es mi único enemigo, el incansable acusador nocturno. Me dice: 'PUTA, TE HAS VUELTO UNA PUTA'. Yo me acuesto, tranquila; bostezo y me burlo de mi conciencia: ¿acaso las putas viven en La Molina, tienen una familia honorable y trabajan en el mejor bufete del país?»

© Orlando Mazeyra Guillén

El autor:

Orlando Mazeyra Guillén (Arequipa, Perú, 1980). *URGENTE: Necesito un retazo de felicidad* (Bizarro Ediciones, Lima), su primer libro de relatos, apareció en marzo del 2007. Estudió en el Colegio De La Salle y en la UCSM. Con Todo comenzó en la Universidad ganó el Primer Premio Nacional Universitario Nicanor De La Fuente (2003), organizado por la Universidad Pedro Ruiz Gallo de Lambayeque. Su narración *Ella siempre está*, forma parte de la Selección Internacional del XIII Premio Carmen Báez (2006) de Morelia, México. 3:15 p.m. recibió una de las menciones en el Primer Certamen Literario Axolotl de Buenos Aires, Argentina. Ha publicado diarios impresos y revistas literarias virtuales como El Pueblo (Arequipa), El Parnaso (Granada), Cervantes Virtual (Alicante), El Hablador (Lima), Letralia (Venezuela), Hermano Cerdo (México) y en el Proyecto Patrimonio de Santiago de Chile. Dos de sus relatos han sido seleccionados por el Proyecto Sherezade (Canadá). Otras de sus producciones aparecen en el Proyecto Quipu que promueve el crítico Gustavo Faverón y en la bitácora Gambito De Peón del escritor Ricardo Sumalavia.

UN DÍA EN LA VIDA DE MICHIO KAKI (un científico en el año 2024)

por Lilia Morales y Mori

Sentado frente al ventanal con la vista fija en el bosque, Michio Koki vio los primeros copos de nieve caer tan persistentes que pronto se cubrió de blanco toda la superficie del jardín. A lo lejos en la blancura de la carretera un vehículo robótico quitaba la nieve que se había acumulado considerablemente en apenas unos escasos minutos. La temperatura del exterior era de -18 grados centígrados, nada comparable con los -196 grados centígrados del nitrógeno líquido que envolvía el cuerpo de Cynthia. Michio sintió que en el interior de su albergue todo era tan cálido y acogedor no obstante el destello metálico de la cabina de teletransportación que le recordaba los fríos tanques de acero de aquel amplio recinto donde la luz artificial rebotaba sobre la superficie pulida de los metales.

El Instituto Alcecor de suspensión crónica que en los años 2004 se anunciaba como «Juventud futura y Vida Eterna» ahora, 20 años después lanzaba la primicia del primer cuerpo descongelado. Daniels Hokoppler aunque aparentemente con algunos daños en realidad no irreversibles, estaba siendo preparado para el proceso de implantación de Agentes de Rastreo y Reparación Celulares. A sus 64 años biológicos, o mejor dicho a sus 84 referentes espacio-temporales, permanecía ajeno al singular aspecto de un cadáver.

Koki pensó en Cynthia, en el día que se despidieron sellando un pacto de reencuentro veinte años después.

—Para entonces, tú tendrás 50 y yo seguiré siendo de 25.

—No —corrigió inmediatamente él—. Dentro de veinte años yo seré una persona de 20 años. Es decir, habré rejuvenecido 10 años de los que tengo ahora y me conservaré eternamente joven.

Si bien la apariencia de Koki no era exactamente el aspecto de un joven de 20 años, sí era el más formidable cyborg que la tecnología había logrado crear. El bello cuerpo de Michio Koki era la transevidencia de un magnífico híbrido controlado casi por un 85% de implantes de la más espectacular tecnología. Con los ojos entrecerrados puso a un lado los pensamientos del recuerdo de Cynthia y trató de concentrarse en el sonido que hacía su vieja computadora Lizeth, de la generación de los años 15, al registrar cada uno de los bucles de información del programa matemático de Andrew. Ambos sospechaban que el diseño de los algoritmos habría de descifrar el código del último texto encriptado que había sido transmitido por la red. Trabajar con dicho vejestorio tenía la ventaja de no ser fácilmente interceptado por las IAs, al menos no por un buen rato.

Dejó trabajando a Lizeth y bajó a la cocina donde su madre preparaba un refrigerio. Hablaron de trivialidades, de cosas sin importancia, mientras llegaba el padre de Koki, quién había ido al cosmólogo. El aroma del café inundaba el espacio doméstico y justo al tiempo de servirlo llegó el señor con algunas viandas para Michio.

—Has quedado como nuevo, cariño —dijo la señora acariciándole dulcemente la mejilla—. Y por favor papá, no vuelvas a usar el ácido para limpiar las máquinas arcaicas, o mejor dicho ya no lo hagas, podrías encontrarte un mejor pasatiempo.

—Hijo, fue un accidente —Kitty brincó sobre el motor y el frasco del ácido se derramó sobre mi rostro—. A fin de cuentas he aprovechado para teñirme la piel de un bronceado más estival. Lo he hecho por tu madre que siempre insiste en la palidez de mi tegumento.

Como cualquier día invernal oscureció a las 5 de la tarde. Los padres de Michio Koki se fueron a descansar mientras él seguía frente a la computadora esperando el descifrado del texto. La luz y el sonido intermitente de la pantalla visora le anunciaba la presencia holográfica de Andrew. Koki autorizó el ingreso y al momento su amigo se encontraba sentado en un sillón de su albergue. Se le veía preocupado. Las IAs los tenían en jaque, el sistema informático de la red estaba a punto de colapsar, un operativo de emergencia estaba supliendo los sistemas de mando inteligente a través de la UTyCE (Unión de

Territorios y Centros Espaciales) que se había independizado creando un sistema autónomo, inteligente y confidencial ultra secreto, el cual funcionaba desde la época del Exterminio en 2013, cuando se produjeron los atentados masivos contra las instalaciones y los centros de investigación criogénica.

En aquella época los fanáticos Pro-salvación-con-dios habían arrasado materialmente con las más de las instalaciones científicas en varias partes del mundo y habían hecho una cruenta cacería de hormas y sus clones-ST. Se les denominó «hormas» a los niños que en el momento de la concepción in vitro eran clonados con un ejemplar ST el cual tenía la consigna de existir con fines netamente coadyuvantes para su replicante.

Andrew era un horma de 18 años. Poseía una inusual inteligencia que lo había llevado a sobresalir en el frente estratégico del UtyCE. Su clon, Andrew-ST vivía en un sector privado del Centro Espacial Fase-Luna, el cual estaba habitado por una sociedad de clones que eran visitados por sus hormas solamente cuando éstos requerían de algún órgano o miembro de ellos. Las partes mutiladas de los clones eran inmediatamente repuestas por estructuras cibernéticas hasta que la ingeniería genética y nanotecnología robótica completaban la reposición orgánica de las partes.

–Sssssshhhhh –susurró Koki, quién escuchaba con atención el sonido del ciclo de los bucles del cifrado–. Me pareció percibir cierto ritmo –dijo en voz baja.

Andrew asintió con un movimiento de cabeza, al tiempo que golpeteaba con cierta cadencia los dedos de su mano izquierda sobre el descansabrazos del sillón. La máquina cesó de improvisar dejando plasmado sobre el monitor un texto totalmente legible, convencional, y para sorpresa de ambos, nada que pareciera ser aterrador para la seguridad inminente del planeta.

–¿Qué broma es ésta? –vociferó Michio ante la sorpresa de su amigo y colega que parecía haber repentinamente enmudecido.

Andrew oprimió de forma instintiva la tecla PRINT, seguidamente tomó una a una las 6 páginas impresas del texto supuestamente descifrado del criptograma de la red cuyo título ostentaba el inocente título: «El Abuelo». Andrew comenzó a leerlo en voz alta mientras Koki parecía repetir las palabras del texto con el movimiento de sus labios como si lo conociera tan bien como la palma de su mano. Tocó su frente con un movimiento desesperado y le dijo a Andrew.

–¡Detente!, conozco el texto. No lo entiendo, realmente no lo entiendo. No lo vas a creer, es un cuento de ciencia-ficción que Cynthia escribió en el 2003. Hace algunos años encontré el archivo entre mis cosas y lo rescaté bajándolo a este equipo.

–¿Bromeas? –dijo sonriente Andrew.

–No, no es momento para bromas.

–¿Crees que Lizeth esté «chocheando»?

–Es una máquina vieja, pero esto...

–Tranquilízate, comparemos ambos textos depurando sus contenidos. Eso es simple, y Lizeth nos puede ayudar.

En tan sólo 42 segundos la computadora corroboró el idéntico contenido de palabras, letras y signos para ambos textos. El mensaje criptográfico difundido en el ciberespacio por las IAs y la narración de Cynthia eran idénticos. Uno era el gigantesco anagrama del otro.

–Creo que esto no nos ayuda mucho dijo Koki bastante abrumado.

–¿Tienes el texto original de Cynthia? –se apresuró a decir Andrew.

–Si, claro, lo tengo en el archivo de «narraciones».

Koki manipuló el control inalámbrico con cierto nerviosismo. El cursor se movía apresuradamente sobre el monitor abriendo y cerrando la trama del contenido de archivos.

–Debo haberlo guardado en otro lado –dijo en voz baja–, creo que mejor usaré el buscador automático –agregó.

Escribió las palabras «El Abuelo». Inmediatamente se escuchó la voz dulzona y monótona de Lizeth...

archivo inexistente.

–¡Imposible, no doy crédito...!

–Serénate. ¿Tienes el disco original?

–No.

–¿Alguna impresión del texto?

–No... no lo recuerdo... Hace tantos años... Tal vez... Debe de haber alguna, en algún lado... Bueno, creo que estamos como al principio.

–No necesariamente. Lo que sabemos hasta ahora es que por circunstancias inexplicables el criptograma de los IAs corresponde a un texto que un día estuvo en tu computadora.

–Y que ya no está ahora... –agregó Michio– Y no me veas así, te lo aseguro.

–Ok, resumiendo –dijo Andrew–: El criptograma tiene un anagrama que tú has reconocido como un texto de Cynthia.

–Así es.

–Bien, lo que debemos hacer ahora teniendo ambos documentos es establecer las líneas de encriptación. Probablemente haya un patrón que se pueda ensayar con todos los textos que las IAs han publicado en el ciberespacio hasta ahora. Sin embargo es importante que recuerdes donde puede estar el texto original. Cualquier modificación por sencilla que fuera podría significar la clave para la solución de este enigma.

–Correcto, me lo quedo de tarea, Andrew, y no sé qué opines, pero creo que no debemos reportar aún a la SCIA este hallazgo. Hay muchos cabos sueltos aún, y me gustaría meter el programa de tu algoritmo en el sistema informático del UtyCE.

–Estoy de acuerdo contigo. Es tarde, y debo retirarme. Mañana temprano parto al Centro Espacial Cronia.

–Te veo ahí pasado mañana, espero para entonces tener la mente más clara, y con suerte, el texto original.

Andrew partió como había llegado dejando una estela luminosa en naranja que se desvanecía ligeramente en azul. Koki estaba aterrorizado. No entendía lo que estaba pasando, el recuerdo de Cynthia era tan vívido como la reminiscencia de los últimos días de su enfermedad. Su estoico enfrentamiento al cáncer, su decisión de la eutanasia después de la noticia que los médicos le dieran del avance de la metástasis en algunos órganos y finalmente la decisión de ser criogenizada. Aquellos momentos tan duros seguían doliéndole ahora. Y precisamente ahora, a escasos meses de su descongelamiento, se presentaban problemas verdaderamente complejos en el sistema informático. Y lo menos concebible de todo esto es que Lizeth, de no haber enloquecido también, reportaba una analogía anagramable entre el texto de las IAs y el de Cynthia.

Antes de partir al Centro Espacial Cronia, Michio visitó el panteón local de Oxford en Connecticut, donde estaban los restos mortales de sus padres. A los pocos días de morir su madre, su papá intentó suicidarse. Cuando se recuperó Don Richard, Koki mandó hacer una réplica robótica de Doña Ethel, que aunque funcionaba de forma bastante básica, era suficiente para las necesidades afectivas de su padre. Al poco tiempo murió Kitty, la gata siamesa que corrió con la misma suerte de Doña Ethel, dando alegría y motivos suficientes para seguir viviendo al padre de Koki. El señor había fallecido hacía apenas dos años, y ahora era un robot de tercera generación sensorial bastante evolucionado. A Michio realmente le costaba trabajo creer que sus padres habían muerto, quizás esa circunstancia familiar tan sui generis le obligaba ir a menudo al cementerio. Durante su viaje realizó algunos apuntes y estructuró un plan que pondría en práctica inmediatamente que pisara el Centro Espacial Cronia.

© Lilia Morales y Mori

La autora:

Lilia Morales y Mori. Durante más de 30 años se ha dedicado a la investigación y desarrollo de juegos y modelos matemáticos. Actualmente publica una novela de fantasía y ciencia-ficción en la red, *Sincronía*: <http://modulo16.wordpress.com>.

DESDE MIS OJOS UNA VIDA

por Jonathan Minila

Esta tarde, que está a punto de caer, la recorro con pasos lentos, desganados. Tengo un destino que podría engañar tumbándome en el suelo para esperar a que un auto pase sobre mi; pero soy demasiado cobarde. Sigo caminando y un trueno en el cielo se escucha como un aviso de que las cosas pueden ser aún peores. Una brisa, que no es del mar, comienza a golpear mi rostro y pienso en la ciudad que me consume, mientras las gotas, que no son mis lágrimas, me golpean las mejillas, y me obligan a detenerme junto a un puesto de comida. Los cláxones de los autos rugen desesperados bajo la lluvia, y el tráfico se convierte en un infierno de donde todos quieren escapar. Veo los rostros de los conductores, saliendo histéricos por las ventanas, y los envidia. Cómo quisiera ser uno de aquellos hombres que no se preguntan nada. O mejor aún; como aquel loco, que camina sobre la cera de enfrente, y le grita «puta» a una mujer que no existe. Ya basta; esto no lo aguanto. Y no me refiero a la vida que descaradamente se contonea frente a mí para que la desee. Me refiero al aroma de la comida del lugar en que me detuve; pido algo. Déme de comer, lo que sea, no importa. Quizá de esa manera me vuelvan las energías, y pueda escribir nuevamente; como aquellos días en que me encerraba con las palabras precisas, que ahora me han abandonado. Luego nada. Las palabras son malditas, descaradas, idiotas, e imbéciles. Las odio, las aborrezco. Les da por aglutinarse en mi cabeza, y sin piedad a una página en blanco, se desbordan sin sentido, arruinando una gran idea. No quiero saber nada de ellas. Será mejor terminar lo que hay en el plato para ponerme a caminar y buscar, así, una vida que me acomode mejor. Pero ¿dónde la encuentro? En la calle hay miles de realidades distintas, pero ninguna me agrada; aunque

la del loco, ese que grita, no está nada mal. No por las cosas que dice, claro. Pero al menos él no tenía que enfrentar, con el estómago destrozado, la torpeza de no poder crear mundos, y ser un mal dios para seres que no existen. Pero no importa; aunque lo desee no tengo la capacidad para abordar otros cuerpos. Ayer lo pedí, suplicando, pero hoy desperté exactamente igual: sin ningún superpoder que me permitiera saltar de vida en vida. Así que no tengo más opción que continuar

mirando la realidad desde mis ojos. Pero si pudiera elegir, escogería la de aquella tipa que habla sola y que me encuentro de vez en cuando en las calles. Te juro que su vida es perfecta. Por lo menos desde sus ojos. Y es precisamente ahí, donde a mi me gustaría estar. ¡Que se vayan a la mierda los morbosos que la miran!, incluyéndome a mí; aunque mis razones son distintas. La última vez la encontré en el autobús platicando con una mujer que obviamente no estaba, pero que la escuchaba atentamente. *Pero si era un maldito*, le dijo. *¿Que nunca te diste cuenta? Con tanto dinero, qué le iba importar su esposa.* Y la conversación se extendió hasta límites increíbles. Aquel hombre misterioso del que hablaban era dueño de una empresa y se había vuelto un desquiciado enfermo. Aco- saba a su secretaria, y ella gustosa lo aceptaba por que no le iba nada mal, dejándose tocar de vez en cuando. *¡Es que era una puta la pendeja esa!*, gritó al tiempo que todos los pasajeros volteaban a verla con asco. *Y él, pinche viejo rico, pues qué te digo, siempre fue un maldito. ¿Cómo no iba a engañar a la tonta de Lupita? Siempre se burlo de ella. Y es que todos los hombres son iguales. Como el marido de Luisa Villaurrutia que siempre me invitó a salir. Pero ella sí que se lo merecía. Con tanto dinero, y tanta posición, era una ojete. De nada le sirvió toda su educación. Nunca tuvo clase. ¡No como yo...!*, gritó de nuevo, *que soy de las familias más conocidas!.* *Por eso corté amistad con ellos. Claro que salí con él, pero sólo para joder a Luisa. Tan tonta. Ella pensando que lo sabe todo y yo acostándome con su marido. Pero déjame decirte que era un inútil el viejo ese. Ni toda su posición le ayudaba a ser bueno en la cama,* le confesó a su amiga invisible. *Así son los hombres. Mira, señalo a un joven sentado frente a mí, ese por ejemplo se cree el muy guapo, pero no sabe ni siquiera lo que es la buena vida y la buena posición.* Más gente comenzó a subir al microbús y su voz comenzó a bajar de tono, pero la historia continuó. *Nada como el Lic. Camacho; ese sí que te-*

«Las palabras son malditas, descaradas, idiotas, e imbéciles. Las odio, las aborrezco. Les da por aglutinarse en mi cabeza, y sin piedad a una página en blanco, se desbordan sin sentido, arruinando una gran idea.»

nía clase; pero de nada le sirvió. Ni todas sus empresas, ni todo su dinero lo salvaron de volverse loco. Y no me explico, dijo burlándose, cómo nunca lo notó Lupita. Ella que era tan culta e informada fue a enterarse de la peor manera; en un noticiero. El Famoso empresario arrestado por ahorcar a su secretaria en un hotel de paso. Y no sólo eso, dijo a todos los pasajeros. La ahorcó y le cortó las extremidades; nunca supe por qué. No he vuelto a ver a Lupita desde entonces, y es que la verdad, qué pena. Pero eso es lo de menos... Y la fluidez de la historia me mantuvo interesado a tal extremo que me hizo pensar que, quizá, era real. Tal vez aquella mujer sucia, y despeinada, en algún tiempo fue una gran dama de sociedad. Pasamos por el lugar donde debía bajarme, pero me negué rotundamente. Bueno, más bien nadie me preguntó si quería hacerlo, pero yo mismo preferí quedarme para ver donde terminaba todo aquello. Me arrepentí. La historia continuó por unas cuadas, pero más adelante una mujer lo interrumpió todo. Pidió permiso para cruzar al asiento vacío, a un lado de la mujer loca, y ella, mirándola con odio, la dejó pasar. Por un instante me pareció que se puso triste, y no era para menos. Aquella tipa se acababa de sentar sobre su amiga, y la había aplastado sin el menor pudor. Pero entonces, y he ahí la razón por la que me agrada tanto esa mujer, continuó con otra historia totalmente distinta. Esta vez alegaba con alguien frente a ella. El señor, que iba sentado en el lugar, donde ella imaginaba a alguien más, permanecía rígido; con miedo. Aunque en realidad a mi me pareció que, más bien, estaba harto de todo; más que yo y eso ya es demasiado.

«En esta ciudad de diablos y demonios, donde todo es ruido, uno crece con la capacidad de aislar los sonidos. A pesar de las voces, el ruido de los motores, los gritos, las mentadas de madre, y todo cuanto pasaba a mi alrededor, logré escuchar perfectamente como la mujer le reclamaba al que imaginaba frente a ella.»

La señora loca comenzó a gritar, y lo hacía tan fuerte que su voz se alzaba sobre los cláxones histéricos. La gente sudaba y yo me interesaba cada vez más y más en aquella mujer. En esta ciudad de diablos y demonios, donde todo es ruido, uno crece con la capacidad de aislar los sonidos. A pesar de las voces, el ruido de los motores, los gritos, las mentadas de madre, y todo cuanto pasaba a mi alrededor, logré escuchar perfectamente como la mujer le reclamaba al que imaginaba frente a ella. Todo se saldría de control. El hombre cada se ponía más tenso y la mujer más violenta. De pronto, no de la nada, por que seguramente en el mundo de la mujer algo grave sucedía, se puso de

pie y agarró al pasajero frente a ella de los cabellos. Por un segundo todo quedó en silencio. Pero luego, cuando el tipo digirió lo que estaba sucediendo, se levantó gritando e intentó empujar a la mujer. Yo moría de la risa, claro, pero también estaba preocupado. Tuve deseos de correr. De pronto sentí que aquello que estaba sucediendo era mi culpa. Yo había decidido, guiado mi propio mundo, llevar las cosas hasta esos límites; la sonrisa se me quitó. Deseé bajarme y alejarme corriendo, pero era imposible. No podía bajar en plena avenida, a las 6 de la tarde, con los autos en su máximo límite de histeria. El conductor comenzó a gritar como loco. Sudaba y con la mejor actitud intentó mediar las cosas. ¡Cálmense ya! ¡No mamen putos! Se frenó en seco y los autos que venían detrás los apoyaron alegres con un coro de mentadas que, por cierto, nos afectó a todos. Nuestras madres no tenían la culpa de nada, sin embargo todos nos acordamos de ella al mismo tiempo. El conductor, neurótico, sacó la cabeza, y pidió, amablemente, disculpas a los conductores que se vieron afectados por su enfrenón. ¡Chinguen a su madre pinches pendejos! Mientras tanto, en el autobús, la cosa se ponía cada vez peor. La mujer estaba aferrada a los cabellos del hombre. Él gritaba e intentaba separarse, soltando manotazos. Era una confusión total. Unos jalaban a la mujer y otros golpeaban al hombre. Algunos pensaban que él había hecho algo, pero los demás sabían que esa vieja estaba loca. Era una inmensa sopa de brazos, piernas y cabezas que volaban por doquier. Cuando el chofer se orilló a la mala, obligando a los conductores de los autos vecinos, a dar un volantazo para esquivarlo, cayó sobre mi una gorda inmensa y estuve a punto de morir. Se puso de pie, pidiéndome disculpas, y todavía, la descarada, se recargó en mi pecho para levantarse. De pronto perdí el conocimiento. Jamás supe cómo terminó la cosa por que desperté tres horas más tarde en un hospital que no conocía. Quizá la gorda se sentía culpable por que cuando abrí los ojos estaba junto a mi. Estuve a punto de morir de nuevo cuando la vi, pero qué podía esperar. Si no tenía absolutamente a nadie, entonces, ¿quién podía esperar que estuviera a mi lado? De menos un gato, pero ni eso. La vieja era tan pesada que me había roto unas costillas, y salí dos días después. Y nada desde entonces. He perdido el tiempo desde aquel último encuentro, con esa mujer. Y no me refiero a la

gorda esa maldita que nada tiene de extraño, aparte de un cuerpo de los mil demonios, que no quiero recordar. Me refiero a aquella otra, a la loca que lo provocó todo. Por fin tengo material para escribir. Me senté decidido, pero al final no lo logré. Nuevamente las palabras estúpidas salieron en desorden y la primera idea se desvaneció por completo. Escribir, borrar, escribir, borrar, escribir borrar; y hasta la fecha no lo he logrado. Pero en verdad, ¿qué he conseguido hasta hoy? Nada. A mis tantos años, no he conseguido nada más que puras ilusiones. Pero quizá todo está en mí. Vivo en un mundo inventado del que yo soy el centro. Tal vez hasta hoy he caminado en una verdad que no existe. ¿Y Sabes una cosa? Ojalá sea así. Me gustaría creer que en mí no todo es desastre; que tengo algo interesante, aunque sólo sea locura. Pero la única verdad, es que soy alguien sin chiste. Un escritor que no escribe. Alguien que le gusta caminar solo, y no por otra cosa, sino por que no tiene con quien hacerlo. Sólo soy alguien. Pero espero que pronto alguna persona amable pueda ayudarme a salir de aquí; aunque sea un poco tarde. Prefiero ser cualquier cosa pero no un hombre que se pregunta todo. Cualquier cosa menos eso. No importa, lo que sea. Quizá un vago drogadicto, o un tipo en coma que inventa los colores. No sé. Pero si alguien sabe cómo ayudarme, que lo haga por favor, por que no quiero seguir sufriendo. Como ahora que, sin darme cuenta, camino por la avenida entre los carros y soy como un fantasma. ¿En que momento salí del lugar donde comía? No lo sé. No recuerdo ni siquiera haber terminado el platillo que tenía frente a mí. Un auto está apunto de atropellarme, y el conductor me grita para que despierte; tiene toda la razón. Camino por la acera totalmente empapado, y mis pasos hacen un ruido extraño que no le molesta al mundo. Ahora estoy peor. Ecurro lastima y es de noche. Vaya que me he perdido. Paso frente a un aparador y el reflejo me detiene; no es el mío. Es de la mujer que armó el escándalo por el que terminé en el hospital hace algún tiempo. Me tallo los ojos pero nada cambia; mi reflejo sigue siendo el de ella. Hecho a correr para ver mi imagen en otro vidrio, pero nada. El terror se apodera de mí, y pienso; ahora si de verdad me he vuelto loco. Una señora pasa a mi lado y la detengo, pero ella, asustada, se aleja. *¡No se vaya por favor; tiene que ayudarme!*, le grito. La mujer regresa, con precaución, sosteniendo su paraguas, y me dice: *¿Tiene algún problema?* Me acercó para que me mire bien y le digo: *¿Cómo es mi rostro?* La expresión compasiva de la mujer cambia y se llena de sombras. Se da la vuelta y se aleja. Volteo y no hay nadie más a quién preguntar. Entonces grito: *¡Por favor, no se vaya! ¡Por favor, tiene que ayudarme! Sólo dígame cómo es mi rostro. ¿Es de hombre o de mujer? ¡Por favor no se aleje!* Su sombra se alarga y desaparece. Desde lejos alcanzo a escuchar su voz: *¡No me esté molestando pinche vieja loca!* Estoy totalmente abandonado en la oscuridad. Camino hacía un farol, y miro mi reflejo en la ventanilla de un auto. De nuevo el rostro de la vieja loca aparece frente a mí. Me toco la cara y al mismo tiempo ella alza su mano para tocarse también. Camino resignado bajo la lluvia y la loca me acompaña en los reflejos de los vidrios, espejos, y charcos. Bueno, parece ser que ahora sí mi deseo se ha cumplido. Aunque quizá no era para tanto; talvez antes no estaba tan mal. Qué más da. Por lo menos ahora no tendré que seguir sufriendo por no poder escribir. Una amiga, que no recuerdo, camina a mi lado y comienza a platicar conmigo. No me siento mal con ella, pero dura poco el gusto. Un señor bajo la luz de la lluvia se acerca en sentido contrario, sobre la acera, y cruza el cuerpo de mi amiga como si fuera de vapor. Ella desaparece y yo... yo sólo sigo caminando...

«Estoy totalmente abandonado en la oscuridad. Camino hacia un farol, y miro mi reflejo en la ventanilla de un auto. De nuevo el rostro de la vieja loca aparece frente a mí. Me toco la cara y al mismo tiempo ella alza su mano para tocarse también.»

© Jonathan Minila

El autor:

Jonathan Minila. Autor de cuentos y de algunos ensayos, de una obra de teatro, y de una novela (inédita). Ha colaborado en diversas revistas de la República Mexicana donde ha publicado cuentos y ensayos. Fundador de la compañía teatral "Laberinto", donde fungió como escritor y productor hasta el 2007. Es autor del performance teatral "El último", presentado en el Marco del Festival Internacional en Defensa del Agua en el 2006, y en el festival "Futuro Inexacto" en agosto del mismo año. Finalista en el segundo concurso de poesía "Laberinto", 2004. Estudió guionismo en el Cigcrite. Actualmente cursa un taller de creación literaria con Oscar de la Borbolla. Su bitácora es "El pájaro azul": <http://jminila.blogspot.com/>

TU NOMBRE ESTARÁ EN EL CIELO

por F. R. Gafult

Era la enésima vez y ella todo el tiempo permaneció con el rostro en reverencia, silenciosa, inmovible. Fue cuando ignoré el sentido de la paciencia y cometí, por primera vez y cegado por el alcohol, la torpeza de caer en los brazos de la inconsciencia: mis manos, llenos de violencia, fueron a dar directamente a su cuello hermoso, terso y suave, y oprimieron, oprimieron sin reparos ni piedad, como tratando de extraerle cierta sospecha latente a un enemigo cualquiera.

«Te hace falta el aire, ¿eh?», jugaba al estrangulamiento. «¡Pues a mí no! Si no, mira de lo que al punto soy capaz cuando me llegan aquí, ¡a la punta de la nuez!»

Estaba poseído por la ira, corrompido, enfurecido, y el desahogo era el daño, el daño inlúcido, desmedido, reprochable. En determinado momento se me ocurrió abofetearla (¡qué mas da, tras una constante situación de ahogo no vendría nada mal un buen rato de efecto doloroso en esas mejillas de cristal!); pero no, no lo hice. Al reparar las gotas sagradas y recapacitantes que resbalaban de sus ojos, me contuve, y sólo entonces dejé de hacer lo que venía cometiendo: un delito.

¡Dios!, pensé al contemplarla, ¡Cómo fui capaz!

«No sé qué sucedió», alcancé a decir. «Perdóname, ¿sí? Perdóname...»

Ella se apartó llorando y se alejó lo más posible, cargada de miedo y haciendo oídos de mercader a mis torpes excusas de absolución.

Durante una semana entera perdí el horizonte de mi existencia, el tictac del tiempo, mi lugar en el mundo, en suma: lo vi todo negro. Aquella actitud, condenable, injustificable –pese al breve estado de éxtasis alcohólico–, me llevó a sentir el peso despiadado de la animalidad que se alojaba en la oscuridad de mi ser.

Recluido en la última pieza desolada de la casa empecé a beber y a beber. Pensaba y pensaba, ideaba rogativas y modos de perdón; nada servía, nada. Trataba de comprender por qué, y terminaba maldiciéndome, autoapaleándome de injurias, porque ni los noventa y nueve días en que nos habíamos amado sin decirnos nada, ni una sola palabra que pudiera quebrar ese idilio de miradas y gestos de dicha, abogaban por ese arrebató de hombre estólido que no entendía cómo no era posible que alguien no te dijera su nombre, cuando, a sabiendas, habías prometido quererla sin pedirle nada a cambio, excepto la ternura, la tranquilidad y la sosegada comprensión que durante tantas estaciones andabas buscando. ¡Qué inhumano, Qué primitivo y cavernario me sentí!

Una tarde que el sol casi empezaba a desaparecer, no pude más con la culpa y juzgué ir, fuera cual fuese el resultado, en pos de la ansiada exculpación. Me puse la camisa a cuadros, desempolvé la chamarra de *jargon* y desdoblé el mejor pantalón que tenía. Debía intentarlo o estaría confinado al remordimiento, a los constantes golpes de martillo que me propinaba la conciencia.

Salí al corral en desuso, salté al huerto de los manzanos estériles y tomé el largo caminito que corría por el borde de la acequia hasta salir al camino. Quería correr y me agitaba; era un atardecer intensamente seco, pesado, y el aire se volvía denso, técnicamente irrespirable. Con todo, tenía la intención de llegar cuanto antes, pues la noche, que en esta región es plena y total, podía cegar mi campo de visibilidad. La casita de teja y de adobe, situada al pie de una ladera de pastizales muertos, dista del pueblo unos tres cuartos de hora. Mi amada y su madre vivían allí, solas, distantes del mundo más próximo, y cada tanto que había entrado en sus dominios, era recibido como si fuese un hijo más. Mientras caminaba y corría o corría y caminaba, no vacilé un instante en cuestionarme, lleno de contrición y vergüenza, Cómo sería el nuevo recibimiento a mi repentina y procaz llegada.

Es seguro que me han de correr a palos, a baldazos de agua fría, me decía una y otra vez; o incitarán al perro a que me embista, y todo bajo imprecaciones, bien ganadas, como: «¡Insensato, Desgraciado, Maldito... No vuelvas más!».

Al pasar por el lugar donde (se creía) reinaba la fructificación de las piedras *k'jollota*, es decir, las redondas y por lo general lisas, como las que se puede ver en el lecho de un río, me detuve y recordé las palabras que me dijera mi abuela cuando niño: «Desde que tuve conciencia –decía ella–, cada cierto tiempo, más o menos entre dos y cuatro años, en ese paraje aparecen, nacen, florecen una serie de piedras blancas, misteriosas y cada vez más grandes; por ello el lugar resulta especial, y hasta sagrado».

Para mí, el sitio en cuestión, tenía efectivamente algo de especial o sagrado, pero no precisamente por la multiplicación de la piedras, sino por el charco de agua fresca que dormitaba en un rincón de la acequia: un hermoso espejo natural, sobre todo durante el día y cuando no está turbado por el riego, donde conocí a la mujer de mi vida por vez primera, reflejada como en un sueño, bella y encantadora. Era el mismo punto donde, además, fregaba las ropas y purificaba sus negros cabellos lacios, finos e igualmente largos; el punto donde –tenía que forzosamente recordarlo– le prometí amarla y respetarla sin cuestionamientos. Tuve que contener las repentinas ganas de acceder al llanto al pensar en esto último.

Debía seguir sí o sí, pero el recuerdo me había debilitado. La oscuridad creciente había cubierto la parte baja y el pueblo, y ahora empezaba a extenderse en todo el linde y ya no lograba alcanzar de un vistazo su casita enteja a lo lejos. Sentí desgano, apatía, y, a pesar de todo, gastando fuerzas de flaqueza, resolví continuar, y fue bueno porque, con el paso a largas marchas, pude reponerme; mas tarde, ya con el ánimo auestas, abrigué la posibilidad de que no sería una ligereza cualquiera lo que pretendía.

Caminando, corriendo, acaso tropezando, llegué por fin a la casa, con el corazón casi en la boca. Antes, con miras a ganar tiempo y a modo de atajo, había saltado dos o tres cercas de piedras mohosas, superpuestas y desiguales. Ahora, en un esfuerzo por recobrar el aire, me encontraba parado en la entrada del pequeño y desolado patio, ya con la noche encima. El corredor estaba a oscuras y la opaca luz del aposento apenas si se notaba a través de la puerta cerrada. Sentí a la vez

«Una tarde que el sol casi empezaba a desaparecer, no pude más con la culpa y juzgué ir, fuera cual fuese el resultado, en pos de la ansiada exculpación. Me puse la camisa a cuadros, desempolvé la chamarra de jargon y desdoblé el mejor pantalón que tenía.»

nostalgia y extrañeza: era el silencio previo a la evocación y era, también, la bienvenida de Kalup, el Labrador atezado, el amigo-guardián, quien –con su encantador ladrido y meneo de rabo– no aparecía como en anteriores oportunidades. Desde donde me hallaba, quise pegar el grito, la voz de llamada, pero, de pronto, la única puerta de acceso a la casa se abrió y salió de allí una mujer de mediana estatura; cubierta en un mantón azul marino, llevaba un candil de queroseno en la mano izquierda y un recipiente lleno de cebada tostada en la otra. No creí que la señora Antonia, la madre de mi amada, conocida por muchos como Toña la buena, me reconocería a primera vista –debí de parecerle como una silueta a algo así; no obstante, me llamó por mi nombre y enseguida me instó a que pasara, siempre con esa voz apacible y musical que hacía del dialecto que usaba tan digerible y cálido.

«Pensé que habías viajado a la ciudad», prosiguió de lo más normal; «¿hace mucho que has vuelto?»

Mi silencio afloró sin vacilaciones y también de lo más natural. Todo indicaba que desconocía lo sucedido; mi amada aún no le había confiado su dolor. Este hecho, sin más espera, revolvió mi pensamiento: *Lo hace para no causarle ningún sufrimiento, ningún disgusto... Lo hace para ahorrarme cualquier reproche e imprecación y, tal vez así, cualquier signo de animadversión u odio...* Y todas las palabras que me había repetido una y otra vez durante el camino, volvieron sucintamente a mi cabeza.

Sin saber qué hacer ni qué decir, hastiado de culpabilidad, fui andando lentamente hasta recabar en el corredor.

«Hace ya varios días que entró llorando, pero no ha querido abrir la boca», volví a oír su voz, esta vez medio inquisidora y medio preocupada, mientras se acomodaba frente al batán, el molino de piedra plana que descansaba en un rincón junto a la pared, en el ala izquierda saliendo desde la casa. «Supongo que hay cosas que no sé. Ven, siéntate y cuéntame».

El candil, previamente colocado y resguardado contra el viento, iluminaba fríamente y humeaba, así y todo, a causa del combustible definitivamente inapropiado para el uso que se le daba.

Me aproximé, pero no me senté; y, sin embargo, apoyado a la columna de madera en el centro del corredor, terminaría dándole cuenta de toda mi cobarde actitud. Entretanto, no hallaba cómo mantener la cabeza, la mirada; me inquietaba saber por qué no me preguntaba qué hacía en su casa a esa hora, con qué urgencia había venido y por qué no precisaba, como en anteriores ocasiones, la presencia de su bienamada hija... ¿Por qué me sorprendía el natural comportamiento de una madre abnegada y servicial como lo era Toña la buena? ¿Acaso, creyendo conocerla tan bien, la desconocía tanto peor?

«Y... ¿Kalup?», dije, súbitamente, por decir algo.

«Quién sabe qué le ocurre al pobre», contestó, ahora sí entristecida. «Parece haber cogido enfermedad: hacía ya una semana que no come».

En lo que dura un tiempo prudente, no dije nada más ni oí nada nuevo. Al vaivén de los brazos meciendo la piedra oblonga y semiredonda que molía el grano esparcido sobre el batán, no dejaba de animarme por la verdad, una confesión que dependía de mí y de nadie más. Pensé en la hija, en mi amada; algo sucedía con su presencia. *Y si aparece de repente...* Me sentí repugnante y a más no

«Me aproximé, pero no me senté; y, sin embargo, apoyado a la columna de madera en el centro del corredor, terminaría dándole cuenta de toda mi cobarde actitud. Entretanto, no hallaba cómo mantener la cabeza, la mirada; me inquietaba saber por qué no me preguntaba qué hacía en su casa a esa hora, con qué urgencia había venido y por qué no precisaba, como en anteriores ocasiones, la presencia de su bienamada hija...»

poder, agotada todas las esperas, desaté el nudo que trababa mi lengua y desvelé todo lo acontecido. Contrario al temor que amparaba, Toña la buena lo sopesó con calma, sin dejar de hacer lo que hacía: molturar las simientes de cebada. Entonces me sentí redimido por mi obscuridad, no inquieto ni nervioso, sino tranquilo, desahogado, casi en confianza. Pero, bajo ese mismo lente, comprendí también que ella era la madre y que, aunque se mostrase serena, bien podía estar reprimiendo su aversión, su odio hacia mí, un sentimiento que hasta la llevaría incluso a cometer el peor de los crímenes, si fuese necesario, por defender a la luz de sus ojos, al quid de su existencia de seres tan salvajes como yo.

Qué no será capaz de hacer, me dije, a fin de proteger al único y hermoso recuerdo del hombre al que amó tanto y al que, probablemente, sigue amando tras dieciocho años de trágica desaparición.

¡Ah, qué pasado más doloroso! El hombre trabajaba como ayudante de un camión ganadero (por lo que a menudo paraba de viaje) y ella acababa de embarazarse (pero nadie lo sabía aún), y todo parecía marchar a paso llano, pues no tenían ni cinco meses de haberse conocido, cuando, inesperadamente, llegó la noticia de su muerte: «Estaba en el vado –contaba Toña la buena– quitando el fango de las ruedas del camión atascado, y, en una de esas, de golpe, le cayó encima una verdadera avalancha de lodo, sin que él pudiera hacer ya nada para escapar».

Evocando esta desgracia, muchas veces terminaba bañada en llanto silencioso, como seguramente debió de hacerlo durante años y años hasta haberlo casi superado; y ahora llegaba yo y perturbaba, remecía su corazón mellando a la flor, al retoño tan bien cuidado de su vida. No, no tenía perdón.

Cómo puede estar tan tranquila, pensé, y pensé mal.

«Ahora entiendo...», rompió esa aparente percepción de calma, «Usted no merece ser un hombre, Usted ya no es más bienvenido...», con una razonable indiferencia.

Luego habló largo y tendido, como si hablase con y para ella misma; pero esto fue lo esencial que logré interpretar:

»Mi querida hija, mi pobre hija –hizo énfasis y terció la mirada– es obediente, intocable, inofensiva; qué derecho tenía Usted... Y si ella no pudo inventarse o decirle su *nombre*, es porque no conoce la mentira y porque, en verdad y aunque no lo crea, no posee uno propio. ¡Cómo pudo tratarla como la trató! –Dejó un breve espacio de silencio y después continuó: –Su padre, si hubiese sabido que tendría

una hija, lo habría deseado así. Él creía que era el hijo quien, cuando grande y racional, debía escogerse y ponerse un *nombre* a su propio gusto, pues de lo contrario le pasaría lo que a él (esto es), que no le agradaba el que sus padres le habían impuesto. Por eso, cuando había que hacerlo, siempre la llamé: “Niña mía, Hija mía”, ¿acaso nunca me oíste llamarla así? En el peor de los casos...

Recosté el hombro en la pilastra circular y volví los ojos semiencharcados hacia fuera. Parpadeé y vi el patio oscurecido y encontré más allá, a campo abierto, la inmensa plenitud de la noche.

No hay nada más difícil de creer que lo que había oído, pero tuve que cederle la razón; aunque no lo manifesté. No devanaba la posibilidad de que alguien, a esta altura de los tiempos, no tuviera un «nombre» acusa de una arcaica creencia del parecer y, *en fin de cuentas*, concluí, *todo mundo se cambia una simple designación del ser si así lo prefiere*. Más no lo dije, y no sabía porque no podía decirlo.

Al rato me hallé confundido, perplejo, en san mutis. También hacía rato que la señora Antonia, levantándose, recogiendo las cosas y dejando caer un par de palabras finales y definitivas, había entrado en casa y cerrado la puerta. El silencio y la oscuridad de fuera era insólito y descomunal, y reinaban incluso dentro de mí. Con los hombros caídos y las manos puestas en la cintura, visiblemente derrotado, salí al patio y contemplé la bóveda estrellada y recé por mi amada, o más bien invoqué su presencia: «Sé que estás dentro, sé que no deseas verme; ojalá pudiera oír tu voz, tu absolución, ojalá mereciera una última oportunidad, una sola, corazón mío».

Y con las mismas busqué un poyo y me senté en él. No quería creer que pudiera estar sollozando, tanto yo como quizá ella. La noche se anunciaba larga, interminable, y el frío intenso, penetrante hasta lo huesos, pero no me importó; simplemente traté de pensar y cavilar, y cavilar y pensar, dejando de lado la inminente probabilidad de una muerte por hipotermia.

¡Qué más da!, me dije. Si no doy la cara, si no la veo y hablo con ella, ¿cómo puedo estar pensando siquiera en irme? ¡Aquí estoy, aquí estaré hasta la muerte!

Toña la buena, decidida, entreabrió la puerta por última vez y dijo lo que ya antes había entendido, que me marchara por donde había venido, que lo que hacía o pretendía no tenía sentido después de muchos días, pero agregó algo más: Ella, la hija, no quería volver a verme; que estaba en cama y que, por favor, la olvidara para siempre. Luego cerró la puerta, la trancó por dentro y, más tarde, apagó la luz de candil –la luz de mi conciencia.

Determiné que era yo el causante de todo aquello, de que mi amada estuviera enferma, de que había engendrado la enemistad en sus almas, incluso de que Kalup, el perro, no quisiera comer. Me sentí nuevamente dolido, herido, profundamente agravado en culpa y ciego. Es imposible afirmar que no lloré con ganas pero en silencio. Era demasiado y volví a levantar la mirada y supe que el cielo era lo único que me quedaba, el que quizá me entendía y exculpaba. Todavía permanecía sentado en el poyo, literalmente desplomado, cuando me vino la idea del abandono, de la perentoria renuncia sin goce revocable y, entonces, antes de proceder a la determinación en sí, con la noche ya avanzada, cogí una tiza de la ventana en la pared y esgrimí en la cara de la puerta, lo mejor que pude, la siguiente frase:

*Tu nombre estará en el cielo,
AZUL CELESTE.*

A la mañana siguiente, bajo un firmamento sin nubes, traslúcido y radiante, al levantarse y salir fuera, en algún momento sino a lo largo del día, tuvieron que haberlo notado y debieron de haberlo observado bastante rato; pero yo estaba ya lejos, muy lejos, tanto que no volverían a tenerme más en sus vidas. No obstante, desde donde me encontraba, esto es, un lugar completamente desconocido, completamente nosédonde, recordé de repente, de súbito, de golpe (¡zas!), que ellas no sabían leer y que, por tanto, no podían haber entendido el mensaje escrito.

© F. R. Gafult

El autor:

F. R. Gafult (Lima, Perú, 1984). Está escribiendo su primer libro de cuentos, *El camino según el fantasma*. Página personal: <http://www.oceanosecreto.blogspot.com>

EL PETRIMETRE *

(Falso cuento atribuido a Sade)

por Jorge Cabrerizo

Sepan que yo, Alphonse Hugues de Novis, fui la Hermosura encarnada paseando por Le Mans y cuando cumplí los catorce y pude valerme para hacer carrera y fortuna marché al París de Nuestro Señor Luis XV.

Causé sensación muy pronto. Mi rostro perfecto, mi cuerpo de Efebo, mi voz atildada, mis ademanes y gestos cultivados. Destaqué entre manteos y casacas rojas bordadas en oro fino. No fue fácil, pero poco a poco y sin cejar en mi empeño, me hice indispensable en las reuniones de la Corte y sus acólitos. Era – soy– simpático, de buena conversación fluida y pícara, tal y como agrada a las damas que peinan canas y a los obispos. De ellos precisamente, y de los abades, prelados y demás pájaros que comercian con humo, me hice particularmente amigo. El poder y el lujo me deslumbraban, ellos se deshacían por conseguir mi felicidad mediante regalos caros y bonitos.

Mis quince años llenaron de luz las vidas grises y arrugadas de todo aquel que pagaba una sonrisa mía a buen precio. Fui, todo hay que decirlo, justamente recompensado por mis esfuerzos y férrea decisión de no perderme por nada del mundo, aunque se me ofreciera nobleza o mitra. Seguí bien el consejo de mi madre que, en su día, sabedora de mi buen porte y mi predisposición al encanto, supo aconsejarme, con la ausencia de amor y el espíritu práctico de quien conoce bien los avatares de la seducción y la escalada social. No en vano ella sedujo mediante artes, inequívocamente antes ensayadas hasta la saciedad, al bendito de mi padre, señor de fincas extensas y con capilla propia en la parroquia. Supo aconsejarme, digo, acerca del valor de mi firmeza a la hora de dar el gran paso hacia la cumbre de mi dominio sobre las cabezas de la Corte.

–Hijo –me dice–, quiero que nunca olvides una cosa. Debes saber que la resistencia, acompañada de falsos principios aireados con teatral ímpetu, ocultando el deseo fogoso de tal forma que se escape de entre los pliegues de tu gesto la punta de la lascivia, será lo que más te valga. Así, harás tuya a la gente que se envuelve en oro y paños ricos. Así aguantarás entre agasajos, amasando una discreta fortuna hasta el día en que el viejo o la vieja a la que te entregues exhale su último suspiro entre tus brazos y te deje en posesión, como gran señor que serás, joven y guapo, de todas sus riquezas.

Yo lo comprendí y eso hice. Seguí el consejo de mi ladina progenitora con cuantos ansiaban mi más preciado tesoro: la belleza de mi cuerpo atenazada entre sus fruncidas y apestosas anatomías de viejos y viejas libertinos.

Eso hice con cierta duquesa –de la que no desvelo el nombre ya que sus distinguidos hijos siguen aún entre los vivos–, que se desbarataba por mí, a la que saqué una finca recoleta cerca de Nantes. Fue provechosa mi resistencia a sus insinuaciones, y no tan insinuadas. Buscaba la soledad en mi compañía, me acariciaba con lubricidad asombrosa para su avanzada edad y yo permanecía firme ante sus desvelos, sin ceder un solo paso, pero aprovechando cada ocasión que se me brindaba para encenderla aún más. Un equívoco curioso, un roce en sitio puntual, una palabra que diera juego, y ella ardía.

Murió y me dediqué a los poderes tonsurados. Cambié de palo, como vulgarmente se dice. Superar mi inicial repugnancia y alguna caricia acertada entre mustios ademanes almizcleños me rentó copiosamente. Era mucho más difícil decir que no, ya que el ímpetu de los hombres encendidos es superior, por su violencia, al de las viejas damas de la nobleza. Me forzaron en varias ocasiones, pero de todas salí airoso. Hasta que un día, el Abate «X» –pues no puedo desvelar su identidad por respeto a su alto y venerable cargo– consiguió, al fin, acceder a mis ocultas bondades. Tenía ya diecisiete años y, aunque no era virgen desde los catorce, logré hacerle creer que yo no había sido iniciado en las artes de la lascivia. Era cierto, de algún modo, pero sólo por el sitio por el que el viejo Abate me pretendía iniciar, así que, técnicamente, mi apelación no era mentira. Le ilusionó mi virginidad, unida al candor que yo sabía ade-

* Relato perteneciente al libro *Luz de Negras Intenciones*, de próxima aparición.

rezar con falsas reticencias. Me dejé llevar porque sabía bien del provecho de mi inversión, y no erré.

Fui durante dos años su ayudante de cámara y secretario personal. En todo este tiempo, viviendo entre boato y laxitud, me expuso, como si yo fuera la más preciada pieza de su joyería, ante sus acólitos en las artes libertinas de Sodoma. Fui prestado, recibiendo por ello dádivas personales, a cuantos de entre ellos querían probarme. Resulté grato. Por ello, muerto el Abate de un atracón soberbio en la noche de Pascua, no faltó quien me acogiera como su favorito, tomando el relevo.

Me dejó, el viejo santo, tierras, su carroza orlada y joyas litúrgicas que no tardé mucho en malvender a fundidores judíos que deseaban hacer collares para sus furcias con el oro y la plata de las patenas y los cálices. Conservé la rica pedrería de los objetos sagrados para administrarla eficazmente a lo largo de los años, por lo que pudiera venir.

Pero no me faltó de nada. Pronto, con tan solo veinte primaveras, ya pude dejar de depender de todos ellos. Era más selectivo con mis compañías, por lo que tenerme se encareció sobremanera. El precio por lo exclusivo. Sólo me entregaba a quien podía permitírselo. Tuve mis propios preferidos y me rodeé de bellos jóvenes y niñas impúberes que me hacían olvidar mis cada vez más engorrosos encuentros con envanecidos decrepitos en la antesala de la muerte. Me envolví del lujo y el respeto que desprende ser la más cotizada compañía de toda la Corte.

Cada vez salía menos a fiestas y reuniones. Guardaba celosamente mi mayor tesoro, el arma que me hacía vencedor: yo mismo. Mi cuerpo era cuidado con tres baños tibios diarios, acicalado y aromatizado por perfumes orientales elaborados y muy caros. Todos los días me cortaba el cabello mi esclavo negro y me hacía una coleta, parsimoniosamente, mientras bebía mi chocolate y fumaba mi largo *narguile*. Mis manos y mis uñas permanecían impolutas, no haciendo el más mínimo trabajo manual más allá del propio necesario para tomar la comida. Cambiaba de ropa dos veces al día.

Gradualmente eran menos las visitas que aceptaba, contadas con los dedos de la mano en todo el mes. Pero yo estaba siempre preparado, alerta para ofrecer tan exquisito servicio a quien fuera capaz de costearlo con generosidad. Dejé de salir, definitivamente, a la vida pública y, de esta manera, subí el precio. Mi finca de Nantes, *heredada* de aquella noble anciana, fue el exclusivo escenario de mi arte.

Cambiaba de pajes y criados con la frecuencia de un año, renovando así los aires de juventud que perfumaban mi casa.

Llegué a tal perfección en el modelado de mi figura, de mi cuerpo inimaginable y soñado por todos –aumentaba mi fama y se inflamaban, deseosos de encontrarse entre los afortunados que lo vieron para contarlo–, que, al igual que el divino Narciso, llegué a desearme.

Aleje los *consuelos* de mis niños, los criados, y comencé a contemplarme con ojos también lascivos, como si fuera yo uno de mis propios clientes. Buscaba cada vez más la soledad y, sintiendo que el tiempo corría en mi contra, aprovechaba horas enteras en observarme, gracias a un juego ingenioso de espejos colocados a tal efecto, por todos mis perfiles y rincones más ocultos. Comprendí, aún más hondamente, la realidad de mi seducción, el atractivo que ejercía sobre los demás.

Me obsesioné de tal manera que descuidé mis intereses. Sólo me angustiaba un asunto: la imposibilidad de poseerme a mí mismo.

Ordené instalar un enorme espejo, de marco dorado en forma de rocalla, encima de mi cama. Y allí, tumbado debajo de mi imagen, de mi reflejo, de mí mismo, pasaba horas contemplándome sin despegar la mirada de mi cuerpo, perfecto, y mi rostro, lindo serafín. Me enamoré de mis labios especialmente, y de las pestañas enormes y bien cuidadas que conferían a mi cara una especial voluptuosidad femenina. Me sonreía a mí mismo y, con sólo ese ínfimo gesto, mi verga se disparaba, lo cual era nuevo motivo de delectación.

En poco tiempo pasé a dedicar más horas a estar tumbado, contemplándome placentero y derramándome sobre mí una y otra vez, que a cualquier otra cosa que pudiera realizarse verticalmente. Solamente me levantaba de la enorme cama de mi delicia para alimentarme, frugal, y para mi aseo tres veces diario. Luego, con energía y belleza renovadas, me encerraba para continuar envuelto en el goce que proporcionaba en mí mi absoluta belleza.

Pero ahora escribo para decirte que soy libre. Antes no lo era. Ahora soy libre y feliz. Sí: feliz.

Desde que pasó aquello, yo, al fin, me liberé de mí, como liberé de mi presencia y mi dominio a todos los que dejé de frecuentar y que acabaron por no visitarme. Mi belleza era maligna, lo comprendí el día en que, tentado por mi propia perfección, le daba continuas vueltas febriles a mi mente emborrachada por mi hermosura. ¡Deseaba, oh, vírgenes vestales, poseerme al fin, clavarme mi propio miembro enhiesto! Eso sólo era posible si antes me lo arrancaba de su sitio acostumbrado. ¡Proverbial locura la que me embargaba, horrendas ansias de hacerme mío!

Asaltado por los sudores de la enajenación, con el cortaplumas listo para efectuar la inmoral proeza, algo en mí luchaba contra mí mismo. Me revolvía en la cama preso de una agitación tremenda. Acercaba el aparato que me sajaría el cetro de mi poderío, esgrimido victorioso tantas veces. Alejaba el espadín con esfuerzo sobrehumano.

Fue la suerte o el Buen Dios lo que impidió que este capítulo desdichado de esclavo de la Belleza, de mi belleza, terminara en una carnicería. Pero a costa del castigo merecido por mis desvaríos y delitos. Se soltó el espejo, en buena hora, que pendía sobre mí, reventando por su peso formidable encima de mi cuerpo desnudo de Adonis de veinte años.

El griterío que formé atrajo a los criados que, no sin dificultad, retiraron el espejo monumental que había despedazado su azogue y cristal a todo lo largo de mi anatomía. El más joven de todos ellos chilló como una niña al descubrir mi cuerpo deformado por los cristales que, al igual que navajas afiladas, me cercenaban trozos de mi carne otrora melosa y dorada. Encharcada la cama, como flores macabras sobre tan fértil campo los trozos de cristal sobresalían altaneros, mitad fuera, mitad dentro de mí. Algunos tendones fueron rasgados de tal manera que quedé encogido de tres de mis miembros. Mi rostro no existía.

Fui limpiado, curado de urgencia y, al oír que irían a reclamar a un médico cirujano, saqué fuerzas imposibles para amenazarles si lo hacían. Nadie debía verme así, nadie. El Febo de París convertido en una casquería. No. Ellos obedecieron, bajo amenaza de matarlos yo mismo, una vez recuperado, si me contradecían.

Me repuse con dificultad y tremendos dolores. A los meses, restablecido aunque mal parado, vivo de todas maneras, doblado en postura imposible por los tendones mal recompuestos, lleno de cicatrices en todo el cuerpo y falto de trozos de mí, mi cara, mi hermosa cara, es ahora un engendro monstruoso. Noto dentro de la carne removida trozos de vidrio que aún me duelen hasta las lágrimas. Supuro por varias heridas infectadas que me mantienen en un estado de fiebres continuo. Pero soy feliz. Orino como una hembra. Pero soy feliz. Vuelvo a mirarme en los espejos y mi imagen refleja la crueldad de toda la vida que me queda por delante siendo ya mi propio cadáver. Pero me alegro. Lo que me pasó purgó mis faltas, me liberó de mis ataduras y purificó mi alma. Sí, estoy contento. La mayoría de mis criados huyeron al no poder aguantar la vida junto a la repugnante aberración en que me he convertido. Pero no importa. Les pagué bien para que no hablaran.

Soy feliz porque en mi soledad, fuera del alcance de todos, sé, lo sé, que aún siguen deseándome. Que ahí fuera se preguntan por mí y me creen como siempre, joven, lozano, hermoso hasta herir la vista. Me siguen considerando un dios.

Me desean, lo sé, y por eso soy feliz.

Todos me desean. No saben de lo sucedido.

Todos y cada uno de ellos me desea, sigo ejerciendo mi dominio sobre todos ellos.

El dominio de mi hermosura, de la Belleza pura, sigue pesando sobre sus cabezas.

© Jorge Cabrerizo

El autor:

Jorge Cabrerizo (Granada, España, 1980). Es historiador de Arte y cuenta con numerosos artículos científicos en varias revistas especializadas, además de ser el editor de la prestigiosa publicación digital *Alonso Cano: Revista Andaluza de Arte* y de colaborar en diferentes medios de comunicación y revistas literarias, compatibilizando sus labores como gestor cultural con las de escritor y guionista. La novela *¡Esto contigo no pasaba!* (Editorial Arcopress, 2006) supuso su incursión en el panorama literario español de la mano de una demoledora sátira política repleta de lúcida ironía. Su segundo libro, *Fauna granatensis: Teoría de los granatínos* (Editorial Almuzara, 2007), se ha consagrado como un curioso hito dentro de la literatura andaluza de humor.

DE CHIVO LOS TAMALES

por Ricardo Olvera

Aurelio abrió la desvencijada puerta de madera de su casa con un puntapié y entró trastabillando.

–¡Vieeeeja, pre-párameee algo de cenarr! –dijo, arrastrando las palabras–. ¡Y apúratee!

Conchita se encontraba sentada en la única silla del comedor, remendando unos calcetines y al escuchar la aguardentosa voz de su marido, dejó caer su costura y se levantó nerviosa más rápido que un alma que se lleva el diablo.

–Aurelio... –dijo en voz muy baja y temerosa– los tamales que me quedaban para la venta de mañana nos los tuvimos que comer, ...tus hijos tenían hambre, pero te guardé uno de mole, por favor no te enojés y siéntate mientras te lo caliento.

Aurelio sintió como le hervía la sangre, apretó los dientes y levantó la mano abierta.

–¡Un puto tamal! –gritó él, tambaleándose–. ¡Te voy a enseñar a resp... EAUHGG!

Se le ahogaron las palabras, se agachó llevándose las manos al estomago, movimientos de arqueo comenzaron a subirle desde la espalda baja hasta los hombros, vomitó y entre horribles espasmos cayó al suelo.

«Conchita sintió que el alma le regresaba al cuerpo al ver salvado el golpe, cuando una fuerte oleada de nerviosismo la devolvió a la realidad. Su primera reacción al ver a su marido tirado en el suelo fue levantarlo de las solapas y sacudirlo, al ver que no pasaba nada se detuvo, decidió soltarlo, lentamente abrió sus manos y la cabeza de Aurelio se estrelló pesadamente en el suelo.»

Conchita sintió que el alma le regresaba al cuerpo al ver salvado el golpe, cuando una fuerte oleada de nerviosismo la devolvió a la realidad. Su primera reacción al ver a su marido tirado en el suelo fue levantarlo de las solapas y sacudirlo, al ver que no pasaba nada se detuvo, decidió soltarlo, lentamente abrió sus manos y la cabeza de Aurelio se estrelló pesadamente en el suelo.

Un charco maloliente amortiguó el sonido y una sonrisa sórdida se dibujó en su boca, lo tomó de los pies, como si fuera un costal de papas y lo arrastró hasta un catre al que con muchos esfuerzos logró subirlo.

–Esta es la última cabrón –pensó ella, mientras se acercaba al camastro con un cuchillo filetero entre sus manos.

A la mañana siguiente, muy temprano, se escuchó la voz de Conchita en toda la cuadra:

–¡Ya llegaron sus ricos y deliciosos tamales oaxaqueños calientitos, acérquese y pida sus ricos y deliciosos tamales oaxaqueños!

© Ricardo Olvera

El autor:

Ricardo Olvera (México, 1974). Escritor, pintor y diseñador gráfico. Cultiva la poesía y el relato. Ha publicado: *Lenguaje de mi piel* (2006), libro de poemas inspirado en las tradiciones prehispánicas de México. *Cuando la piel enmudece* (2006), libro de poemas. *Tierra de Plata* (2007), fantasía mexicana con relatos, poemas y pinturas, en tono de divertimento. *Gorgona y Quimera* (2007), poemas. *El laberinto azul* (2007), poemas, pinturas, reflexiones. *El nido del gato* (2007), arte y literatura. *Colectivo Aldea* (2007), arte y literatura de América y Europa. *Gavilla de Haigas* (2007), haikus y pinturas. Directorio de su obra en Internet: <http://ricardoolverajimenez.googlepages.com>

LAS MALAS COSTUMBRES

por David Gerardo Colina Gómez

Viajar enseñaba siempre grandes cosas a Horacio y, sin embargo, viajaba poco, quien sabe si por miedo, pereza, poco dinero o ninguna simpatía por los inconvenientes que generan los viajes, por lo que continuamente estaba diciendo a sus amigos que si pudiera viajar mucho, si se convirtiera en un viajero habitual, en un trotamundos, devendría también, por la fuerza de las cosas, en la sabiduría. Pero es que en la vida, decía, siempre hay tantas ocupaciones y tantas cosas por hacer primero y tantas cosas que no se han de hacer, porque de lo contrario se puede herir al vecino o ganarse el desprecio propio o ajeno o un tiempo en prisión (circunstancia terrible en cualquier lugar, pero atroz en el tercer mundo) o lo que sea que no sea deseable y que impida que uno haga lo que tal vez le hiciera feliz o hasta infeliz sin remedio.

Horacio viajaba, a veces, por trabajo, por muerte de un familiar, por enfermedad propia o ajena y hasta por no poder decir no a tiempo. Horacio amaba, por el contrario, clasificarlo y ordenarlo todo con una técnica de libro de escuela secundaria. Si en el medio oriente árabes e israelíes aumentaban sus hostilidades y matanzas más de lo acostumbrado (el hombre, desdichado, a todo se acostumbra) y se declaraba una guerra, Horacio anunciaba las diez causas de tal conflicto y si alguien hablaba de divorciarse por aburrimiento, Horacio le comunicaba, en voz baja, aparte y con condescendencia, las siete o aún más consecuencias negativas que se generaban para el hombre de tal decisión. Horacio, extrañamente, habían notado todos, nunca había catalogado los viajes y las razones para hacerlos, aún cuando los más malévolos le habían tendido hábiles trampas para que lo hiciera. Alguna causa debía tener tan extraño, en Horacio, comportamiento. La gente, que odia lo que no entiende y pretendía seguir estimando a Horacio, la encontró (querían un Horacio explicado): Una mujer hermosa que siempre le había rechazado le llamó al teléfono móvil al final de una tarde de viernes, estando con unos amigos. Ella en unas horas partiría a un viaje y quería que Horacio le acompañara. «Estaremos solos los dos», había dicho y por ser lo más parecido a una referencia erótica que había oído nunca en su favor de aquella hermosa mujer sintió despertar de pronto su deseo sexual y se puso de pie. «¿Por qué te vas?», preguntó un amigo ya borracho y él aseguró que no se iba, sólo iba al baño y volvía. «Te vas», insistió el amigo y él dijo que solo saldría un momento y regresaba rápido. «OK», condescendió su interlocutor y volvió a lo suyo. Salíó a la calle y fue a su casa. ¿Cuánta ropa llevar? Todo estaba sucio. En su casa lavaban el sábado. Tal vez era conveniente comprar algo, pero ¿Dónde y en qué momento? Dinero tampoco había demasiado, porque había qué pensar en los pasajes, la comida, los gastos pequeños y, ah, el hotel donde presumiblemente se quedarían. Ella no había dado mayores detalles, no acostumbraba llamarlo y cuando lo hacía era parca e imperativa. Sabía que Horacio no preguntaba y asistía puntual a las citas que ella acordaba, aún a las más incómodas y desconsideradas.

«Horacio viajaba, a veces, por trabajo, por muerte de un familiar, por enfermedad propia o ajena y hasta por no poder decir no a tiempo. Horacio amaba, por el contrario, clasificarlo y ordenarlo todo con una técnica de libro de escuela secundaria.»

Horacio decidió que una caminata corta lo calmaría como tantas otras veces y que luego de ella regresaría con el ánimo tranquilo y la mente alerta para resolver los problemas inmediatos. Había amenaza de lluvia, sólo amenaza como tantas veces. Afuera, los conocidos hablaban. Saludó rápido a todos. Al llegar a la esquina pensó que ella no le había comunicado el motivo del viaje. ¿Iría acaso a encontrarse con alguien? Otro hombre estaba descartado, porque en tal caso no le habría invitado. ¿Tendría familia allá? Nunca había mencionado algo así, pero era que ella tampoco hablaba con demasiada coherencia ni él le prestaba una entera atención, ocupado siempre en pensar en su no correspondido sentimiento. Ella había dicho que estarían solos. Eso era significativo, no podría ser que ella fuera a alojarse en casa de un familiar y le hiciese acompañarla, presentándolo al efecto como un querido amigo, solo eso y nada más, con lo que lo del hotel quedaría excluido, salvo como una

experiencia muy rápida y un tanto furtiva, a ocurrir tal vez en una zona apartada y una hora conveniente, sometidos al apremio del reloj, enemigo del buen desempeño amoroso que Horacio nunca estaba seguro de practicar. ¿Acaso lo de estar solos se refería al viaje en autobús, en el cual unos asientos estrechos y la exageración del aire acondicionado podían invitar a una anhelada intimidad? Podría, además, ocurrir que ella no quisiese que la presencia de Horacio fuere conocida por sus hipotéticos consanguíneos (o amigos o conocidos, que ese cambio de condición no alteraría para nada o en muy poco las consecuencias finales) y entonces sí tendrían que recurrir al hotel o pensión, llegarían a la terminal de autobús, habría muchos taxistas ofreciendo sus servicios, tomarían café con o sin un pequeño desayuno y ella le diría que él debería hospedarse en una pequeña pensión cercana en la cual la esperaría mientras ella iba a hacer algunas cosas. La pensión quedaría en un segundo piso, tendría un precio alto considerando lo pequeño de la habitación y estaría atendida por una muchacha morena y simpática, mala para las cuentas, sobre todo a la hora de dar el vuelto, equivocándose siempre a su favor y pidiendo disculpas con una hermosa sonrisa a los clientes más espabilados. La única opción sería estar tumbado en cama todo el rato, porque aunque existiría la posibilidad de salir a caminar por las manzanas adyacentes, ella podría regresar en cualquier momento y no encontrarle y aunque tendría el teléfono móvil, no podría confiar demasiado en que ella le llamase porque nunca lo había hecho un día sí y al siguiente también, ni aún en el caso de que necesitase de él con urgencia. Allí, acostado, mirando el techo con quemaduras de velas y marcas de humedad, se le podría ocurrir pensar en que ella le había llevado con paso decidido y conocedor hasta la puerta de hospedaje, lo que dejaría entrever que le era familiar y le movería a hacer mil conjeturas, impelido por ese absurdo afán de fidelidad que exigimos de las personas que nos gustan mucho, pero con las que no tenemos ninguna relación afectiva establecida. Las horas podrían pasar, el calor aumentar, el teléfono podría no sonar o hacer apenas ruidos que pareciesen los previos a un repique, la habitación podría parecerse a un infierno, la cabeza podría también parecerse a un infierno y ella podría no llegar sino hasta muy tarde o no llegar, al menos él podría temer que ella no llegara nunca, lo cual sería cierto hasta el momento en que tocasen la puerta y al abrir un hombre moreno, alto, de bigote dijera con descuidada pronunciación «Lo buscan» y sería ella que le esperaría en la calle y que vendría con una sonrisa y él la miraría con despecho y ella le preguntaría como otras veces que si estaba molesto a lo que él contestaría que no, pero dejando entrever su enorme enojo, su gran sufrimiento, éste último molestaría demasiado a ella quien le llamaría inmaduro y cambiaría su sonrisa por una expresión de desagrado. La expresión de él seguiría siendo la misma por un rato, pero por allá dentro, en su pecho, avanzaría un mal gusto, una úlcera inmediata que le iría convenciendo de que ella tendría razón y que él se estaría comportando como un niño. Luego no se quedarían en el hotel sino que podrían ir a cine o a algún sitio caro. Lo que podría pasar después Horacio prefirió no imaginarlo.

Horacio volvió apremiado a su casa. No era demasiado temprano, aunque su ansiedad siempre le hacía fallar en las previsiones horarias. Tomó un morral pequeño y lo llenó de ropa (no hubiera sabido responder si acto seguido le interrogaran sobre qué piezas de ropa componían tal bagaje). Tomó un taxi y llegó a la Terminal cuando los buhoneros ya recogían sus mercancías. Pidió un café con la equivocada intención de calmar los nervios tomando algo. Fue hasta las pistas de salida y miró los autobuses y recordó que no le había preguntado a ella si ya tenía el pasaje comprado y en cual línea de transporte. Fue hasta los teléfonos públicos y la llamó. Contestó ella misma y él le dijo: «No, no puedo ir». Colgó y volvió con sus amigos, pero estuvo callado el resto de la noche. Al otro día la llamó. Ella le dijo que había decidido no ir ninguna parte.

Viajar enseñaba siempre grandes cosas a Horacio y, sin embargo, viajaba poco.

© David Gerardo Colina Gómez

El autor:

David Gerardo Colina Gómez. Nació en San Cristóbal, Venezuela, en 1973. Su doble condición de abogado y funcionario público no le ha impedido leer y escribir con cierta soltura. Ganador, en 2005, del concurso literario de la Dirección de Cultura del Estado Táchira (Venezuela), con el cuento "De los inconvenientes del escepticismo pertinaz" y en 2006, del Certamen Mayor de las Artes y las Letras, Capítulo Literatura, auspiciado por el Ministerio de la Cultura de Venezuela, con el libro de relatos *Pequeños Episodios*, actualmente en proceso de publicación. Autor del blog <http://www.elfuegosordo.blogspot.com>.

LA ENTREVISTA DE TRABAJO

por Una mujer desesperada

Se puso el traje de zara, casi perfecta imitación de un armani, y se contempló en el espejo. Le quedaba ligeramente grande en los hombros, quizá sólo eso delataba su procedencia made in spain. Pero el resultado, en general, era excelente. Se había puesto aquel traje decenas de veces. La primera, y el motivo de la compra, en la boda de Jose, su mejor amigo. Era testigo, y le pareció de mala educación no vestir un traje en semejante ocasión. Así que buscó uno barato, pero con estilo. Le gustó aquel modelo gris antracita, casi negro. Con unas ligeras rayas en gris claro cruzando la tela. En el probador se sintió, por primera vez en su vida, alguien importante, y demoró el tiempo admirándose en el espejo. Tardó tanto que la dependienta que lo atendió le preguntó tímidamente si se encontraba bien. Perfectamente. Se encontraba mejor que nunca, incluso. De hecho, aquella compra cambió su vida.

Después de estrenarlo en la boda, el resto de las veces se había puesto el traje para acudir a entrevistas de trabajo. Igual que esa mañana. Claro que no a todas iba con traje, había puestos en los que incluso sería contraproducente que un aspirante vistiese elegante. Pero en otras, como la de ese día, era obligatorio. Sabía que la primera impresión era determinante. Los entrevistadores estaban entrenados para repasar visualmente en segundos al aspirante, y de ese primer estudio dependía todo lo demás. Él solía superar la prueba. Si el entrevistador era una mujer, lo que sucedía en la mayoría de las ocasiones, la investigación visual era una increíble ventaja. Era atractivo, casi demasiado, y sabía sonreír de un modo que a casi todas las mujeres les provocaba inmediatamente otra sonrisa. En ese instante comenzaba a desplegar el resto de su encanto. Una simpatía arrolladora, pero no cargante. Unos modales correctos, pero no empalagosos. Una conversación brillante, pero nunca pedante.

Había perdido la cuenta de las entrevistas a las que había asistido. En los últimos cinco años, quizá a unas cuarenta. Cada mañana, en su oficina, repasaba en los periódicos las ofertas de trabajo. No solían ser buenas, pero a veces, cuando menos se lo esperaba, allí estaba. Se busca ingeniero aeronáutico. Necesitamos arquitecto. Puestos increíblemente remunerados, exclusivos. Con pruebas de selección durísimas. Era tan excitante. Al llegar a casa, preparaba un currículum ad hoc. Esto le ocupaba durante horas. No se permitía ninguna fisura en la preparación de su papel, la fase de documentación era esencial. Nunca lo pedían en la primera entrevista, pero dejaba preparada en photoshop la falsificación del título exigido. Se había convertido en un maestro de la imitación.

Para acudir a las entrevistas pedía un par de horas en su trabajo con la excusa de ir al médico y cogía el metro, o el autobús, según donde fuese la cita. Esa mañana era en las afueras. Pero había estado en oficinas por toda la ciudad, todas con un denominador común: eran magníficas. Entradas decoradas por diseñadores, con muebles de firma. Despachos enormes, con sillones de cuero y una descuidada elegancia que sólo podían conseguirse con dinero. Eso le confortaba, su preselección era impecable.

Siempre llegaba cinco minutos antes de la hora. Decía su nombre, distinto en cada ocasión. Inventarse un nombre, eso era otro subidón. Había sido Francisco Estévez, Dionisio Rivera, Marcos Pena, Luis María Reverte. Recordaba casi todos, y si los olvidaba tenía su archivo para refrescarse la memoria. Un archivo exhaustivo, entrevista a entrevista, en el que anotaba la fecha, la hora, el puesto de trabajo, la impresión causada por el entrevistador, cómo había ido vestido, qué preguntas le habían hecho. La más extraña, en una entrevista para director de recursos humanos de una multinacional. Qué bebe usted. Qué bebe usted. Se quedó sin respuesta, aquella vez. Nunca le había sucedido antes, ni tampoco después. De la minuciosa preparación del personaje que hacía previamente, sus preferencias a la hora de beber nunca le habían parecido importantes. Hasta aquel día. Agua, respondió. Pero se dio cuenta de que ya era tarde. El entrevistador –traje de antonio pernas, zapatos de yanko, corbata de loewe– ya sabía que era un mentiroso. Fue la única vez que no le llamaron después para pasar a la segunda fase de las pruebas. Aquel error todavía le escocía.

Desde aquel fracaso se preparaba incluso mejor sus personajes. La cuestión central era ser convincente, creerse que era un fantástico arquitecto, o un incomparable economista. Lo que le tocaba. Se documentaba sobre la profesión en internet. Repasaba durante horas cada detalle, se inventaba una biografía, la desgranaba mentalmente, sobre todo en el metro o el bus que le llevaba a su cita. Cuando traspasaba la

puerta de la oficina, cambiaba su rostro, y se convertía en Ricardo Fuentes, Andrés Maura, José Miguel Vicent. En ese momento, la excitación era tan elevada que sentía que podría correrse tan sólo con dejarse llevar un poco más. Pero se contenía. El placer era mayor cuanto más lejos llegaba la actuación.

Esa mañana el metro le dejaba justo al lado de la oficina a la que debía acudir. Llevaba un pequeño plano en la cartera, y con el dedo siguió la línea azul. Siete paradas. Unos quince minutos. Iba con una hora de adelanto, como siempre. El vagón que le tocó estaba atestado. Se imaginó que las miradas que se detenían en él correspondían a pobres trabajadores, abyectos obreros, desesperadas secretarias que repasaban su traje oscuro, su abrigo impecable, y se preguntaban fugazmente qué haría allí aquel ejecutivo. Sentirse envidiado era otra sensación de lo más placentera.

El corto trayecto le dejó a sólo una manzana de la dirección a la que se dirigía. Inspeccionó el edificio desde la calle. Le extrañó que fuese un vulgar bloque de viviendas, incluso de mal aspecto. También era extraño que le citasen en aquel barrio, una zona obrera de cierta mala fama. Supuso que la multinacional quería instalarse en aquella área. Quizá buscaban un arquitecto de prestigio para iniciar una promoción inmobiliaria, puede que adosados. Había bastantes descampados en el barrio. También era una posibilidad que la promotora hubiese ganado un concurso público para construir vivienda social. En esos negocios había siempre ingentes cantidades de dinero y las empresas más poderosas solían ser las beneficiadas de ese tipo de contratos. Realmente, tenía lógica, aquel barrio era carne de vivienda protegida. En realidad, qué importaba. El anuncio pedía un perfil laboral altísimo, y en la conversación telefónica que había mantenido hacía un par de días con una amabilísima secretaria habían hablado de un sueldo mensual de siete cifras.

Esa mañana era Ricardo Suárez, licenciado en arquitectura. En su currículum aseguraba haber trabajado en tres de las cinco mejores empresas del país del sector de la construcción. También se había adjudicado un master en Chicago y un curso para ejecutivos en una prestigiosa universidad francesa. Normalmente, las empresas no solían comprobar los títulos, aunque sí las referencias. Pero esto no sucedía hasta el final de las pruebas de selección, justo cuando él, que siempre era uno de los candidatos, aseguraba haber recibido una oferta mejor y se salía de la pugna. El placer estaba en llegar al final, en estar ahí, ser uno de esos dos o tres elegidos entre cientos, a veces miles, de aspirantes. Vulgares, mediocres trabajadores a los que él dejaba atrás en aquella carrera imaginaria, casi sin esforzarse. La sensación de plenitud que sentía al rechazar el trabajo era inexplicable. La insistencia de los contratantes a veces era hasta inhumana. En esos momentos se sentía dios.

Pidió un café en un bar cercano al edificio de la cita y dejó pasar el tiempo leyendo el marca. Diez minutos antes de la hora pagó y caminó hasta la oficina. No se fijó en las cosas que dejaba a su paso. Un bazar chino, un colmado de barrio, un quiosco destartado. Estaba completamente centrado en su papel, convirtiéndose poco a poco en Ricardo Suárez, ese hombre que él nunca sería pero que, en el fondo, creía que tampoco aspiraba a ser.

Timbró exactamente seis minutos antes de la hora fijada para la entrevista. Tardaron en abrir, quizá unos cuarenta segundos.

Igual que el edificio, también eso le pareció extraño. Normalmente, eficientes secretarias le abrían al instante, con la sonrisa impostada desde el otro lado de la puerta. En cierto modo, eran, como él, excelentes actrices. Personajes de su imaginario a las que nunca concedía demasiada atención. En el engranaje de las grandes empresas a las que solía acudir, esas recepcionistas no eran nada.

Pero esa mañana no había secretaria. Hasta que estuvo dentro, en un piso destartado, frente a dos hombres de elevada estatura, no se dio cuenta realmente de que ese día la había cagado. Cuando le golpearon, comprendió que se había encontrado con un coleccionista, como él. Sólo que este coleccionaba muertes, en vez de vidas.

© Una mujer desesperada

La autora:

Una mujer desesperada. Tras "Una mujer desesperada" se esconde una periodista viguesa de 36 años a la que su profesión ha acabado devorando. Harta de ver la realidad distorsionada por intereses más o menos velados, decidió abrir su blog para distorsionarla por sí misma, sin filtros. Desde niña escribe relatos, normalmente nadie los lee. Pero el anonimato de la blogósfera ha terminado con su recato. Las críticas dolerán menos a la mujer desesperada que a la mujer real.

CHIVATO

por Juan Carlos Sánchez Gómez

En la clase había el alboroto habitual de cuando estábamos solos, sin ningún profesor que nos controlase. Desde mi sitio en la segunda fila yo solo podía ver la puerta si me giraba completamente, lo que hacía con frecuencia, a pesar de que mi compañero de atrás siempre aprovechaba mis movimientos para incordiar-me. La puerta estaba abierta de par en par, dejando ver el pasillo y la del aula de enfrente. Esperábamos al profesor de un momento a otro, había examen y estábamos muy nerviosos. De repente, el revuelo se transmutó en un silencio denso. Sonó un leve portazo. Yo, que justo en ese momento estaba mirando hacia adelante, no vi al profesor entrar, únicamente le sentí avanzar a lo largo del pasillo entre los pupitres. Clavé la mirada en la pizarra que había ante mí y esperé a que los pasos llegaran al frente de la clase. Pero cuando la figura que avanzaba hacia allí pasó a mi lado, me di cuenta de que no era la del profesor que todos esperábamos.

El examen era de geografía, pero el profesor que había entrado era el de lengua. Le llamábamos el Sapo porque tenía una gran papada que subía y bajaba cuando hablaba. Por edad no era un hombre demasiado mayor, sin embargo estaba muy deteriorado, parecía estar a punto de convertirse en un anciano. Andaba muy escaso de fuerzas, lo que nosotros aprovechábamos con frecuencia para hacerle objeto de toda clase de burlas. Era incapaz de imponérsenos. Supongo que estaba esperando la jubilación, que todo aquello ya le iba quedando lejos y que deseaba perdernos de vista cuanto antes. Sin embargo, tenía muy mala leche. Sabía que nos burlábamos de él, pero no sabía exactamente cómo. Por eso, cuando intuía algún escarnio en nuestras palabras se cabreaba y nos trataba con rudeza. Pero aquel día no debía estar allí, no era su examen. Cuando llegó al frente de la clase y se colocó detrás de la mesa, le miramos expectantes, sin que ninguna palabra burlona saliera de los pupitres. Soltó su cartera sobre la mesa, la abrió, sacó un manojo de papeles, los dividió en dos bloques y se los entregó a dos alumnos de primera fila para que los repartieran. Todo ello sin abrir la boca. El más osado de la clase, que siempre era el mismo, le preguntó con exquisita amabilidad por el misterio de su presencia allí, aquella tarde en que teníamos examen de geografía. El Sapo, sin mirar a su interlocutor ni a ninguno de nosotros, explicó hablando entre dientes que el profesor de geografía no iba a poder hacernos el examen porque le había surgido algún problema, que iba a ser él quien estuviera con nosotros aquella tarde. El examen, por supuesto, estaba escrito en los papeles que nos estaba repartiendo, sólo teníamos que responder a las preguntas y entregárselos a él, al Sapo. Y nada más.

Cuando todos los ejercicios estuvieron entregados, anunció que teníamos una hora y que podíamos comenzar a trabajar. Nosotros, que apenas habíamos salido de nuestro estupor, tuvimos que hacer el esfuerzo de leer aquellas preguntas mecanografiadas en el papel. Quien había estudiado sabía responderlas, quien no, pues no, pero lo anómalo de la situación nos había descentrado un poco. Yo, como me pasaba con demasiada frecuencia en aquella época, no había estudiado, al menos no lo suficiente. Lo escrito en el papel me sonaba vagamente, lo bastante como para enhebrar un par de ideas en cada una de las preguntas, pero desde el primer momento supe que no iba a ser capaz de contestar con la solvencia necesaria como para superar la prueba. Leía las preguntas una y otra vez, angustiado, cuando me di cuenta de que a mi alrededor había un murmullo extraño, excitado. Levanté la mirada del papel y vi como mis compañeros de las mesas cercanas se interpelaban unos a otros con apremio. Miré a la tarima y la vi vacía. El Sapo estaba paseando por la clase, con su paso lento y costoso. Las zonas que iba dejando a su espalda inmediatamente se encrespaban en murmullos, las que quedaban a su frente se calmaban como una balsa de aceite. A juzgar por la lentitud de sus pasos, aun le quedaba un buen rato hasta que llegara a mi altura. Debía alcanzar el fondo de la clase, cerca de la puerta, rodear a los últimos alumnos de la fila central y volver a subir por el otro pasillo, el mío, hasta la cabecera, donde yo me encontraba. Una vez evaluado el tiempo del que disponía, me centré en mis compañeros. Me esforcé por entender las palabras que se susurraban a mí alrededor. Un alumno de la primera fila, uno de los pocos lumbreras de aquella clase de zoquetes, estaba explicando la primera pregunta. Agucé el oído y comencé a escribir a toda prisa, con la sensación de haber hallado una mina. Sin embargo, la transmisión se cortó al poco de haber comenzado. Incluso con el Sapo convenía tener

cuidado, y habíamos sobrepasado el nivel de revuelo que él era capaz de captar. En aquel momento se había vuelto y había sorprendido a los que dejaba a su espalda hablando entre ellos, alguno incluso hojeando papeles en la cajonera de su pupitre. Pero una de las dificultades que tenía el Sapo, estoy convencido, era la de individualizar a los transgresores. El nos veía como una masa informe, como un grupo indeterminado en el que nadie destacaba. No era capaz de señalar a éste o a aquel como culpable, aunque lo hubiese pillado in fraganti. Cuando lo hacía, cuando sacaba a alguien de una oreja, generalmente no era el causante del revuelo, sino uno al azar, un cabeza de turco que casualmente se encontraba ubicado por la zona en la que se había cometido el delito. Como esa forma de castigar generalmente producía muchas protestas, solía preferir regañarnos a todos y no escoger a ninguno para atizarle un capón. Y aquel día funcionó así. Ante su reacción, simplemente nos callamos. Cuando reanudó su paseo, volvimos a las preguntas que volaban de pupitre en pupitre. Yo escribía a toda prisa, comenzaba a contestar la segunda sin haber terminado la primera, cazando al vuelo todas las respuestas que se susurraban al mi alrededor. Alonso, a mi lado, hacía lo mismo, con la diferencia de que él, de cuando en cuando, aportaba algún conocimiento que enriquecía esas respuestas. Ambos nos mirábamos y nos sonreíamos, felices de aquella situación.

El Sapo no era tonto, sabía lo que estaba ocurriendo a su alrededor, pero se sentía incapaz de pararlo. Tal vez incluso no quisiera hacerlo, al fin y al cabo aquel no era su examen y es posible que de alguna manera le hubieran obligado a estar allí, vigilándolo, y que no le hiciera maldita la gracia. Por eso, mientras paseaba por el aula, incluso en un momento en que salió a la puerta para hablar con alguien en el pasillo, nosotros copiamos con pasión, con fruición casi. Nos decíamos las preguntas, cogíamos el examen de un compañero y, sin pudor alguno, copiábamos sus respuestas en el nuestro. La situación cada vez nos fue haciendo más osados y ni siquiera esperábamos que el Sapo estuviera convenientemente alejado para murmurar preguntas y respuestas. Él nos regañaba, nos amenazaba con recogernos el examen y darlo por finalizado si no nos callábamos inmediatamente. En ningún momento nos creímos sus amenazas. Para cuando llegó la hora fijada, todos teníamos sobre nuestra mesa un examen bastante bueno, no perfecto, para no levantar sospechas, pero sí lo suficientemente brillante como para aprobar con largueza.

Pero el momento del desenfreno copiadador dio paso al de rendir cuentas. El profesor de geografía no era como el Sapo. Era un hombre joven y enérgico, muy simpático con nosotros, pero que evidentemente no se dejaba tomar el pelo. Aun así, aquella tarde todos nos fuimos a casa felices y satisfechos. Queríamos creer que habíamos engañado al sistema, que nuestro fraude no se iba a detectar. Además, y en eso no nos equivocábamos, como había sido un fraude generalizado, posiblemente la autoridad lo tendría muy difícil para señalar responsabilidades individuales. Llegué a autoconvencerme de ello, y cuando mi padre me preguntó aquella noche a la hora de la cena que qué tal me había salido el examen, contesté que muy bien con una sonrisa de suficiencia en la cara. Dos días más tarde aquella sonrisa se me borró. Antes de la clase de geografía ya estábamos todos anticipando lo que se nos venía encima. Nuestra satisfacción se había diluido en gran medida y solo los más optimistas podían suponer que nada iba a ocurrir. Cuando esta vez la puerta se cerró, los pasos que avanzaban a mi espalda en dirección a la cabecera de la clase eran más decididos, más enérgicos. El profesor de geografía, con su sonrisa y su buen humor de siempre, llegó a la mesa y, sin dejar de sonreír, fue recitando nuestros nombres en voz alta. Todos salimos con un poco de temor a recoger nuestros exámenes. Y todos volvimos contentos y más tranquilos a nuestros sitios cuando vimos las notas garabateadas con bolígrafo rojo en nuestro ejercicio. En el mío había un ocho enorme, rotundo. Se lo enseñé a Alonso con aire de triunfo. En el suyo había un ocho con setenta y cinco.

—Muy bien —el profesor de geografía acalló el revuelo de la clase con unas palmadas—. Ahora que tenéis vuestras magníficas notas, quiero haceros una pregunta.

La sonrisa no desaparecía de sus labios, en las hojas de examen las notas estaban estampadas en rojo, parecía no haber razón por la que preocuparse. Todos esperamos expectantes sus palabras.

—El otro día, con don Laurindo, os despachasteis a gusto, ¿no?

Se levantó un cierto revuelo, pero nadie dijo nada. De repente, la satisfacción por la nota escrita en nuestros ejercicios dejó paso a un cierto estupor.

—Decidme la verdad: ¿copiasteis?

Ni una voz se alzó para aceptar o negar. Nadie sacudió su cabeza a un lado y a otro. En todo caso, nos miramos unos a otros, sin saber muy bien qué hacer.

—No va a pasar nada, las notas ya están en las actas. Simplemente quiero saberlo.

Pero no obtuvo la confirmación a sus sospechas. Nadie habló.

—Se nota mucho, ¿sabéis? No he puesto ninguna nota por debajo del siete y no creo que de repente os hayáis vuelto tan estudiosos. Don Laurindo me ha dicho que hubo revuelo en clase durante el examen, pero que él no vio a nadie copiar. Él no lo vio —el profesor de geografía se sonrió e hizo un gesto burlón. Unas tímidas risas se levantaron de la clase—. Pero yo sé sumar dos y dos.

Se detuvo de nuevo y nos miró. Fue pasando la mirada por los primeros bancos. Cuando llegó a mí, yo tenía los ojos clavados en la nuca del de delante, pero el nerviosismo me hizo apartarlos de allí un instante y tropezarme con los suyos.

—Venga, no va a ocurrir nada. Las notas que os he dado son vuestras, son las que cuentan. Pero me gustaría que fuerais sinceros. Os aprovechasteis de que yo no estaba y copiasteis, ¿no?

Volvió a mirarnos. Y de repente unas risas nerviosas comenzaron a escaparse de la clase. Algunas cabezas comenzaron a afirmar, al tiempo que se reían. El profesor también se rió. El ambiente se distendió y la confesión se extendió como una marea negra por toda la clase. Todos habíamos copiado, lo reconocimos abiertamente entre risas, como si no fuera culpa nuestra, como si no hubiéramos podido hacer otra cosa. Todos habíamos copiado. El profesor se paseaba frente a la pizarra con las manos en los bolsillos, muy tranquilo, como si aquello no tuviera mayor importancia. Algunos, los más lanzados, incluso le comentaron cómo lo habían hecho. Alguien hizo bromas sobre el Sapo. Y el profesor pareció aceptarlo todo con absoluta normalidad. No ocurría nada.

—Os creáis que me podíais engañar, ¿eh? —se rió abiertamente—. Uno tiene su oficio. Además, se notaba mucho. Exámenes tan perfectos... Por ejemplo, en el tuyo se notaba claramente.

Sus ojos se habían vuelto hacia mí de repente, pero tardé en comprender que sus palabras me estaban dirigidas. Cuando reparé en ello, de repente la risa y la confianza desaparecieron. Me puse en tensión, sin poder apartar los ojos de él.

—Está claro que lo has calcado de Alonso. No lo puedes negar.

Qué iba a negar yo, si acabábamos de reconocer que todos habíamos copiado. Me sentí el blanco de todas las miradas y objeto de una vaga injusticia. Pero lo peor era la incertidumbre. No sabía lo que el profesor se proponía, ni lo que iba a pasar a continuación.

—Sal un momento a la pizarra.

Las palabras más temidas de mi infancia escolar. Las más odiadas. Y en aquellas circunstancias, las más injustas. Todos habíamos copiado, lo habíamos confesado con la promesa de que nada ocurriría, y ahora yo debía salir a la pizarra. Me levanté con torpeza, las piernas apenas me respondían. Me acerqué a él sintiendo que mi cara se iba poniendo roja por momentos. El profesor tomó un ejercicio de una de las mesas y leyó en voz alta la primera pregunta. Cuando terminó, se me quedó mirando. Yo permanecí mudo, mirando a toda la clase, a todos esos ojos que estaban clavados en mí, aliviados de no estar en mi situación. Todos habíamos copiado, pero solo yo estaba allí, en la pizarra. El profesor me conminó a contestar a la pregunta, pero fui incapaz de decir una sola palabra.

—¿Ves? Está claro que no tienes ni idea. Anda, siéntate.

Si en ese momento hubiera sonreído, o el tono de su voz hubiera sido amigable, tal vez yo me hubiera sentado en mi sitio sin más, tan solo un poco molesto por haber servido de cabeza de turco durante unos instantes. Pero su voz parecía enojada, y conmigo en concreto, como si en mí hubiera personificado el masivo fraude del examen. Por eso no pude sentarme inmediatamente sin decir algo en mi descargo. Todos habíamos copiado, eso era lo que debería haber dicho, pero eso él ya lo sabía, y esa verdad parecía haber perdido su fuerza en el momento en que me escogió para salir a la pizarra. Tenía que decir alguna otra cosa, justificarme de alguna manera, pero estaba muy confuso y asustado. A mis labios acudieron las palabras más torpes, más inapropiadas que alguien pudiera decir en una

circunstancia semejante. Sabía que en el momento en que las pronunciara nadie me iba a comprender, todos me iban a censurar y a mirarme con desprecio. Pero no pude evitar decirlas, porque no acudían otras a mi mente en aquel momento.

–Alonso también copió –solté.

El profesor de geografía me mandó a mi asiento con un gesto de impaciencia. Mientras me sentaba, derrotado, sentía las miradas de toda la clase fijas en mí. Un susurro no tardó en llegarme desde las filas de atrás.

–Chivato.

A pesar de todo, el profesor de geografía me aprobó el examen, como al resto de la clase. Eso sí, mi flamante ocho se quedó en un cinco, pero eso no era lo que más me importaba. Durante los días siguientes oí la palabra muchas veces, vi gestos de desprecio en las caras de mis compañeros. Hoy, veinte años después, aún no los he olvidado.

© Juan Carlos Sánchez Gómez

El autor:

Juan Carlos Sánchez Gómez (Madrid, España, 1965). Licenciado en Periodismo, ejerció brevemente su profesión en el ámbito del deporte y luego se dedicó a otras cosas. Escribe desde siempre, ha asistido a variados talleres literarios y ha ganado algunos concursos. En la red ha publicado relatos en la revista electrónica *Almiar* y es autor del blog “Octaedro”, <http://octaedro.es/>, que lleva en funcionamiento, si bien con altibajos, desde junio del 2003

* * *

Relato

CONCIERTO MATUTINO

por Sandro Cohen

El primer movimiento, un *Allegro*, no es excesivamente difícil. Empieza con un acorde arpegiado en si bemol, duplicado en octavas. Primero baja y luego asciende. Éste es el tema y hay que tocarlo con delicadeza. Su desafío no está en la rapidez con que se suceden las semifusas una vez que la sonata *explota* en el compás 35, sino en tocarla de manera contenida, con una pasión apenas sugerida, casi entre líneas, con mucha gracia y ligereza. No debe haber el menor indicio de pesadez. La música, al pasar de mi cabeza a los dedos, se comunica con algo dentro de mí y se matiza, se vuelve única, tan mía como de Mozart. Esto –hasta ahora, por lo menos– nadie ha podido quitármelo.

Si bemol, fa... Mi reto en este momento, sin embargo, es no pensar, no fijarme en los hombres sentados en la última fila. Debo concentrarme en la estructura de la música, en este edificio donde podré habitar a mis anchas durante el espacio de 20 minutos. La pieza no dura más.

Habrán entrado después de las invenciones de Bach y las tres sonatas de Haydn. Tenía que haber sido de ese modo, pues cuando empecé a tocar el K570, para mí el plato fuerte, ya estaban ahí.

Me habían encontrado fuera del edificio y querían acabar de una vez. Les rogué que esperaran, que me permitiesen dar mi último recital. Con sorpresa, recibí su beneplácito. Por un instante me dio la sensación de que me me comprendían y apoyaban.

–Serán unas ocho piezas en total. No más de una hora –y puse el dedo índice encima de la carátula de mi reloj, levantado a menos de medio metro enfrente de sus caras, como si eso pudiera brindar más certeza a mi afirmación. Asintieron en silencio y se retiraron.

Hasta que empecé a tocar la sonata de Mozart, no los había visto en la sala. La verdad, jamás pensé que se meterían. La posibilidad de que les gustara la música clásica jamás se me había ocurrido. Pero

ahí están, quietos, sin expresión alguna, escuchando. Ya sé qué quieren, pero ¿qué pensarán?

Sabía que terminaría así. Por eso, cada vez que me sentaba al piano, gozaba la música al máximo, como si fuera mi último día. Me metía entre las notas, *dentro* de las notas. Vivía en sus bóvedas, sus jardines barrocos; en sus explanadas y torres; en sus pasillos interminables que se repiten cuantas veces uno quiera, sótanos apenas iluminados y balcones que se invaden de sol y brisa, con vista al mar. De Satie a Beethoven a Chopin a Debussy a Bach a Mozart... Elegía caminos diferentes siempre, con recovecos cambiantes. Y ahora estoy en el K570. Sería difícil sospechar que es una de las últimas sonatas que escribió. Moriría dos años después.

Termino la primera sección del *Allegro*. Empieza la repetición, pero la toco un poco más grave. Apenas puede apreciarse la diferencia. No quiero correr sino disfrutar cada sala que tan bien conozco. Aquí en el compás 41, por ejemplo, donde el tema se repite en fa, me siento en un sillón y observo una pintura francesa de fines del siglo XIX de Pierre-Auguste Cot. A Mozart le habría gustado aunque fue pintada 89 años después de su fallecimiento. Se llama «La tempestad», como la obra de Shakespeare, como la sonata de Beethoven. Un hombre y una mujer, muy jóvenes, corren para ponerse a salvo de la tormenta que se avecina. Ella está cubierta sólo por una especie de velo transparente. Mira hacia arriba y a su izquierda, me imagino que hacia los nubarrones que ya han empezado a soltar las primeras gotas. Él, sin embargo, ve el cabello de ella y la tiene asida por la cintura mientras corren. Él apenas está vestido. Los dos se cubren con su camisa que parece más bien una vela que ondea encima de sus cabezas. Él la sostiene con la diestra; ella, con la siniestra. Puedo estar horas observando esta pintura. ¿Alcanzarían a terminar de hacer el amor? ¿Apenas empezarían cuando escucharon el trueno? El cabello de ella no está perfectamente recogido sino medio suelto; la sonrisa de él está entre nerviosa y satisfecha. Varía cada vez que me siento aquí, en el compás 41.

«Hay dos pasajes contrapuntísticos muy hermosos antes de la página final del Allegretto. Son conmovedores aunque no duran mucho. Cada uno debe tocarse dos veces. A veces me quedo repitiéndolos durante horas, el tiempo suficiente como para hacer todo de nuevo, para pedir perdón, de prometer que –en otra vida– no cometería los mismos errores.»

No había sido mi intención perjudicar a nadie. Tenía muchas deudas y ellos se ofrecieron para prestarme lo que hacía falta para que los bancos no me quitaran mi departamento, el único patrimonio que dejaría a mis hijas, o mi Steinway, con el cual he compartido tantos años y aventuras. Se portaron como amigos. Me dijeron que no me preocupara. Pero al año, cuando me quisieron cobrar el doble de lo que me habían prestado, apenas si tuve tiempo de huir de la ciudad, del país, antes que llegaran a cobrar su libra de carne, cortándome los dedos: sobre aviso no hay engaño.

Empiezo la segunda sección del *Allegro* y suena a campanas matinales en la campiña de Michoacán. Llego a la parte donde se retoma el tema en sol, donde hay una serie de cambios cromáticos muy hermosos, de tono mayor a menor, y trato de que los hombres sientan esa metamorfosis, esas mutaciones entre las cuales me escondo y aparezco. Casi con una sonrisa concluyo el primer movimiento. Silencio.

A mi familia no le dije nada. ¿Qué podía decir? La vergüenza no me lo permitía. Cometí una serie de errores que me costaron muy caro. Mi esposa sólo tenía una idea vaga de lo que yo hacía. La academia que habíamos puesto no era rentable, pero era mi orgullo. Sí había alumnos, y algunos muy talentosos, pero –simplemente– no había suficientes, y no podía cobrarles más. La mitad no pagaba siquiera. La tenía becada. Cuando no me alcanzaba con lo poco que ganaba con mis conciertos –los que caían–, tenía que pedir prestado. Y Hacienda se volvía cada vez más implacable. Pero en mi corazón no cabía la posibilidad de cerrar la escuela. Le había apostado todo. Sería la herencia de mis hijas: yo no podría tocar para siempre... Y así fue hasta que todo se vino abajo y nadie quiso prestarme un centavo más. Entre las amenazas de los prestamistas y las de Hacienda, desaparecí.

El segundo movimiento es el más hermoso, un *Adagio* que fluye como un río al atardecer, sin viento, lentamente. Hay que tocarlo con un *cantabile* extremo. El tema principal, cuatro compases que se repiten enseguida al principio, vuelve a aparecer después del segundo tema, y dos veces más. Es

mucho más complejo que el *Allegro* –y que el *Allegretto* del tercer movimiento–, pero es lánguido, y así está mejor. Exprimo cada nota, me dilato en cada compás, cada sala. Bajo al sótano y me recargo en la pared. Huelo la humedad y escucho un goteo lejano, tal vez de otra época, del siglo XVIII, de la tumba de Mozart, la fosa común. Un *tac tac tac* sobre la tela encalada con que han cubierto su cadáver. No quiero salir. Se filtran los sonidos de Viena, un cuarteto de cuerdas, una soprano que vocaliza, y al fondo está el segundo movimiento del K570, esto que termino de tocar cuando, casi de inmediato –casi como un *attaca*, tras una leve pausa de apenas un par de segundos en contra de mi costumbre de permitir que el sonido de las notas se disipe completamente– arremeto con el tercer movimiento a una velocidad que pocas veces me permito.

Los hombres se han enderezado en sus butacas. No se lo esperaban. Cuando llegaron a tocar a la puerta de mi departamento en la Ciudad de México, no abrió nadie. La rompieron. Fueron ellos, no la policía, quienes encontraron los tres cadáveres. No se lo esperaban. Se retiraron de inmediato. Los vecinos –según el periódico que, una semana después, leí en la computadora del cibercafé de Saint-Denis, la *banlieue* donde me escondí al norte de París–, al sentirse agredidos por el mal olor y al descubrir que la puerta había sido forzada, se metieron, vieron los cuerpos en estado de putrefacción y hablaron a las autoridades.

Hay dos pasajes contrapuntísticos muy hermosos antes de la página final del *Allegretto*. Son conmovedores aunque no duran mucho. Cada uno debe tocarse dos veces. A veces me quedo repitiéndolos durante horas, el tiempo suficiente como para hacer todo de nuevo, para pedir perdón, de prometer que –en otra vida– no cometería los mismos errores. Ellas me escuchan, mis hijas, mi esposa. No puedo verlas pero quisiera imaginar que me comprenden, que –en efecto– me han perdonado la necesidad que sentí de quitarles la vida, de que no supieron hasta dónde llegaba mi vergüenza. Los hombres no despegan los ojos de mi cara. No ven mis dedos. No sonríen. No se mueven.

Con más furia ataco el penúltimo pasaje que termina *forte* con un acorde de re bemol disminuido, para seguir con el pasaje final, el cual concluye en *piano* sólo para rematar con tres acordes secos en *forte*: si bemol, luego su primera inversión, y otra vez si bemol. Silencio. No los veo. La sala de esta vieja escuela, clausurada desde hace años, se encuentra vacía. Aquí vengo a tocar, todas las madrugadas, este Blüthner medio destartado que mantengo afinado y en buen estado mecánico, este piano felizmente olvidado por la *mairie* que nunca se ha dado cuenta de cómo me deslizo por la puerta encadenada que se abre justo lo suficiente para dejarme pasar. Los vecinos –satisfechos en su papel de cómplices de un viejo excéntrico, empedernido en violar una disposición de la autoridad local– se fijaron en mí desde el principio. A veces me saludan. Pero como apenas hablo francés, y árabe menos, no conversamos más allá de *Bonjour*. Parece increíble, pero llegué hace poco más de 10 años.

Aún resuena el último si bemol cuando escucho el trueno de lo que podría ser una nueve milímetros. Tal vez una 35. La verdad, no sé nada de pistolas. Pienso en «La tempestad». Recorro, una vez más, todas las salas. Siento cómo las gotas caen –con su *tac tac tac*– desde el teclado hasta el piso de madera carcomida. Es mi sangre. Sonríe. Me acuesto en la recámara dentro de un nocturno de Chopin. Disminuye la luz. Me encantan sus tonos menores. Cuelga en la pared un paisaje del Valle de México. Es un Velasco. Desde Tacubaya se ven los volcanes. Se pone el sol. Puedo escuchar el viento en los árboles de la Alameda. Todavía escucho el canto de un ave que pronto callará. Me cuelgo de sus últimas notas. Me llevan. He vuelto a casa.

© Sandro Cohen

El autor:

Sandro Cohen. Nace en 1953, Newark, New Jersey, en Estados Unidos. Afirma categóricamente, sin embargo, que no lo volverá a hacer. Mexicano por naturalización desde 1982, llegó a México en agosto de 1973, pocos días antes del golpe de Estado en Chile. Trabajó en el Departamento de Publicaciones de El Colegio de México, fue jefe de Redacción de la revista *Peronsal Computing México*, director editorial de Editorial Planeta Mexicana y director de Literatura e Interés General en el Grupo Patria Cultural, donde relanzó el sello Nueva Imagen, la cual habían dado por muerta. Es autor de seis libros de poesía; el más reciente es *Corredor nocturno*. También ha publicado dos novelas: *Lejos del paraíso* y *Los hermanos Pastor en la corte de Moctezuma*. Desde enero de 1980 ha impartido cátedra en la Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco. Es fundador y director de Editorial Colibrí.

EL LORITO TONTO *

por Lourdes Aso Torralba

Cada vez que Ernest sufría una de sus crisis creativas aterrizaba en Ketchum con su descapotable. A mí me encantaba que se alojase en casa. La pensión Maica (le había puesto mi nombre) siempre tenía las toallas limpias, el agua en su punto y la comida sin demasiada sal. A veces se quedaba una semana o quince días, hasta que se reponía de esa tristeza que arrastraba bajo los ojos en forma de bolsas. Nunca dijo que estuviera afligido pero, cuando me contaba cosas de los muchos sitios en los que había vivido, parecía que iba desgarrando la angustia.

Se llevaba muy bien con el viejo loro *Striker* al que él llamaba *Kenia* ya que decía, le recordaba mucho a los colores vivos de esa tierra. Así que, cuando no hablaba conmigo, se sentaba delante del loro y le confesaba sus inquietudes, como si estuviera delante de un ser racional. En esos momentos yo pensaba que si no hubiese sido escritor lo habría tomado por loco. Pero alguien que dedica su vida a conversar con un papel en blanco, anotando cosas y dudando si podrán ser leídas por algún otro, bien podía platicar con un animal con plumas.

En realidad, *Striker-Kenia* era un bicho muy listo y nunca se cansaba de escuchar. Era capaz de llevar una conversación más bien fluida. Hasta me decía:

—Ernest ha dicho que se va a volar la cabeza. Ernest ha dicho que se va a volar la cabeza.

Ni siquiera con ese afán de duplicar las frases pude creerle.

«Lorito tonto» pensé y continué con las tareas de la pensión que estaba repleta. Los turistas venían a la zona atraídos por los paisajes nevados y bosques repletos de hayas. Otros, en busca de las minas de plata y el deseo de hacer fortuna muy rápido.

Ernest desentonaba en cualquier parte. Su barba cada vez más blanca, su aspecto bonachón y sus hojas de papel y plumillas con las que marchaba a todas partes le daban un aire o de notario-contable o de bohemio perdido en las montañas.

Le encantaba cazar, así que no me extrañó ver su escopeta guardada en el armario ropero. Hacía siete años que había estado en África y, si se había atrevido con los safaris, no tenía por qué preocuparme de los jabalíes y los corzos.

A veces, tenía ocurrencias muy extrañas. Me había dicho que su avión se había estrellado en la selva y se había salvado de milagro para a continuación desmentir el accidente y teñirlo de un hecho provocado. ¿Quién iba a querer acabar con él? Pero sonreía como si se hubiera tomado zumo de limón sin azúcar, intentando convencerme de que habría querido morir entonces.

A mí me parecía que había vivido muchas guerras, visto demasiados muertos e inventado tantas historias, que la suya se le había escurrido dejándolo sin «seso». Que ya no acertaba entre la fantasía que creaba en el papel y la vida misma.

Era tan bueno que se dejaba querer aún estando así de taciturno. Me interesé por su último trabajo y me dijo que escribía sobre el París de sus años jóvenes. Decía «eramos muy pobres y muy felices»

—¿Y ahora no eres feliz, Ernest? —le pregunté.

—Estoy viejo y acabado. Soy como Santiago, el protagonista de mi libro.

Era imposible olvidar su *El viejo y el mar*. Lo había leído más de media docena de veces.

—Viejo, a lo mejor, pero de acabado, nada de nada. En todas partes has dejado amigos, aquí puedes volver cuando quieras. Y, si en este momento estuvieras tan agotado, no te vería salir con tus hojas y escribir perdonando incluso la comida. ¡Si has de enfermar como trabajas tanto!

* 2º Premio IV Certamen de Relato Almiar

Me permitía ese tipo de regañinas. Eramos viejos amigos. Incluso, años atrás, habíamos dormido juntos. A Ernest había que aceptarlo como era. No se le podía reprochar que cambiara de mujeres como de zapatos viejos. Cuando se gastaba el amor buscaba otro nuevo. Eso le pasó conmigo. Pero me seguía dejando leer sus manuscritos.

Una mañana apareció especialmente lluviosa. Ernest me pidió ginebra con soda y se acomodó en una mesa cerca del ventanal. Yo estaba pelando verdura. Striker-Kenia me dijo que lo tenía un poco abandonado. Le dí su alpiste, cambié el agua y le pregunté como estaba.

—Mal. Ernest dice que se va a volar la cabeza.

—¿Ya estamos otra vez con lo mismo? ¡Que tonterías se te ocurren! ¡Si te oyera...!

—Striker-Kenia no miente. Ernest se va a volar la cabeza.

—¿Eso te dice?

Asiente meneando sus plumas y añade:

—Y que tú tampoco le quieres.

Desde donde estábamos veía el perfil de Ernest trabajar con ahinco y después de revolver la cazuela volví a coger las hojas del manuscrito que tenía en la repisa. Fui leyendo lo que él quería titular *Paris es una fiesta* mientras cocinaba y me fui recreando en sus años jóvenes, en las juergas con sus amigos o en las dificultades para vender sus trabajos en algún periódico. ¿Pero cómo se iba a matar si estaba en plena producción? Además, no era hombre de dejar nada a medias.

Sin embargo, Ernest hablaba más con Striker-Kenia que conmigo, y me preocupaba la obsesión que le había entrado con aquello. «A ver si vas a estar celosa del loro» —escuchaba a la voz traidora de la conciencia. Y decidí cambiar mi rutina para dedicarle más tiempo a mi viejo amigo.

—Me gusta mucho hasta donde he leído —le dije.

—¿Y has encontrado el «dato escondido»?

—Pues no sé a qué te refieres. ¿Has escrito alguna adivinanza?

No respondió. Me habló del frente en la guerra. De la noche que el comboy de la Cruz Roja se estampó contra un edificio durante un apagón de luces con el ruido de las sirenas de fondo. De Gertrude, de su primera esposa. Yo no me cansaba de escucharle. Le abracé tiernamente antes de que se retirara a su habitación.

Esa noche estuve leyendo durante horas. Quería localizar el acertijo y lo único que descubría era una nostalgia creciente, que me iba dejando un sabor más amargo que el café.

Serían las cinco o las seis de la madrugada cuando sonó un tiro seco en la habitación.

Striker-Kenia repetía sin cesar: «Ernest se ha volado la cabeza. Ernest se ha volado la cabeza»

Era el 2 de julio de 1961.

Yo me guardé su manuscrito. Me costó bastante entender el enigma. Aunque intenté guardarle el secreto, estaba escrito en cada línea. ¡Qué tonta!

© Lourdes Aso Torralba

La autora:

Lourdes Aso Torralba. Residente en Jaca (Huesca; España). Entre otras distinciones recibió el 1º Premio del XV Certamen Cuentos Navideños convocado por el Ayuntamiento de Remolinos (Zaragoza) - diciembre de 2000; el 2º Premio del II Concurso Relatos Cortos convocado por el Ayuntamiento de Biescas (Huesca), en octubre de 2001, y el 1º Premio del VI Concurso Cartas de Amor convocado por el Ayuntamiento de Roquetas de Mar (Almería), en abril 2005. Es coautora de los libros de relatos *Así escribo mi ciudad* (2001) y *32 maneras de escribir un viaje* (2002), editados por Grafein Ediciones (Barcelona), y participado en diversas antologías. Relatos suyos han sido leídos en programas de Radio Madrid-M80 y Radio Euskadi.

FIN DE VIAJE PARA DESIDERIO TACKERAY *

por Antonio Tudela Sancho

—Señor... señor...

—...

—Señor, disculpe... no entra la segunda...

Desiderio Tackeray fue dejando su sopor. La segunda... ¿qué segunda? ¿De qué se le hablaba? Dos años viajando en aquel cachado colectivo interprovincial, justo desde que ganara la maldita cátedra de Derecho internacional comparado que le obligaba cada quincena a realizar ese infernal viaje entre los dos campus universitarios. Entre ambos campus de los quinotos, para qué subrayarlo, desde los edificios de la Nacional Autónoma, a las afueras de Tucumán, hasta el perdido villorrio de Taragüí, donde Pedro perdió las sandalias, cuatrocientos kilómetros al norte... En el orto del mundo. Cada quince días, ochocientos kilómetros en total, ida y vuelta, largo fin de semana por medio. Y en aquel colectivo escatológico, repleto de mínimos contrabandistas aficionados y de tercera, de jubilados roncadores en voluntarioso viaje de visita a los hijos, de gringos imberbes pero vueltos de todo y de nada. Siempre los mismos rostros, idénticos e indiferentes silencios, sonidos y efluvios entrañables ya al cabo de tanto tiempo de puro y viajero hermanamiento nocturno. Sólo la viejita silente y enlutada, perennemente sentada en primera línea, justo tras el copiloto, sólo la ancianita con la que nunca cruzó palabra, sólo aquella abuelita desvalida y acurrucada, replegada sobre sus añosos hatillos, aportaba quincenalmente esa benevolencia a flor de piel, ese testimonio de humanidad que tan necesario le era a Desiderio Tackeray, un ya no tan joven profesor adjunto y titular de una mal pagada cátedra en la sede de la Autónoma tucumana allá en la remota Taragüí, para resistir sus tránsitos quincenales, dos veces por mes, los doce meses del año, salvo huelgas de transporte, cortes pi-queteros de ruta y feriados.

El procedimiento se había vuelto rutinario. Desiderio Tackeray llegaba a la terminal de ómnibus de Tucumán caída la tarde, adquiría en ventanilla su boleto, subía con su mínimo equipaje de mano al colectivo y se aprestaba a dormir al fondo del pasillo, lo más resguardado posible de dos docenas de miradas vacías —contando con la ausencia de tuertos e invidentes— y del frío que se filtraba abusador por el millón de hendiduras y rendijas rechinantes de la vetusta máquina.

En dos años, ni el conductor ni mucho menos su copiloto a bordo —quien ejercía, además, funciones de revisor, mecánico parcheador de averías e incompetente azafato para un servicio de atención al usuario por completo inexistente— habían contestado ni una sola vez a sus saludos con algo más que un sesgado gruñido. Tal vez por eso le sorprendía ahora gratamente sentir el contacto cálido, humano, de la mano del copiloto en su hombro, y su voz tranquila, susurrante, de una amabilidad hasta entonces inédita, desasirle con suma cortesía de los brazos de Morfeo, como izándolo con respetuosa medida desde el sueño hasta la oscura y gélida realidad de aquel colectivo en marcha bamboleante hacia la nada excrementicia del último rincón del universo... Pero, ¿qué era lo que el cordial copiloto decía? ¿Qué significaban esas extrañas palabras con que reclamaba dulcemente su atención y desvelo?

—No entra la segunda, señor, lo siento...

¿Y qué es lo que siente usted, hombre de Dios, a estas alturas del partido y casi tocando los límites de una estratosfera alternativa?

—¿Qué, que no entra la segunda...? —balbuceó Desiderio Tackeray, abandonando lentamente su tibio limbo.

—Así es, señor, no entra la segunda, en efecto... si tiene usted la bondad de acompañarme...

* 3^{er} premio IV Certamen de Relato Almiar

Acompañarle, ¿adónde? Del brazo del atento copiloto, dejó Tackeray su asiento y sueño para recorrer a tientas casi el interior del colectivo, habituando los ojos a la penumbra de tarde en tarde recorrida en sentido contrario a la marcha por el tenue relámpago eléctrico de los escasos vehículos en la polvorienta ruta, hasta llegar junto al conductor y el propio puesto asignado al copiloto. La viejita adorable ronroneaba enroscada en sus gruesas ropas de invierno. La puerta delantera del colectivo se hallaba completamente abierta, y por ella se colaba un viento seco y cortante como daga de gaucho, pese a la lentitud de la máquina, más que suficiente para poner en fuga los últimos restos de sueño. Ante la puerta, el copiloto, amable pero serio, señaló hacia el incierto exterior rodante, cual conspicua azafata televisiva en programa recreativo de franja horaria familiar, como invitando a Desiderio a contemplar una Pampa desolada que le hubiera tocado en premio. Pronto comenzaría a clarear. Mientras, algunas luces apiñadas ante el horizonte indicaban el madrugador emplazamiento de Taragüí, el destino próximo de Tackeray, mero lugar de paso para el colectivo. Pero, ¿por qué no abandonaba éste su trayecto tangencial?, ¿por qué no tomaba la carretera de acceso a la modesta población, directo a la renegrida terminal de siempre?

—¿Por qué...? —murmuró tímidamente Tackeray, sin entender una palabra de la función.

—Por favor, señor, no entra la segunda...

—¿Y...?

—No entra la segunda, señor: se atoró la palanca en la caja de cambios...

—Ah, sí —Desiderio procuraba comprender—, bueno... ¿y?

—Señor, haga el favor —esta vez tomó la palabra el mismísimo conductor, que en un tono varios puntos por debajo de la amabilidad del copiloto consentía en descender de su olímpico silencio allá al manejo del volante—... No entra la segunda, ya le dijeron, de modo que nos resulta imposible detener la máquina, no podemos entrar en la ciudad, entiéndalo: luego no podríamos emprender la marcha de nuevo, y usted es el único pasajero que se queda en Taragüí...

—Haga el favor —el copiloto adoptaba ahora el tono imperativo de su colega— de apearse nomás, nos estamos alejando de su destino...

Desiderio Tackeray no se lo podía creer. Se trataba de saltar al vacío umbrío y polvoroso sin detener el autobús.

—De ninguna manera —contestó tajante.

—Por favor, señor, no podemos continuar tan sólo por usted a este ritmo lento... nos arriesgamos a que se ahogue el motor, y esta gente ha de llegar a su destino, sería lamentable que nos fregáramos acá todos... apelo a la solidaridad de usted.

—De ningún modo —repitió Tackeray—. Yo he abonado mi pasaje y tengo derechos, vivimos en un Estado de derecho... sus pretensiones son inconcebibles, caballeros...

—Señor, se lo ruego, tan sólo un saltito nomás...

—Dé un saltito, señor —era la voz hasta entonces inaudita de un viajero, de uno de aquellos rostros inexpresivos y conocidos desde tiempo atrás, aunque con un nuevo rictus de fastidio e impaciencia, primos hermanos de los del conductor y su copiloto.

—Sólo un saltito, señor —los viajeros abandonaban su duermevela, y la consigna «un saltito, sólo un saltito» iba ganando adeptos a medida que recorría cual reguero polvoroso el pasillo.

—Pero, es una locura —protestaba Desiderio dirigiéndose ora al conductor y al copiloto, ora al público en evidente y creciente actitud hostil—, ¿no lo entienden?, no tienen derecho... y suélteme usted, deje

«El procedimiento se había vuelto rutinario. Desiderio Tackeray llegaba a la terminal de ómnibus de Tucumán caída la tarde, adquiría en ventanilla su boleto, subía con su mínimo equipaje de mano al colectivo y se aprestaba a dormir al fondo del pasillo, lo más resguardado posible de dos docenas de miradas vacías —contando con la ausencia de tuertos e invidentes— y del frío que se filtraba abusador por el millón de hendiduras y rendijas rechinantes de la vetusta máquina.»

las manos quietas...

El copiloto, vuelto de amable ente despabilador en corsario animoso al paseo por la plancha, aplicaba ahora sin más su fuerza sobre Tackeray, que se aferraba como podía al marco de la puerta abierta.

–En serio –proseguía en sus protestas–, se les va a caer a ustedes el pelo, pienso denunciar el caso a su empresa...

–Por nosotros, señor –respondió el conductor sin dejar de atender a la carretera–, puede usted meterse la empresa enterita en el orto: tres meses llevamos sin cobrar el salario, estamos de hecho en situación de quiebra técnica... no nos haga perder más tiempo...

«¡Saltá ya, boludo abombado!», «¡Bajate, atorrante!» o «¡Dejate de joder y cagá al cojudo diabólico!» eran ahora las frases que, entre generalizados aspavientos y no muy simpáticos gestos, habían desplazado entre el respetable a la anterior invitación al «saltito».

Como último recurso, a modo de petición desesperada de humanidad, de comprensión, de compasión, como llamada al calor humano y maternal, ancestralmente uterino, Desiderio Tackeray tendió suplicante sus manos en dirección a la viejita enlutada y silenciosa, de rostro arrugadito y humilde, que tranquila seguía acurrucada en primera fila, única partícipe serena y a la vez paciente espectadora –con sus grandes ojos acuosos, oscuros y sabios– de la loca rebelión a bordo... Ella era la única esperanza de Desiderio, quien confiado y sin otro asidero ya estaba a punto de abrazarse a ella o de postrarse a sus pies suplicante, cuando la anciana rompió su silencio en un gesto cansado:

–Arrojate, maricón, saltá ya de una puta vez...

Impelido por un oportuno y último empujón del copiloto, Desiderio Tackeray paseó unas décimas de segundo su perplejidad por los aires. Por fortuna, su aterrizaje lo amortiguó una señora oronda que por allá pasaba cargando la pesada cartera escolar del niño que de la mano llevaba temprano a la escuela.

Tackeray se disculpó como pudo, sin sentir la blanca bofetada y las dos o tres puñadas infantiles sobre sus riñones. Quedó sentado cual títere sin hilos, magullado y cubierto de polvo en la cuneta. Se palpó, todo intacto. No hacía tanto frío como en el colectivo, ahora ya a lo lejos, en aumento su velocidad y bamboleo. Las luces de Taragüí iban apagándose a medida que salía el sol. Tendría que caminar un buen trecho hasta el destartado aulario donde sus clases de siempre, cada quince días, doce meses al año, salvo huelgas de transporte, cortes piqueteros de ruta y feriados.

© Antonio Tudela Sancho

El autor:

Antonio Tudela Sancho. (Madrid, España. 1969). Licenciado y Doctor en Filosofía por la Universidad de Murcia (España), Masterando y Doctorando en Ciencias Jurídicas por la Universidad Internacional de Andalucía (España). Ha sido Becario de Investigación Doctoral del Ministerio español de Educación y Cultura y del Programa de Investigación Científica en Humanidades (área de Filosofía) de la Fundación Caja Madrid, así como Investigador de Post-doctorado en la Universidad de Murcia. Ha realizado estancias de estudios en Lima (Perú), París (Francia), Salta (Argentina) y Asunción (Paraguay). En la actualidad, se desempeña como docente en el Departamento de Postgrado y Maestrías de la Facultad de Filosofía de la Universidad Nacional de Asunción (Paraguay). Tiene en su haber numerosas contribuciones en obras colectivas y más de una treintena de artículos en revistas científicas internacionales del área de Filosofía, y ha publicado los siguientes libros: en la modalidad de ensayo, *Ulises en el laberinto* (I Premio de Ensayo «Miguel Espinosa», Murcia, 2003), *Ars Delenda* (Asunción, 2004) y su Tesis doctoral, *Escrituras de la diferencia* (Madrid, 2005); como compilador, junto a Jorge Manuel Benítez Martínez, *Pensar en Latinoamérica* (Asunción, 2006); y como traductor del francés, el libro de Jacques Derrida y Safaa Fathy: *Rodar las palabras* (Madrid, 2004) y el de Jean-Luc Nancy: *Ser singular plural* (Madrid, 2006). En su faceta literaria, obtuvo con su relato «El cerco» el primer premio en el XIX Certamen «Jara Carrillo» de cuento (Murcia, 2003), y acaba de publicar la novela *Gozoso extravío* (Valladolid, 2007).

AMERICAN DREAM - CRÓNICA DE UN VIAJE AL PURGATORIO

(Novela inédita - Capítulo)

por Leo Zelada

10 de diciembre

Al día siguiente, luego de reincidir en el hotelucho irónicamente llamado El palacio del Caribe, me dirijo al bote. Subo. Pago lo convenido. Hago un trasbordo. Arranca la lancha.

Nos vamos alejando del litoral, el mar color turquesa de esta parte del caribe es hermoso. Es curioso: nunca antes en este viaje me he detenido a mirar los paisajes que voy atravesando en mi descarriado periplo. ¿Tanto he estado ensimismado en mis cavilaciones internas? Veo mi reloj. Estoy preocupado, no sé que pretexto coherente podré argumentar en caso me detengan en el retén de seguridad de Turbo y sin documentos en la mano.

«Ser marino en estas aguas tiene sus peligros y ellos conviven con ese temor y placer a la vez, saben que la lancha puede volcarse y poner fin a sus marítimas existencias. Mejor es morir con una sonrisa en los labios, creo intuir mas allá de esas naturales carcajadas, ese reclamo suyo, como un desafío a la muerte.»

Una nave se acerca. De pronto sucede lo inaudito, la lancha comienza acelerar su marcha, la nave extraña hace lo mismo, el conductor de la lancha en eso, acelera traumática mente la velocidad, el vehículo de la armada acelera también en pos de nuestra persecución.

La velocidad está ahora al máximo, gruesos chorros de agua, caen sobre mi incrédulo rostro, me agarro de la parte trasera de la lancha.

El sol ardiente allá arriba, los tripulantes –5 en realidad, aparte de mi merced– empiezan cómplices a mirarse de reojo y mirándose entre ellos y luego mirando de reojo mi rostro pálido de la impresión, empiezan a romper en un irrefrenable mar de carcajadas. Para ellos este percance debe ser de lo más rutinario, pero esto no me causa ninguna gracia, el bote puede volcarse.

«Estoy totalmente empapado y agarrado fuertemente a un extremo del bote, los hombres siguen riendo, de súbito viene a mí la revelación, comprendo entonces que si hoy me llegó la hora, me llegó, y nada puedo hacer para remediarlo y que mejor es disfrutar este momento, que puede ser el último, que por lo demás sería penoso encontrarme así cara a cara con la muerte en medio del más absoluto pánico. Otra es la mirada que tengo cuando regreso de mis cavilaciones.»

Ser marino en estas aguas tiene sus peligros y ellos conviven con ese temor y placer a la vez, saben que la lancha puede volcarse y poner fin a sus marítimas existencias. Mejor es morir con una sonrisa en los labios, creo intuir mas allá de esas naturales carcajadas, ese reclamo suyo, como un desafío a la muerte.

Estoy totalmente empapado y agarrado fuertemente a un extremo del bote, los hombres siguen riendo, de súbito viene a mí la revelación, comprendo entonces que si hoy me llegó la hora, me llegó, y nada puedo hacer para remediarlo y que mejor es disfrutar este momento, que puede ser el último, que por lo demás sería penoso encontrarme así cara a cara con la muerte en medio del más absoluto

pánico. Otra es la mirada que tengo cuando regreso de mis cavilaciones. El paisaje, la ardiente adrenalina atravesando mi cuerpo me hace exclamar qué mierda si tengo que morir ahora, prefiero morirme a 300 kilómetros por hora. En mi rostro empieza a dibujarse aquella sonrisa hiriente y franca de mis compañeros. Ellos contagiados de mi inusitado entusiasmo comienzan a echar maldiciones a la armada mal paridos hijos de puta alcáncennos si pueden, parecen unas madres pendejos. La lancha prácticamente se encuentra volando sobre las aguas –Esto, está de puta madre, carajo– digo, risas generales.

La armada está cerca de nosotros y nos sigue raudamente. La lancha esta prácticamente entre el aire y el agua, saltando intermitentemente, suspendida entre dos cuerdas inefables por igual de gaseosas. Cuánto aguantará la lancha esta persecución. Ello no parece preocuparle mucho a mis compañeros, que siguen haciendo ademanes obscenos a los marinos.

Después de varios minutos, nuestra suicida determinación ha logrado resultados. La armada se aleja. La lancha entonces baja de velocidad, los contornos vuelven a su lugar y la respiración también. Los tripulantes nos acomodamos y tranquilamente cambiamos de trayectoria. Recalamos, luego de un par de maniobras en un pequeño islote. No obstante algo me sorprende de este lugar que aparece de pronto como sacado mágicamente de un libro de aventuras de Salgari. Aquí solo recalán embarcaciones lujosas y gente potentada, me pregunto entonces ¿qué hacemos nosotros aquí?

Veo un restaurante, canchas de tenis, casa de juegos antes de llegar la orilla. Allí veo gente que parecen ser magnates por los costosos relojes de oro que veo en sus brazos, la billetera abultada ostentosamente mostrada para pagar sus cuentas. Parece como si estuviera dentro de un capítulo de una famoso serie policial norteamericana que describe la lucha que realizan dos policías, uno blanco y el otro negro, contra los magnates latinoamericanos de los negocios turbios.

La arena blanca, el mar celeste, el lugar parece una postal. El conductor de la lancha me dice:

–oye muchacho ven acá te invito una cerveza.

Me acerco, él me abraza, me ofrece una cerveza en lata helada, la tomo de sus manos, la abro y empiezo a tomarla

–estuviste bien hace un rato muchacho, a tu salud
–me dice.

–salud –digo, mientras pienso si todo esto no será un sueño.

Yo no pregunto nada, algo he aprendido en este país y es que se rige por la misma ley de mi barrio, para lograr sobrevivir, no hay que preguntar, no hay que ver, no hay que saber, no hay que oír nada.

«La armada está cerca de nosotros y nos sigue raudamente. La lancha esta prácticamente entre el aire y el agua, saltando intermitentemente, suspendida entre dos cuerdas inefables por igual de gaseosas. Cuánto aguantará la lancha esta persecución. Ello no parece preocuparle mucho a mis compañeros, que siguen haciendo ademanes obscenos a los marinos.»

© Leo Zelada

El autor:

Leo Zelada. (Lima, Perú, 1970). Ha publicado los libros de poesía: *Delirium Tremens* (Lima, 1998), *Diario de un Ciber-punk* (México, 2001) y *Opúsculo de Nosferatu a punto de amanecer* (Lima, 2005). Actualmente reside en Madrid, España. El presente capítulo pertenece a la novela *American Dream - crónica de un viaje al purgatorio*, próxima a publicarse.

Gustavo E. Nielsen

Buenos Aires (Argentina), 1962

<http://milanesaconpapas.blogspot.com>

<http://mandarinasdulces.blogspot.com>

* * *

Arquitecto y escritor.

Obra publicada:

- *Playa quemada* (Cuentos, Alfaguara, 1994)
- *La flor azteca* (Novela, Planeta, 1997)
- *El amor enfermo* (Novela, Alfaguara, 2000)
- *Los monstruos del riachuelo* (Novela juvenil, junto a Ana María Shua, Alfaguara Juvenil, 2001)
- *Marvin* (Cuentos, Alfaguara, 2003)
- *Auschwitz* (Novela, Alfaguara, 2004).
- *Playa quemada* (Cuentos, Interzona, 2006)

Distinciones:

- Primer premio en la Primera Bienal de Arte Joven, año 1989. Jurado: Abelardo Castillo.
- Primer premio en el Concurso organizado por el Consejo
- Deliberante de la Municipalidad de Buenos Aires, "La Ciudad convoca a sus Creadores", año 1993. Jurado: Antonio Dal Masetto y Rodrigo Fresán.
- Primer premio Subsidio a la Creatividad de la "Fundación Antorchas", año 1994.
- Premio municipal de literatura en obra inédita por *Marvin*, bienio 98-99. Jurado: Ana María Shua, Antonio Requeni, Vicente Battista, Jorge Torres Zabaleta y Ruth Fernández.
- Primer premio Beca Nacional de Creación del FONDO NACIONAL DE LAS ARTES, año 2001. Jurado: Pedro Orgambide.
- Segundo premio en el Régimen de Fomento a la Producción Literaria Nacional y Estímulo a la Industria Editorial, FONDO NACIONAL DE LAS ARTES. Año 2002. Jurado: Horacio Salas.
- Primer premio Concurso "Viene a Cuento" del AECE – Centro Cultural de España en Buenos Aires. Jurado: Rosa Regás, Vicente Battista, Liliana Hecker, Sergio Olguín y Esther Cross. Año 2002. Publicación del libro *Viene a cuento* por Editorial TUSQUETS.
- Primer premio en el Subsidio a la Creación de la "Fundación Antorchas", año 2003. Jurado: César Aira.

Diversos cuentos suyos figuran en Antologías de cuentistas compiladas en Argentina, Chile, Uruguay, Brasil, Venezuela, Alemania, México, Suecia y España, y en varias revistas y periódicos del país y del exterior.

En el campo cinematográfico, ha colaborado en los siguientes cortometrajes:

- *Marvin* (cortometraje de ficción). Realización junto a Adolfo Cabanchik. 2003.
- *Caracoles* (cortometraje de ficción). Realización junto a Luis Campos. 2005

* * *

Entrevista

NARRATIVAS: *En algún momento te has definido más como cuentista que como novelista. ¿Qué diferencias destacarías entre la narración breve y la novela tradicional, más extensa?*

GUSTAVO NIELSEN: Escribir un cuento es parecido a construir un stand. Hay una idea para dar, una estética, un solo recorrido. Tiene que producir un shock. Es UNO de todo. Se tarda en hacerlo pocos días y, en visitarlo, apenas minutos. Se lo construye en seco, con bulones, con paneles de yeso. Y es efímero, aunque se pueda convertir en eterno (el caso de la torre Eiffel, el stand máximo de la historia).

Para escribir una novela se tarda como para construir una casa. Y hay problemas, materiales húmedos, pagos en plazos, eternidades. Y los clientes te imponen sus razones estéticas, porque se van a quedar a vivir en la obra.

Prefiero la instantaneidad, lo efímero y el golpe certero. Prefiero un solo pago en una sola semana. Prefiero el éxito inmediato de una idea.

Prefiero cuentos.

N.: *Además de la literatura, te dedicas a la ilustración y al dibujo y también has hecho algo de cine.*

GN.: Siempre me debatí entre escribir y dibujar, dos nobles acciones que nunca me traicionaron, y me dieron felicidad. Por eso voy a seguir haciendo las dos cosas. El cine reúne a las dos; aunque tal vez las prefiera por separado.

Mezclar amores trae problemas de cama.

N.: *Mantienes un blog (<http://mandarinasdulces.blogspot.com>) en donde has publicado buena parte de tus relatos. ¿Qué importancia le das a Internet como medio de edición y publicación de literatura?*

GN.: ¡Mantengo DOS blogs! www.milanesaconpapas.blogspot.com es mi bitácora diaria, donde apunto las cosas que hago en todos los campos que frecuento. Es, por decirlo así, mi blog de *popurrí*. Tiene obras de arquitectura, películas, avisos, chistes, micronovelas, poemas de otros, planos, cotillón, fotos o dibujos. www.mandarinasdulces.blogspot.com es mi blog literario: donde se pueden leer solamente mis mejores cuentos o los capítulos de las novelas que escribí y publiqué.

¡Gratis!

Internet es una gran carta de presentación.

N.: *En tus primeros libros se adivina cierto interés por innovar, por arriesgar en la construcción formal de cada relato, un empeño que sin embargo parece haber perdido algo de fuelle en tus últimos trabajos. ¿Es así?*

GN.: Afortunadamente, crecí.

N.: *Una constante en tu narrativa es la inclusión de lo perverso dentro lo cotidiano, una perversidad que surge además de personajes que podrían pasar por vecinos ejemplares.*

GN.: La perversión en la escritura me sale con naturalidad.

N.: *¿Qué hay en la cabeza de Gustavo Nielsen antes de ponerse frente a una hoja en blanco? ¿Cómo desarrollas tus historias?*

GN.: Cuento con TRES ingredientes: las frases del principio, la frase del final y un bosquejo aproximado y medio desprolijo del contenido.

N.: *Has publicado con dos grandes editoriales como son Planeta y Alfaguara, pero tu relación con ellas no ha acabado siendo todo lo amistosa que hubiera sido deseable.*

GN.: ¿Deseable para quién? Tal vez estés proyectando un poco en esta pregunta. Mi relación con Planeta y Alfaguara se ha derrumbado porque hice un juicio que reveló cómo es una de las desgraciadas mecánicas vigentes en los premios literarios. Planeta recurrió a ella en su premio de 1997, y yo lo descubrí y lo probé. Estoy muy orgulloso de eso. Alfaguara actuó corporativamente con Planeta porque es una empresa, y las empresas a veces tienen miedo. Mi deseo está puesto en la honestidad de la creación.

Todas las otras cosas me parecen una mugre que no puedo entender. En mi vida trato de bañarme diariamente.

N.: *¿Cómo calificarías la situación actual de la literatura en español y, más en concreto, del mercado editorial?*

GN.: Está surgiendo gente nueva que es muy interesante. Mori Ponsowy, Patricia Suárez, Florencia Abbate, Pablo Ramos, Mariana Enríquez, Marina Serrano... Mientras haya escritores inteligentes y buenas historias para contar, la literatura seguirá viva, opine lo que opine el mercado editorial.

N.: *Como lector, ¿cuáles serían tus preferencias en el terreno de la narrativa en castellano y tus autores favoritos?*

GN.: Me gustan Onetti, Cortázar, Saer y Bioy Casares. De ellos recomiendo *Esbjerg en la costa*, *La autopista del Sur*, *Cambio de luces*, *Glosa*, *El entenado*, *La invención de Morel*.

También leo a Fogwill, Castillo y Gandolfo. Son tres capos.

De mi generación, admiro la poesía de Bizzio y los cuentos de Chernov.

N.: *¿Qué nuevos proyectos alberga en mente Gustavo Nielsen?*

GN.: La continuación de "Auschwitz": "Berto bombero". Comparada con "Berto bombero", "Auschwitz" parecerá un cuento infantil.

* * *

Relato

ADIÓS, BOB

por Gustavo Nielsen

Joan creía que hubiera podido ser una buena madre para Mariana, porque lo era, y muy buena, para Bob. No había sido lo mismo con su verdadero hijo, Tommy, a quien había dejado caer desde un piso trece, en su vivienda anterior y en su vida anterior. En realidad, se había descuidado, y el niño, que tan sólo tenía dos años, asomó demasiado su cuerpo por entre los barrotes del balcón. Joan se culpaba por ese descuido. Desde entonces, había dejado de fumar marihuana y se había mudado a un piso más bajo, lo más bajo que se podía conseguir en el Soho, sin pagar una fortuna. Segundo piso por escaleras.

Mariana no creía lo mismo que Joan. Ella tenía su propia madre en Buenos Aires, muy lejos de Manhattan, y con una sola madre le bastaba. Pero estaba cómoda en ese departamento, en el que una mujer enorme y blanca le preparaba sus platos de cuando era ama de casa, a cambio de un poco de compañía y una renta barata, quincenal. Y le dejaba llamar por teléfono seguido. Y le compraba el Village Voice. Y le había hecho una gran torta para su cumpleaños.

Bob era la gata, y se estaba muriendo. No era de ninguna raza conocida; color café con leche. Joan afirmaba que la compañía de Bob había sido la única cosa importante desde la muerte de Tommy. Lo decía así: «Bob es la segunda persona con la que pude convivir». Ahora, bueno, también estaba Mariana. Pero cuánto podía durar en Nueva York una mujer *tan* latina como esa chica. Joan estaba dispuesta a disfrutarla todo el tiempo que ella quisiera ser su inquilina.

Cuando Mariana le preguntó por qué le había puesto un nombre masculino a la gata, Joan levantó los hombros. No le importaba que fuera gata o gato. Al principio, la había llamado Barbie. Había sabido ser un buen juguete para Tommy. Un juguete vivo. Después, le cambió el nombre. A la gata tampoco le importó. De todas formas, no había sido de esas mascotas que responden a un nombre. Para Mariana, que la conoció recién de grande, no pasaba de ser un animal siempre acostado, con el movimiento restringido a la respiración y al comer.

Mariana había llegado a Estados Unidos a probar suerte, y estaba pasando por su primera crisis de inmigrante. Manhattan era una ciudad agresiva y fría. Sus únicos amigos eran mejicanos, guatemaltecos, algún cubano. Vivían pendientes de salir del país cada tres meses, antes de que se les vencieran las visas de turista. No eran amigos *verdaderos*, sino compañeros de devenir, tan solos y perdidos como ella, con los que antes de saludarse con un «hola», se preguntaban por *los papeles*. Y la respuesta era siempre la misma: «bien, gracias». «En trámite».

Sobre los azulejos del baño de Ezeiza, antes de subirse al avión, Mariana había anotado: «Nacer aquí fue un error geográfico». A un año de vivir en Estados Unidos, no estaba tan segura. Sentía que había «flaqueado». Flaquear, para ella, era necesitar su mate, su asado, los ñoquis del veintinueve. ¿Por qué ahora le gustaba el tango, si nunca antes le había llamado ni remotamente la atención? *Tener un origen, cuando alguien se quiere ir, es peor que no tenerlo*, pensó. Sentir ese origen, para Mariana, era el mismo germen del mal. La enfermedad en su expresión más absoluta.

Ella no necesitaba un país ejemplar. Necesitaba tener una vida propia, de la que sentirse orgullosa. La

primera cuenta la había sacado a los treinta y tres años, en un Banco que no sólo no le pertenecía, sino que en algún momento de la historia reciente había perjudicado a su propia Nación con uno de esos desfalcos que suceden en Latinoamérica. Ese Banco importado representaba lo que ella más odiaba, lo que la había hecho irse de Buenos Aires. Pero las cartas estaban dadas. Aquí tenía su propia tarjeta de crédito, no una extensión de la de su madre por la que debía dar explicaciones acerca de lo que había comprado o dejado de comprar. Aquí, en cierto sentido, era más adulta. Aunque extrañara las Vauquitas y los muñequitos de los chocolatinos Jack.

Joan había tenido treinta años en el '76. En ese momento, los argentinos que tenían treinta años se iban del país por motivos políticos, para que no les pusieran una bomba. Joan, en cambio, era neoyorquina, estaba disfrutando de su entorno *flower power*, había viajado a Woodstock y aparecía cogiendo en la película. De la época hippie le quedaba un violín de lata, un par de bufandas coloradas, el temperamento pacifista, un acendrado odio hacia la familia Bush y una animosidad social que la hacía trabajar con mujeres maltratadas y cocinar dos veces por semana en una pensión de *homeless*. Tenía, al decir de Mariana, *corazón de ONG*.

Después de la muerte de Tommy, una Joan muy joven se había hecho un tatuaje con una *T* pequeña en el seno izquierdo, donde creía que estaba su corazón. Pero a los cuarenta y ocho años lo había perdido en una mastectomía. Desde entonces no veía a ningún hombre. El cáncer se había detenido. Una prótesis llenaba el vacío derecho de su corpiño, como un edificio ficticio levantado sobre las ruinas de otro anterior. Mariana ya la había conocido así, con los ojos tristes, caídos en los rabillos, una gran mancha blanca en el pelo y sin la *T*. Bob tenía una mancha muy parecida sobre el lomo, de color amarillo. La mancha hermanaba a Joan con su mascota, por lo que jamás se iba a teñir. También creía en la existencia de los ángeles, en los seres de otros planetas, en los libros de Dale Carnegie y en la dieta Scardale, aunque nunca le había hecho bajar ni medio kilo. Tanto ella como Bob eran obesas.

«Después de la muerte de Tommy, una Joan muy joven se había hecho un tatuaje con una T pequeña en el seno izquierdo, donde creía que estaba su corazón. Pero a los cuarenta y ocho años lo había perdido en una mastectomía. Desde entonces no veía a ningún hombre.»

El alcalde de Nueva York tenía una propuesta para solucionar el problema de los gatos en la calle: multar a las personas que los alimentaban, para así matar de hambre a los animales y evitar su incontrollada superpoblación. Joan había enviado una carta al correo de lectores del Times. Fue muy severa: lo mejor era multar a los que los abandonaban, a los que no los esterilizaban, «verdaderos responsables de un paisaje desolador de gatos inundando la City». Y llamaba «criminal» al alcalde.

El Times había publicado la carta sin censurar. Mariana la había leído durante el almuerzo. Joan le pidió su opinión. Mariana le dijo que le parecía una carta *heavy*. Se mostró sorprendida: «¿Bob está esterilizada?» No. «¿Nunca le había hecho ligar las trompas?» No. ¿Y por qué ahora lo exigía con tanto énfasis a los demás? Joan argumentó que Bob se la pasaba «adentro» del departamento. Así había sido en quince años. La ciudad se salvaba de la suciedad de Bob a partir del encierro de Bob. El mismo encierro que aseguraba la castidad de Bob. A Mariana no le pareció algo muy justo. Joan se llenaba la boca, como todos los americanos, con la palabra «libertad», pero, a la hora de actuar... *do what I say, not what I do*. Joan se sintió insultada. Esa era su frase preferida para agredir a los republicanos.

Levantó los restos del almuerzo y le cobró la quincena por adelantado. ¿Quién era esa argentina para opinar sobre la «libertad»? A ella, que había hecho el amor en el pasto, desnuda y a la intemperie, con todos sus amigos. De una de esas relaciones había nacido Tommy. El padre podía haber sido cualquiera; y cualquiera de ellos, si Joan lo hubiese pedido, se habría hecho cargo de la paternidad sin requerir el análisis de sangre. Habrían aceptado a Tommy sin preguntarse nada.

A Mariana tampoco le había gustado la actitud de Joan. Decidió que era mejor salir a la calle, que quedarse a discutir. Los yanquis confundían libertad individual con libertad social. Lo había notado en todo este tiempo de vivir ahí. Ninguno de ellos se iba a mosquear por la desigualdad del mundo, salvo que les tocara personalmente, por alguna razón *injusta y equivocada*. Joan era una más. Participaba de todos esos movimientos solidarios no porque fuera *realmente solidaria*, sino para olvidar la culpa de

haber descuidado a su bebé. Con su cucharón en la mano, sirviéndole comida barata a los desharrapados de la otra cuadra. «Gorda chota», pensó Mariana, en argentino.

Esa mañana, además, la habían acusado de haberse robado unos centavos en el supermercado para el que trabajaba como cajera. Al final de la discusión, su jefe terminó descontándoselos. «Al inmigrante le pedimos recato y sumisión. A veces, invisibilidad. Otras veces, las menos, opinión (pero siempre recatada y sumisa)». Eso era, definitivamente, ser un mal anfitrión.

La calle estaba vacía. Se dirigió hasta Spring y Wooster a comprarse un helado de agua, gusto a frutilla. Tenía que comprender que ahora que la gata estaba malita, el humor de Joan había caído en picada, como un avión a punto de estrellarse contra el suelo. Joan era la madre de Bob, como lo había sido de Tommy. Casi nadie pasaba en la vida por la muerte de dos hijos. «Gracias a Dios», pensó. Tenía que hacer un esfuerzo para comprender a esa mujer enorme y blanca, porque la quería. No como madre, eso estaba claro. Por lo menos, lo estaba para Mariana. Joan era el único gesto humanitario que había recibido de Manhattan, el único mimo de esa ciudad salvaje.

El *paki* le hizo una rebaja. El helado valía un dólar, veinte centavos, y le cobró solamente un dólar. Además, le regaló una sonrisa. Mariana se sonrojó. Veinte centavos era la cifra que le había descontado el imbécil de su jefe, hacía apenas unas horas. ¿Una coincidencia sin importancia? Las coincidencias no existían. A su incipiente decisión de irse de ese país complicado y desierto de afectos, esos veinte centavos recuperados estaban intentando confiarle un secreto que también estaba en la sonrisa del vendedor. Aún lo podía intentar, si quería. O, al menos, si estaba *mu*y segura de volverse a la Argentina, debía despedirse bien. De Joan, de Bob, de los pocos que habían sabido tratarla con amabilidad y respeto. Y a los demás que les hicieran «fuck you» por el culo, sin vaselina.

Al fin de cuentas, su vida no había cambiado. No había conseguido un amor, no estaba embarazada, no tenía un buen empleo. Con treinta y cuatro años, seguía igual de sola y perdida que en su ciudad natal. No iba a poder abrir una historia en Buenos Aires si no había cerrado esta. Eso lo saben todos los enamorados y algunos emigrados; ahora lo sabía ella también. Tenía que aprender a despedirse de sus gorditas. Tenía que empezar a aprender a despedirse.

–Thank you; have a nice day.

Le devolvió la sonrisa al *paki*. Caminó hasta Washington Square Park y se sentó a mirar el arco de *Cuando Harry conoció a Sally*. El Nueva York de las películas no era ni parecido al de la realidad. En el medio de la plaza había un lanzallamas árabe. Llevaba una túnica chamuscada en el ruedo. Bebía un trago de kerosén de una botella, lo retenía en los carrillos y lo escupía sobre la antorcha. La lengua de fuego volaba medio metro. Dejaba el aire impregnado de un olor a combustible que no se correspondía con el tímido gusto a fruta del helado.

Mariana decidió hacer lo que hacía cuando iba a ayudar a Joan a sus *comedores de pobres y harapientos*. No oler. Siempre le había parecido injusto que la percepción no se pudiera cerrar, salvo en el caso de la visión, el gusto y el tacto. Cerrar los ojos para no ver; la boca para no degustar; los dedos de una mano para no tocar. No pasaba lo mismo con la nariz y las orejas. A la nariz había que apretarla para no oler; a los oídos, impedirles el paso del ruido con las manos, o tapones. Era injusto. Y ella había experimentado un método para no oler. Podía, a voluntad, cerrarse. Como ahora, por ejemplo. Mariana dejó de sentir el combustible quemado. Porque quiso, porque el fuego quemado la agredía más que las bocanadas que salían de los edificios neoyorquinos en invierno. Más que el olor a frito de los McDonald's; más que el olor a basura del Barrio Chino; aún más que el olor a sudor y a orina impregnado en la piel de los *homeless* de Joan.

Una chica pelirroja de rulitos, que iba sobre patines, había empezado a molestar al lanzallamas. La primera vez que le pasó cerca, gritó «Come on, baby, lite my fire», como en la canción. La segunda vez le pisó con los patines la estera sobre la que él estaba parado, y en la que había distribuido sus cosas. Una cesta, una botella, otra antorcha, los fósforos. La botella se cayó; él se arrodilló a pararla otra vez, antes de que se volcara del todo. La pelirroja se rió. Era una neoyorquina hecha y derecha, pensó Mariana. El árabe miró hacia atrás por sobre su hombro, antes de lanzar la próxima llamarada. Mariana comió el último bocado de su helado y chupó la paleta.

La patinadora, que se había alejado unos metros, volvió a la carga. Cuando pasó cerca de la espalda

del hombre, lo empujó. No fue un gran empujón, pero el árabe tenía la boca cargada de kerosén, y tuvo que escupirlo. Parte produjo un charco en su esterilla, parte se encendió en el aire y parte lo hizo toser. Mariana se paró, indignada. El árabe podía esperar a que la patinadora volviera, darse vuelta repentinamente y rociarla de fuego. Quemarle el pelo, los rulos de brushing y spray. ¿Por qué no reaccionaba? Mansamente, comenzó a juntar sus cosas en la cesta. Enrolló su esterilla.

«¡Burn her, idiot, burn her!» Que se tenga que apagar en la fuente. Que el pelo se le desmigaje en cenizas. ¿Por qué tenían que soportar la soberbia de los neoyorquinos, esa angustiante espera del inmigrante a ser echado? A que los fueran echando despacio, meticulosamente, minuto a minuto, empleo a empleo. «Apagándonos el fuego», pensó. La patinadora le pasó cerca. «Fuego...», repitió Mariana, en español, en el mismo idioma de sus pensamientos. La sola palabra produjo en su cabeza un silencio de miedo. Nada de lo que había alrededor estaba sonando. Como si los ruidos se hubieran quedado quietos.

Lo había logrado, había logrado silenciar a Manhattan. Tapar sus oídos a voluntad, como lo hacía con la nariz. Para algo le había servido ese año. Había aprendido, definitivamente, a no sentir. La patinadora dobló por Houston y Mariana regresó al departamento pensando que ya era hora de irse de ese país, para no volver nunca. Y abandonar para siempre a esos yanquis de mierda, con sus sorteos anuales de *Green Cards*, sus programas imbéciles de preguntas y respuestas, sus *videogames* de todo y sus parches de nicotina para dejar de fumar.

«Al fin de cuentas, su vida no había cambiado. No había conseguido un amor, no estaba embarazada, no tenía un buen empleo. Con treinta y cuatro años, seguía igual de sola y perdida que en su ciudad natal. No iba a poder abrir una historia en Buenos Aires si no había cerrado esta.»

Cuando pasó la puerta del departamento, con la decisión tomada, encontró a una Joan doblada en el sillón. Tenía entre las manos una lata de *Whiskas Special*, de esas que valen doce dólares y Bob comía solamente el día de su cumpleaños. La lata estaba abierta y vacía. Mariana miró el plato de Bob: lleno, sin tocar. Miró las piedritas: limpias. La cara de Joan: mojada.

Se iba a ir, no había dudas. No era su país, no era su gente, no era su gata. Aunque estuviera muy enferma. Aunque Gaal, el veterinario de Bob, opinara que había que

sacrificarla porque estaba sufriendo. Bob estaba viejita; Joan estaba viejita. Mariana siguió hacia su habitación sin hablar. Se acostó y se tapó hasta la cabeza, para que no la oyeran llorar.

A las siete de la tarde, Joan la despertó para cenar. Se había repuesto un poco; sobre la mesa había una botella de vino tinto de California, copas, velas, flores. El mantel de encaje que usaba en Navidad. Sirvió las copas. Le contó su plan en detalle.

«Hay veces que la muerte es la única manera de cura posible; la forma de la paz. Bob es un *pet*, no un *roomate*. Los compañeros deben ser humanos», afirmó Joan, en un spanglish cerrado, pero que Mariana entendió, aunque no compartió, porque de chica había tenido un caniche toy que hasta dormía en su cuarto. Los humanos eran los únicos seres con conciencia, y se necesitaba conciencia para acompañar a alguien *realmente*. *Racionalmente*. Si no, era un simple estar al lado del otro, una cuestión de acostumbramiento. «Pavlovian routines». El caniche prefería estar con Mariana a estar con otras personas; Mariana le hacía mimitos y él se dejaba, y disfrutaba mucho. Lo que diferenciaba a un ser humano de una mascota no era la cualidad de acompañar, sino la incondicionalidad. Las mascotas son una compañía de esas que no contradicen al hombre, sólo lo apoyan en todo lo que este quiera hacer. «Y uno las puede echar, total vuelven». Como los esclavos. Como los inmigrantes.

Tampoco Bob había sabido ser una hija para Joan. Comparar su mascota con un hijo era menospreciar la memoria de Tommy. En eso, Mariana estaba de acuerdo. Aunque Bob hubiera durado quince años y Tommy apenas dos. Pensó que ella misma iba a durar muchísimo menos. La Argentina estaba ahí, a golpe de avión. Una república inmensa, injusta, absurda, maltratadora, pero de ella, secretamente propia. El lugar adonde había nacido y al que estaba por volver, aunque no supiera bien para qué. Mariana pensó que ella también había tenido que menospreciar a su tierra para poder irse, como Joan estaba menospreciando a Bob, deshumanizándolo un poco, para poder hacer lo que el médico le había ordenado. Ningún país de salida era tan malo, como ningún lugar de llegada, soslayando la muerte, tan bueno.

Joan tomó su copa: temblaba. Tenían hora en la veterinaria a las nueve de la mañana. Gaal en persona se ocuparía del asunto. Le daría una inyección de quinientos miligramos de Pentotal. Ella estaba preparada, aunque no lo pareciera. Mariana supuso que Joan estaba tan preparada a sacrificar a su mascota como ella misma lo estaba para el regreso. Esa mezcla de miedo y entereza las ataba como un lazo invisible. Levantó su copa para responder al estoico brindis de los hippies, donde la vida y la muerte eran celebradas por igual: con velas, con flores. Joan ya había pasado por eso, antes. Se tocó, sobre el vestido, la ortopedia del pecho. Venían tiempos de cambio, dijo, para las dos. Tal vez pensara en una vida junto a esa mujer más joven que le había ido a pedir una habitación de alquiler, un año atrás, y a quien ella había cuidado, alimentado, escuchado. Mariana asintió. Supo que, si la ayudaba a sacrificar a Bob, Joan, tal vez, podría ayudarla a partir. *Tit for tat*. Se corrió el pelo de la cara y le dijo que la acompañaba, porque tenía la mañana libre. No pensaba volver a su trabajo en el supermercado.

Joan se quedó dormida a fuerza de somníferos. Mariana no durmió. Pensó toda la noche. O tal vez durmió un rato, pero lo sintió como un pensamiento. ¿Qué era lo que más le agradecía a los Estados Unidos? El descuento del pakistaní. Iba a pasar el mal trago del sacrificio, como había pasado todos los malos tragos de Manhattan. Iba a cargar la gata, apoyarla sobre la camilla, aferrarle las patitas mientras le ponían la inyección. Iba a aprender algo de ese perfume enrarecido que emanaba del acto de eutanasia por amor. ¿Si estaba mal así, para qué seguir viva? Basta de yanquis, basta de estos gordos analfabetos. Joan había sido otra cosa; aunque ahora la viera de lejos, como un barco que se ha adentrado en el océano y ya no se puede alcanzar. Joan había sido *buen*a. «La vida es así: unos se van, otros se quedan solos». Algunos mueren llenos de hijos y nietos. Algunos toman trenes hacia ninguna parte, se meten un tiro en la sien, se enferman, se emborrachan, se caen. Simplemente, se caen. De la sociedad, del mapa, de la existencia. Doblar las rodillas; flaquear. En una vereda cualquiera. En Washington Square Park o en la Plaza de Mayo. Y Harry nunca conocerá, jamás, a Sally.

*«¿Cómo sería una vida común?
Un marido, hijos, un trabajo
decente, un sueldo justo. Una
casa. Un pequeño auto. O ni
siquiera eso: una casa de
alquiler; bicicletas. Algo sencillo.
¿Por qué ella no lo había
conseguido, aún? La palabra
aún le dio un escalofrío.»*

¿Cómo sería una vida común? Un marido, hijos, un trabajo decente, un sueldo justo. Una casa. Un pequeño auto. O ni siquiera eso: una casa de alquiler; bicicletas. Algo sencillo. ¿Por qué ella no lo había conseguido, aún? La palabra aún le dio un escalofrío. Por un instante le volvió la sordera. O quizás fuera que no había, en el aire espeso de la noche, ningún ruido posible. ¿Y los ronquidos de Joan, y los de Bob? ¿Y la noche, afuera, descontrolada, tonta, interminable? Manhattan era una inyección letal, una pesadilla que debía terminar en la mañana. El fin del cáncer y el cáncer en sí mismo. La impronta de un tatuaje pequeño y la extirpación del veneno de esa tinta aciaga, inyectada directamente al corazón de una mujer.

Se despertó con los primeros ruidos, lo que quería decir que había dormido algo. Toc, toc. Joan con el desayuno listo; Joan maquillada; Joan con su vestido de verano más hermoso, uno lleno de margaritas. Café con leche, tostadas y un whisky sin hielo. Bob las miraba desde el sillón, respirando despacio. Podía oírse el aire saliendo como desde un fuelle viejo, por las fauces del animal, y también el respirar asmático de Joan. Mariana no hacía ruido. Para saber que estaba viva, habría que haberla auscultado. Se había propuesto entereza y la iba a conseguir. Iba a ayudar a Joan sin comprometerse, sin ponerse nerviosa. Iba a pararse ahí como si estuviera haciendo una cola en el consulado. El adiós a Bob iba a ser su propia despedida.

—Let's go —dijo. No había tocado el desayuno.

Joan apuró el whisky y agarró la cartera. Se puso un chal sobre los hombros y enfiló hacia la puerta. Mariana levantó a Bob entre sus brazos. La gata se dejó tomar. Era un animal vencido. Estaba vencida como su dueña, aunque Joan se hiciera la guapa. Mariana sintió que era la única verdaderamente guapa de ese trío gastado.

La veterinaria quedaba en West 9, y el departamento en Wooster between Spring and Broome. Eran las dos cosas que había tenido que aprender para vivir con Joan. Había que subir por West Broadway, seguir por La Guardia, cruzar la plaza sin Sally y sin Harry, preferentemente por debajo del arco,

como dijo Joan, para que pareciera «triumfal» (utilizó las palabras *a winner parade*), y finalmente doblar hacia el oeste, media cuadra. Llegaron al mismo tiempo que Gaal; lo vieron abriendo la puerta de su consultorio. Normalmente abría a las diez, pero las eutanasias se hacían fuera de horario. Tenía el guardapolvos desprendido y cara de sueño. Acarició la cabeza de Bob. Sonrió; las hizo pasar. El reloj indicaba las nueve menos cinco.

Les pidió que esperaran en la sala. Les encendió la luz. No se veía el exterior, porque Gaal no había subido la cortina. La sala olía a desinfectante y a encierro. En las paredes había dos cuadros con fotos de mascotas que parecían sacadas de almanaques, y una vitrina con juguetitos de colores, correas, collares y bolsas de comida. Sobre el escritorio había una pecera con un hamster durmiendo. La rueda de correr estaba quieta como Joan, como Mariana, como Bob.

Gaal les abrió la puerta. Mariana pasó. Adentro, el olor era más penetrante, tanto que tuvo que cerrar la nariz. La luz era intensa, quirúrgica. Mariana dejó a Bob sobre la camilla de acero inoxidable. Se dio vuelta. Gaal estaba ayudando a pararse a Joan, que parecía adormecida por la situación, o el whisky. Finalmente, consiguió que entrara. Le alcanzó una silla. Un ruido grande, como a demolición, sacudió a Bob. La gata levantó la cabeza, por primera vez en la semana. Gaal partió la ampolla con el tranquilizante y le aplicó la inyección en el lomo con los pelos de punta. Demasiada lucidez para un cáncer de mama con metástasis en los pulmones. Un mes atrás la había abierto en dos y decidido que no había nada más que hacer.

Joan gritó. El grito detuvo el escuchar de Mariana, que también entrecerró los ojos, para ver menos. Sintió que estaba mareándose. La gata, entre sus manos, se había quedado quieta. El catéter entró en la pata delantera del animal. «Debería ponerle uno, también, a esa señora que grita», pensó Mariana. Dos agujas para dos bracitos. O tres, con ese líquido pasando por el tubo hacia los cuerpos dormidos, como la metáfora más auténtica del irse de una vez y para siempre.

Joan abrió la cartera y sacó un billete de cien dólares. Gaal colocó el cadáver adentro de una caja de cartón corrugado, como habían quedado de antemano. Mariana recibió la caja en los brazos sin saber si la iba a poder sostener. Sentía que sus pies no tocaban el suelo, que ya no existiría jamás la posibilidad de un ruido nuevo, ni de nuevos olores. La caja pesaba más que el gato vivo. ¿Por qué no había aceptado Joan la oferta de la cremación? Morir quemado era una cosa limpia, pensó.

La luz era tan brillante que le traspasaba los párpados. Todas las puertas estaban abiertas. Se dio vuelta para salir. Vio a Gaal en la sala de espera, intentando sintonizar un programa en la radio. Parecía desesperado. Joan le hacía gestos desde la calle... ¿a él, o a ella? Él no podía atenderla, por lo que Mariana caminó. Joan le hablaba desbordada por una angustia histriónica, violenta; pero Mariana no quería saber qué le decía, ni oír a nadie. Oír era peor que pensar. Se dejó sacar de la veterinaria a los tiros, por una Joan insólitamente apurada. Se dejó llevar a paso rápido, sin siquiera saludar al doctor.

La gente corría en dirección contraria. Todos con las bocas abiertas en una mueca que Mariana descifró como gritos de «Oh, my Bob; oh, my Bob», como si la locura de vaciar a Bob de vida para ocupar una caja de cartón con sus huesos y pelos no fuera una tristeza particular, el drama íntimo de una casa del Soho, sino una alucinación colectiva. Como si ese simple acto de acabar con lo que estaba casi muerto hubiera sido algo desmesurado y todos los transeúntes se lo estuvieran reprochando, y la policía se lo estuviera reprochando, y los bomberos. Exigiendo explicaciones a una argentina llena de miedo, en un país de sicópatas y alienados.

Miró a Joan como diciéndole «fuiste vos, es tu culpa; no mía». «Mi plan es irme a otro mundo, muy lejos de aquí». Pero la cara de Joan estaba cambiada. Tenía la boca abierta, sin Bob. Ceniza en el pelo. Una tira de polietileno, roja, pasaba más arriba. Humo, papelitos. Y un gran vacío, más grande que el que Mariana pensaba dejar en su cuarto de alquiler. Más grande aún del que Bob iba a dejar en el alma de Joan; más y más grande que la ausencia de un pecho.

Dos prismas menos en el paisaje.

Dedicado a las víctimas del terrorismo internacional.

© Gustavo Nielsen

Pilar Adón

Madrid (España), 1971

<http://www.pilaradon.com>

* * *

Nacida en Madrid en 1971 y licenciada en Derecho por la Universidad Complutense. Ha publicado el libro de relatos *Viajes inocentes* (Editorial Páginas de Espuma, 2005), por el que obtuvo el Premio Ojo Crítico de Narrativa, y las novelas *Las hijas de Sara* (Alianza Editorial, 2003 / Puzzle (bolsillo), 2007) y *El hombre de espaldas*, I Premio Ópera Prima de Nuevos Narradores, 1999.

Ha sido incluida en diversos volúmenes de relato, entre los que cabe mencionar *Contar las olas* (Ediciones Lengua de Trapo, 2006); *Antología de cuentistas madrileñas* (Ediciones La Librería, 2006); la antología de relatos eróticos *Todo un placer* (Editorial Berenice, 2005) o *Ni Ariadnas ni Penélopes* (Editorial Castalia, 2002).

Entre otros galardones, ha recibido el Premio Ojo Crítico de Narrativa 2005 por su libro de relatos *Viajes inocentes*, el Segundo Premio Hucha de Oro (Madrid, 2004) con su relato *Oxford*, así como el Premio Regenta (Salamanca, 1998) por su ensayo *Donde acaba la creencia*.

En 2006 publica el poemario *Con nubes y animales y fantasmas* (EH Editores). Forma parte de las antologías poéticas *Los jueves poéticos* (Ediciones Hiperión, 2007); *La voz y la escritura* (Sial Ediciones, 2006); *Hilanderas* (Ediciones Amargord, 2006); *Todo es poesía menos la poesía* (Editorial Eneida, 2004) y *11-M: Poemas contra el olvido* (Bartleby Editores, 2004). En 2001 publicó la plaquette *Alimento*, en la colección poética Aedo, de Salamanca.

Ha traducido el libro de relatos de Christina Rossetti *Parecidos razonables* (Editorial Funambulista, 2006) y la novela de Henry James *El mentiroso* (Editorial Funambulista, 2005).

En junio de 2001 participó en la 5ª Edición de la campaña *Libros a la Calle*, con el primer párrafo de su novela *El hombre de espaldas*. Ha publicado relatos y poesía en distintas revistas y suplementos literarios: *Babelia* (*El País*), *Eñe*, *Turia*, *Müsu*... Y en formato virtual: *Literaturas.com*, *Ariadna r-c*, *Fósforo* o *Aviondepapel.com*. Ejerce la crítica literaria en el suplemento cultural Caballo verde, del diario *La Razón*, así como en las páginas *Divertinajes.com* y *La tormenta en un vaso*. Es colaboradora habitual del diario Metro.

* * *

Entrevista

NARRATIVAS: *Escribes poesía, cuento, novela y también has realizado traducciones de autores extranjeros. ¿Cada una de estas facetas creativas suponen en sí mismas actividades lo suficientemente diferenciadas para considerarlas independientes unas de otras o, por el contrario, forman parte de un mismo y único trabajo literario?*

PILAR ADÓN: Todo lo que hago, con la salvedad de las traducciones, parte de un mismo espíritu creativo, de una misma fuente, que son mis propias imágenes e inquietudes expresivas y literarias. Lo que cambia es la forma de hacer mi trabajo, la manera de enfocar lo que quiero expresar. Por ejemplo, algunos de los relatos de "Viajes inocentes" tienen que ver con un afán cosmopolita que está bastante emparentado con los poemas, también muy "de imágenes", muy cargados de referencias espaciales, del poemario "Con nubes y animales y fantasmas". Mi situación emocional era similar en ambos momentos compositivos, pero la manera de dar cauce a mis inquietudes, a las imágenes que me atormentaban, fue diferente: más libre, quizá, en el caso de los poemas; más contenida a la hora de escribir los relatos.

En cuanto a mi trabajo como traductora, ese espíritu "creativo", como es obvio, se me escapa: paso a depender del autor o autora a quien traduzco. No obstante, tengo la suerte de seguir teniendo cierto control a la hora de elegir a los autores traducidos, que intento que sean acordes con mis gustos literarios. He traducido a Henry James, lo que fue una mezcla de delicia y de auténtica tortura. La traducción que hice de Christina Rossetti fue una propuesta mía, y actualmente estoy inmersa en la traducción, para la Editorial Impedimenta, de una *nouvelle*

inédita de Edith Wharton, *Santuario*, que está siendo deliciosa, y que no traduciría con tanto gusto si no lo fuera. En resumen, he de decir que, al menos en literatura, hago lo que quiero hacer.

N.: *Has dicho en alguna ocasión que consideras el relato como el género más difícil.*

PA.: Sí. Para mí es un género que requiere de un control considerable de las armas expresivas, de una contención que creo que la novela no requiere tanto. Todo tiene que estar medido, todo importa. Las transiciones, si es que existen, deben partir de una planificación férrea. Los personajes no deberían decir ni una frase de más. Se trata de un ejercicio, si el relato es bueno, que exige una pericia importante. Cuando me embarco en una novela (sabiendo que tengo ante mí años de trabajo), hay fases en las que la improvisación o el propio momento anímico, ayudan. En un relato es diferente. Es un artificio en todo el sentido de la palabra. No obstante, todas estas consideraciones las hago siempre a posteriori. Lo cierto es que cuando escribo no sigo ninguna norma estricta: me permito toda la libertad del mundo y el ritmo, las pausas o la conciencia de que he de refrenar ciertas vehemencias son elementos que establezco yo misma en función de lo que me gustaría leer a mí; es decir, en función de lo que quiero obtener y de mis lecturas y relecturas de los autores a los que admiro.

N.: *Empezaste a escribir muy joven y muy joven obtuviste tu primer premio literario. Tu primera novela publicada lo fue también a resultas de un premio. A tenor de todo ello, parece obvio que los certámenes literarios cumplen en las circunstancias actuales un papel necesario.*

PA.: Cuando un escritor, sobre todo en España, empieza a escribir, el papel de los premios es fundamental. Muchos premios (normalmente los menos comerciales) sirven para descubrir talentos, para apostar por nuevas voces. Los más comerciales en ocasiones sirven para dar a conocer al gran público voces interesantes que ya gozaban de cierto prestigio en los círculos literarios más especializados. En mi caso, los premios me sirvieron para introducirme en el circuito editorial, y para que mis siguientes obras ya contasen con una base profesional previa, lo que hace más fácil su salida de cara al lector. Es evidente que como primer paso están muy bien. En mi caso, además, he tenido la suerte de que mi último libro de relatos, "Viajes inocentes", que editó Páginas de Espuma, ganara, una vez publicado, el Premio Ojo Crítico de Narrativa, un verdadero honor dado el extraordinario palmarés de este premio desde hace años.

N.: *¿Cómo planteas la escritura de tus obras? ¿Tienes claro desde el principio cómo va a desarrollarse la historia hasta el final o te permites un alto grado de improvisación?*

PA.: Si se leen mis novelas, se comprobará que no soy una escritora que base su fuerza en lo argumental, sino en los ambientes, en el juego de personajes, en los significados de las relaciones humanas. Por tanto, suelo partir de una situación que a mí me parece potencialmente interesante, y luego voy creando una historia alrededor de esta situación inicial. En el caso de "Las hijas de Sara", editada por Alianza y recientemente reeditada en bolsillo por Puzzle, esa situación era la de un viejo aviador inglés, amargado y huraño, que vive aislado en una casa en el norte de África con dos hijas jóvenes, una sumisa y la otra rebelde, y con el recuerdo constante de una madre ausente, de quien no se sabe si está muerta o si ha huido. Esa situación, bajo mi punto de vista, es explosiva, porque se basa en un equilibrio extremadamente precario. Una vez marcada y asentada la situación de partida, la desarrollo mediante varios niveles de lectura y escritura que participen de lo simbólico (en este caso la historia bíblica de Sara, Abraham y la esclava Agar) y también de lo dramático. No existe, pues, tanto un esquema "argumental" y estructural previo, como un andamiaje estilístico y alusivo muy férreo, muy meditado y estudiado.

N.: *En tus relatos buscas crear una cierta atmósfera extraña, enrarecida, que enturbie la aparente cotidianidad de los personajes. ¿Es así?*

PA.: No me interesan las situaciones cotidianas, lo que sucede en el día a día me resulta, literariamente hablando, aburrido. No me considero una cronista de lo actual. Me gusta forzar la realidad hasta ponerla al límite. Y cuando hablo de realidad, hablo de las relaciones entre los personajes, de sus anhelos, miedos y querencias, de sus metas. El ambiente de mis relatos es también "real", aunque yo sitúe un cristal delante. Un cristal emocional.

N.: *Los personajes de tus obras parecen sentirse rehenes de una situación que no controlan del todo, que incluso tienen dificultad de comprender en toda su complejidad.*

PA.: Claro. Esta reflexión tuya va directamente unida a mi anterior respuesta: a mis personajes les sucede todo eso que tú dices porque es exactamente lo mismo que nos sucede a todos nosotros a diario. De ahí la "realidad" de la que hablaba antes. Todos somos rehenes de situaciones que no entendemos y que no controlamos. Lo normal es que no entendamos ni

controlemos nada. Desde el mismo momento en que por la mañana temprano pones un pie en el ascensor de tu casa para ir a coger el autobús, dejas de saber qué es lo que va a ser de ti. Dejas de controlar tus movimientos: ahora los controla el ascensor. Nos sucede todos los días. La diferencia está en que en lugar de retratar, por ejemplo, la vida de una chica joven que acaba de terminar la universidad y que ahora pasa a hacer cola en el INEM, lo que a mí me interesa es narrar su existencia en una casa cerrada de la que resulta muy difícil salir porque en el exterior sopla el viento con una violencia atroz.

N.: *Has realizado traducciones de otros autores extranjeros. ¿Qué puede o qué debería aportar un traductor a la obra literaria de otro escritor?*

PA.: He tenido la suerte de que las obras que he tenido ocasión de traducir hasta el momento vinieran firmadas por grandes autores, algunos de ellos verdaderos padres del estilo literario moderno. Una aspira siempre a traducir a grandes voces, y poder compartir su talento. De todas formas, creo que un buen traductor literario es como un buen árbitro: no ha de notarse, debe pasar desapercibido. Hemos de ver sólo el estilo del autor que se ha traducido, no el estilo del traductor. Todo exceso o tentación de mejora o maquillaje del texto original se nota, "salta", y por tanto nos hace conscientes de que estamos ante una traducción.

N.: *¿Cuál es tu opinión del panorama editorial actual?*

PA.: El panorama está difícil, sobre todo para los autores que escribimos en castellano. Por alguna razón, cada vez se venden menos libros (o más bien hay una polarización: se venden más libros de unos pocos títulos, y menos de la mayoría de los que quedan), y a las editoriales cada vez les cuesta más dar salida a los autores en castellano. Este panorama hace muy sorprendente el paradójico fenómeno que ha venido afectando al sector editorial a lo largo de estos dos o tres últimos años: lejos de verse frenado por un paisaje en principio desalentador, se ha producido la emergencia de interesantísimos proyectos (Impedimenta, Libros del Asteroide, Nórdica, Periférica, Veintisiete Letras...), que van dirigidos a lectores literarios y que están poniendo al alcance del público obras de altísima calidad.

N.: *Como lectora, ¿cuáles serían tus preferencias en el terreno de la narrativa en castellano y tus autores favoritos?*

PA.: Eloy Tizón, Andrés Ibáñez, David Torres, Espido Freire, Elena Medel, Care Santos...

N.: *Por último, ¿te has preguntado alguna vez para qué escribir?*

PA.: Una vez escuché a un gran escritor decir que él escribía porque no tenía más remedio que hacerlo. En mi caso sucede algo parecido. Casi nadie escribe en este país con fines prácticos (la literatura es un oficio muy mal pagado), sino vitales. Intento que mis escritos me reporten satisfacciones, pero casi todas ellas se basan en comprobar que hago lo que me gusta, lo que quiero, y que a veces conecto de verdad con los lectores. Pienso mucho en Iris Murdoch, en Virginia Woolf, en A.S. Byatt... En lo que ellas escribieron (o escriben) y en cómo lo hicieron (o lo hacen). Me conquistan continuamente. Me entusiasma pensar que hay gente que se conmueve todavía con las palabras.

* * *

Relato

LAS RAMAS NO SON PERFECTAS *

por Pilar Adón

Las ramas no son perfectas. No lo son. Tampoco son perfectas las voces ni es perfecto el sonido del viento entre las hojas de los árboles. Es un sonido incompleto, que defrauda, que comienza con tanta rabia que parece destruirlo todo a su paso, pero que en realidad no destruye nada. Las ramas con el sol se muestran retorcidas y móviles. Su actividad no cesa. Como el murmullo del viento que nunca se apacigua y que me agita los restos de la ropa contra la piel de la espalda. Ésta es una buena

* Relato perteneciente al libro *Viajes inocentes*, publicado por Páginas de Espuma (2005)

postura. Y ahora el pecho no me duele demasiado. El suelo parece haber asumido la forma y ahora el pecho ha encontrado, al parecer, un buen lugar para no doler. El viento me refresca la piel y, poco a poco, creo que voy dejando de sudar.

Alguien apagó la luz y cerró la puerta por fuera. Alguien que no sabía que yo estaba dentro. En un principio me hizo gracia y me eché a reír, bajito, aunque estuviera sola. Siempre bajito para no molestar. Pero la risa dio pronto paso a la oscuridad y, aunque no tardé en acostumbrarme y constaté que mis manos se movían entre los objetos de mi bolso para buscar un pañuelo, la risa dio paso a la preocupación y la preocupación a la congoja. Encontré el pañuelo y lo pasé por la frente que sudaba. Me sentí mejor después, pero la sensación de soledad persistía y, con ella, la vulgaridad. Cómo podía estar encerrada en los baños. Esas cosas no le pasan a la gente encantadora y bien educada. Eran cosas que sólo les suceden a los pobres infelices que vagan buscando un pañuelo más sedoso o unos zapatos más cómodos, sin encontrarlos jamás.

—Tengo que salir de aquí —me dije secándome de nuevo la frente.

Pero ponerme a golpear la puerta como una loca era algo impensable. No podía montar un espectáculo a las doce de la noche. No en la casa de la señora Clara. Bajo ningún concepto. Si no entraba nadie, quizá me vería obligada a dormir allí, tenía que estar preparada para una circunstancia así. Tendría que hacerme a la idea de que, quizá, las luces no volverían a encenderse ni la puerta volvería a abrirse hasta la mañana siguiente, bien temprano, cuando los primeros clientes de la señora Clara comenzaran a bajar desde sus ya bien iluminadas habitaciones para desayunar, asearse, salir a la calle, tomar el sol...

Y, sin embargo, tenía que escapar de allí. Porque aquel encierro, aquel silencio extraño del vacío del agua en las tuberías de los lavabos, aquella vulgaridad, eran mucho, muchísimo más de lo que podía soportar.

Las flores del campo son silvestres y por lo tanto no se pueden trasplantar a una maceta con tierra para plantas de interior. Son muy hermosas, con tantos colores y, dentro de esos colores, unas tonalidades tan variadas que, seguramente, no tienen nombre. Las flores del campo a veces dañan la piel de los dedos cuando se las intenta cortar con las manos para llevarlas a casa y guardar, de ese modo, algo de la belleza que se ha disfrutado. Pero es imposible. Del todo. Sus tallos son irregulares. A veces muy imperfectos. A mí me gustaba subir la cuesta que lleva al monasterio

«Me gustaba subir andando y a veces subían conmigo los turistas que deseaban, como yo, palpar el tronco del árbol, el tono sin nombre de la flor. Yo guiaba y venían detrás de mí familias con niños rubios y ruidosos, parejas tomadas de la mano, grupos de ancianos, demasiado ancianos en ocasiones para poder subir a pie hasta el monasterio.»

andando, rozando las flores con la punta de los dedos. En el monasterio ya no vive nadie, pero me gustaba subir para ver el paisaje desde lo alto de la montaña y luego bajar cansadísima, contemplando de nuevo las mismas flores, los mismos árboles que parecían haber dado unos breves pasos y haber cambiado de lugar. Aquello no era vulgar. Aquello era brillante. Y el viento. El viento golpeándome la cara con fuerza, la ropa, los brazos que me temblaban a veces. Pero yo sonreía. En una ocasión me abracé al tronco de un árbol y el árbol me acogió. Sí. Me acogió. Sé que suele ser imposible que una acogida resulte tan espontánea. No suele suceder. La gente observa las caras y las manos. La disposición del cuerpo y, sobre todo, la ropa. Observan sin disimulo, desde los ojos hasta los zapatos, y luego su decisión es firmemente negativa. Estatua eres, no te acojo. La señora Clara me deja estar en su casa porque, de momento, recibe dinero por ello. Pero eso no significa que

pretenda acogerme. Al menos no como el árbol lo hizo.

Me gustaba subir andando y a veces subían conmigo los turistas que deseaban, como yo, palpar el tronco del árbol, el tono sin nombre de la flor. Yo guiaba y venían detrás de mí familias con niños rubios y ruidosos, parejas tomadas de la mano, grupos de ancianos, demasiado ancianos en ocasiones para poder subir a pie hasta el monasterio. Yo abría el camino e iba anunciando cuánto tiempo iba quedando de ascenso. “Ya sólo falta una hora, más o menos.” Y escuchaba complacida los suspiros de agotamiento que se producían a mi espalda. Algunos no llegaban. Algunos decidían volverse antes de completar siquiera la mitad del trayecto. Algunos se quedaban mirando el paisaje como si no pudieran creer lo que estaban viendo. Como si aquello que tenían ante los ojos fuera del todo imposible. Un milagro o una maldición. La figura de un gato y, detrás, la inmensidad, el vacío, el viento impasible interpuesto entre los ojos del hombre y el horizonte azul del mar. El sonido irreverente del viento y la altitud del monte protector y fustigante, inaccesible pero, una vez vencido, oferente y, casi, sumiso. Algunos llegaban conmigo hasta arriba y esos, estoy segura, no me olvidarán jamás.

La tierra se hace a la forma de las caderas y a la forma del pecho. La tierra también da cobijo. La tierra se apelmaza y duele o se relaja y acoge. En la casa de la señora Clara comprenden lo que sucedió y por eso me permiten vivir en ella. La tierra no es consciente de nada porque los gritos no la perforan, porque no sabe nada de mandatos ni de investigaciones ni de posteriores sanciones. La tierra sólo sabe de las agresiones que le causan a ella, pero de las agresiones de hombres a hombres sabe poco. Sólo que la sangre tarda más tiempo en desaparecer de su superficie que el agua. Sólo que los gritos duran lo mismo que la fortaleza de la víctima.

«Aquellos dos chicos extranjeros parecían lo suficientemente robustos como para ascender sin demasiadas paradas, sin demasiados suspiros ni quejas cuando yo advirtiera que aún quedaba algo más de una hora de trayecto. Parecían fuertes y sonrientes y con capacidad para asombrarse ante el vacío del paisaje. Ante el espectáculo de lo incomprensible.»

Alguien apagó la luz, quizá la misma señora Clara, así que tendría que dormir sobre el frío suelo de los baños utilizando mi bolso como almohada. Cuando subía andando al monasterio me gustaba llevar el pelo suelto para darle al viento la ocasión de enredarlo y agitarlo, y a veces daba saltitos. A veces movía las manos para dar palmadas por delante y por detrás del cuerpo. Los brazos se balanceaban entonces como impulsados por un viento alterno que los trasladaba rítmicamente. Como un mecanismo perfectamente sincronizado. Manos que se golpean ante mí, manos que se golpean tras de mí. Manos que se golpean ante mí, manos que se golpean tras de mí. Y siempre eran mis manos. Siempre las

mías... Aquellos dos chicos extranjeros parecían lo suficientemente robustos como para ascender sin demasiadas paradas, sin demasiados suspiros ni quejas cuando yo advirtiera que aún quedaba algo más de una hora de trayecto. Parecían fuertes y sonrientes y con capacidad para asombrarse ante el vacío del paisaje. Ante el espectáculo de lo incomprensible.

—¿Cobras algo? —me preguntaron.

Y yo me eché a reír con el pelo y mi falda blanca al viento tranquilo de la base del monte. No. No cobro. Ji, ji. Ji, ji. Me reía como una niña que busca la realidad del cuento fuera de la vulgaridad de los zapatos feos y la ropa vieja. Lo cierto es que estas cosas no les pasan a las personas sabias. A las personas que viven en casas de verdad y que caminan con tranquilidad y con el cuello estirado, la cabeza alta, los ojos fijos en un punto, a ellos no les pasan estas cosas. Pero las campanas no suenan

de la misma forma para todo el mundo. El sonido no es el mismo cuando los sentidos quedan serenamente atontados y satisfechos ante una sonrisa. Yo me reía. Ji, ji. No cobro. Y emprendí el camino con esos dos chicos.

Que luego desaparecieron. Y los tallos de las plantas resultaron ser más deformes que nunca. El tronco de un árbol me golpeó con fuerza en la cara y comencé a sangrar. Vi la sangre sobre un pelo que era el mío y que me caía sobre los ojos, abiertos hasta el dolor. El dolor que me dominaba mientras unas risas que parecían venir de muy lejos, de más allá del mar, más allá de todo lo que yo conocía, me oprimían y me empujaban, me zarandeaban y hacían conmigo lo que jamás viento alguno se había atrevido a hacer: atravesarme. Había balanceado los brazos buscando las palmas de las manos. Había caminado con decisión rozando con los dedos las plantas y las flores de distintos y preciosos tonos sin nombre, había mirado a aquellos chicos con la seguridad del que emprende, de nuevo, un camino conocido y, de pronto, sin el cobijo de ningún árbol, mi cuerpo encontraba la forma de la tierra pegada a él, una tierra que no escucha súplicas, una tierra que permanece y que no entiende el dolor de los gritos producidos por el asombro, por el absurdo.

Cuando la luz volvió a encenderse ya había amanecido y, ciertamente, había pasado la noche en el suelo de los baños, dispuesta a no molestar. Fue la misma señora Clara quien abrió la puerta. Al verme se sobresaltó y se llevó los dedos a los labios.

–Pero, criatura... –murmuró–. ¿Se puede saber qué haces ahí? Por el amor de Dios. Vas a coger una pulmonía.

Se me acercó y me pasó las manos por el pelo para intentar peinarme. Yo sonreí porque también me pasó las manos por la cara y luego me besó en ambas mejillas y luego me abrazó brevemente, como si deseara transmitirme algo de su calor. Así que yo sonreí y me dejé llevar por ella hasta la segunda planta de su casa, donde está mi dormitorio y donde está mi cama.

–No se preocupe –dije–. Estoy bien.

Y ella, tomando una de mis manos entre las suyas, respondió que no. Que no estaba bien. Que cómo iba a estar bien después de haber pasado la noche en un lugar en el que no deberían dormir ni los perros.

«Lo cierto es que estas cosas no les pasan a las personas sabias. A las personas que viven en casas de verdad y que caminan con tranquilidad y con el cuello estirado, la cabeza alta, los ojos fijos en un punto, a ellos no les pasan estas cosas. Pero las campanas no suenan de la misma forma para todo el mundo. El sonido no es el mismo cuando los sentidos quedan serenamente atontados y satisfechos ante una sonrisa.»

–Vas a acostarte ahora mismo –dijo–. Te subo un desayuno, y duermes.

Entramos en mi dormitorio las dos. La señora Clara apartó la colcha de mi cama y me quitó el bolso para dejarlo sobre una de las tres sillas de madera que conforman el escaso mobiliario de mi habitación. A continuación sacó el camisón que guardo debajo de la almohada y me ayudó.

–No creo que pueda dormir ahora –murmuré.

–Pues lo intentas.

Y eso hice. Intentarlo. Con la persiana bajada, el viento golpeándome en los oídos, los tallos imperfectos de las flores, y la suavidad limpia de mis sábanas, su aroma silencioso, acomodándose a la forma de mi pecho, de mis caderas. Como una tierra cruel y enfermiza que, a pesar de todo, ampara.

ENTREVISTA A MAGDALENA LASALA

por Raúl Tristán *

Si alguna vez, mientras camináis, os descubrís a vosotros mismos observando la figura de esa mujer que se encuentra a unos escasos pasos por delante vuestro, y os sorprende sentir como si una voz desconocida que de ella emanara os hubiera hablado, atrayéndoos con sus palabras hacia remotos jardines, perdidos en el tiempo y en el espacio, allá donde las musas, en mariposas transmutadas, dibujan aéreas cabriolas entre aromas de jazmín y azahar; donde las huríes acunan sus sueños, adormiladas por el cantarín murmullo del agua de las fuentes; donde sufíes y poetas alimentan las mentes de los califas... no temáis, os digo, pues esa voz ancestral de mujer, que llega a vuestros oídos de forma mágica, no es otra que la de Magdalena Lasala.

Magda, escritora de amplio espectro: novelista, poetisa, fabuladora y cuentista, dramaturga y ensayista, conferenciante o colaboradora periodística. Nada escapa a la atención de esta curiosa e inquieta mujer que, ya siendo niña, sintió despertar en ella la llamada de las letras.

Hoy, esta escultora incansable del verbo, con varias decenas de títulos conformando su currículum, tantos que bastarían para llenar varias páginas de su bibliografía, nos la encontramos como orgullosa y muy digna Presidenta de la Asociación Aragonesa de Escritores (AAE), y directora de la revista literaria que nació en el seno de la misma de su mano, *Criaturas Saturnianas*, y que ya va camino de su 6º número.

PREGUNTA: Tu currículum resulta abrumador, ¿cuál es el secreto de Magdalena Lasala, aquel con el que alimenta tan fértil creatividad?

RESPUESTA: No lo entiendo como secreto, sino como necesidad... la necesidad de expresión, de comunicación, y a la vez la curiosidad por experimentar todos los mundos posibles de la Palabra.

P: Te has convertido en todo un referente en el campo de la novela histórica, y sobre todo en el de la biografía novelada: Abderramán, Almanzor, Boabdil, Maquiavelo, Jimena... Uno tras otro, diversos personajes de nuestra Historia van rindiéndose ante la insistencia de tu escrutadora mirada, y desnudan su alma para mostrar al lector sus sentimientos más profundos, sus deseos e inquietudes. ¿Qué encuentras en este género para que sea tu inagotable fuente de inspiración?

R: Hay en estos momentos que vivimos una gran necesidad de reinterpretar la historia, de redescubrirla. Nos hace falta comprender el pasado y entresacar sus claves para seleccionar lo que sirvió y lo que no, en un deseo consciente de crear desde el presente el futuro que queremos para nosotros. Por otra parte, la historia la hacen personas, y a mí me fascinan las personas, esa proyección personal en el devenir histórico, a muchos niveles. La historia nos ayuda a saber quiénes somos, y necesitamos saber quiénes fueron aquellos anteriores a nosotros que la hicieron.

P: ¿Sigues algún criterio especial, alguna «manía», una intuición, una empatía, a la hora de seleccionar a quienes serán los afortunados «elegidos» para erigirse en personajes de tus novelas?

R: Soy muy intuitiva... Muchas veces creo que en realidad, ellos me eligen a mí.

P: Acabas de publicar recientemente *Doña Jimena* (Temas de Hoy, 2006), un libro que según tus propias palabras ha supuesto «un antes y un después»... ¿Qué ha significado para ti descubrir a una Jimena que no es tan sólo la resignada compañera de El Cid?

R: Ha sido un proceso fascinante. La mitificación del Cid Campeador ha actuado sobre el conocimiento de la historia de nuestro siglo XI como una inmensa pantalla que deslumbró nuestros

* **Raúl Tristán** (Logroño, España, 1969). Escritor y columnista. Ha cursado estudios de Psicología Clínica, Ciencia Política y Medio Ambiente. Es colaborador habitual de numerosos medios de comunicación digitales, impresos o radiotelevisivos, en los que destacan sus opiniones sobre temas culturales, sociales, medioambientales o políticos. Entre sus obras, podemos citar: *El crimen de Nochebuena* (UnaLuna Ediciones, 2006), trepidante novela de género negro, y *¡Hasta siempre, camaradas!* (Mira Editores, 2006), una impactante y actual visión del episodio de la guerra civil española conocido como “la Bolsa de Bielsa”, que transcurre en el Pirineo aragonés. Página personal: <http://www.raultristan.com>

ojos, relegando a la sombra a los otros grandes personajes coetáneos de Rodrigo Díaz, como la propia Doña Jimena, pero también a Alfonso VI, uno de los monarcas más importantes e insólitos que ha tenido la tierra hispana, y Doña Urraca, su hermana. Creo que también relegó a la sombra la propia época histórica en la que vivió, un siglo XI definitivo y crucial para la historia de España.

P: Aunque Jimena no es el primer nombre de mujer que aparece como protagonista de tus novelas, ya antes lo hizo Walläda (*Walläda La Omeya, La última princesa del esplendor andalusí* (Anaya, 2003), sí que han parecido predominar los masculinos. ¿Vas a centrarte, a partir de ahora, en tratar más figuras femeninas, con lo que reivindicación del papel de la mujer en la construcción de la Historia supone?

R: En efecto, la historia de lo femenino todavía está pendiente, y la vamos construyendo poco a poco. Hay personajes femeninos verdaderamente fascinantes e insólitos, y que han podido vencer ese anonimato al que parecía estar relegada la condición de lo femenino durante varios siglos. Me interesa mucho rescatar a mujeres que nos guardan mensajes muy valiosos para el mundo de hoy, y que pueden ayudar a construir los nuevos modelos que nos hacen falta en estos momentos.

P: Como hemos visto, gran parte de tu obra narrativa toma como espacio-tiempo de desarrollo la ocupación de la Península Ibérica por los musulmanes, esa Edad Media de Al-Ándalus, de emires y califas, de esplendor y decadencia, de arte y de guerra...

R: Al-Andalus es el puente que conectó oriente y occidente, un mundo que moría con otro que nacía. Guardamos todavía aquella esencia, y me gusta reivindicarlo, porque nos define como cultura múltiple, rica de influencias que en las diversas etapas de su historia ha creado siempre un producto original, propio y autóctono. Esta tierra es hospitalaria y privilegiada, y subyace en sus moradores una fuerza especial, una fuerza que permite dar pasos adelante con el enriquecimiento que supone aceptar las mezclas, los cambios y las influencias. Al-Andalus supuso eso y más, fue el resultado único y original de una amalgama de elementos culturales unos que venían, otros que estaban ya y se encontraron, creando algo nuevo que se convirtió en semilla de lo que vendría.

P: Has cursado estudios de Teatro, Interpretación y Dirección Escénica, así como de Música y Canto. Has trabajado como actriz teatral, escrito piezas dramáticas y dirigido una Compañía teatral, e incluso canciones y textos para composiciones musicales... podría decirse que lo tuyo no es la literatura, sino el arte en general, todo instrumento artístico que te sirva de medio de expresión del lirismo, de la música del lenguaje...

R: Todos mis proyectos forman parte, de uno o de otro modo, de la misma actitud ante la palabra, ante la literatura y ante la vida. Necesito la pasión para contactar con mi impulso creador y necesito establecer la estructura para ordenarlo y sacarlo a la luz. Los géneros sólo son soportes de una inmensa curiosidad y afán por experimentar en la expresión artística. Yo sé que mientras disfrute con mis objetivos seré capaz de realizarlos, porque el esfuerzo invertido habrá servido para algo y encontrará respuesta en el exterior.

P: Con el apoyo unánime de los miembros de la AAE has sido elegida recientemente como su Presidenta. La responsabilidad que debe sentirse al representar a todos los escritores aragoneses debe ser enorme... ¿Qué proyectos para el futuro de la AAE ha planificado Magdalena Lasala?

R: Hay mucho trabajo para hacer, y sobre todo hay varios proyectos de cara al exterior que ya funcionan muy bien, como la Revista Criaturas Saturnianas, la confección del Diccionario de Autores Aragoneses Contemporáneos y El Premio de Novela Histórica Ciudad de Zaragoza. La Asociación quiere ser interlocutora de los escritores con aquellos que pueden abrirnos las puertas que hasta ahora estaban cerradas. Lo importante es creer en el proyecto asociativo, saber que el escritor escribe en soledad, pero ya no está solo.

P: Y ya para terminar, ¿en qué inspiración trabajan actualmente tus Musas?

R: El día 13 de abril saldrá a la luz mi próximo poemario *Y ahora tú pasas la mano osadamente*, un libro muy vitalista. En otoño saldrá una nueva novela histórica, de la que no puedo desvelar todavía el título.

© Raúl Tristán



LOS POLÍTICOS - LA PLAGA, de José Ovejero

Editorial Funambulista
Serie Escena-rios
Fecha de publicación: 2007
237 páginas
ISBN 978-84-96601-39-0

* * *

Con este libro que contiene dos piezas teatrales, *Los políticos* y *La plaga*, José Ovejero aborda un nuevo género, que suma a los muchos que ha cultivado: la novela, el viaje, el cuento, la poesía y el artículo periodístico. Prosista de alabada y premiada trayectoria (tiene el

Grandes Viajeros o el Primavera en su mochila), con esta incursión teatral confirma la calidad de su escritura versátil y dominio de los recursos dramáticos.

Los políticos, en concreto, es una pieza magistral sobre la profesión más cuestionada y a la vez más atendida en nuestra sociedad. El texto está en boca de dos personajes, el Político de Derechas y el Político de izquierdas, que en diecinueve escenas conversan, discuten, bailan, confraternizan y se insultan en un festín de entretenimiento para el lector. A veces sale La Prensa, una mujer desnuda con una cámara de fotos, un recurso perfecto para poner en evidencia la hipocresía de ambos sujetos, que cambian de actitud y discurso ante su presencia.

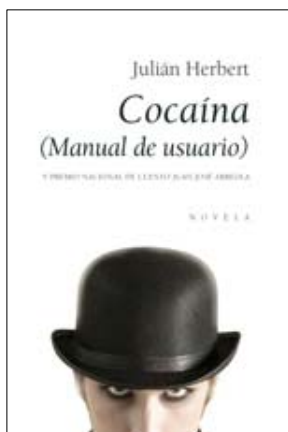
La puesta en escena es muy sencilla. Los dos políticos se presentan ante el público con un atril, para ofrecer un discurso a sus votantes. Se disputan así el espacio, pero no hay público, o no el suficiente. Inician así una conversación a lo largo de la cual Ovejero culmina una sátira lucida de los políticos, con momentos de absurdo y genialidad cómica, de vibrante diálogo y elocuentes monólogos, que se acercan al formato de El Club de la Comedia, o de Harpo con Chico Marx.

Harían bien los profesionales del ramo, portavoces de grupos parlamentarios, líderes y candidatos del próximo encuentro electoral, en leerse esta pieza de Ovejero, por si se ven retratados o encuentran fuente de inspiración. ¿A quién habrá robado el autor esos tópicos con que ridiculiza a la izquierda y a la derecha por igual? ¿A Rajoy o a Zaplana? ¿A Rubalcaba o a Zapatero? Con oportunidad la portada del libro presenta una ilustración tipo tebeo con los perfiles de ZP y Rajoy. Sin embargo nuestros personajes no son ellos: los que ha dibujado Ovejero son capaces de hacerse amigos en quince minutos, de intercambiar sus atriles y jugar a adoptar el discurso del otro, un momento de la función realmente efectista. Es rematadamente audaz el juego de absurdo de la escena decimoséptima, en que al ir a cruzarse en el escenario discuten y se plantan por no pasar uno por la derecha ni el otro por la izquierda, en una humillación metafórica de sus principios. Ovejero no baja a polemizar de asuntos demasiado concretos: no habla de terrorismo, no localiza la obra en tiempo y lugar. Es intemporal y tiene algo de meditación. Son divertidas e ingeniosas las conversaciones sobre si la gente quiere ser feliz, o sobre si la tolerancia es un defecto del político. «La gente no quiere ser feliz –dice el político de izquierdas–. A lo sumo quiere estar entretenida». Pero es rentable asustar a los electores con el riesgo de la infelicidad y presentarse como el salvador. «Conmigo no viviréis peor de lo que vivís», propone el PI (político de izquierdas) como eslogan. El mismo, ejecuta una pirueta lingüística graciosa cuando dice que la tolerancia es una mamarrachada, que la Derecha es intolerante por convicción, y la Izquierda por pragmatismo: «me veo obligado a ser intolerante en la práctica, en contra de mi voluntad», o «me tolero a mí mismo no hacer aquello que creo correcto». Muy buen gag, hablando de la felación oval de Clinton, la confusión entre «pecata minuta» y «bocato di cardinale».

© Román Piña

<http://www.elcultural.es>

<http://www.romanpigna.com>



COCAÍNA (MANUAL DE USUARIO), de Julián Herbert

Editorial Almuzara

Colección relatos

Fecha Publicación: 2006

112 páginas

ISBN: 84-96710-10-6

* * *

He aquí un magnífico libro de relatos. Un sórdido collar de relatos. Adoro esos libros de relatos en que cada pieza tiene sentido por sí misma y por relación con las demás. Así sucede aquí, en este viaje por el mundo de la cocaína, desde el marco general, la introducción «Sentado en Baker Street», que algo tiene de poema y que termina para dejar comenzar al libro: «Llámenme Ismael. Estoy aquí para contarles una historia.» Tiene este primer relato algo de poema, con sus variaciones polisémicas en torno a la nieve:

«Estoy sentado en Baker Street mirando pasar sobre la nieve las ruedas sucias de los carruajes. [...]

Estoy sentado en Baker Street mirando pasar sobre la nieve las ruedas sucias de la historia. [...]

Estoy sentado en Baker Street mirando pasar sobre la nieve las ruedas sucias de mi vida. [...]

[...] o estar sentado en medio de la purísima nieve mirando pasar las ruedas sucias.»

El narrador nos obliga, con este primer *punch*, directo a las ideas recibidas y los eternos tópicos en torno al tema, a sentarnos en un bordillo de Baker Street, a la altura de la nieve. Sigue luego un recorrido vertiginoso. Se ofrecen mil y un aspectos diferentes del consumo de cocaína. Los posibles inicios, en los que una chica ofrece una raya a cambio de amor: «Ya verás, cabrón, como ahora sí te enamoras. Porque sólo yo tengo tu medicina.»

Una vez que hemos comenzado a consumir, por amor o por contramor, se nos ofrece un manual de usuario lleno de salada ironía, de dolor institucionalizado y, por lo tanto, banal; se nos explica la forma de consumir, con el lenguaje impersonal y burocrático que hace parecer inofensivo hasta el terrorismo de estado. Aprendido el manual, asistimos a una reunión del Sindicato de la Serpiente, matizada también con humor. La socarronería del narrador hace aparecer ante nosotros una jerarquía social de consumidores de cocaína digna de una obra de teatro de Oscar Wilde.

Asistimos luego a cinco o seis historias sumidas de lleno entre el polvo blanco. Las diversas percepciones de un mismo hecho, el cambio absoluto de prioridades, la decadencia y recuperación, las alucinaciones, las anulaciones del deseo... Un viaje por una toma, por dos, por cien. Llenos de amor doméstico, de cuernos, de amor platónico, de soledad, de fiestas, de hospitales, ballenas, jovencitos leales, niñas de caderas estrechas. Es quizás éste uno de los principales méritos del libro: bucear en busca del rastro blanco, indagar, observar, retratar. Sin dejar nada en el tintero, buscando la universalidad literaria, uniendo a Sherlock Holmes con «el Trapo», tirado en unas escaleras que jamás (de no ser por la cocaína) podrían ser las de Baker Street.

Se acaba el viaje cuando se rompe una mañana sobre una credencial. Ya se venía intuyendo, con la muerte de Andrea en el relato anterior, repentina, alucinada, inevitable, absolutamente frívola, tremendamente real. O en las intermitencias en que alguien pide «alejarme de mí mismo». Y al final, Ismael, que ha aparecido en más de un relato, poniendo voz, náuseas, silencio y cocaína a este manual de usuario, sale de un taxi. Lo echan de un taxi. Llega a su casa. Todos llegamos a nuestra casa. Llega con su otra vez todo sigue igual (pero ya nada no). Nosotros también llegamos con nuestro otra vez. La mujer que lo espera ya no lo espera. Se cansó. Ismael busca desesperado un granito, un pellizquito de polvos mágicos para sentarse otra vez en Baker Street, con Trakl, con Holmes, con Escohotado, con Freud. Alejado de sí mismo. «Llámenme Ismael. Mi cuerpo es una farmacia.» Ni una palabra de quién es. Todo lo que busca. Las mil formas de llamarlo. Las mil maneras de necesitarlo. Las mil razones para quererlo. Y una frase que tumba de nuevo a Ismael en la cama. Sin clemencia. Dejándolo a solas, al lado de otro cuerpo que lo ignora, con su anhelo incontrolable. Y a nosotros con él.

Y todos los relatos tienen esa irracional razón, esa exploración tan intensa en otro cuerpo, otra mente, otra percepción, ese maravilloso modo de ponerse en otra piel, de ofrecer la propia fosa para la raya ajena. Y Julián Herbert navega en un amplio mundo de razones. Desde Sherlock Holmes a «el Trapo». Y todas son pasadas por su piel, por su forma de narrar, por su estilo al enfrentarse a una página

demasiado blanca. Magnífico libro de un solo relato que son muchos. Magnífico viaje a través de todos aquellos que no son Julián Herbert. Para conocerlo a él. Al menos como escritor.

Este libro mereció el V Premio Nacional de Cuento Juan José Arreola. El maestro estaría orgulloso.

© Cristina Núñez Pereira

<http://blogs.ya.com/lomejordeloslibros>



NADIE ME MATA, de Javier Azpeitia

Editorial Tusquets

Narrativa

Fecha Publicación: 2007

264 páginas

ISBN: 978-84-8310-397-5

* * *

Javier Azpeitia (Madrid, 1962) es autor, entre otras, de las novelas *Hipnos* (Lengua de trapo, 1996, Premio Hammett Internacional de Novela Negra) y *Ariadna en Naxos* (Seix Barral, 2002). Desde 1998 es subdirector de la editorial Lengua de Trapo.

El «Nadie» del título se refiere a la respuesta que da Ulises al cíclope Polifemo cuando este le pregunta por su nombre. La historia es conocida: Ulises y sus hombres esperan al cíclope en su cueva esperando hospitalidad. En lugar de ofrecérsela el cíclope decide comérselos de dos en dos, reservando a Ulises para el final. Ulises decide emborrachar al cíclope y cegararlo clavándole una estaca en su único ojo. El plan tiene éxito y el cíclope pide ayuda a los vecinos de su raza. Y esto es lo que ocurre:

«¿Qué cosa tan grande sufres, Polifemo, para gritar de esa manera en la noche inmortal y hacernos abandonar el sueño? ¿Es que alguno de los mortales se lleva tus rebaños contra tu voluntad o te está matando alguien con engaño o con sus fuerzas?»

Y les contestó desde la cueva el poderoso Polifemo: «Amigos, Nadie me mata con engaño y no con sus propias fuerzas.»

Y ellos le contestaron y le dijeron aladas palabras: «Pues si nadie te ataca y estás solo... es imposible escapar de la enfermedad del gran Zeus, pero al menos suplica a tu padre Poseidón, al soberano.»

Así dijeron, y se marcharon. Y mi corazón rompió a reír: ¡cómo los había engañado mi nombre y mi inteligencia irrefragable!

Homero: *Odisea*, libro IX.

Ocorre que nadie ha atacado a Polifemo. Nadie es, para los personajes de la novela, la autora que inventa la trama en la que están enredados. Nadie es Javier Azpeitia respecto a toda su ficción. Pero todos somos un poco cíclopes pues la vida nos la juega del mismo modo que Ulises al monstruo. ¿Quién nos mata? La vida, nadie, el destino, los dioses, nadie.

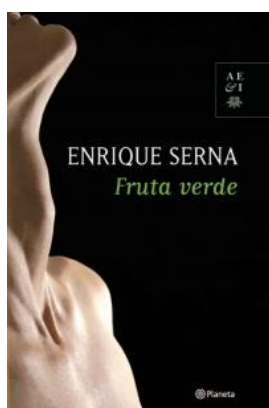
Nadie me mata es una de esas novelas capaces de atrapar la atención del lector desde el primer párrafo. La influencia del lenguaje cinematográfico en la construcción de la misma es esencial si queremos hacernos una idea apropiada de su estructura y contenido. La correcta utilización del *flash-back* o el *MacGuffin* son una buena prueba de ello. Además, el delirante pulso narrativo se obtiene a partir de la sucesión de golpes de efecto tales como disparos, torturas, un toque de cine X, y personajes extraídos directamente del celuloide como polis corruptos, maleantes, yonkis, actrices porno reconvertidas, desdoblamientos de personalidad y amnesias varias. El escenario elegido para el desarrollo del argumento es un Madrid apocalíptico asolado por ataques terroristas y epidemias un poco a lo *Blade runner*. El autor ironiza al respecto y pone las cartas boca arriba desde el principio, pues los personajes de la trama buscan su desenlace en una película que les anticipa su destino y que, para colmo, está interpretada por ellos mismos. La película, curiosamente, se titula *Metempsicosis*.

Tras la lectura son varias las cintas con cierto parecido a la novela que vienen a nuestra memoria: *Fallen* (Hoblit, 1998) donde un ser diabólico se apodera sucesivamente de varios cuerpos hasta poner de los nervios al detective interpretado por Denzel Washington, *Memento* (Nolan, 2000) construida, al

igual que la novela, sobre el punto de vista de un personaje que padece amnesia, o *Total recall* (Verhoeven, 1990, sobre un relato de Philip K. Dick) donde el protagonista, cuyo cerebro entra en crisis total tras someterse a un implante de memoria, se busca a sí mismo no se sabe si en el sueño en la realidad.

Sin embargo, la fusión de literatura y cine no acaba de cuajar pues la verosimilitud de la novela no se asienta sobre alguna hipótesis esotérica como el anillo mágico que aparece en la trama o alguna explicación futurista relacionada con mundos virtuales al estilo de Philip K. Dick. Al contrario, el autor hace un esfuerzo por dotar a la novela de un trasfondo filosófico y literario *serio*. Así, la milagrosa transmigración de un alma a través de los cuerpos de los personajes se explica recurriendo a las tesis de Nietzsche sobre la volatilidad del yo. También se sitúa bajo la sombra protectora de clásicos como Pirandello o Unamuno cuando los personajes acuden ante su autor para pedir consejo o quejarse de su destino. Con poca fortuna, en mi opinión, el autor huye del *pulp cinematográfico* para refugiarse en la académica seguridad de la tradición literaria.

© Eugenio Sánchez Bravo
<http://www.auladefilosofia.com>



FRUTA VERDE, de Enrique Serna

Editorial Planeta
Fecha Publicación: 2006
310 páginas
ISBN: 84-95359-53-7

* * *

Después de *Ángeles del abismo*, pensé que difícilmente Enrique Serna escribiría una novela mejor. *Fruta verde* no la superó, pero es igual de excelente. Enrique Serna es de los mejores escritores mexicanos en la actualidad y aseguro, de Hispanoamérica. Una de las cosas que más le admiro es el humor y la ironía que recorren su narrativa, son riquísimos estos aspectos, a veces humor negro y en otras sólo humor, un humor que te hace reír mucho. Alguna crítica ha comentado que «A partir de elementos autobiográficos Serna elabora en *Fruta verde* la historia ficticia de Germán Lugo, un aprendiz de escritor muy parecido a mí cuando yo tenía 18 años, pero estructurado dentro de una trama novelesca de la que resulta un personaje bastante diferente al original». No se realmente si es mitad novela autobiográfica, mitad novela de iniciación, mitad *roman à clef*, mitad novela de aprendizaje, novela intimista, gay, bisexual, de todo ello la han clasificado. De lo que sí estoy segura es que se trata de una estupenda obra.

En la novela, han pasado quince años desde la muerte de su madre cuando una madrugada el escritor Germán Lugo atiende un telefonazo de Toño, el secretario del afamado dramaturgo homosexual, Mauro Llamas. La triste noticia que recibe lo lleva a recordar su promesa de escribir su autobiografía y seguir el consejo de Flaubert de «desaparecer detrás de los personajes». Mauro, le había sugerido que llevara por título, en homenaje a Gabo, *Memoria de mis putos alegres*, pero él decide ponerle *Fruta verde*, como el bolero del compositor mexicano Luis Alcaráz. «El mejor arte de amar se encuentra, dice Serna en una entrevista, en los boleros pero, aclaro, en los boleros pecaminosos y prostibularios, en la tradición de Alvaro Carrillo, Agustín Lara y Luis Alcaráz, que son los que siempre me han gustado, más que la rama del bolero fresa de la trova yucateca, de canciones para la noviecita, que ha seguido de manera nefasta Armando Manzanero, por ejemplo».

Cumple su promesa y escribe su autobiografía y nosotros empezamos a leerla al recorrer la novela. Germán Lugo es el hijo primogénito de Paula Recillas y Luis Mario Lugo, y nieto de dos refugiados españoles: por parte de padre, de don Jaime Lugo, un periodista aragonés que luchó contra el fascismo como director de *La verdad*, un periódico valenciano que se mantuvo fiel a la causa republicana hasta el fin de la guerra civil y de, por parte de madre, don Juan Recillas, un aguerrido minero asturiano que había perdido un brazo al defender el cuartel de Simancas, cuando los fascistas se sublevaron en Gijón contra el gobierno republicano.

Corren los últimos años de los setentas en México, Germán tiene 19 años y sus padres se han divorciado porque, dice Paula, «los hombres maduros más que jueces de belleza, parecen compradores de ganado: quieren terneras livianas, no reses viejas de carnes magras». Paula, uno de los personajes

centrales, es una mujer guapa, cuarentona, con una moral cerrada, sumamente conservadora, adicta a la lectura y bailadora en esas reuniones que cada sábado tenían lugar en su casa adonde se juntaban sus amigas –otras conservadoras– y las jóvenes amistades de sus hijos (además de Germán, está Felix y Daniela). Paula, inicia desde muy pequeño a Germán en la lectura y el día que decide escribir un cuento y enviarlo a «La cantera», el suplemento cultural de *El matutino*, ella es quien se obstina en pasarlo a máquina «con el mismo empeño abnegado que había puesto en guardar su primer diente de leche». En el suplemento había un concurso semanal de relato corto con un premio de 400 pesos para el ganador. Así, cuando el jovencito lee que «La cripta» ha ganado este certamen:

Le pareció que su nombre rutilaba como en la marquesina de un teatro. Saltó de júbilo con el brazo en alto, en un festejo más futbolero que literario, y la vendedora del puesto de periódicos se le quedó viendo con extrañeza:

–¿Le atinó al gordo de la lotería?

–Sí, me saqué el premio mayor. Deme otros cuatro del mismo periódico.

Embebido en la contemplación de su cuento, un placer más maternal que narcisista, en el camino de vuelta a casa por poco se va de bruces al meter el pie en un hoyo de la banquetta. Caminó con más cuidado por medio de la calle, para evitar los manguerazos hostiles que podían mojar los periódicos. La mitad de ese triunfo le correspondía a su madre por derecho propio, y por eso al entrar en la casa subió corriendo a buscarla.

–¡Ganamos, mamá! ¡Mira!

Paula soltó las agujas del tejido, sobresaltada, y al ver el suplemento pasó del asombro a la euforia.

¡Te lo dije, ese cuento vale oro!

–Feliciten a su hermano, que se va a ganar el Premio Nobel, –pronosticó Paula, exaltada.

–Ay, mamá, no te la jales –protestó Germán, con una sonrisa incrédula. Sólo gané un concursito.

–¿Y qué? Por algo se empieza ¿no?

Ríete de mí, pero tú vas a llegar muy alto.

Al mismo tiempo que Germán Lugo recibe su premio se da su ingreso a la universidad, a la carrera de periodismo, adentrándose en una admiración total por el marxismo. Paralelamente, está decepcionado por el recién rompimiento con su novia, Berenice, quién lo engañó con uno de sus amigos. Parece ser que el trauma sufrido con la jovencita lo lleva a vivir una especie de confusión sexual. En su intento de independizarse entra a trabajar a una agencia de publicidad adonde alterna con Mauro Llamas, un dramaturgo homosexual de 30 años que intenta seducir a Germán desde que lo conoce. Como los dos trabajan juntos las oportunidades de convivir son muy altas, además existe identificación intelectual entre ellos, Germán admira a Mauro no sólo porque es un hombre culto que ha recibido premios por sus obras, sino por el carácter del escritor, posee un gran sentido del humor y ha aprendido que la risa es la mejor medicina para huir del dolor.

El camino que recorren juntos es largo, Mauro intenta por todos los medios de seducirlo a pesar de que Germán le ha dicho claramente que a él no le gustan los hombres. Pero vaya que el dramaturgo es persuasivo. Algunas cosas molestan de Mauro Llamas, especialmente esa manera de insistir e insistir, de ponerle trampas, de invitarlo a su casa a reuniones (con otros homosexuales), de tomar juntos, todo para que Germán se anime y «jale»:

Cuando salió de la cocina con dos platos de spaghetti recalentado, Mauro encontró a Germán dormido en el sofá de terciopelo rojo. No le sorprendió su desplome, pues ya venía bostezando en el carro. De hecho, había calentado la comida para tratar de bajarle un poco la borrachera, porque si en su sano juicio manejaba mal, con tragos encima era un piloto suicida. Ya habían corrido riesgos de sobra esa noche. Después de todo lo que habían bebido en casa del maestro Soler, debieron dejar estacionado el volkswagen de Germán y tomar un taxi. De milagro no lo había visto la patrulla cuando se subió al camellón de avenida Chapultepec. A quién carajos se le ocurría soltar el volante para encender un cigarro. Lo peor de todo era que tampoco llevaba el volante de su propia vida. No se conoce a sí mismo ni sabe lo que quiere hacer con su cuerpo, pensó. Busca mi compañía porque lo hago feliz, pero ¿me quiere de verdad? En varios momentos de esa larga parranda hubiera podido jurar que sí. En el restaurante de chinos, por ejemplo. Cómo le brillaban los ojos al escucharme. Se desternilló de risa con la historia del matrimonio tabasqueño mal avenido que después de una bronca fuerte, para no infringir la ley del hielo, se lanzaba reproches por medio de mascotas o personas interpósitas: «¿Verdad, perro,

que nunca hay camisas limpias en mi clóset, porque la señora de la casa es una huevona?». Y la esposa respondía mientras acunaba al bebé : «Cariñito mío, prométeme que de grande, cuando te vayas de putas, no vas llegar con las camisas manchadas de colorete, ni le exigirás a tu mujer que las lave». Según Germán son igualitos a su madre, sólo que ella habla con el retrato de su abuela para regañarlo, y me sugirió escribir una comedia donde todos los personajes hablaran así. Al calor de los tragos hasta le pusimos título: Las terceras personas. Es mi cómplice perfecto, cuando estoy con él las ideas me salen a borbotones, y a veces creo que nos leemos el pensamiento. Su admiración, su risa, su facilidad para entusiasmarse me alborotan la imaginación y las hormonas al mismo tiempo. ¿Pero de qué me sirve ser tan cautivador si no logro ni una caricia?

El alcohol tiene un papel importante en la novela, no sólo entre Germán y Mauro, también en la madre de Germán y en los asistentes a las fiestas que organiza Paula todos los sábados, así como en el grupo de amigos de Mauro, «la jaula de las locas», como lo llama el narrador.

Manifestaba que Mauro Llamas es un personaje singular, con una vida nada fácil y que en ocasiones molesta no sólo porque posee un gran cinismo, sino por que su deseo de seducir a como de lugar a Germán, un jovencito de 19 años sin ninguna experiencia sexual, es un tanto patológico: su jefe y amigo, también homosexual, le pide por favor lo respete porque además de ser un lugar de trabajo viene recomendado por el dueño de la Agencia y si lo molesta hará que lo despidan. Pero a Mauro Llamas esto no le importa, esto ni nada, porque hasta la misma madre de Germán le importa un comino. Sabe que la madre de Germán sospecha que quiere hacerlo su amante y que le ha advertido a su hijo que tenga mucho cuidado pero la hace a un lado, más bien aprovecha el estado anímico de Germán para obtener sus fines. Después de lograr su objetivo divulga, con quien puede, el «trofeo» conseguido. La escena se desarrolla en la casa de Mauro Llamas que platica con Germán Lugo, quien relata lo ocurrido:

- Oye Germán, ¿nunca te vas a enamorar de nadie?
- Quien sabe —respondí a la defensiva. Por ahora no me ha ocurrido.
- ¿Pero tú quieres enamorarte?
- Sí, me gustaría, pero eso no depende de la voluntad.
- ¿Y no crees que haga falta poner algo de tu parte?

(Mauro se levanta a cambiar el disco):

El bolero que puso, tierno y lascivo a la vez, me distendió los nervios como una inyección de morfina:

*En el cercado ajeno provocaba,
era fruta y mujer,
la mordí cuando menos lo pensaba, pero fue sin querer...*

- Qué preciosa canción y qué voz tan cachonda.
 - Es *Fruta verde*, de Luis Alcaráz, cantada por Ana María González.
- Seguí escuchando con embeleso, transportado a un edén prohibido, con manzanos y naranjos en flor, donde una ninfa desnuda bebía agua en un arrochuelo.

*Sabor de fruta verde,
de fruta que se muere
y deja un agridulce de perversidad,
boca de manzana, boquita que reza,
pero que si besa
se vuelve mala mala...*

Mauro, atento al menor de mis gestos, se sintió autorizado a ponerme la mano en la rodilla, una mano ligera como un guante que por una extraña flojedad del ánimo no me incomodó en absoluto. Sólo atiné a reaccionar cuando la mano se deslizó muslo arriba hasta rozarme las ingles.

- Espérame —me quejé con voz débil—, estate quieto.

Este es el inicio del logro de una seducción que le llevó años conseguir a Mauro Llamas. Mientras tanto,

en casa de Germán, la madre lucha contra la pasión que ha despertado en Pável, un jovencito amigo de su primogénito quien le hace llegar una carta confesándole su amor, misiva que inicia con «Querida tía» y termina firmando como «Varguitas» (aludiendo a la relación amorosa de Vargas Llosa con su tía, Julia Urquidí, con quien sabemos se casa. Después se divorcia de la tía y se casa con su prima, Patricia Llosa). La rígida moral de Paula Recillas hace que rechace totalmente a Pável, no sin lamentarlo al paso de los años, cuando percibe que la vida es algo más que reglas morales. Ha pasado el tiempo y ya enferma, bailando en sus fiestas sabatinas con una bolsa de orina en la mano, le dice a su hijo Germán:

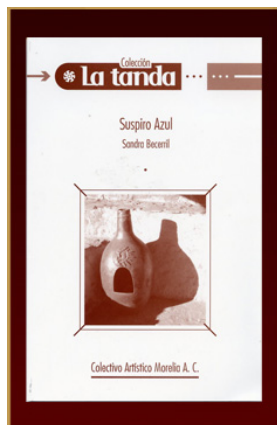
- Hace años tuve un pretendiente de tu edad
- ¿Amigo mío? ¿Se puede saber quién era?
- No te lo voy a decir. Se dice el pecado, pero no el pecador.
- ¿Y a ti te gustaba?
- Mucho –murmuró ruborizada–. Pero nunca tuve nada con él. No podía hacerle eso a mis hijos.
- Pues yo te hubiera felicitado (...)
- Hubiera sido ridículo que a mi edad y después de tanto predicar la decencia, me hubiera pasado al bando de las harpías.

Si se hubiera visto al espejo en ese momento, reducida a un pinsajo de carne, con las mejillas colgadas de los maxilares, tal vez se habría reído de sus pudores. Recordé una línea de López Velarde: «el gusano roe virginidades y experiencias», pero no me atreví a citarla por temor a ser cruel.

En los últimos veinte años, Germán Lugo tuvo un largo matrimonio con Julia, la madre de su única hija, en el aquí y ahora narrativos es un escritor afamado y vive con una excelente persona, Renata, en unión libre. De aquellos años vividos jamás olvidará su apodo, «Sor Juana», tampoco a Mauro Llamas, su gran amigo, maestro, y seductor. Ni tampoco, que lo que une a Mauro Llamas, a su madre, y a él, es el bolero *Fruta verde*, de Luis Alcaráz.

© Magda Díaz y Morales

<http://apostillasnotas.blogspot.com>



SUSPIRO AZUL, de Sandra Becerril

Colectivo Artístico Morelia, AC
Colección La Tanda
Fecha Publicación: 2007

* * *

A manera de prólogo

Encuadrar en la brevedad de unas líneas precisas, descriptivas y permeadas de un resquicio personal, es una tarea que verdaderamente está reservada para unas cuantas personas, quienes cuentan con la capacidad de transmitir y hacer de esa vivencia literaria personal, una vivencia prestada que se hace personal en el lector; este es el afortunado caso de Sandra Becerril. La autora

del libro *Suspiro Azul* que ahora tiene el lector en sus manos, amablemente me pidió que dedicara unas líneas iniciales a su última creación literaria, que ve la luz de la publicación avalada por la calidad de sus múltiples trabajos anteriores. He de manifestar por ello, mi profundo agradecimiento a Sandra por esta deferencia para conmigo y al mismo tiempo he de excusarme con el lector por la distancia que seguro encontrará en cuanto la calidad y contenido de las líneas que ahora lee y la calidad de la prosa de la autora; me confieso un aficionado a la escritura y un devoto lector, y por ello extendiendo más mi agradecimiento a la autora a esta invitación inmerecida de prologar su texto, ya que ella, pudiendo solicitar a un verdadero escritor que realizase esta tarea, ha confiado en la inmadurez de mis letras para introducir al lector a su último libro.

Tengo la fortuna de conocer a Sandra hace poco más de trece años, desde la adolescencia, compartiendo con ella una de las amistades más cercanas. A pesar de que actualmente nos separan poco más de nueve mil kilómetros de distancia y siete horas de diferencia horaria, la comunicación que conservamos me ha mantenido al día de todos sus logros personales y profesionales, aval de la

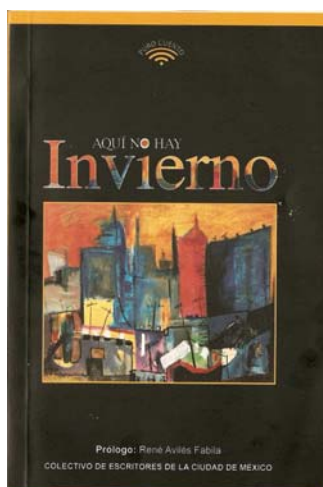
constancia y esfuerzo que Sandra pone en todas sus actividades. He vivido con ella mil y una experiencias de las cuales la alusión más constante siempre ha sido la belleza de su sonrisa. He visto crecer y madurar su trabajo literario y ser testigo de sus logros personales. Su vocación literaria no es nueva. Recuerdo con alegría las muchas tardes de viernes en que juntos leíamos nuestros intentos de poesía en alguna mesa en Coyoacán, acompañados por un café –yo americano y ella capuchino–, y esos primeros intentos de saborear furtivamente la nicotina que acababa siempre convertida en efímeras cenizas. Largas tardes, múltiples borradores e innumerables cafés, fueron el marco de un mutuo reto que nos planteamos: soñábamos que ambos seríamos algún día escritores. Quiso la fortuna que, por el bien de la literatura, yo me dedicase a otra actividad profesional y que Sandra siguiera constante en aquél reto, luchando contra los muchos retos que la vida le ponía, pero superando con creces las piedras en el camino, y por fin cristalizar sus sueños: ser escritora... y aquí está el resultado.

Cuando llegó a mis manos –he mejor de decir a mi ordenador– su última creación literaria «Suspiro Azul» lo leí con interés y me volqué en sus páginas descubriendo en ellas, como lo descubrirá el lector, una especie de autobiografía matizada con el característico estilo de la autora de mezclar fantasía con realidad en una peculiar simbiosis que logra convencer y engañar, creer y dudar al mismo tiempo, pero con el único resultado de enganchar al lector a lo largo de la obra. Un final que deja al descubierto la duda del devenir de los personajes, mitad ficción, mitad realidad, que ahí intervienen y que obligan a la reflexión luego del punto final y ahí es donde está la valía de esta obra: suscitar en el lector una duda motivada en la imaginación y en la realidad, pues la autora hace gala los recursos literarios más característicos de su estilo personal: la ficción, la tragedia y la poesía disfrazada. Todo ello se cristaliza en un solo *corpus* que logra ser un resumen muy claro del trabajo vivencial de la autora, desde sus lecturas, sus experiencias, sus fantasías, sus sueños, sus realidades, sus dudas y sus respuestas.

Por este estilo singular, no podría decir que estamos frente a una novela fantástica, o un cuento novelado, o una novela policíaca matizada; simplemente nos encontramos frente a una obra excepcional. Se nota en este libro una mayor madurez en el estilo, lenguaje, influencias y técnica de la autora sobre sus anteriores obras y por el sugerente tema vivencial que se narra a lo largo de estas páginas, seguramente nos encontramos ante el inicio de una saga de relatos fantástico-personales que Sandra Becerril continuará ofreciendo a sus lectores, los cuales seguramente estarán agradecidos, porque no dudo que más de uno se identifique al menos en un instante de la lectura, con alguno de los personajes que aparecen en este relato.

Así pues, invito al lector a que deguste abiertamente el relato que Sandra Becerril ahora nos ofrece y que descubran en esta lectura, como diría el genial Stefan Zweig, un *momento estelar en la humanidad* de la escritora. Agradezco infinitamente a Sandra el cariño y la amistad y, a nombre de sus lectores agradezco también sus letras. Vaya hasta el otro lado del Atlántico mi admiración, respeto y afecto para la autora y para los gentiles lectores. *Verae amicitiae sempiternae sunt. Vale!*

© Héctor López Bello



AQUÍ NO HAY INVIERNO, de Varios Autores

Puro Cuento

Colectivo de Escritores de la Ciudad de México

Fecha Publicación: 2006

Prólogo de René Avilés Fabila

* * *

Las ciudades son entramados de nostalgia cuyo dinamismo es a sus construcciones un territorio donde se anda la melancolía, *lo que no se posee*; y sus recovecos –que son inasibles– voluntad del ojo que las observa. Aquellos que erigen la ciudad son los pensamientos que la transitan; ya violentos, ya impasibles, ya afortunados, ya certeros, es decir –también– fortuitos, es decir –también– audaces, la forjan. Es así como el Colectivo de Escritores de la Ciudad de México logra *Aquí no hay invierno*,

una antología forjada desde la autogestión y desde las Ciudades (cada voz, una ciudad): desde su médula y periferia. Un territorio que es posible recorrer desde cinco cuadrantes varios.

Ya en el primer cuadrante –Flecha al viento con rumbo y sin destino– se intuyen de la ciudad, sus posibilidades; hay un rumbo, pero se debe al azar, a la vaguedad. ¿Del destino? Seguramente adviene

diluido; tal como la ciudad que se alza en contingencia. De ahí que siete talentos den cuenta de ésta situación; siete relatos donde la nostalgia, la coincidencia, el cruce de las voluntades y la labilidad de antelación convergen. Un primer cuadrante donde los estilos escriturales varían, narraciones que en su mayoría radian bien logrados. *La orilla del centro*, *La visita* y *Visita Conyugal* son relatos donde la brevedad no resta mérito a la usura del fondo y argumento, tal vez, los mejor logrados de la selección, pues la estructura narrativa logra una aguda *redescripción* de la realidad –materia prima– para la creación.

En el segundo cuadrante –¡Qué puta madre importa una mosca más o una mosca menos!– los relatos se dirigen a otra habitación común: se recurre una vez más –una vez siempre– a la muerte. Tal vez porque esta no pertenece al ser humano ni es parte de su experiencia –apuntaría Wittgenstein– resulta siempre exquisita de «palpar» (en textualidad) es decir, el dedo del escriba intenta urdir llagas en terrenos imposibles y desde el intento esboza una sonrisa. Una vez más la habitación donde mora la muerte –ya en mito, ya en leyenda, ya en vivencia cotidiana como parte del ciclo de vida– es bastidor, corazón del relato. En ocasiones parece que el texto se deja decir a manera de guión cinematográfico; las imágenes cambian confesando cuadros y las líneas parecieran apelar a la eficacia imaginativa del lector creando viñetas. *No estaban muertos*, *La cornucopia*, *Venganza*, *El olvido* y *el Trabajo Final* resultan relatos muy bien logrados y devenidos en completa fruición del lector.

Tercer cuadrante: No sólo de libros vive el hombre. Lo intangible, lo vaporoso a los ojos arremete desde el primer relato. Las voces refieren ánimas, de la *Ciudad Irreal* los verdaderos habitantes. Los seis relatos de este cuadrante, llevan al lector a través de los vanos, puntos fundacionales de una zona: la mente creativa. Ciertas reminiscencias del llamado *realismo mágico* se deja sentir en los discursos presentados, como el uso de «elementos mágicos» que se insertan en la «costumbre» de lo cotidiano o la descripción de experiencias sobrenaturales. El destello de fantasía ocurre afortunado y da al lector un cuadrante nutrido e inteligente, de él se concluye que el reverbero del sueño es alimento de hombres; y que a su vez el reverbero del hombre es alimento de dioses. *Clavos*, *El roedor bibliófilo* o *Transparencia*, arrojan una lograda armonía entre estructura e intención.

Esa prisa por llegar a ningún lado, es el cuarto cuadrante, este nos coloca en la punta del hilo que conduce sus espacios: Tiempo. En cada relato existe la prontitud del ir y venir cotidiano, donde la vida se tamiza en un conteo del espacio; el punto central y diatriba de la vivencia diaria son las manecillas de un reloj. Un minuto prueba ser un abismo sobre el cual se anda; y la medición del tiempo solo es comparable a la densidad de los cuerpos que lo tratan de asir. Este mito –Cronos– no camina lineal, camina en redondo. Se prueba en cada relato pues, que la intuición del tiempo es eso que llamamos eternidad.. y que el tiempo es, según quien lo camina... La selección de textos que conforman esta sección resulta oportuna, aunque suceden como lumbreras *Seis treinta y tres*, *Retraso*, *Goloso* y *Buenos días*.

Del último cuadrante, el corazón de la ciudad: Por ellas he de amar, como un Robin Hood que les quita a los ricos para darles a los pobres. Aquí el goce del disimulo, el placer y los actos irrevocables, es decir *los actos de amor* son los ejes que construyen el cuadrante que cierra ésta antología. Siete relatos que se edifican con la ciudad y destellan en sus distintos puntos, flanquean acorde a la voz que los origina hacia los rumbos más inverosímiles de una *Ciudad Real* que se vive en lo cotidiano; los recintos de trabajo, las calles y las moradas íntimas son el ojo mudo que observa y ve a una ciudad construirse y derrumbarse una y otra vez entorno a la promesa más antigua y vigente de la humanidad: aquella del amor. Los siete textos circulan entorno al corazón de la ciudad, siendo las arterias actos de amor que se articulan más allá de la díada hombre-mujer y en ocasiones (como sucede en el cuento *La última conferencia*) prueban estar lejos de lo carnal y más cerca de lo filial; tal vez en acto de filantropía; tal vez.. ¿licantropía?

La ciudad se resuelve en un andamio construido por las voces que lo habitan. La ciudad es un lugar donde *nunca llega el invierno*, pero blancura hay, presta para ser urdida por los espacios negros que da la tinta. El esfuerzo hecho por el Colectivo de Escritores de la Ciudad de México es un arrojo que se aplaude; y de éste taller-antología se antojan más entregas, y sí, tal vez más arriesgadas en cuanto al trabajo temático y discursivo. *Aquí no hay invierno*, es una interesante propuesta plurivocal, clásica, contingente y de escritura joven donde, si bien el lector no se encontrará con una propuesta de vanguardia en cuanto a la narrativa, si se verá provocado a recorrer la ciudad –primero– con los ojos, página a página, para luego respirarla en larga caminata, porque los lugares e incidentes de *Aquí no hay invierno*, son también una interminable ciudad.

MEMORIA DE LA MEMORIA DE ISAK DINESEN *

por María Aixa Sanz

*Debes dejar tu triste cantinela
Por otra más alegre.
Nunca vendré por piedad,
Siempre vendré por placer*

En un noche cualquiera donde el invierno, la época y la hora invitan a refugiarse en el sofá del salón porque es noche cerrada y el día ya hace rato que terminó, tuve ganas de dejar descansar el cuerpo y abrir los oídos y que por ellos me entraran las palabras de una historia como transportadas en un susurro.

Tuve ganas de que alguien me contase una historia por puro placer.

Y lo hizo la Baronesa Karen Blixen.

Sé que las personas somos el animal más ávido oyente de historias, somos el máximo receptor de ellas.

Un animal que siempre está dispuesto a que alguien le cuente una historia.

Por eso ella, la Baronesa Karen Blixen, que es una de las mejores contadoras de historias de toda Europa, se dispuso esa noche a hablar con palabras escogidas con dulzura y con tacto, conociendo que de su elección depende el sabor y la textura de la historia que se cuenta.

La Baronesa Karen Blixen prefiere una composición de palabras que den siempre un sabor melodioso al paladar, con diferentes matices e incluso con todos los colores.

La lluvia y la escritura: *Teníamos muchos visitantes en la granja. En países de pioneros la hospitalidad es una necesidad de vida no sólo para los viajeros sino para los colonos. Un visitante es un amigo (...) Cuando Denys Finch-Hatton volvía de una de sus largas expediciones estaba ansioso por hablar y me encontraba a mí también ansiosa de lo mismo, así que nos sentábamos a la mesa del comedor hasta altas horas de la madrugada, hablando (...)* Empieza a escribir las historias que ha contado hasta entonces al oyente, al visitante de su granja que quiere oír sus cuentos, por culpa de la lluvia, en su África, en el continente que tanto ama y en el que vive durante catorce hermosos y duros años, donde llueve de marzo a junio.

Un año las lluvias no llegan y ella emplea sus horas en rellenar hoja tras hoja, para vaciar su cabeza del tedio, de los problemas y llenar los espacios de tiempo con palabras que tengan algún significado:

«Pero cuando la tierra respondía como una caja de resonancia, con un ruido fértil y

* Isak Dinesen (1885-1962), seudónimo utilizado por la baronesa Karen Blixen para firmar sus trabajos, nació en Dinamarca. Después de estudiar Arte se casó con su primo, con el que emigró a África para regentar una plantación de café. En 1931, la baja en los mercados internacionales del precio del café la obligaron a volver a Europa. Entonces empieza su segunda gran aventura: durante dos años se encierra en el dominio familiar y escribe *Siete cuentos góticos*. Los editores daneses e ingleses rechazan el manuscrito, y decide enviarlo a Estados Unidos bajo un nombre masculino. Es aceptado en 1934. Así nace Isak Dinesen, cuyo siguiente libro sería una de las obras cumbres de la literatura contemporánea: *Memorias de África*. Ya Truman Capote dijo de ella que era «una auténtica seductora; una seductora por conversación». No fue el único deslumbrado: sus libros han sido y son de lectura imprescindible para los mejores escritores, desde Hemingway a Cortázar.

profundo, y el mundo cantaba en torno tuyo, en todas las dimensiones, por encima y por debajo, esa era la lluvia. Era como volver al mar cuando has estado mucho tiempo lejos de él, como el abrazo de un amante. Pero un año no vinieron las lluvias. Entonces fue como si el universo te diera la espalda. (...)

Por las tardes comencé a escribir cuentos de hadas y relatos fantásticos que me llevaban lejos, a otros países y a otros tiempos. (...) Cuando me levantaba y salía, afuera soplaban un viento insoportable, el cielo estaba despejado y engarzado de millones de duras estrellas; todo estaba seco.»

Pocas formas de escribir recogen tantos matices como lo hace la Baronesa Karen Blixen. Que a su vuelta forzada desde África a Dinamarca convierte su vida en la de una escritora a la cual su memoria y su vida se han quedado ancladas en las puertas de Nairobi, cerca de Mombasa, en tierras africanas.

«Aunque yo sé una canción de África –pensaba–, de la jirafa y de la luna nueva africana tendida de espaldas, de los arados en los campos y de los rostros sudorosos de los recolectores de café, ¿Sabrá África una canción sobre mí? ¿Vibrará el aire en la llanura con un color que yo he llevado, o los niños inventarán un juego en el cual esté mi nombre, la luna llena proyectará una sombra sobre la grava del camino que será como yo, o me buscarán las águilas de Ngong?»

Karen Blixen escribe un poco todos los días, sin esperanza y sin desesperación. Un poco cada día en Dinamarca: *Memorias de África*, *Cuentos de Invierno*, *Vengadores angelicales*, *Anécdotas del destino*, *Sobras en la hierba...*

Palabras y palabras que se convierten en libros y más libros recogiendo, agrupando no solo su memoria africana sino también la memoria danesa, reconciliándose con su verdadero origen escandinavo. Aunque Karen Blixen siempre pertenecerá a África.

La Baronesa Karen Blixen que podemos conocer como escritora mediante su seudónimo de Isak Dinesen no hubiese existido de no haber vivido y sufrido en África. El universo no concibe un resultado diferente. Isak Dinesen es la suma de Karen Blixen más el continente africano. *«El mundo no existiría sin las calles de Nairobi»*, escribe en *Memorias de África*.

Si alguien se pregunta el porqué del seudónimo sencillamente es porque la Baronesa Blixen se cansó de enviar sus manuscritos en Dinamarca con su auténtico nombre y que nadie les diera cabida, hasta que utilizó el nombre masculino de Isak Dinesen con el cual se le abrieron las puertas del cielo literario.

Quien conoce sus obras sabe que sus narraciones nunca deberían acabarse puesto que te transportan tan suavemente, como un rumor de música que flota en el ambiente y te reconforta, entre susurros, en sueños y en el duermevela.

«La gente que sueña mientras duerme por la noche siente una clase especial de felicidad que no tiene el mundo diurno, un plácido éxtasis y una ligereza de corazón que saben como la miel. También siente que la verdadera gloria del sueño reside en su atmósfera de ilimitada libertad.»

Libertad, la misma libertad que le había dado África. La libertad y la vida mezcladas una vez más con la literatura y charlando de esto con el escritor Gustavo Martín Garzo, me recomendó y elogió el cuento *El Festín de Babette*.

Y recuperé desde algún lugar escondido en mi memoria las palabras del Señor Martín Garzo, «un cuento delicioso», y vinieron, se acercaron a mí, esa misma noche a raíz de que la Baronesa Karen Blixen me estaba contando una historia.

LA CHICANA: TANGO DEL SUR

por Vanessa Alanís Fuentes Oliver

Que no le digan, que no le cuenten, pero por sobre todas las cosas, no se me confunda señor lector; «La Chicana» o *la Chicana tango del sur* –como la llamo yo porque me gusta cómo suena– no es la continuación de la novela narco-policíaca de Arturo Pérez-Reverte (aunque la frase podría servir también de título para su próximo *Best-Seller*), y tampoco es una mexicana desorientada que terminó en Tegucigalpa en vez de Los Ángeles.

Hoy en día existe una banda de tango clásico en Buenos Aires llamada «La Chicana»¹. Un día, caminando por la Avenida 9 de Julio en el centro de la capital argentina, vi un letrero anunciando la tocada del grupo en mención que promocionaba su nuevo disco «Lejos». Por supuesto me llamó la atención que una banda argentina tuviera un nombre tan mexicano, pero resulta que el nombre no proviene de México sino que tiene connotaciones enteramente argentinas. La banda fue fundada por tres músicos porteños (Dolores Solá, Acho Estol y Juan Valverde) quienes a finales de 1995 comenzaron a consolidar una versión moderna del tango en su más pura forma, de tal manera que este tango reivindica la capacidad del género mismo para ser escuchado y manifestado al interior de las esferas populares y no sólo como un arte de grandes escenarios mundiales... Escuchar a *La Chicana* representa una odisea de sonidos, son un excelente grupo que interpreta el tango destacando su espíritu transgresor; es brincar en el tiempo al sonido popular de los años 30 en una ciudad lejos de todo y cerca del corazón.

El tango actualmente está de moda en el mundo... siempre lo ha estado en Buenos Aires; desde antes de ser famoso el tango ya era El Tango, o como reza el título de uno de los discos de la *Chicana*, el tango «ayer... hoy, era mañana.» La *Chicana* no construye ese tango fusión tan sonado como el vanguardista proyecto franco-argentino denominado «Gotan Project»², que no deja de ser bueno y revolucionario, empero el elemento fundamental lo constituye una mezcla de sonidos electrónicos y no tanto el bandoneón. La música de esta *Chicana* es de actitud rockera, mucho riff, percusión y, también, contrapuntos barrocos; música completa que se pierde en el tiempo. Es la guitarra plurisonora de Acho Estol la que nos transporta al ayer del mañana, es la exótica y profunda voz de Lola Solá que nos hace conocer una nueva manera de pensar el concepto tanguero, es una excelente propuesta actual sobre un género que se ha vuelto tan popular que muchas veces tiende a perder el sentido esencial de la gente común en el puerto de Buenos Aires que lo vio nacer y consolidarse.

Lo peculiar de la *Chicana* no sólo es ese sonido de frescura y originalidad, inserto en el tango más tradicional, en realidad, lo más curioso es que el origen del nombre de esta banda nada tiene que ver con la definición de chicana a la que los mexicanos estamos acostumbrados; «chicana» es otra manera de llamar a una mujer México-americana. El término comenzó a ser utilizado a principios del siglo XX en los Estados Unidos –principalmente en Texas– para denominar al mexicano inmigrante en territorio estadounidense. Etimológicamente hablando, existen varias teorías sobre el advenimiento del vocablo, pero la más reconocida dice que el impedimento de la población náhuatl, habitante del altiplano central mexicano, siguió utilizando la forma prehispánica para pronunciar la «x» (como en Xochimilco), de tal manera que «mexicano» suena a «mesheecano». Eran los campesinos provenientes del estado de Morelos, México, hablantes nativos de náhuatl quienes al establecerse en Estados Unidos, exageraban esta peculiaridad de su lengua como un acto de reafirmación nacional³. Los estadounidenses por su lado, comenzaron a referirse a cualquier mujer morena (no forzosamente extranjera) como chicana, dándole a la palabra el significado tácito de inferioridad. El uso del término «chicano» se popularizó tanto en México como en los Estados Unidos alrededor de la década de los 60 cuando el movimiento activista chicano tomó tintes políticos en la lucha contra los dere-

¹ La Chicana Tango página web <http://www.lachicanatango.com/>

² Gotan es una palabra en Lunfardo (caló porteño) que significa: Tango al revés “volteado”.

³ Gamio, Manuel. *Mexican Immigration to the United States: A Study of Human Migration and Adjustment*, University of Chicago Press, Chicago, 1930.

chos de las minorías inmigrantes al sur de los Estados Unidos. Es claro que para los mexicanos en general, «chicana» siempre ha sido un peyorativo que nos obliga a pensar en una mujer que dejó su tierra, migrante, movediza, que pierde y gana cultura a diario, que crea su propia cultura con símbolos propios y nuevos mitos nacionales. Por otro lado, hoy en día para la gran mayoría de los mexicano-americanos la chicanidad es un acto voluntario –antes sincrético– de salir de su patria (por ideal o necesidad), echar raíz y volver a andar; es una doble nacionalidad y una nueva identidad colectiva.

En la Argentina una «chicana» es sinónimo de artimaña política: meterle maquiavélicamente la pata a tu adversario... para bajarle popularidad, para quemarlo socialmente, para evitar una reelección, para hacerse uno de más puntos en campaña, para aparentar hacer algo bueno sin hacer nada. Este término «chicano» argentino no tiene nada que ver ni con el náhuatl, ni con la lucha migratoria, ni con la discriminación racial. Proviene del francés, *chicane*, que significa pleito. Así el verbo *chicanear* significa: enredar un pleito abusando de las formalidades de procedimiento. En términos jurídicos una chicana es subterfugio en trámites judiciales para alargar el pleito, un abuso de formalidades judiciales de mala fe⁴. Pongamos un par de ejemplos: destapar el sueldo real del chofer de López Obrador fue una chicana política de sus oponentes (aunque él tuviera un Tsuru). Hablar del costo estratosférico de la campaña de Roberto Madrazo en Tabasco nada más para hacerlo quedar mal y no por buscar una reforma en las leyes de presupuesto para campañas electorales es una chicana política. Decir que el título universitario del actual jefe de gobierno porteño Jorge Telerman es trucho (falso) también constituye una chicana política de sus adversarios quienes sacaron el dato a relucir en medio del debate preelectoral televisado hace algunos días en la capital argentina.

En palabras del guitarrista, director y compositor de *La Chicana*, Acho Estol, a la publicación porteña *Página 12*, el último disco de la banda titulado *Lejos* es un proyecto «más sudamericano»⁵. Los integrantes de La Chicana, cuando nombraron a su banda a mediados de la década de los 90 estaban plenamente conscientes de que existía otra chicana cruzando el ecuador. En cierto sentido la banda juega con la ambigüedad de términos. Cuando aparece la hermosa morocha Dolores Solá en el escenario, es ella la representación corpórea de la chicana, pero no es una mujer denigrada en el sentido norteamericano ni una tramposa en el sentido sudamericano: su presencia impone, su música es tempestuosa y su propuesta transgresora de la marginalidad.

Lejos están los chicanos de su tierra mexicana, lejos está la política argentina de salvarse de chicanadas, lejos estamos todos los latinoamericanos de la unidad que necesitaríamos para consolidar un proyecto continental que rescatara nuestras culturas, nuestras tradiciones y nuestros ideales como pueblos hermanos más allá de la ola invasiva que representa la cultura norteamericana; estaría bueno.

«Estaría bueno» dice también la campaña del posible ganador de la actual contienda política por la jefatura de gobierno en Buenos Aires (Mauricio Macri)... Estaría bueno hacer que ambas chicanas se conocieran a través de la música. Tenemos por un lado una mujer devaluada, maltratada, venida a menos, que busca su identidad y darle sentido a su pertenencia al interior de la sociedad americana sin convertirse en una «gringa». Por el otro lado hay una chicana que más que una persona es un concepto, igual tiene connotaciones negativas, igual se usa para desacreditar méritos de algún personaje público o grupo político. Pero la tercer Chicana es musical y tiene toda la polaridad positiva de la cual carecen las definiciones dadas anteriormente. Podríamos decir que es una especie de fusión entre la chicana mexicana (fronteriza, plurinacional, migrante y en evolución constante) y la chicana argentina, aquella expresión política que a la vez –un poco por ironía y otro poco por convicción– es enfrentada a través de un grupo de tango porteño que le da un giro dentro del significado mismo de la expresión.

«Que contemplen un segundo... lo que podría haber sido... Y que sigan su camino avergonzados los dos.»

© Vanessa Alanís Fuentes Oliver
www.diminui.blogspot.com

⁴ Lexicon, Diccionario Lunfardo, <http://www.todotango.com/spanish/biblioteca/lexicon/lexicon.html>

⁵ Página 12, nota <http://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/espectaculos/2-6452-2007-05-25.html>

EL DESIERTO: MITO Y POESÍA DEL NOROESTE DE MÉXICO

por Gabriel Trujillo Muñoz *

El desierto tiene algo de inmortal, de presencia ajena a la historia, de paisaje extraterrestre. Para el historiador chileno Manuel Vicuña, el desierto es la «antesala de la creación, el tiempo de los orígenes, los residuos de otras edades geológicas». Para los viajeros que han tenido que atravesarlos son regiones silenciosas, sin agua ni horizontes, donde cualquiera puede perderse. Espacios donde reina la nada, el vacío, el caos y, especialmente, la muerte. Pero para quienes habitan estos arenales infinitos, el desierto es vida y prodigio, sustento y rumbo. Para los nativos indígenas del noroeste mexicano, el desierto era producto de la acción de los dioses gemelos, Sipa y Komat, quienes habían desecado los mares para crear las planicies arenosas que acabaron siendo su hogar. Para la kiliwa de Baja California, el astro rector de su existencia era el sol y como lo dice su mito de creación, en versión de Emiliano Uchurte, el sol es obra del dios coyote Matipá:

Matipá pensó que haría el sol. Primero trató de sacarlo de su codo, pero no pudo. Luego intentó formarlo de su muslo pero tampoco tuvo éxito. Entonces quiso extraerlo de la parte superior de su cabeza, pero inútilmente también. Por fin logró hacerlo de su boca, porque la boca es caliente y cuando hace frío echa humo. Como el calor del sol era insoportable, Matipá se propuso hacer un arbusto de creosota para protegerse de sus rayos. Al fin se sentó a la sombra del arbusto, pero como el calor seguía siendo insoportable, Matipá hizo entonces una víbora de cascabel. La serpiente empezó a estirarse para alejar al sol más hacia arriba y lo empujó y lo empujó hasta que por fin lo dejó en lo más alto del cielo.

Habitar el desierto es ser nómada, es aceptar que el movimiento asegura la precaria subsistencia. Para los grupos indígenas de Aridoamérica (esta región que va de Zacatecas y Durango y que se extiende hasta Nevada, California, Arizona y Nuevo México), ellos son los dueños y señores de una tierra de amplios horizontes, de una vida marcada por el culto de la luz: «El sol sale y alumbró la tierra», el sol sale y crea la claridad. Y es que el desierto moldea el carácter de sus habitantes, sus hábitos y costumbres, su manera de ver el mundo. En una tierra que ofrece frutos escasos y enormes peligros, los indios del noroeste mexicano tuvieron que afrontar las limitaciones de la naturaleza. Así, en el canto pápago (Sonora) en que se invoca la lluvia, se suplica:

Señor, arañó el aire y brota tierra,
arañó el fuego y brota tierra,
arañó el agua y brota tierra,
arañó la tierra y brota mi sangre,
que llueva, que llueva, señor, que llueva.

Pero incluso con sus tormentas de arena y sus tormentos de sed, el desierto es hogar y residencia, orgullo y desafío para los indígenas de Sonora, Chihuahua y Baja California. Por eso Agustín Sáenz, indio cucapá, canta a esta inmensidad desértica con una querencia ancestral:

Esa tierra es mía,
es tierra nuestra.
La tierra de la orilla del río;
hace mucho era mía,
cuando los indios eran indios,
cuando los indios;
cuando ellos iban y venían.

* (Mexicali, Baja California, 1958). Poeta, narrador y ensayista. Escribe novela policiaca, histórica y de ciencia ficción, así como estudios sobre la frontera México-Estados Unidos.

A partir del siglo XVII, los exploradores, misioneros y colonizadores son los primeros occidentales en toparse con el desierto y describirlo como un infierno, como una región que atormenta el espíritu y reta al más valiente y arrojado, y así, los escritores comienzan a cantarle a las arenas espejeantes a partir de que se da un proceso de domesticación de la naturaleza a fines del siglo XIX y principios del siglo XX. Donde había páramos candentes ahora hay pueblos en expansión, ciudades que, gracias a la tecnología de los canales de riego, crean ya una cultura sedentaria, una serie de comunidades con ideales de progreso material y prosperidad económica, una sociedad de la que surgen poetas y narradores que le cantan al desierto, que describen su impacto vivencial y sensorial en sus propias existencias. Al principio, es decir, a mediados del siglo XX, estos escritores son periodistas que viven cortas o largas temporadas en esta parte del país, como es el caso de José Revueltas (1914-1976) y Fernando Jordán (1920-1956). Ambos periodistas describen el avance inexorable de la civilización sobre los últimos rincones vírgenes de Baja California. Ambos son testigos presenciales de la modernidad que llega para explotar hasta las últimas riquezas de estas tierras y mares. El desierto se transforma, así, de un desafío en un obstáculo que debe ser conquistado a base de centrales eléctricas, canales de riego y autopistas. La modernidad en toda su avasalladora presencia. En esta época también comienza otro proceso cultural: la recreación poética del desierto por los habitantes del Noroeste de México. En la segunda mitad del siglo XX en adelante, muchos poetas, algunos de ellos provenientes de otras partes del país, otros nacidos en este mismo desierto, van a cantarle a la árida naturaleza que los rodea. pero aquí ya el desierto deviene en orgullo regional, en señal de progreso, como ocurre en el poema «Desierto» de Miguel de Anda Jacobsen (1927-2001), poeta bajacaliforniano:

Desierto, soledad hirviente
que te conjugas con el mar distante:
tu biznaga y tu cirio en consonante,
son paradoja del pinar riente.
Herrumbre que persiste como anclaje
al progreso fecundo enajenada:
representas la miseria portada
del inclemente, rústico paisaje.

Para los poetas de generaciones posteriores a la de Miguel de Anda Jacobsen, el desierto no es rústico ni miserable, sino un enigma a resolver, un espacio mítico, un sitio donde se reúnen fuerzas transcendentales. Para muchos de estos poetas, el desierto es una senda de conocimientos antiguos, de sabiduría ancestral. Decir desierto implica reconocer sus propios orígenes en la cultura indígena que nuestra vida urbana ha dado la espalda. Por eso Alejandro Aguilar Zéleny (Sonora, 1956) busca vincularse, a través de ceremonias colectivas, con otras formas de habitar el desierto, con otras maneras de cantarle al viento. En su poema «Hikuri: las sombras del sol», Aguilar Zéleny nos describe el rito de la danza-música que hace que un arrenal perdido se vuelva, por unos días, el centro del universo:

Así estamos aquí, en medio o al final del desierto; al comienzo del monte donde la vida se hizo paso a paso; una leyenda tras otra, cuando el conejo entró en el cuerpo de la luna; cuando el coyote huyó del fin del mundo; cuando el árbol del búfalo comenzó a sangrar y las águilas lloraban, arrojando sus plumas a la cabeza de los pobrecitos hombres que apenas aprendían a levantarse y ya eran nuevamente lanzados a la oscuridad. Voces que espantan a los vivos, carcomiendo el poco de muerte que queda por sufrir. Aquí estamos detenidos, visitantes eternos de otras risas y otras canciones.

Para otros poetas del Noroeste mexicano, como Elizabeth Algrávez (Mexicali, 1972), es el desierto donde la naturaleza se desnuda de todo atavío, de todo exceso. Más que el desierto en sí, Elizabeth siente a éste como su propio cuerpo, donde ella misma «descubre su geografía de mujer incierta / las dunas los abismos hendiduras y huellas». Para Algrávez, «el desierto es destino y penitencia», pero también es su propio cuerpo en espera del tigre que ande por su piel y cuya furia la rompa y la devore. En este caso, el desierto y el tigre son metáforas del acto sexual, donde el desierto es mujer

abierta al escrutinio de nuestras miradas y el acoso de las fieras. En su poemario *Trilogía de arena* (1999), Elizabeth implora que sus labios secos sean «besados por el viento hiriente del desierto», en ese espacio de placeres y sorpresas que aguarda a su amante, sea este el viento, el tigre o el reptil:

Y el reptil va barriendo la piel del desierto
Y el reptil va, barriendo la piel del desierto
Y el reptil, baba riendo, la piel del desierto
Y el reptil baba, ríe en do la piel del desierto
Que es curva y honda, y es seda y se da.

Tal vez por eso Dante Salgado (Baja California Sur, 1966), exponga que el desierto está habitado por ángeles y demonios que reflejan nuestras ansias, nuestros sueños más íntimos. El poeta, entonces, se dedica a observar el mundo como si fuera un habitante de la desolación y la quimera, un residente que ve en una simple bugambilia el paraíso y en la mujer que ama la brújula que lo guía por los vastos arenales y no le permite perder el rumbo. El desierto es presencia milagrosa, señal de vida a plenitud y no de muerte cierta. Así lo dice en su libro *El Jardín de las Miradas* (2003):

Si sólo fueras
Esa piedra que corta mi carne
O la luz del verano
Que me ciega

Si al menos fueras
Este puño de arena
O la sombra que vuela debajo del ave

Yo me quedaría en silencio
Mirándote

Ser el desierto es ser la vida que no cesa de seguir adelante. El desierto no es el vacío sino el esfuerzo denodado, la paciencia infinita, el gozo de lo poco y lo breve. Pero, al menos en la poesía reciente, es la luz que salta como un prodigio, el agua que ilumina los rostros, la hermosura de los atardeceres y el oasis de la palabra. Ya Jesús Sansón Flores (1909-1966), un poeta michoacano vecindado en Mexicali, Baja California, dijo que «Este desierto es ya mío / Con este Sol ya me quedo». Y lo mismo afirma la poeta mexicalense Karla Mora Corrales (Baja California, 1974) en su poema «Haciéndome visible»: la fortuna de vivir en el desierto, la capacidad de cambiar de forma y de sentido. Poesía que es su propio espejismo camaleónico, su verdad candente y pura:

Me he esperado aquí
de frente a la maleza
para convertirme en roca
a mitad del camino desvanecida
ser polvo en verano y fango en invierno
abochorno al mezquite
y a la serpiente sorprendo
soy la espina, soy la plaga
la tormenta
la sequía del desierto,
me he esperado
para darme a mí,
hablaré de mis ancestros
para fundirme con ellos
y ser volátil cual ceniza
de miradas cegadora

Soy la insolación de agosto

el sabor del algodón
soy la sal de mar
la nube del invierno
renazco en la ponzoña de la araña
en el incendio del rayo
y en la púrpura herida,
pero renazco

El desierto del Noroeste, ese paisaje que va de Mexicali, en Baja California, a los médanos de Sonoyta y a los arenales de Puerto Peñasco, en Sonora, esa ruta que serpentea desde la Laguna Salada hasta el espinazo de nuestra península, es todavía una realidad que apenas comienza a ser cantada en todo su resplandor, en todos sus misterios: un vórtice poético que muestra la blancura de sus huesos blanqueados bajo el sol, de sus versos pulidos por el viento: signos de un paisaje que ya empieza a ser parte fundamental de una literatura ardiente y alucinatoria, lúcida en su atosigante espejismo, plena de obras y autores fascinados por las reverberaciones de la luz en la pupila, por las ondulaciones del agua en un horizonte inalcanzable. Desierto y poesía: dos hermanos gemelos, dos dioses jugando bajo la piel misma del dios coyote Matipá. Nuestro aullido supremo. Nuestro astuto creador.

© Gabriel Trujillo Muñoz

* * *

Literatura e imagen



Urco, el perro del mar. Ilustración de Blanca Bk Gimeno, basada en el relato del mismo nombre del escritor Antón Castro. Página personal de la artista aragonesa: <http://www.blancabk.com>

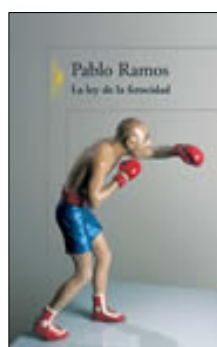
Novedades editoriales

Pont de l'Alma

José María Conget

Editorial Pre-Textos, 2007

París es una ciudad hermosa y grandilocuente. Este libro no quiere competir con ninguno de esos rasgos. *Pont de l'Alma* presenta el testimonio autobiográfico, con expresa vocación de texto menor, de alguien que vivió en París sin apenas enterarse de su permanente fascinación. La lluvia, la conciencia en sordina de los agravios del tiempo, un contestador telefónico de tendencias diabólicas y algunos problemas lingüísticos ocupan las páginas que deberían haberse dedicado a las pompas y esplendores de una urbe magnífica. Completan el volumen dos ensayos publicados con anterioridad: *Cincuenta y tres y Octava*, sobre esa esquina de Manhattan; y *10 Rillington Place*, que informa del azar y placer de vivir donde un famoso asesino cometió sus crímenes.



La ley de la ferocidad

Pablo Ramos

Alfaguara, 2007

Un hombre recibe la noticia de la muerte de su padre. Lo esperan un velorio de dos días con sus noches, la familia, el reencuentro con sus ex mujeres: el pasado que vuelve, el presente que abrumba. También las temibles cuentas pendientes con un padre distante e inaccesible. El hombre, que ha dejado de beber, otra vez derrapa en el alcohol, la cocaína y el sexo ciego. Pero también escribe: golpea ferozmente una máquina de escribir para aplastar a pura palabra el descomunal malestar que lo consume. Haciendo de su vida literatura, Pablo Ramos retoma en esta novela a Gabriel, el protagonista de *El origen de la tristeza* nacido en El Viaducto, que muchos años después

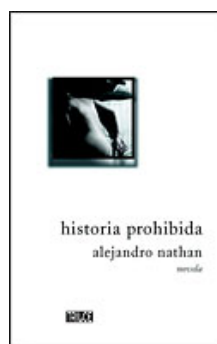
vuelve a sumergirse en el agua podrida del arroyo del barrio donde se ha criado, para salir purificado y dejar que el rencor y el cinismo cedan lugar a la ternura.

Finalmusik

Justo Navarro

Anagrama, 2007

Seguimos al narrador de esta espléndida novela durante su última semana en Italia antes de regresar a su Granada natal y reencontrarse con su padre. Se despide de algunos de los personajes que han configurado su experiencia italiana: la limpiadora Francesca, con quien el último mes ha mantenido una aventura; el marido de ésta, Fulvio, ex boxeador; monseñor Wolff-Wapowski, polaco-alemán, encargado de la casa papalina en la que el narrador se aloja; Stefania Rossi-Quarantotti, profesora boloñesa de semiótica y antigua maestra y amiga, traumatizada por la relación que mantiene su marido con una chiquilla romana; el marido de la profesora, Franco Mazotti, prestigioso e íntegro economista de un gobierno corrupto, temeroso de que salga a la luz esa relación; o Carlo Trenti, el exitoso escritor de la novela cuya traducción el narrador está a punto de terminar a la vez que su estancia en Roma. De momento el narrador deberá regresar a Granada y cortar por fin el cordón umbilical que le une a su padre viudo.



Historia prohibida

Alejandro Nathan

Ediciones Trilce, 2007

Historia prohibida nos lleva directamente al alma de un hombre solitario, obsesivo y minucioso, envuelto en una serie de situaciones parecidas a una pesadilla que el autor cuenta con pulso de novela policial. En un ritmo atrapante que retiene la atención del lector, Nathan nos induce a recorrer, a través de símbolos y vivencias íntimas de un personaje muy particular, un mundo interior lleno de ilusiones y fantasmas. En un terreno incierto entre el sueño y la vigilia, la alucinación y la lucidez, y el acecho constante y silencioso de caer en la locura, la obra recorre una galería de extraños personajes que guiarán al protagonista en un camino que tal vez sea el descubrimiento de sí mismo.

Dejen todo en mis manos

Mario Levrero

Editorial Caballo de Troya, 2007

Un escritor de escaso éxito y en situación económica un tanto desesperada recibe una propuesta de un editor: aceptarán publicar su novela y le darán un adelanto si se encarga de descubrir y localizar a un tal Juan Pérez que hace tiempo les hizo llegar un manuscrito desde un pueblo, Penurias, del interior de Uruguay pero sin indicar el remite. El escritor acepta el encargo y, en plan de detective improvisado, viaja hasta el pueblo para tratar de localizar a quien se oculta bajo ese presumible pseudónimo. Escrita en clave de falsa «novela negra» con gotas de un humor kafkiano, estamos ante un buen ejemplo de la narrativa «leve» de Mario Levrero, un maestro insoslayable en el difícil arte de romper el sacrosanto altar de la literatura para reconstruir con inteligencia una escritura libre, venenosa, corrosivamente lúdica.



La historia de siempre

Luis Zapata

Editorial Thélema, 2007

Luego de evaluar los absurdos a los que ha llegado su relación con Bernardo, el protagonista de *La historia de siempre*, Armando, va a un conocido puerto turístico donde se encuentra con los fantasmas de sus amores hipotéticos pero sobre todo con los posibles que lo hacen dudar de su fidelidad hacia Bernardo. Escrita con agilidad y pulcritud, *La historia de siempre* es una novela llena de humor en la que Luis Zapata, autor de la memorable *El vampiro de la colonia Roma*, se divierte al retratar las manías, fobias e infidelidades de las relaciones humanas y, en particular, en las relaciones de pareja que llevan algún tiempo establecidas, es decir, la misma historia de siempre, la piedra con la que se vuelve a tropezar, la chancía que se vuelve a recoger. *La historia de siempre* también es un diálogo franco y abierto con el lector al que, a lo largo de estas páginas hilarantes, Zapata lleva como en un viaje por varios registros y referencias de la cinematografía mundial.

Autorretrato con isla

Inés Matute

Baile del Sol, 2007

Claudia se esconde en una isla que es un puño de tierra flotando en un mar de recuerdos amargos. Atrás queda su pasado como terrorista, su temeraria aportación a la guerra de la ex Yugoslavia. La distancia, la culpa y la imposibilidad de expresar sus sentimientos harán de Internet una tabla de salvación inesperada. En La Red, Claudia entablará relación con Lola, una artista conceptual que desde el primer momento se hará depositaria de sus confidencias. Siendo ambas las protagonistas indiscutibles de esta historia, no lo son menos unos personajes que o bien murieron en la contienda o bien buscaron refugio a miles de kilómetros de los Balcanes. En Sudáfrica. En Venezuela. En Canarias. Frente al Atlántico, y sobrepasada por la belleza del paisaje, Claudia irá desgranando sus recuerdos en la certeza de haber emprendido un viaje sin retorno. Como telón de fondo, los horrores de la guerra, la nostalgia por la patria y la identidad perdidas, la trampa del fanatismo y el inexorable paso del tiempo, que no todo lo cura. Pero ni Lola ni nadie podrá ya rescatarla de su infierno, pues ¿quién puede salvar a una mujer que se reinventa entre las cenizas?



La tienta

Ivonne Trias

Ediciones Trilce, 2007

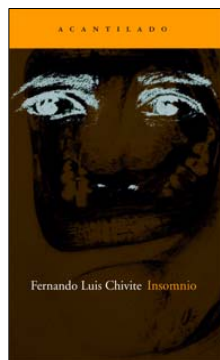
En lenguaje taurino, la tienta es una lidia en la que se somete a becerros y becerras a duras pruebas para probar su bravura. El antiguo rito sirve a Ivonne Trias para evocar una historia de prisión y acoso, de encierro de vidas jóvenes, de tiempo detenido y estrategias de sobrevivencia. Lo hace con las armas de la literatura: mitos, imágenes del arte, símbolos del inconsciente colectivo, estructuran este libro que más que testimonio es escritura, indagación de una experiencia límite a través del lenguaje. Con lucidez y delicadeza, con condensado lirismo, Trias recorre los diferentes estadios, conscientes e inconscientes, que atraviesa quien se sabe sobreviviente, y elige vivir.

Gozoso extravío

Antonio Tudela Sancho

Editorial Multiversa, 2007

En Quinta Chicharra, modélico centro lacaniano para el cuidado de mentes esquivas, el doctor Martín Rubio se ha hecho con el poder absoluto. Dos de sus más excelsos pacientes encienden su imaginación en busca de pruebas que confirmen la infame conjura del insigne doctor y el secreto que esconde la cita pronunciada por su predecesor, el doctor Carmona, justo antes de su lamentable fallecimiento. El duelo entre locura y lucidez asedia a todos y cada uno de los habitantes del establecimiento, obligados a compartir temores y vanidades en su delirante universo.



Insomnio

Fernando Luis Chivite

Acanalado, 2007 (Premio Café Gijón 2006)

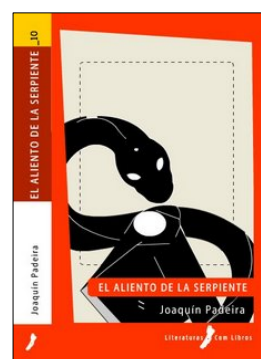
Escrita con un lenguaje deliberadamente transparente, *Insomnio* es, en cierto modo, un retrato a la vez emocionado e implacable de la generación que ha cumplido los cuarenta en torno al año 2001. Situada en ese primer verano del siglo, la narración indaga en el desconcierto emocional de un puñado de personajes en el momento en que se ven obligados a asumir que su juventud ha acabado definitivamente. Pero, a la vez, *Insomnio* es una novela del yo, profundamente moral, sustentada sobre un tono de voz nocturno y escéptico, que se cuestiona hasta qué punto está obligado un hombre a aceptar el mundo en el que vive y a dejarse arrastrar por su locura.

El aliento de la serpiente

Joaquín Padeira

Literaturas, 2007

Uribe, un terrorista de ETA en posesión de información trascendental para la seguridad del Estado, alcanza un acuerdo con la policía española. Parte del trato consistirá en que una de sus agentes, Amalia Verdes, deba de acompañarle hasta su refugio provisional en Uruguay. La repentina muerte del policía que dirigía la operación desde Madrid, y el descubrimiento por la organización a la que el terrorista perteneció de su paradero, obligan a modificar los planes iniciales. Uribe y Verdes se ven forzados a una prolongada convivencia en su huida, que finalmente los conducirá a una pequeña población brasileña. Tendrá allí lugar el inesperado desenlace de la novela. Padeira es abogado en ejercicio, especializado en derecho mercantil, actualmente trabaja para la Administración. Ha publicado distintos estudios profesionales relacionados con su actividad. *El aliento de la serpiente* es su primera novela editada.



Pájaro en mano

Juan Madrid

Ediciones B, 2007

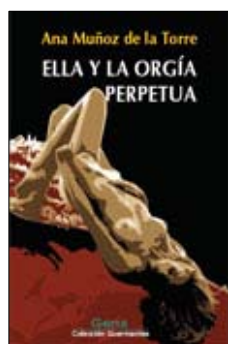
Marbella está llena de gente peculiar. Gente como Luis Morán, paparazzo en busca de famosos. O Andrés Lavagna, un rico abogado que se dedica al blanqueo de dinero de un antiguo mayor del KGB involucrado en el tráfico de armas. O la prometida de Lavagna, María, antigua azafata de congresos que se acuesta con su instructor de tenis. O Santi Moreno y Norberto Fuentes, ex policías metidos a detectives privados e involucrados en negocios sucios. O Valero, un agente del Grupo de Delitos Financieros de la policía que destapó un escándalo cuyas ramificaciones llegaban hasta la CIA. Pero nada es lo que parece, y pronto descubriremos que nuestro paparazzo es un antiguo sacerdote sudamericano en busca de venganza, que el rico abogado colaboró con los grupos paramilitares de Chile y Argentina y que los millones de euros que pretende lavar para los rusos van a pasar de mano en mano, desencadenando una oleada de violencia y muerte que manchará de sangre toda la Costa del Sol.

La cara de marte

Esther Bendajhan

Algaida, 2007 (XXIX Premio Tigre Juan)

Elías siempre recordará 1975 –una fecha en la que todo empezó a cambiar en España– como el año en que se enamoró de Raquel. También fue el año en que un hijastro de Blas de Otero irrumpió en sus vidas para dejarles una huella indeleble, renovada con el paso del tiempo a través de unas inquietantes casualidades y el hallazgo de un inédito del poeta. Tres décadas después, cuando su vida ha dado tantas vueltas que a duras penas consigue reconocerse, Elías decide reencontrarse con Raquel en el bar que por entonces solían frecuentar. Esperándola sin saber si ella acudirá a esa cita que fijaron casi treinta años antes, en su memoria se mezclan presente y pasado, retazos de una época en la que se creyeron capaces de hacer realidad sus más ardientes anhelos. Evocación generacional, relato iniciático de una aventura interior, historia llena de historias, *La cara de Marte* es sobre todo una novela sobre el amor: sobre el nacimiento y la muerte del amor, sobre el amor capaz de sobrevivir al propio amor, y sobre cómo se puede amar en pasado. Ganadora del XXIX Premio de Novela Tigre Juan, esta obra supone la consolidación de su autora, Esther Bendahan, en el panorama literario español.



Ella y La orgía perpetua

Ana Muñoz de la Torre

Gens Ediciones, 2007

Ella es una treintañera cosmopolita que baila tango y nada, una sirena pálida dispuesta a dejarse arrastrar por la corriente de la vida. Perfeccionista, obsesiva, caótica, cómica y dramática, pese a su desencanto generalizado de los hombres, por los que no puede evitar sentirse fascinada, esta replicante en blanco y negro no deja de dar oportunidades al amor las veces que toca a su puerta. Esta antiheroína del siglo XXI decide abrir una orgía literaria en la Red, una bacanal de los sentidos donde crearse una existencia paralela en la que dar rienda suelta a su creatividad. *Ella y La orgía perpetua* es un canto a la vida, al amor, a la amistad, a lo perdido y a lo encontrado, una cinta intimista con Madrid como telón de fondo y música de Leonard Cohen en los títulos de crédito.

Exploradores del abismo

Enrique Vila-Matas

Anagrama, 2007

«¿Qué escribes?», le preguntaron una tarde a Enrique Vila-Matas. El escritor sentía, tras *Doctor Pasavento*, que había llegado al final de un cierto recorrido y ante él se abría un abismo. «Escribo el título de un libro», respondió. El título era *Exploradores del abismo*. De ahí surgió una serie de relatos protagonizados por seres al borde del precipicio, seres que se entretienen en ese borde y lo estudian. Son optimistas, personas corrientes que adoptan la posición del expedicionario y sondean el horizonte, indagando qué puede haber en el más allá de nuestros límites. Personas no especialmente modernas, pues desdeñan el hastío existencial tan en boga, sino más bien anticuadas que mantienen una relación desinhibida y directa con el vacío. En realidad, los relatos de este libro buscan puentes en un admirable abismo: historias cruzadas por la silueta de un equilibrista que liga el conjunto de este regreso de Enrique Vila-Matas a la narrativa breve, pero también al libro inclasificable.



Coleccionistas de polvos raros

Pilar Quintana

Editorial Norma, 2007

El escenario es una ciudad frenética, dividida. Los personajes se mueven en un mundo de apariencias y poses, son unos maestros del engaño sutil que, sin embargo, se desviven por descubrir lo que ocultan los otros. La Flaca, amante del Mono, sólo está con él para poder acercarse a Aurelio, de quien está enamorada. Aurelio parece corresponder a la Flaca, pero interponerse en esa relación también puede ser una manera de co-brarle las cuentas pendientes al Mono. Pilar Quintana se vale de esta estructura clásica para recrear una sociedad descompuesta por la abundancia del dinero fácil, del que todos, sin importar de dónde provienen, se dejan arrastrar, y donde ya nadie es lo que parece.

Nadie ama a un policía

Guillermo Orsi

Editorial Almuzara, 2007 (II Premio de novela negra Ciudad de Carmona)

Un ex policía rompe su propia promesa de no atender el teléfono después de medianoche. Un amigo en apuros lo convoca a trescientos kilómetros de Buenos Aires. Volando por la autopista, mientras adormece el alma oyendo jazz del bueno, Pablo Martelli confía en llegar a tiempo. La Argentina, entretanto, monta una vez más la ópera bufa de su naufragio: un gobierno débil, una sociedad agónica y desquiciada, un presidente absurdo, y argentinos a los botes. Nadie llega a tiempo, huelga decirlo. Ni Martelli a la cita con su amigo, ni ciertos conspiradores que huyen hacia un futuro que ha quedado atrás. Al final de la aventura, el presidente argentino y un asesino serial –amantes padres de familia– tal vez hayan perdido su trabajo. Poco más perderá Martelli. Aunque en algún momento crea haber alcanzado el paraíso.



El enigma de París

Pablo de Santis

Planeta, 2007 (Premio Iberoamericano Casa América de Narrativa 2007)

París 1889. Los Doce Detectives, los investigadores más famosos del mundo, se reúnen con motivo de la Exposición Universal. El selecto club tiene la misión de revelar al público sus casos más célebres, los métodos secretos, la filosofía de cada investigación y su concepción del crimen. La extraña muerte de uno de los Doce, despeñado misteriosamente desde una torre Eiffel en construcción, dará un giro a la reunión y les obligará a afinar sus habilidades para tratar de resolver lo que parece, a priori, la actuación de un asesino en serie. El lector quedará fascinado por la belleza del enigma en esta novela cargada de magnetismo.

Mudas las garzas

Selfa Chew

Editorial Eon, 2007

En 1941 sucede el ataque del Imperio Japonés a Pearl Harbor. Entre las varias consecuencias del conflicto bélico mundial, Estados Unidos solicita al gobierno de México la confinación de todas las personas de origen japonés radicadas en tierras mexicanas. La vida de Suriko Matsushita y su familia se ve afectada de manera irreversible, al tener que entregar a los hijos más pequeños en adopción para salvarlos de la persecución y la pobreza. La experiencia de los Matsushita se entrelaza con la de otros japoneses mexicanos que fueron obligados a subsistir en campos de concentración. Entre acusaciones de espionaje e historias de amor que llevan a los personajes a vivir diversas formas de exilio, percibimos en este libro los matices del destierro a través de sus poemas, declaraciones policiales, reportes militares, entrevistas y fotografías.



Entrevista a Mailer Daemon

Doménico Chiappe

La Fábrica Editorial, 2007

En esta novela, que se desarrolla en un futuro no muy lejano, la sociedad está envuelta en una oscuridad absoluta que obliga a los hombres a enfrentarse a diario con el horror. Las ONG se han unido para debilitar a los Estados y con el propósito de obtener fondos para su lucha se dedican a encontrar imágenes violentas, tipo snuff, y enviarlas a sus suscriptores. El líder que encabeza estas acciones es un enigmático personaje llamado Marc Ji. Mailer Daemon no puede descansar hasta alcanzar su objetivo: encontrar al maligno y convencerle de que se arrepienta. De esta manera obtendrá el perdón de Dios y no habrá maldad en el mundo.

Enamorado de la Señorita Suya, secretaria de Marc Ji, Mailer Daemon tiene una misión prácticamente imposible. *Entrevista a Mailer Daemon* plantea el dilema constante del hombre enfrentado a la ética y a los valores en una sociedad moderna pero decadente. Esta novela, que presenta una historia profunda protagonizada por personajes vehementes, coquetea con la ciencia ficción y la novela negra en clave de humor.

Alianzas duraderas

Cristina Cerrada

Lengua de Trapo, 2007

Bernabé Leblanc se enfrenta con humor e ironía al desastre en el que se ha convertido su existencia. Expulsado de su puesto como investigador de antropología en la universidad, solo encuentra como alternativa un trabajo de supervisor de papeleras y se ve obligado a mudarse, con su mujer, sus cuatro hijas, su nieta y un extraño yerno a la casa de su promiscuo suegro. La duda aparecerá cuando una antigua amante de la Universidad le ofrezca de nuevo trabajo de investigador para estudiar a los etoro, una tribu de homosexuales de Nueva Guinea. Matrimonio e infidelidad, compromiso y ruptura, éxito y fracaso se entrecruzan en la prosa brillante y llena de frescura de esta nueva novela de Cristina Cerrada, que se sirve de la distante mirada de un antropólogo para capturar, como si de un experimento se tratara, las más variadas manifestaciones de dificultad adaptativa en nuestra «apacible» sociedad.



El tacto de un billete falso

Pepe Cervera

Editorial Denes, 2007

Felicidad: «Situación del ser para quien las circunstancias de su vida son tales como las desea». Esta podría admitirse como una definición básica de la felicidad, incluso como un acertado punto de partida desde el que trabajar para obtenerla. Pero aun creyendo haberla alcanzado siquiera temporalmente, ¿qué hacer para ponerla a salvo? Los personajes de estos relatos, en ocasiones, no saben por qué han perdido la felicidad, si la tuvieron, ni qué hacer para recuperarla. Y en eso radica uno de los mayores atractivos del libro, en colocar al lector en el disparadero en que se encuentra cada uno de los protagonistas que asoman a sus páginas, en vestirse con

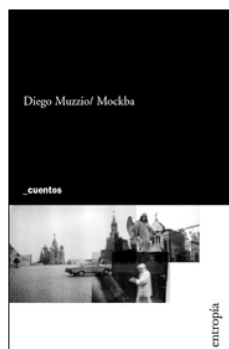
la a veces fría y a veces ardiente piel de los atribulados seres que conocemos como parte de nosotros mismos. Este es el primer libro de cuentos publicado por Pepe Cervera, escritos todos ellos entre los años 2002 y 2005.

Piel de lagarta

Angélica Morales

Editorial Certeza, 2007

Desmenuzando los sentimientos más arrogantes nos encontramos frente a un cuarto y mitad de desencanto, medio kilo de desamor y 300 gramos de desvergüenza. La autora propone un recorrido relámpago a través de los recodos de la conciencia, una caricia fina por la piel inquietante de todas las lagartas conocidas, un viaje infinito alrededor de los zapatos de la sinrazón. Angélica Morales, turolense afincada en Huesca (España), es licenciada en Historia y diplomada en Arte Dramático. Ha publicado, además de *Piel de lagarta*, la novela *Benedicto III, el papa luna: El hombre que fue piedra y Yakarta o La última zorra*.



Mockba

Diego Muzzio

Editorial Entropía, 2007

La muerte no es, en los doce cuentos que completan *Mockba*, una entelequia abstracta exhibida en el laboratorio simbólico de la especulación teórica. En estos relatos, la muerte es una presencia que demanda roce, ritual, una arquitectura y una palpable relación con el devenir de los personajes. Lo que interesa aquí ya ha dejado de ser la finitud de la existencia. Más bien, lo que se explora es el punto de intersección entre los discursos sobre lo mortuorio y el efecto de la palabra como pulsión viva. Es cierto que, en estas páginas, Diego Muzzio introduce cementerios, enterradores, deudos y profanadores de tumbas, pero también un par de gemelas antiestalinistas, un elefante

desbocado o adolescentes que interpretan piezas de Sófocles. De este modo, la referencia tanática queda desplazada con astucia: deja de ser monomanía de la obra, para transformarse en un marco fértil, un entorno para el surgimiento de las innumerables circunvoluciones alrededor del pathos humano.

• ELENA PONIAKOWSKA GANA EL PREMIO INTERNACIONAL DE NOVELA RÓMULO GALLEGOS

La escritora mexicana Elena Poniatowska, con su obra *El tren pasa primero*, obtuvo el pasado mes de junio el Premio Internacional de Novela Rómulo Gallegos, uno de los más importantes de Hispanoamérica, que se concede cada dos años a la mejor obra escrita en castellano. El presidente del Jurado, el escritor venezolano Luis Britto, destacó «la densidad temática y estilística» de la novela, publicada por la editorial Alfaguara, que «combina con rara maestría la tensión poética con un lenguaje certero y coloquial, y la austeridad descriptiva». Tras conocer que le había sido otorgado el galardón, Elena Poniatowska dijo que ese premio la «emocionaba» y respondía a algunas de las dudas que la han asaltado de forma recurrente durante su vida. Las cuatro obras seleccionadas para las rondas finales de votación fueron las mexicanas *Tres lindas cubanas*, de Gonzalo Celorio (Tusquets); *Los minutos negros*, de Martín Solares (Mondadori); *El ejército iluminado*, de David Toscana (Tusquets), y la ganadora *El tren pasa primero*, de Poniatowska. La novela de Poniatowska, que relata una huelga ferroviaria que paralizó México en 1959, se impuso entre 228 obras de 18 países aspirantes al galardón, que otorga un premio de 100.000 dólares, una medalla y un diploma.

* * *

• II CONGRESO INTERNACIONAL DE NARRATIVA PERUANA

La Mirada Malva A.C. organiza el II Congreso Internacional de Narrativa Peruana, que tendrá lugar en Huanchaco (Perú) del 15 al 19 de octubre de 2007. Este evento contará con la participación de escritores y críticos literarios de garantizado prestigio internacional. La temática del congreso se define en función de tres contenidos centrales: 1. Homenaje y rescate: uno de los objetivos que se propone este congreso es lograr que académicos y creadores presenten como ponencias trabajos que pongan sobre la pista o difundan el trabajo narrativo de escritores cuyos textos merezcan ser rescatados del olvido o de aquellos otros que por méritos sean merecedores de un homenaje. 2. Debate sobre la tradición narrativa peruana y mundial: la organización cree necesario discutir y dejar testimonio de la visión que tienen los creadores en relación con la tradición narrativa peruana y mundial. 3. Encuentro de narradores: la organización propone celebrar un Encuentro Nacional de Narradores como foro de debate sobre su problemática y como una oportunidad para conocerse e intercambiar experiencias y trabajos. Más información: <http://www.miradamalva.com/congreso2007>

* * *

• XXV FERIA INTERNACIONAL DEL LIBRO “LIBER 2007”

Del 3 al 5 de octubre de 2007 tendrá lugar la Feria Internacional del Libro, LIBER, que, en su 25ª edición, regresa a Barcelona (España). El salón, distinguido con la Medalla de Oro al Mérito en las Bellas Artes por el Consejo de Ministros del 8 de junio, tiene carácter profesional, está organizado por Fira de Barcelona y lo promueve la Federación de Gremios de Editores de España. Se trata del más importante encuentro sobre la industria editorial en España y es un referente en los países de habla hispana. Barcelona será sede en 2007 y 2008 tras las dos ediciones celebradas en Madrid. LIBER 2007 será un punto de encuentro para los profesionales del sector a través de las múltiples actividades que se organizarán como mesas redondas, foros, presentaciones de libros y exposiciones. También se entregarán los Premios al Fomento de la Lectura a los Medios de Comunicación en los apartados de Prensa, Radio y Televisión, el Premio al Fomento de la Lectura en Bibliotecas Públicas y el Premio Boixareu Ginesta al Librero del Año. Perú será el país invitado en LIBER 2007; se organizarán charlas con algunos de los autores más representativos y diversos encuentros profesionales.

* * *

• SE CELEBRA EN BARCELONA (ESPAÑA) EL FESTIVAL LITERARIO HECHO EN MÉXICO

Más de 50 escritores y artistas españoles y mexicanos participan en el festival literario «Hecho en México» que se celebrará en Barcelona del 29 de septiembre al 6 de octubre de 2007. Este certamen busca generar una reflexión conjunta Cataluña-México sobre el quehacer literario más allá de cuestiones geográficas. Para ello, decenas de escritores, editores y lectores que viajan desde México platicarán con otros compañeros de profesión que los recibirán en Barcelona. Entre los 55 autores cuya participación está prevista se cuentan escritores mexicanos como Jordi Soler, Enrique Serna, Guadalupe Nettel y el poeta Jorge Ortega. También se espera la participación de la periodista mexicana Alma Guillermoprieto, la actriz mexicana Ana Colchero y el fundador de la editorial mexicana Sexto Piso, Eduardo Rabasa, entre otros. En cuanto a representantes locales, estarán el poeta David Castillo, los escritores Enrique Vila-Matas y Kiko Amat, y el director de la editorial Anagrama, Jorge Herralde, entre otros. Este festival independiente pretende crear un contexto de diálogo entre escritores, lectores, críticos y editores de ambos lados del Atlántico, según explicaron los organizadores.

• **LA COLA DE LA LAGARTIJA, NOVELA INÉDITA DE JOSÉ DONOSO**

La cola de la lagartija, una novela inédita del fallecido escritor chileno José Donoso, se publicará este mes de octubre en Santiago de Chile. El autor de *Coronación* mantenía una ruma de cuadernos donde apuntaba como un obseso retratos de personajes, ambientaciones de escenarios para posibles relatos o la tranquilidad de una mosca que se instalaba en el espiral de su cuaderno. *La cola de la lagartija* es una novela inédita que su hija Pilar, heredera de la obra de Donoso, descubrió a partir de estas anotaciones, mientras preparaba una biografía sobre su padre. Luego de revisarla la envió a la agencia de Carmen Balcells, en España, quien eligió al connotado crítico peruano Julio Ortega para la edición de, quizá, la novela más autobiográfica del Premio Nacional de Literatura 1990. «Estaba escribiendo una biografía sobre mi padre, dividida en los lugares donde vivimos. Entonces al revisar uno de los 63 diarios de 300 páginas cada uno, me encontré con estas anotaciones de perfil de personajes, apuntes de tramas y me di cuenta que había una novela inédita», contó la hija de Donoso. Para su editor, Julio Ortega, la obra es «una profecía sobre la venta de España a la peste del turismo», y del autor dice: «Fue un gran escritor sin público».

* * *

• **XXI FERIA INTERNACIONAL DEL LIBRO DE GUADALAJARA**

Del 24 de noviembre al 2 de diciembre de 2007 se celebrará la vigesimoprimer edición de la Feria Internacional del Libro de Guadalajara (México) en la que se darán cita autores, editores, distribuidores, agentes literarios, bibliotecarios, libreros y más de mil seiscientas casas editoriales de treinta y nueve países. El programa literario, entre otros eventos, incluye las presentaciones de las novedades literarias que promueven distintas editoriales nacionales y extranjeras y la celebración del Salón del Libro, que este año exhibirá cuatro mil quinientos títulos seleccionados por un comité de bibliotecarios expertos en necesidades y tendencias de compra. La Feria tiene como objetivo lograr que los expositores, agentes de derechos, editores, libreros, distribuidores, bibliotecarios, ilustradores, promotores de lectura, traductores y escritores asistentes tengan un ambiente de negocios óptimo y encuentren en ella un espacio para conocer las novedades del mercado editorial en español, realizar compra y venta de libros al mayoreo, establecer nuevos contactos comerciales y fortalecer sus relaciones profesionales, desarrollar oportunidades de negocio, entrar en contacto con autores de todo el mundo y vender y comprar derechos en español. En el marco de esta feria, los días 27 y 28 de noviembre tendrá lugar el VI Foro Internacional de Editores y Profesionales del Libro, en el que se contribuirá a fortalecer las capacidades de los participantes en la cadena del libro y estimular el desarrollo de sus empresas. El país invitado de honor será Colombia.

* * *

• **FERNANDO DEL PASO GANA EL PREMIO FERIA INTERNACIONAL DEL LIBRO DE GUADALAJARA 2007**

El escritor mexicano Fernando del Paso se alzó con el XVII Premio FIL de Literatura Latinoamericana y del Caribe. Del Paso (México, 1935) es uno de los escritores más representativos de la literatura contemporánea en lengua española. Su obra narrativa, que incluye las novelas *José Trigo* (1966), *Palinuro de México* (1977) y *Noticias del Imperio* (1987), se ha caracterizado por un creativo trabajo de investigación al mismo tiempo que ha sabido forjar nuevas formas narrativas y experimentar con múltiples recursos literarios. Fernando del Paso ha producido una obra monumental en la que convergen los modelos literarios de Juan Rulfo y Juan José Arreola y que dialoga con la tradición de la novela histórica latinoamericana. Ejemplo de erudición y de rigor, ha dedicado una década entera a la escritura —minuciosa, elegante y enciclopédica— de cada una de sus novelas. Además de la narrativa ha incursionado en otros géneros literarios: la poesía, el ensayo y el teatro.

* * *

• **ENCUENTRO INTERNACIONAL DE ESCRITORES EN SANTIAGO DE CHILE**

La Sociedad de Escritores de Chile, en el marco de conmemoración de sus 75 años de existencia, celebrará en Santiago de Chile entre el 2 y 6 de noviembre próximos el encuentro internacional «Chile tiene la palabra: Latinoamérica en el corazón». El encuentro surge ante la necesidad de dialogar acerca de las realidades que Latinoamérica enfrenta, en busca de nuevos espacios de participación y reciprocidad desde la literatura y la creación. Asimismo, considera que no puede estar ajena a asuntos como la cultura y el respeto a la vida, la defensa de la humanidad, el medio ambiente, el patrimonio histórico, la defensa de la identidad y la presencia nutricia de los pueblos originarios en nuestras sociedades. Los organizadores prevén una destacada participación de escritores extranjeros y nacionales y en su desarrollo ofrecerán una diversidad de actividades abiertas a la comunidad, como recitales, conferencias y debates en diversos lugares de Santiago, en la Casa del Escritor y espacios públicos. Más información: <http://www.sech.cl/>